

SELECCIÓN DE MARIANO VILLARREAL Y LUIS PESTARINI

TERRA NOVA

ANTOLOGÍA DE CIENCIA FICCIÓN CONTEMPORÁNEA

VOL. 2



Lectulandia

Terra Nova fue uno de los proyectos editoriales más interesantes del año 2012: una antología de ciencia ficción contemporánea que reunía los mejores relatos del género escritos en la actualidad, dentro y fuera del mundo hispanohablante. El primer volumen fue todo un acontecimiento. Se financió por suscripción, recibió críticas sobresalientes de los aficionados a la ficción especulativa y obtuvo un total de siete nominaciones en los Premios Ignotus (organizados por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror), lo que constituye un récord absoluto en estos galardones. Nació como un proyecto con vocación de continuidad y ahora, en Fantascy, editamos el segundo volumen.

Terra Nova vol. 2 es una cuidada selección de historias sorprendentes, terribles y maravillosas escritas por las más destacadas firmas de ciencia ficción del momento, tanto de España e Iberoamérica como a nivel mundial, galardonadas y finalistas de los más prestigiosos premios internacionales: autores como Greg Egan, Aliette de Bodard, Ken Liu, Adam-Troy Castro, Carlos Gardini y Ramón Muñoz, entre otros. Una narrativa accesible para cualquier lector que fomenta el pensamiento crítico y se sustenta en tramas que denuncian el totalitarismo, la dominación de la mujer y el desprecio por los derechos humanos, junto con sobrecogedores testimonios de guerra, perturbadoras fantasías políticas, inusuales historias de amor, comprometidas propuestas éticas y poéticas apologías de la belleza y la música.

Lectulandia

Selección de Mariano Villareal y Luis Pestarini

Terra Nova

Vol. 2

Antología de ciencia ficción contemporánea

ePub r1.0

GONZALEZ 17.03.14

Felicidad Martínez, por «La textura de las palabras», 2012
Alette de Bodard por «Separados por las aguas del Río Celeste» (*Scattered along the Rivers of Heaven*), 2012
Adam-Troy Castro por «Las manos de su marido» (*Her Husband's Hands*), 2013
Germán Amatto por «¿Pueden llorar ojos no humanos?», 2013
Carlos Gardini por «Juicio Final», 2013
Nnedi Okorafor por «Araña, la artista» (*Spider the Artist*), 2011
Pedro Andreu por «La djin», 2008
Greg Egan por «Noches de cristal» (*Crystal Nights and Other Stories*), 2009
Ramón Muñoz, por «En el filo», 2013
Lavie Tidhar, por «El último Osama» (*The Last Osama*), 2012
Ken Liu por «El hombre que puso fin a la historia» (*The Man Who Ended History*), 2011
Traducción: Raúl García Campos («Separados por las aguas del Río Celeste», «El último Osama» y «Las manos de su marido»), Manuel de los Reyes García Campos («Araña, la artista»), Juan Carlos Pavón Pavón («Noches de cristal»), M.^a Pilar San Román Navarro («El hombre que puso fin a la historia»)
Ilustración de la cubierta: Ángel Benito Gastañaga
Diseño de portada: Manuel Esclapez

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Presentación

La ciencia ficción es, probablemente, la literatura que mejor define nuestro presente cambiante. No en vano, desde la extrapolación y la metáfora del futuro, es la narrativa que más se preocupa acerca de los problemas, desafíos y oportunidades que brinda nuestra sociedad actual y venidera, y su propósito no es otro que analizar una realidad en continuo cambio.

Al margen de su etiqueta comercial, que algunos estudiosos tachan de incorrecta (en puridad, el término anglosajón *science fiction* debería haberse traducido como ficción científica), cabe señalar que esta temática comprende no solo narraciones basadas en aspectos científicos y/o tecnológicos sino también, y sobre todo, aquellas que afectan directamente a las relaciones humanas y los conflictos sociales, como no podía ser de otra manera tratándose de un género literario.

En el último cuarto de siglo se ha dado un paso de gigante en cuanto a su normalización respecto a los lectores, publicaciones, editoriales, prensa y crítica académica. Hoy día la ciencia ficción impregna todos los órdenes de nuestra vida y es perfectamente natural mantener una conversación formada sobre avances futuros en ingeniería genética, clonación, implantes cibernéticos, criogenia, ciberespacio, inteligencia artificial, revolución informática, viajes espaciales y en el tiempo, futuro de la humanidad y del planeta Tierra e, incluso, sobre un posible contacto con una inteligencia extraterrestre, temas que hasta hace poco eran terreno exclusivo de científicos y aficionados a las publicaciones especializadas. La ciencia ficción es, pues, una herramienta magnífica para especular acerca de nuestra relación con el mundo y, en particular, con los avances científicos, y ofrece una gran oportunidad para conocernos mejor como seres humanos.

Pese a todo, es curiosa la imagen icónica que arrastra el género para un amplio imaginario colectivo, que tiende a asociar ciencia ficción con naves espaciales batallando en el espacio, pistolas de rayos desintegradores, malévolos alienígenas que invaden nuestro planeta y fornidos héroes al rescate de bellas damiselas en apuros; una situación que no suele ocurrir en otros géneros como el policíaco, el *western* o la novela histórica, que se recuerdan siempre por sus mejores títulos. Ciertamente, este tipo de obras siguen formando parte del acervo del género, y a ello sin duda ha contribuido de manera notable el séptimo arte con sus —en general— carísimos efectos especiales y pésimos guiones, pero esa imagen trasnochada, ingenua, ridícula, escapista y literariamente intrascendente está quedando afortunadamente atrás, arrinconada en el baúl de los recuerdos por obras excelentes escritas por grandes narradores actuales de prestigio.

Así, al margen de que porten o no una etiqueta genérica, podemos encontrar

ciencia ficción literaria de calidad en libros como *La carretera* de Cormac McCarthy (novela sobre la paternidad enmarcada en un entorno postapocalíptico, ganadora del premio Pulitzer en 2007), *La conjura contra América* de Philip Roth (ejercicio de historia alternativa en la que el premio Príncipe de Asturias de las Letras fabula en torno al ascenso del fascismo en la América previa a la Segunda Guerra Mundial), *El cuento de la criada* de Margaret Atwood (en la que la también premio Príncipe de Asturias de las Letras imagina un estado totalitario, puritano y opresor, en el que se instrumentaliza el papel de la mujer), *El sindicato de policía yiddish* de Michael Chabon (una trama detectivesca ambientada en un mundo alternativo donde el estado de Israel nunca existió y la diáspora judía se concentra en una ciudad remota de Alaska), *La mujer del viajero del tiempo* de Audrey Niffenegger (una excelente historia romántica sobre viajes en el tiempo), *Nunca me abandones* de Kazuo Ishiguro (obra distópica que plantea con inusitada sensibilidad el uso terapéutico generalizado de clones humanos), *La chica mecánica* de Paolo Bacigalupi (un relato realista que destapa el uso perverso de la ingeniería genética al servicio de los grandes intereses económicos de las corporaciones multinacionales). o *El mapa del tiempo* de Félix J. Palma (una encantadora trama victoriana que homenajea las grandes novelas clásicas de H.G. Wells, y que mereció el premio Ateneo de Sevilla en 2008), primera parte de una trilogía cuya segunda entrega es *El mapa del cielo* (2012) y cuya culminación se espera con verdadera pasión.

Pero la ciencia ficción no está formada únicamente por novelas. De hecho, la narrativa breve ha sido uno de los espacios donde más y mejor se ha desarrollado el género a lo largo de toda su historia. Relatos y novelas cortas que exploran ideas originales e intelectualmente provocadoras, que plantean probables situaciones de conflicto y nuevos cursos de acción para la humanidad o un grupo determinado de personas, y que suelen responder al condicional contrafáctico: «¿Qué habría pasado si...?».

Podemos citar multitud de relatos memorables: antologías emblemáticas como *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury, *Visiones Peligrosas* de Harlan Ellison, *Mirrorshades* de Bruce Sterling, *Axiomático* de Greg Egan o *La historia de tu vida* de Ted Chiang; cuentos brillantes de verdaderos especialistas como J.G. Ballard, Philip K. Dick, George R.R. Martin, Ursula K. Le Guin, Theodore Sturgeon, Roger Zelazny, Alfred Bester, James Tiptree, Jr., William Gibson, Arthur C. Clarke, Cordwainer Smith, Connie Willis, Vernor Vinge... y, por supuesto, autores españoles como Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, Rafael Marín, Elia Barceló, César Mallorquí, Rodolfo Martínez, Javier Negrete, Félix J. Palma, León Arsenal, Eduardo Vaquerizo, Ramón Muñoz, y un largo etcétera; cuentos ampliados posteriormente al mucho más comercial formato de novela («El juego de Ender» de Orson Scott Card); relatos publicados de forma independiente, reunidos luego para formar una única obra

(Fundación de Isaac Asimov, *Dune* de Frank Herbert); y hasta largometrajes basados en relatos (2001. *Una odisea en el espacio* de Stanley Kubrick está basado en el cuento «El centinela» del citado Clarke).

La presente antología surge como un intento por dar a conocer a un público amplio la mejor literatura de ciencia ficción que se escribe hoy día en formato breve, y fomentar al mismo tiempo la producción de obras escritas originalmente en español. Traducciones y textos autóctonos publicados en igualdad de condiciones en cuanto a espacio y nivel de exigencia especulativo y literario. Un proyecto ilusionante conformado por un equipo humano de auténticos profesionales, entre traductores especializados en narrativa de ciencia ficción, colaboradores a la búsqueda de material extranjero, ilustrador y coordinador/seleccionador.

Tras la excelente acogida dispensada al primer volumen publicado por la pequeña editorial Sportula, *Terra Nova* inicia ahora su andadura en el sello Fantascy. Un libro compuesto por once narraciones cortas, seis de ellas traducidas del inglés y seleccionadas de entre más de un centenar de relatos publicados en los últimos años. El objetivo es indudablemente ambicioso: incluir solo lo mejor de entre lo mejor, aquellas historias más cercanas a las preocupaciones e inquietudes del ciudadano medio y con referentes socioculturales próximos. Naturalmente, muchos relatos espléndidos han quedado en el camino, pero esperamos recuperarlos en próximos volúmenes.

Afortunadamente, aunque mayoritaria, la mejor ciencia ficción que se escribe hoy día no procede exclusivamente de Estados Unidos, ni siquiera de países anglosajones, sino de todas las culturas del mundo, países otrora remotos como Australia, China o Finlandia, y esperemos que muy pronto también se exporte de España y Latinoamérica. Sirva de ejemplo la presente antología, que de los ocho escritores extranjeros incluidos solo uno es natural de Estados Unidos, aunque bien es cierto que la mayoría escribe directamente en inglés, una colonización cultural que esperamos sea pronto contrarrestada por la buena narrativa en español y otras culturas emergentes.

Estoy seguro de que las historias que aquí les presentamos, sorprendentes, terribles y maravillosas, escritas por las mejores firmas del momento y en gran parte galardonadas y/o finalistas de los más prestigiosos premios internacionales, suscitarán su atención e interés. Están narradas de una forma engañosamente sencilla, que no oculta su gran riqueza de matices, emotividad y profundidad humana; una narrativa accesible para cualquier lector que fomenta el pensamiento crítico y se sustancia en tramas que denuncian el totalitarismo, la dominación de la mujer y el desprecio por los derechos humanos, junto a sobrecogedores testimonios de guerra, perturbadoras fantasías políticas, inusuales historias de amor, comprometidas propuestas éticas y poéticas, apologías de la belleza y la música. Ahora depende de

ustedes, los lectores, que este apasionante proyecto que es *Terra Nova* sea acogido con éxito y tenga una pronta continuidad. *Per aspera ad astra*.

MARIANO VILLARREAL

LA TEXTURA DE LAS PALABRAS

Felicidad Martínez

Felicidad Martínez (Valencia, 1976) es ingeniera técnica en diseño industrial, y compagina su labor profesional como ilustradora y profesora de diseño con la escritura, principalmente de ciencia ficción. Tiene publicados cuentos en la revista electrónica argentina *Axxon* y en la antología *Visiones 2007* editada por la Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, entre otros.

«La textura de las palabras» fue publicado en 2012 dentro de la antología-homenaje al más vasto y grandioso universo de *Space Opera* que ha dado jamás la ciencia ficción española: la saga de Akasa-Puspa de los escritores Juan Miguel Aguilera y Javier Redal, una epopeya de ciencia ficción dura ambientada en el remoto futuro, escrita con el máximo rigor científico y que ha sido comparada con clásicos como *La paja en el ojo de dios* y *Mundo anillo*. En este caso, el relato de Felicidad trasciende el escenario de la saga para ofrecer una historia de lectura independiente que demuestra una especial sensibilidad.

Un relato terrible y extraordinariamente emotivo al mismo tiempo, cuya profundidad de discurso corre pareja con la introspección de unos personajes magníficamente retratados en la sociedad que habitan. Un canto a la libertad y una denuncia del papel asignado a la mujer en las sociedades totalitarias opresoras. Una historia magnífica hermanada con otras tan notables como *El cuento de la criada* de Margaret Atwood o las mejores obras de esa autora genial que es Ursula K. Le Guin y que, creemos, resultará de interés no solo para el aficionado a la ciencia ficción sino para cualquier lector mínimamente comprometido.

Para Charni, al principio el mundo era ruido. Principalmente ruido.

Unas veces le llegaba de cualquier parte; otras, ella era el origen. O eso le parecía.

Hasta el dolor y el hambre eran ruido. Y, poco a poco, fue dándose cuenta de que podía producir el suyo propio, a voluntad, para aplacar ambos; aunque no siempre obtenía resultado de forma inmediata.

También había sabores y aromas que, combinados con el ruido, le permitieron conseguir una respuesta más rápida a sus necesidades. Sin embargo, lo que le ayudó al final a ser consciente del espacio que ocupaba en aquel extraño mundo ilimitado fue el tacto.

No fue fácil al principio.

Las sensaciones, las texturas estaban ahí, rodeaban su existencia. Suave, áspero, frío, húmedo... De manera instintiva emitía un ruido con las agradables y otro con las desagradables; pero a veces no era suficiente.

Había dos puntos de su existencia, dos recolectores independientes de información, que le permitían sentir y percibir lo que había cerca de ella o, en su defecto, aliviar el desagrado en ciertas zonas de su ser. Eran un punto de información increíble.

Cuando otra presencia, otra existencia, ejercía una presión agradable sobre ella, rodeándola, emitiendo sonidos relajantes en vez de ruidos, solo tenía que pensar en alcanzar la fuente de esas sensaciones y, al instante, percibía cercanía. Una extraña sensación de protección y cuidado.

A veces algo obligaba a aquellos dos recolectores sensibles a percibir texturas y, lo más desconcertante, sonidos. Vibraciones, en realidad, que procedían de un foco emisor de ruido muy similar al que ella tenía en una zona de su existencia y con el que hasta entonces había podido expresar hambre, dolor, sueño, incomodidad, placer... Y poco a poco su foco fue capaz de imitar aquellos sonidos emitidos por la fuente externa.

Lo más increíble, no obstante, fue descubrir, a través de dichos puntos de absorción de información, que existían más cosas y que eran finitas. Tenían... contorno. Así supo de los conceptos: grande, pequeño, igual, más grande que, más pequeño que... ¡Y había más existencias con texturas! Existencias independientes unas de otras. E incluso la suya tenía límites. ¡Límites! Y, lo más increíble: se expandían. Cuanto más tardaba en realizar una comprobación y la siguiente, más lo notaba.

De esta manera, con el transcurso de su propia expansión, aprendió a diferenciar ruido de sonido; sonido de vibraciones; vibraciones de repeticiones; repeticiones de conceptos, y conceptos de palabras. Y lo que la convertía en un ente aislado de las demás existencias era la palabra Charni.

Poco a poco fue capaz de diferenciar con bastante precisión las distintas existencias que rodeaban la suya, así como asociar una palabra, un concepto transformado en sonido, para designarlas.

Había, principalmente, dos tipos: inerte y vivo.

Las inertes requerían práctica para reconocerlas y diferenciarlas de otras porque, a pesar de poseer textura, aroma y sabor, por lo general no emitían ruido, a menos que se las obligara a producirlo. Aun así, las características que las definían solían ser invariables, por lo que una vez aprendidas y memorizadas, resultaba difícil errar la identificación.

Las existencias vivas, por el contrario, eran más complejas. Ciertamente era que producían continuamente ruidos y sonidos muy característicos, por muy sutiles que estos fueran. Sin embargo, sus rasgos podían ser variables. Las texturas, los aromas, incluso los sonidos podían sufrir cambios. Unas veces de forma leve y otras, destacada.

Charni debía concentrarse siempre al máximo, con todos sus sentidos, para reconocerlas y diferenciarlas de manera satisfactoria. Aunque descubrió que la clave residía, sobre todo, en aquellas existencias vivas de límites que no se expandían. Y es que una vez se memorizaban las curvas de su contorno superior y las comparaba con el suyo propio, aun a pesar de los cambios menores que pudieran sufrir, el margen de error para identificarlos era mínimo.

No obstante, lo que tenía fascinada a Charni era la articulación de sonidos que se empleaban para designar las distintas existencias y sus implicaciones.

A las existencias inertes se las reconocía e identificaba, generalmente, por una palabra, mientras que las vivas, ya complejas de por sí, podían tener asignado más de un sonido articulado, dependiendo de qué existencia las nombrara.

Por ejemplo, a ella le habían hecho entender que la palabra que la definía como entidad era Charni. Aun así, la existencia viva más cercana a ella (aroma dulce con un toque agrio, textura suave y cálida, sabor ligeramente salado, sonido melódico y, hasta hacía poco, suministradora de alimento) utilizaba a veces la palabra «hija».

Cuando así lo hacía había implicaciones agradables, mientras que si la designaba como «Charni», solía ser para llamar su atención y, en ocasiones, bien ordenarle algo después, bien reprenderla por los errores o faltas cometidas.

Por otro lado, había otra entidad (aroma fuerte con un puntito de acidez, textura suave y algo húmeda, sabor ligeramente agrio y sonido grave y áspero), que aparecía con frecuencia en el campo de existencia que ambas habitaban, produciendo gran cantidad de sonidos contra las existencias inertes. Esta nunca usaba la palabra «Charni», sino «niña». O, cuando quería implicar rechazo hacia ella, «mocosa». Ocasionalmente, eso sí, añadía «tu» a la designación «hija», pero solo cuando hablaba de ella a la entidad cercana como si Charni no estuviera presente... aunque

así fuera.

Pero la cosa no quedaba ahí, no. Las ramificaciones e implicaciones de los nombres eran complejas y ligadas a la referencia de los distintos orígenes.

A la existencia cercana, sin ir más lejos, no le gustaba que Charni la llamara «Kesha», como sí hacían las otras (por lo general de aromas agradables y sonidos suaves) que se acercaban a ellas. Mucho menos le gustaba que la llamara «mujer», como hacían las existencias de olores fuertes y sonidos graves que la visitaban para realizar poco después sonidos raros, peculiares, que lo impregnaban todo con aromas fuertes de regusto ácido.

No. Charni debía llamarla «mamá» y, por alguna razón, le gustaba aquella articulación. Cuando pensaba o pronunciaba los sonidos que formaban aquella palabra, inmediatamente la asociaba a protección, caricias, alimento, enseñanza.

Ah... El mundo era tan intrincado... No existían absolutos, solo referenciales y conjuntos. Ramales complejos cuyo origen se desarrollaba desde sus propias percepciones. La percepción de sí misma y su relación con el mundo que la envolvía, se movía, existía a su alrededor.

El tacto definía dimensiones, contornos, límites, y proporcionaba conceptos sensoriales. Los ruidos marcaban posiciones; revelaban existencias; daban nombre a las distintas entidades que las palabras táctiles no eran capaces de concretar. Y los aromas y sabores terminaban de perfilar la amalgama hasta darle total consistencia.

A veces emitía ruidos y vibraciones a cierta altura de su existencia, dentro de ella, y su contorno se volvía húmedo y pegajoso siempre que se preguntaba qué sucedería si le faltara alguno de aquellos sentidos.

No, no, no. No quería ni pensar en cómo el mundo perdería consistencia, se volvería algo extraño, confuso, ilimitado e indefinido, al no poder percibirlo ni definirlo en su totalidad.

Los límites de Charni seguían aumentando casi al mismo ritmo al que ella seguía aprendiendo a definir el mundo que la rodeaba. Mamá, que casi nunca se despegaba de ella, era la que le enseñaba las distintas articulaciones de sonidos y texturas necesarias para comprender lo que existía a su alrededor.

En cierto momento, Mamá la agarró por el contorno medio-superior con firmeza y la desplazó por el espacio infinito, dejándola en su recorrido sin más contacto con el mundo que la leve presión de esta y una sensación extraña, a la vez que placentera, en un punto medio de su existencia.

Luego, para su desconcierto, la obligó a tener contacto con la superficie que hasta entonces había percibido a lo largo de su contorno, pero solo le dejó hacerlo a través de sus recolectores inferiores.

—Venga, Charni. Tú puedes —le dijo Mamá—. No te dobles. Apóyate en ellos.

Siente la superficie solo en esa zona. Vamos. Firme.

Charni no entendía la mayoría de las articulaciones, ni tampoco sus implicaciones, por lo que le costó comprender lo que Mamá le pedía que hiciera en realidad, y más aún ejecutarlo eficientemente. Sin embargo, ni Mamá se rendía ni dejaba que ella lo hiciera.

De manera casi sistemática, la sujetaba, la obligaba a afianzar sus recolectores en la superficie inferior, y luego la guiaba para que le palpara los largos y rectos contornos inferiores y así memorizara cómo debía obligar a los suyos propios, más cortos y ligeramente curvos, a permanecer de la misma manera. Seguidamente se alejaba de ella y no se acercaba hasta que los contornos medio-inferiores de Charni tocaban de pleno la superficie baja del mundo. Y entonces... volvía a repetir la operación.

Tras muchos, muchos intentos y mucho, mucho esfuerzo, consiguió que sus recolectores inferiores la obedecieran. Así, ni perdía el contacto en ningún momento con la superficie bajo ellos, ni otras zonas de su contorno la acababan tocando.

Recibió de Mamá caricias y sonidos agradables que le hicieron sentirse casi en éxtasis. Pero la celebración duró poco.

No fueron muchos los momentos que transcurrieron antes de que Mamá la obligara a desplazarse por la superficie, primero obligándola a arrastrar los recolectores y después haciendo que, por turnos, estos perdieran momentáneamente el contacto con lo que tenía debajo y... ¡se desplazaran en la nada!

Fue toda una odisea y un enorme esfuerzo realizar lo que Mamá le exigía aunque, por alguna extraña razón, se sentía feliz cada vez que lo conseguía.

Perdió la noción del transcurso de los momentos, así como la cantidad de intentos que tuvo que realizar hasta que pudo desplazarse sola, sin el tacto seguro de Mamá. Y cuando lo consiguió... el mundo se volvió aún más grande y espacioso de lo que Charni había supuesto hasta entonces. Y era un descubrimiento maravilloso.

Existían más contornos, existencias, texturas. Lo percibía con sus recolectores, lo olía, lo golpeaba para obligarlo a producir ruido, lo saboreaba todo hasta tenerlo memorizado por completo. Luego preguntaba a Mamá por las articulaciones de sonidos que definían las entidades inertes que desconocía, y terminó así de darle consistencia y límites al nuevo espacio descubierto, explorado y conquistado.

Más tarde, cuando sus contornos inferiores se volvieron fuertes y obedientes y tenía memorizado al completo lo que la rodeaba, empezó a desplazarse por el mundo con más seguridad. Y en cada intento lo hacía más y más rápido. Era tan excitante...

En cierto momento, sin embargo, mientras correteaba con tranquilidad por los límites que conocía tan bien, se interpuso en su camino una existencia inesperada.

Charni perdió el equilibrio y acabó en la superficie baja del mundo, todo lo larga que era ella, sin poder hacer nada por evitarlo.

Primero sorpresa. Una sorpresa tremenda. ¿Por qué se había interpuesto algo que antes no estaba ahí? ¿Por qué le habían añadido algo nuevo a lo que ya conocía? ¿Por qué? Luego, sintió dolor en varias zonas de su contorno. Un dolor agudo y persistente. Y su respuesta inmediata e instintiva fue producir ruido, mucho ruido, a través de su foco emisor.

—No. No, Charni, no —percibió la riña de Mamá—. Las niñas fuertes no hacen eso.

—Duele... —consiguió articular, incapaz de controlar el ruido por el que estaba siendo reprendida.

—Sí. Lo sé. Y dolerá más veces. Pero debes aprender a soportarlo o de lo contrario podrías empezar a caminar por el mundo con miedo y eso significaría algo muy malo.

Una vez más, a Charni le resultó difícil comprender todas las palabras que Mamá le estaba diciendo mediante sonidos y sensaciones táctiles. Sin embargo, creyó percibir correctamente las implicaciones e intenciones. Así, después de un enorme esfuerzo de voluntad consiguió que su foco emisor de ruido disminuyera la intensidad de este.

—Eso está mejor —la felicitó Mamá—. Y ahora, arriba. Estas dos siempre por delante. —La agarró de los dos recolectores superiores y la obligó a mantenerlos estirados—. Con el tiempo aprenderás a amortiguar el golpe e incluso evitar la caída.

Tampoco comprendió aquello, pero una vez recuperada del susto, de nuevo lista para recorrer el mundo, no le importó demasiado no saber a qué se refería. Ya llegaría el momento.

—Mamá. ¿Medo? —dijo antes de iniciar de nuevo la carrera. Aquella articulación y las implicaciones que había percibido de ella la intrigaban.

—No. Miedo no, Charni. Tienes que ser valiente o no sobrevivirás en este mundo con la dignidad de una ksatrya.

Más articulaciones, más sensaciones táctiles que desconocía. Su pregunta, en realidad, había tenido la intención de pedir una explicación sobre el concepto, pero aún no sabía juntar todas las palabras para expresar correctamente sus intenciones. Aunque una vez de nuevo firme sobre la superficie, dejó de lado su curiosidad por aquella articulación y correteó de nuevo por el mundo. Lo que en esos momentos quería descubrir era de dónde salían aquellas existencias que antes no estaban en el espacio que conocía.

—Mamá. ¿Qué es «ver»?

Mamá se detuvo a mitad del concepto que le estaba transmitiendo a Charni sobre una zona de su contorno. Y es que Mamá insistía en que aprendiera que las palabras no tenían por qué ser forzosamente sonidos. También podían articularse ideas,

conceptos, por medio de sensaciones táctiles. De hecho, las palabras dibujadas sobre distintas partes de su existencia tenían significados más amplios y, en algunos casos, hasta podían imprimir emociones.

—¿Quién ha dicho eso? —le preguntó Mamá con marcado interés en el tono.

—Chaid Khasat. Dijo: «No has visto nada, niña».

La conversación había sido en realidad más extensa, pero Charni decidió que repetir los sonidos empleados era innecesario e irrelevante en esos momentos. Eso sí, se aseguró de emplear la misma tonalidad para transmitir la información de la manera más aproximada posible.

—Oh... Vaya. Él —replicó Mamá con una entonación que Charni no supo definir ni reconocer su implicación.

Chaid Khasat era una existencia peculiar a la que, además, no le gustaba que la llamaran así. Charni tenía que dirigirse a él con la designación «hombre» o «señor». (sobre todo aquella última) y, muy de tanto en tanto, si este estaba de humor, podía llamarlo «Chaid»; lo que rara vez sucedía.

Mamá lo solía llamar «señor Khasat» o «maldito inválido, bueno para nada» cuando él no estaba delante.

A pesar de las implicaciones del último apelativo, lo cierto era que Charni sentía cierta fascinación hacia él. Primero porque aunque las existencias que ella conocía eran de límites distintos, sus contornos eran muy similares entre sí. Sin embargo, los de Chaid Khasat no.

Ella empezaba a sospechar que, por eso mismo, los sonidos que este empleaba, así como su comportamiento, eran tan distintos a los de las demás existencias.

Chaid era torpe. Muy torpe. Se movía por el mundo como si no percibiera los aromas; como si tuviera el tacto atrofiado; como si los sonidos de las cosas no le llegaran; como si no reconociera el mundo o como si lo estuviera sintiendo, percibiendo, por primera vez.

A él tampoco le gustaba que Charni lo envolviera con su contorno para entablar conversación y parecía nervioso o agitado cuando ella le dibujaba palabras en el suyo.

«Apártate, niña. No soy tu osito de peluche», eran los sonidos que utilizaba con frecuencia.

Por otro lado, Charni había comprobado que cada vez que Chaid Khasat chocaba con una entidad inerte, maldecía en voz baja y se ponía de mal humor. Pagaba su torpeza consigo mismo y fingía que no le importaba, aunque algunas veces las risas contenidas de las existencias de aromas dulces, texturas suaves y cálidas y sonidos melódicos lo enfurecían.

«Mujeres», recordó la palabra que Mamá le había dicho que utilizara, sobre todo delante de las existencias que compartían la característica predominante de olores

fuertes y sonidos graves.

«Hombres», se reprendió a sí misma por no haber usado en primer lugar, dentro de su cabeza, aquel sonido que definía a estos últimos.

Sí. Por mucho que ella prefiriera las palabras táctiles que Mamá le había enseñado y que le transmitían un concepto más amplio, tenía que obligarse a utilizar aquellos sonidos, sobre todo en presencia de los... hombres.

Mamá insistía mucho en ello. Los hombres no eran aptos para utilizar el lenguaje que empleaba las texturas de las palabras. Tenían una cosa llamada «orgullo» que no solo les impedía ese tipo de aprendizaje, sino que les hacía reaccionar con cierta violencia o rechazo cuando una mujer trataba de hacérselo entender.

—Hummm... —Mamá emitió la vibración de la duda antes de enfrentar la explicación—. Texturicemos el sonido «ver», ¿sí? —La envolvió aún más con su contorno para poder ayudarse mejor de sonidos y palabras táctiles en su explicación.

»Por lo que las mujeres sabemos, los hombres nacen con un sentido extra aparte de los que nosotras tenemos. Un sentido que les permite obtener mayor información de lo que nos rodea, darle aún más consistencia. Y es ese mismo sentido el que les permite explorar, moverse por el mundo que existe más allá del nuestro. Sin él, no se podría sobrevivir.

—¿Más mundo?

El concepto abrumó a Charni. ¿Más mundos? ¿Era eso posible?

—Sí, Charni. Aún no estás lo bastante desarrollada para conocer los verdaderos límites del nuestro, que es mucho más definido de lo que hasta ahora has percibido. Y es que aparte de este mundo, hay otro, por el que se accede a través de unos espacios concretos del nuestro, y es tan grande, tan grande, que sin ese quinto sentido nos perderíamos en el infinito y jamás podríamos encontrar el camino de regreso a este nuestro hogar.

»Ese espacio ilimitado posee tanta información que, sin el sentido de ver, no lo podríamos entender. De hecho, hasta nuestra existencia lo rechazaría. No podríamos soportarlo. Imagínate algo así, Charni.

»Debemos dar gracias de que los hombres lo tengan, porque solo ellos pueden protegernos de quienes habitan ese extraño mundo.

»Cada vez que he sido capaz de producir a uno de ellos dentro de mí, me he sentido tan feliz... Porque he ayudado a proteger nuestro mundo. Y a ti, hija mía. A ti, a mí y a las que estamos aquí.

Aunque los sonidos y las caricias que acompañaban a la explicación no terminaban de completar los huecos de comprensión de Charni, la idea de que Mamá era capaz de producir hombres para asegurar la supervivencia de mujeres como ella la complacía, sorprendía, fascinaba y abrumaba a partes iguales. Y aun así había un concepto que le resultaba difícil de asimilar.

—Pero... Pero... —empezó a decir—. ¿Más información, cómo?

—No puedo explicarte lo que no sé, Charni. Algunos hombres han tratado de explicarme ese quinto sentido, aunque me cuesta entenderlo. Utilizan palabras como «luz» o «colores», pero jamás han sabido transmitirme el concepto. Lo siento. No te soy de mucha ayuda.

Charni trató de poner todos aquellos conceptos dentro de los límites que comprendía y era capaz de asimilar. Pensar en el concepto ilimitado no era demasiado difícil para ella. Algo en el interior de su existencia le decía que, efectivamente, existía algo más allá de los contornos que en esos momentos conocía. Aun así, si los hombres tenían un quinto sentido...

—Pero Mamá, ¿por qué Chaid Khasat no sabe mover aquí? ¿No ve?

—No, Charni. Ha perdido una extremidad. Y aunque conserva el miembro que permite a los hombres ver, ya no es capaz de hacerlo porque no está completo. Y como ellos solo usan ese sentido porque no les hacen falta los otros para luchar y proteger las entradas a este, cuando lo pierden les resulta difícil vivir en nuestro mundo.

—¿Un miembro para ver?

—Sí. Aquí. —Le indicó en la zona de su contorno donde las extremidades inferiores se unían—. Nosotras no lo tenemos, por eso carecemos de ese sentido, ni podemos vivir en ese mundo.

—Vaya... ¿Como una no?

Era difícil para Charni imaginarse algo así, pero al mismo tiempo era la única explicación a ese quinto sentido. Si su existencia, salvo el contorno superior, era muy parecida a la de los hombres, un recolector extra que les permitía ver era la respuesta lógica, de la misma manera que ella utilizaba sus dos recolectores superiores para sentir.

—Hummm... Algo así —replicó Mamá—. Cuando estés más desarrollada te explicaré cómo usan su miembro en nosotras para que su quinto sentido siga funcionando y sirviéndonos. Ahora quiero que te prepares.

»La próxima jornada es tu primera vez en la escuela y tengo mis esperanzas puestas en ti. Si consigues seguir mis pasos podrás convertirte en reina, como hice yo.

Aunque Mamá le explicó con sonidos y texturas lo que era la escuela, experimentarla por sí misma había sido algo maravilloso.

Como el recorrido realizado hasta llegar a ella, por ejemplo.

Mamá le había dejado bien texturizado que debía percibirlo todo durante el desplazamiento y que la acompañaría hasta que lo memorizara o hasta que Charni misma le pidiera hacerlo sola. Y fue fascinante percibir todos aquellos contornos de texturas hasta entonces desconocidas, el buen número de aromas que le llegaban, los

sonidos que parecían proceder de todas partes, la cantidad de existencias nuevas que se interpusieron en su camino y, en algunas ocasiones, hasta se detuvieron para intercambiar información.

Oh, memorizar el recorrido no iba a ser demasiado complicado, pero aprender a desplazarse con tantas barreras inesperadas iba a ser un gran reto. Una prueba de fuego que, según Mamá, la haría más fuerte, más mujer.

A esto último se le sumaba la cantidad de existencias de características comunes pero de límites de todas clases que había reunidas en la escuela.

Por lo que descubrió más adelante, reunían a las existencias de contornos y límites casi iguales y las llevaban a espacios concretos, separadas de las demás. Y en cada espacio había otra, una mujer con las mismas características que Mamá, que asignaba a las demás, niñas como ella, en localizaciones concretas y... ¡empezaba a explicarles el mundo sin interrupciones y solo con articulaciones de sonidos!

Había tantos y tantos sonidos nuevos que le resultaba difícil asimilarlos todos. Clase, *pitre*, silla, *pañeras*...

También les permitían momentos de descanso en los que las niñas de su clase jugaban y hablaban con ella.

Tener sonidos y palabras táctiles con otras existencias de límites y contornos como los de ella era tan entretenido y fascinante... El intercambio de información era tan elevado, que cuando Mamá la recogía y la llevaba al espacio llamado casa, estaba tan exhausta que no tardaba muchos momentos en irse a su cama a dormir.

Y cada vez que volvía a la escuela aprendía algo nuevo. Muchas cosas en realidad.

La existencia llamada con el sonido *Mestra* era amable y muy paciente con ellas, aunque firme cuando así lo consideraba oportuno. Castigaba la desobediencia o la lentitud de aprendizaje de tal forma que poca seguridad debía tener una niña en sí misma para volver a repetir la falta.

Con el transcurso de los momentos, las *sigturas* de *lengaje* de sonidos, *lengaje* de texturas y *consectos* matemáticos se iban volviendo más complicados. Y de la misma forma se volvían las interacciones con las otras niñas de su clase.

Si bien al principio todas eran como una única existencia, unidas por la necesidad de no sentirse solas, alejadas del tacto de sus respectivas Mamás, no tardaron en formarse pequeños grupos. Primero fue por la cercanía de los *pitres*, pero aquello fue variando conforme se sucedían los descansos. Y de repente, en un momento inesperado, empezó la batalla.

El grupo de *migas* de Charni se redujo, mientras que el de Latha se amplió. El hecho en sí no debería haberle importado, ya que cualquiera era libre para andar por el espacio que quisiera y en compañía de quien quisiera. Sin embargo, la tenía desconcertada. Al fin y al cabo a sus *migas* no les caía bien Latha. Se lo habían

transmitido muchas veces, y aun así... ¿por qué de todos los grupos habían ido a unirse a quien no soportaban?

Charni se lo había comentado a las demás y estas le habían dicho que, sencillamente, eran malas *migas*. Que los conceptos que articulaban con sonidos eran falsos y que seguro que hasta entonces habían estado con ellas para obtener información y transmitírsela a Latha.

¿Por qué?, era lo siguiente que se preguntaba Charni. ¿Qué sentido tenía?

Y cuanto más se lo preguntaba, más absurdo se volvía todo.

En cierto momento, cuando sus *migas* no la sentían, escuchó las palabras de la conversación que estaban teniendo. Hasta lo que pudo captar solo con las articulaciones de sonidos, no estaban hablando bien de Charni. Usaron la palabra «tramposa» para definirla y eso la puso en alerta. Y es que aunque no entendía su significado, la forma que habían usado para expresarla le desagradó.

Sin embargo, como no había sentido todo el intercambio de información, decidió preguntarles para solventar sus dudas. Al fin y al cabo, si algo no les gustaba de Charni, ¿por qué no se lo iban a decir directamente?

La conversación, no obstante, no la satisfizo del todo. Usaron solo sonidos y no texturas sobre su contorno para brindarle una explicación. ¿Acaso no habían sido ellas las que le habían dicho que las buenas *migas* usaban más las texturas que las articulaciones porque los sonidos podían transmitir falsedad, pero el tacto no? ¿Entonces?

Y así fueron pasando los momentos, descanso tras descanso, en los que su grupo se hacía más pequeño y ella se sentía cada vez más desconcertada, triste y, finalmente, sola.

¿Qué había hecho mal? ¿Por qué sus *pañeras* se habían vuelto tan crueles, privándole de la proximidad de sus contornos? ¿Por qué habían preferido unirse a Latha? ¿Por qué las existencias mentían?

De repente, en uno de aquellos descansos, mientras ella se deleitaba con el descubrimiento de un nuevo contorno con un sabor y una textura que no había percibido hasta ese momento, sintió cómo unas cuantas niñas la rodeaban y, por el aroma, reconoció entre ellas a dos de sus antiguas *migas*.

Había pasado tantos descansos en soledad, descubriendo el mundo por su cuenta y memorizando la información para sí misma sin la intención de transmitírsela a nadie, que tal vez por eso su contorno se tensó y sus sentidos se agudizaron ante lo inesperado. Algo no estaba bien.

—¿Qué queréis? —preguntó con seguridad a pesar de lo agitada que se sentía por dentro.

No obtuvo respuesta sonora, pero sí táctil, dolorosa. Pellizcos, estirones, bofetadas, arañazos. ¿Así que por fin se decidían a ser sinceras y emplear un lenguaje

no sonoro, sin mentiras, dejando patente el rechazo que sentían hacia ella, eh? Bien. Pues Charni también tenía algo que decirles.

A pesar de lo que le dolía y le escocía el contorno en esos momentos, empezó a devolverles los conceptos de rechazo y añadió los del odio y la rabia que sentía. Algunas respondieron con quejas de dolor, otras empezaron a usar palabras malsonantes para imprimir más información a sus golpes. Charni, por el contrario, usó solo el lenguaje de las texturas. Los sonidos podían ser falsos, así que no quería que ellas tuvieran duda alguna de lo que les estaba diciendo.

—No seas tonta, Charni —le rugió una de sus ex *migas*—. No contestes. Somos más.

Un dolor agudo en la nariz la dejó medio atontada. Quiso responder, pero su existencia, su contorno, no le obedeció.

Sintió rabia. Mucha. No podía acabar así. Aún tenía cosas que transmitirles, como que podían ser todas las que les diera la gana, pero eso no les daba derecho a imponerle nada o a humillarla o acallarla. Ella no tenía nada que ocultar. Ellas habían sido las falsas.

Y entonces, para su sorpresa, dejaron de golpearla y empezaron a chillar histéricas.

Percibió cómo se separaban de ella de manera brusca. Como si algo o... alguien las estuviera empujando. Escuchó extraños sonidos producidos por sus existencias.

Poco después se alejaban corriendo, asustadas y lloriqueando.

Charni, a pesar de la desorientación que aún sentía, separó las extremidades inferiores y estiró las superiores, preparada para un nuevo encuentro.

—Tranquila —escuchó la voz de una niña que no reconocía—. Voy a presentarme, ¿vale?

Aunque no muy segura, Charni permitió que la niña se le acercara y que poco a poco la fuera envolviendo con su propio contorno. Luego aspiró su aroma, utilizó sus *nos* para percibir su contorno y dejó que esta le hiciera a ella lo mismo.

—Soy Deva —terminó de presentarse.

—Soy Charni.

—Lo sé.

—¿Por qué...?

—Otra vez —la interrumpió—, lleva algo así cuando los descansos —dijo guiándola con una de sus *nos* para que percibiera lo que sujetaba en la otra—. A veces ayuda en la comunicación.

»Yo lo llamo “palosuave”. Una niña grande lo llamó “tubería”. Pero me gusta cómo suena lo mío. Tiene más textura, más significado.

—¿Por qué te has metido en la comunicación?

—Porque no me gustan esas niñas. Hacen lo que Latha dice o creen que Latha

quiere. Son falsas y cobardes. No tienen sonalidad.

—¿Sonalidad? ¿Qué es eso?

—Pues... Cuando eres bediente sin miedo.

Charni se quedó en silencio, sopesando las implicaciones de la definición.

—Yo soy bediente —replicó—. Mamá dice que debo ser bediente. También dice que no debo tener miedo. Hummm... Entonces yo tengo sonalidad, ¿no?

—Yo creo que sí. Bedeces a las sonas grandes porque está bien. Pero no bedeces a Latha porque no le tienes miedo. Las otras sí tienen.

»Mi Mamá dice que no se bedece al tuntún. Solo a las sonas que cuidan de ti, aunque a veces duela.

»Latha te tiene celos, por eso te hace daño. Pero no lo hace ella en verdad. Se lo dice a las otras niñas. Y Mamá dice que eso es de cobardes.

—Ella no me tiene celos... ¿Qué es celos?

—Celos es... cuando una niña tiene miedo de otra niña con sonalidad.

Charni se quedó un buen rato sin moverse, sin acariciar a Deva para formar palabras y completar las ideas con sonidos. Aquello no parecía tener mucho sentido. Aunque Mamá le había dicho que no debía tener miedo, que era malo, siempre pensó que se refería a caminar con demasiado cuidado para evitar el dolor físico, o a quedarse en un espacio infinito sin poder oler, oír, saborear o sentir nada, por ejemplo. Pero... ¿miedo a una existencia? ¿Cómo?

De repente, Deva le apretó el contorno utilizando el suyo propio. Le estaba preguntando en qué estaba pensando.

¿Y qué pensaba? Pues que le gustaba esta nueva *pañera*, que sabía muchas palabras que ella desconocía y que... usaba más el tacto que los sonidos. Y estos últimos no sonaban falsos.

—¿Migas? —articuló Charni.

—Amigas —le transmitió Deva sobre su contorno.

Los círculos iban pasando con tranquilidad, sin prisa. La cabeza de Charni llegaba ya a la altura del hombro de su madre y hasta sus contornos empezaban a parecerse a los de esta.

El mundo que la rodeaba estaba cada vez más limitado, más definido, y en su cabeza había un montón de palabras y conceptos que lo describían.

Por supuesto era consciente de que aún era demasiado joven para conocer todas las palabras, tanto las que se decían en voz alta como las que se dibujaban sobre la piel, pero aunque a veces todo eran prisas (por saber más, por crecer más rápido, por conocer más espacios y recintos...), atendía con calma a los consejos de su madre. Como cuando le decía que... no tuviera prisa por crecer y que la paciencia era una gran virtud entre las ksatryas.

No entendía muy bien lo último, pero percibía que era algo importante por el tono aleccionador con el que imprimía las palabras, sobre todo las táctiles. Así que cuando se impacientaba en la escuela porque alguna de sus compañeras fuera más atrasada en las clases y retrasara el ritmo de las lecciones o porque la maestra eludiera alguna de sus preguntas (cuando no lo zanjaba directamente diciendo que eso lo estudiaría en el siguiente curso), con un esfuerzo de contención recordaba el consejo de su madre: paciencia.

Cierto era que en algunas ocasiones había comprobado el poder de la paciencia. En los últimos años, por ejemplo, había aprendido que no a todas las niñas les gustaba saber que había otras más listas que ellas. Y que lo supieran, en vez de motivarlas para querer aprender y ponerse a la altura de las demás, provocaba una respuesta violenta hacia las que eran listas.

Así que aunque al principio siempre decía su nombre en voz alta la primera, para responder a las preguntas que hacía la maestra, aprendió a esperar a que las demás lo intentaran por mucho que se muriera de ganas por contestar cuando el silencio se hacía eterno.

Tampoco era correcto decir que te gustaba algo cuando a la gran mayoría no. O más concretamente, podías decirlo pero no hacer alarde, sobre todo en el caso de que no fuera porque a las otras no les gustara, sino porque se les daba mal. Como sucedía con las matemáticas.

A Charni le encantaban las matemáticas tanto como le fascinaba conocer palabras nuevas y combinarlas de manera correcta para dar la máxima información con el mínimo de ellas. Y es que era como si las matemáticas dieran consistencia, propiedades físicas, a conceptos en principio intangibles o imaginarios como era el caso de la música o el tiempo.

Ah, el tiempo. Era tan etéreo y tan útil a la vez... Y lo que más tenía anonadada a Charni era que se podía medir el transcurso de los momentos dependiendo de si se tenía el sentido de ver o no. Y ellas debían conocer tanto los nombres como sus equivalencias para que hombres y mujeres pudieran entenderse en el caso de que se produjera algún intercambio de información.

Las ksatryas, por ejemplo, medían el tiempo por los ciclos biológicos y la llegada de suministros. El primero requería entrenar muchísimo el cuerpo, mientras que el segundo no requería demasiada atención.

La unidad de tiempo básica del ciclo biológico era el hambre y el sueño, y sus complementarias el agua y la orina. Por otro lado, la unidad básica de los suministros era la alarma.

La alarma correspondía a un período muy largo, el sueño a uno medio-largo, el hambre a uno medio, y al agua podía dársele el valor de las dos anteriores o uno corto, a voluntad de quien la tomara. Eso sí, un cuerpo perfectamente entrenado,

junto a un dominio de las matemáticas, permitía que una no tuviera que esperar a la segunda orina para hacer la siguiente toma y estar sedienta durante demasiados momentos para completar una unidad de tiempo.

Una jornada, por otro lado, equivalía a cinco hambres y un sueño. Asimismo, una alarma correspondía a una media aproximada de treinta y seis hambres y siete sueños en el intervalo de las abundancias y el doble en el de la escasez. Y un círculo sería el comprendido al completar los dos intervalos anteriores.

Los ksatryas, sin embargo, medían el tiempo por lo que veían. Utilizaban las palabras día, noche, año... y aunque tenían hambre, sueño y sed, no necesitaban entrenar su cuerpo para medir el tiempo, porque aunque en algún momento, por lo que fuera, no pudieran ver, tenían unos objetos llamados relojes que les permitían incluso fragmentar el tiempo en intervalos más pequeños como las horas, los minutos y los segundos.

Oh, sí, el tiempo. Tan ligado al cuerpo y a la vida misma, tan relativo y tan tangible cuando se estudiaba desde la perspectiva de las matemáticas...

A veces Charni se preguntaba si acaso no sería posible aplicarlas a cualquier cosa aparte de a sumar, restar, multiplicar y dividir. Tal vez para darle consistencia al mundo de la misma manera que lo hacía con el tiempo.

En alguna ocasión que otra hablaba con Deva sobre aquel asunto. Su amiga, de vocabulario amplio y comunicación «contundente», sobre todo con las niñas que se andaban con tonterías, la devolvía a la realidad con rapidez.

—Estoy segura, Charni, pero primero aprendes a arrastrarte y luego a caminar. Por eso nos enseñan primero a sobrevivir sin ayuda. Ya habrá tiempo para pensar sobre el olor del mundo.

Cierto. Cada vez dependía menos de su madre para hacer las tareas de manera eficiente, y aun así...

Las asignaturas de matemáticas, lenguaje, lenguaje de los hombres, modelado de escritura, música, cocina y atléticas eran muy satisfactorias. Pero las de ordenar y limpiar, coser y patronar eran un tedio insufrible. Es más, la de coser y patronar era especialmente una tortura.

Podía entender lo de aprender a hacer remiendos o saber cómo añadir retales o ajustar la ropa para que esta les sirviera mientras sus cuerpos se iban desarrollando círculo a círculo. Comprendía incluso que coser bien era básico para la asignatura del próximo curso en la que le enseñarían a bordar palabras y texturas que les facilitara aún más reconocerse entre ellas. Sí. Muy bien. Pero lo que no acababa de asimilar era que, si siempre hacía la misma temperatura, ¿por qué debía aprender a confeccionar prendas de vestir enormes y pesadas con telas duras y acolchadas que le destrozaban los dedos y las muñecas? ¡Si ni siquiera las iban a usar!

—Ya —suspiró al borde de la derrota—. Ya lo sé, Deva. Como dice mi madre,

debería ser paciente. Y vale, por lo que escuché hace seis alarmas, dentro de dos cursos tendremos asignaturas sobre el mundo de los hombres que me sonaron interesantes. Eran algo así como basajes, el lenguaje de las lágrimas y vidumbre. Pero bueno, también limpiar sonaba muy bien cuando lo explicó la maestra la primera jornada, ¿recuerdas? Eso de conocer y diferenciar texturas limpias y sucias, seguras o enfermosas... pero al final resultó aburrido. Si no está liso o igual o te hace estornudar es que hay que limpiar. Siempre igual. Siempre igual. Pues vaya cosa.

—Lo percibes demasiado, Charni. Te lo repito. Primero te arrastras, luego caminas. Primero percibes y luego lo juntas todo para saber qué es. Así lo hemos hecho siempre. Así fue como destruimos a Latha el círculo pasado. Conseguimos herirla muchas veces antes, pero le dimos el golpe final cuando supimos dónde estaba su grieta.

—Sí, pero nos llevó muchos círculos y muchos tratos conseguirlo.

—Charni, paciencia. ¿Qué te dice tu madre? Paciencia. Una mujer de verdad no tiene prisa. Percibe, suma, piensa. Entonces, cuando conoce y memoriza los límites, se mueve con seguridad.

»Si vas a ser reina tendrás que...

—No. No, no, Deva. Yo no seré reina.

Una vez más su amiga desviaba la conversación hacia aquel asunto. Un tema que a Charni le hacía sentir como si le pesara el cuerpo, como si soportara una carga que ni sabía de dónde le había venido, ni dónde estaba para quitársela de encima.

Siempre igual. No le gustaba nada.

Todo el mundo asumía que ese iba a ser su destino, que había venido al mundo con ese fin. Y después de mucho tiempo supo que ese supuesto fue el origen que había generado el conflicto con Latha, porque esta última sentía que a Charni se lo estaban dando todo hecho y que a ella no le iban a dar la oportunidad de ni siquiera intentarlo. ¿Por qué las personas asumían sin preguntar que su deseo era ser reina cuando en ningún momento ella había dicho que esa era su intención?

—Para empezar, Deva, no puedo hacer lo que mi madre hace. ¿Articular las palabras para que aun siendo falsas suenen verdaderas y que el lenguaje de su cuerpo no mienta en la conversación? Yo no sé hacer algo así.

—No es cierto. Sí sabes. Lo que pasa es que no te gusta mentir. Por eso tantas niñas se nos juntan ahora. Porque lo perciben de verdad. Y por eso serás reina.

—Pero no es suficiente. Mi madre ha producido a muchos hombres y es por eso que se ganó el título de reina. Porque ha aumentado nuestra seguridad en este mundo más que otras madres. Yo ya he vivido once círculos y aún no he producido ninguno.

—Tampoco Latha o yo o las demás niñas. Aún no has perdido.

Charni resopló. ¿Por qué Deva insistía en no hacerle caso? ¿Por qué tenía esa confianza en ella? ¿Por qué decía que no había perdido cuando ella no sentía que

estuviera compitiendo?

—Vale, Charni. Ya siento que te estás enfadando. No hablaré más. Pero que sepas que cuando pase lo que tenga que pasar, yo estaré a tu lado. Ayudándote con palosuave cuando haga falta, ¿sí?

Charni acarició con un dedo la palma de Deva para transmitirle que el comentario la había satisfecho. Y, de repente, sintió un pinchazo y luego un dolor leve pero constante por debajo de su ombligo. Apretó los dientes y se maldijo a sí misma.

¿Cómo era posible? Habían pasado ya tres hambres. Desde hacía algo más de tres círculos había conseguido entrenar su cuerpo para que vaciara sólido antes de la segunda hambre; nunca en la tercera o pasada esta. ¿Entonces?

—¿Qué pasa? —le preguntó Deva al percibir la tensión en Charni.

—Nada, no te preocupes. Voy a irme a casa.

—Vale. ¿Palpará la mano?

—Bien. ¿Cuándo?

—No sé. ¿Dentro de una orina?

—Mmm... Mejor un agua.

—De acuerdo. Pero tengo que estar en casa antes de la cuarta hambre.

—Sí, sí. Yo también. Palpará la mano.

—Palpará.

Cuando Charni llegó a casa encontró a su madre atendiendo su obligación de reina. Con treinta y seis círculos de vida, sus contornos ya no servían para ayudar a los hombres a ver, por lo que disponía de más tiempo para organizar, ayudar y aconsejar a las demás mujeres.

Decidió esperar a que la reunión terminara para saludarla como era debido. Mientras tanto buscó a su hermanita de cuatro círculos. La última producción que su madre había realizado antes de que los hombres le hicieran sentir que el contorno de sus pechos y las estrías alrededor de su tripa y caderas dificultaban que su órgano para ver se sintiera satisfecho.

—Hablad texturado —escuchó la orden de su madre a las que le estaban cuchicheando—. ¿Qué me estáis pidiendo exactamente que haga?

—Nos gustaría que hicieras entrar en razón a Chaid Khasat. Insiste en que le ayudemos a ver cuando está más que texturizado que ya no puede.

—No es nada nuevo —replicó su madre con un bufido—. Los hombres son como niñas. Necesitan estar compartiendo información con su madre con frecuencia para adaptarse a este mundo. Chaid Khasat además está incompleto y, al igual que los que son como él, siente rabia y miedo porque jamás volverá a percibir como antes.

»Es nuestro deber calmar de tanto en tanto sus miedos, aunque sepamos que nuestros cuerpos, por mucho que se esfuercen, jamás podrán devolverles la vista. Así

que no siento la urgencia de hacerle entrar en razón, como parece sugerir tu tono.

—Pero ya han pasado siete círculos y no parece dispuesto a admitir que nosotras no podemos ayudarle a ver cómo lo hacíamos antes de que fuera inválido. Otros no tardan tanto. Sin embargo, la frecuencia con la que él exige nuestra atención no mengua.

»Kesha, no podemos permitir que siga volcando información en nosotras de esa forma. Un hombre que se volvió inválido tan pronto significa que es débil y, por tanto, no puede ayudarnos a producir guardianes fuertes. Los ancianos sí, él no.

—Bueno, para eso están las sosegadoras. Para calmarlos sin miedo a que su información se desarrolle en ellas y produzcan hombres débiles.

—Kesha... —intervino una segunda mujer con un carraspeo para hacer patente su presencia—. Ese no es el único problema.

—Pues texturad para que os entienda y pueda ayudaros como es debido —empezó a impacientarse su madre.

—Palparás conmigo, Kesha. Como de costumbre, intentamos que haya el mayor número de sosegadoras en la casa de los inválidos para que les resulte difícil conseguir que una mujer produzca un hombre débil. Chaid Khasat, sin embargo, no se tranquiliza con las que les enviamos para que no se mueran de hambre ni enfermen por la suciedad. Ha empezado a entrar en las casas ajenas y a exigir de forma cada vez más violenta que le ayuden a ver.

El silencio cubrió por completo los límites de la casa. Ni siquiera se oía la respiración de las presentes. Charni captó cómo su hermana se apretujaba aún más contra su pecho para percibirla mejor y no sentirse sola en un mundo que para la pequeña debía parecerle ilimitado y aterrador.

—¿Violenta, cómo? —preguntó su madre en un tono casi gélido—. Algunos hombres son muy impetuosos a la hora de exigir la satisfacción de su miembro. Todas hemos probado en alguna ocasión un volcado de información doloroso. Así que, texturiza. ¿Violenta en qué sentido?

—Algunas veces las abofetea, otras las aplasta contra la pared y les retuerce un brazo. Una incluso me dejó sentir la marca de los dientes en su hombro.

El silencio que siguió a las últimas palabras resultó pesado, asfixiante. Charni creyó sentir cómo el corazón se encogía dentro de su pecho. Lo que acababa de escuchar no solo le pareció inconcebible, sino aberrante.

Un hombre jamás golpeaba o hería a una mujer. Jamás. Existían para protegerlas y ellas, a cambio de esa protección, les ayudaban a ver para poder guardar los accesos que comunicaban con el otro mundo de manera eficaz. Así había sido desde siempre.

—Bien —interrumpió su madre el tupido silencio—. Antes de hacerle entrar en razón, hablaré primero con Qjem y le explicaré la situación que me habéis descrito. No creo que el anciano se quede de brazos cruzados cuando descubra a qué se dedica

uno de los hombres que tiene a su cargo.

»Mientras tanto, reubicad a las mujeres. Que las sosegadoras ocupen las casas en las que ese maldito inválido ha entrado, y aseguraos de que ninguna de las que ayudan en la de él hable. Los hombres son peores que niñas de dos círculos. Incapaces de diferenciar a una mujer de otra si no pueden verla u oírla con frecuencia.

—Así lo haremos, Kesha —replicaron todas al unísono.

Su madre dio tres palmadas rápidas para indicar que la reunión había terminado y que podían marcharse. Luego esperó con paciencia a que las mujeres le respondieran con otras tres palmadas para hacerle saber que habían alcanzado la salida y que se disponían a abandonar la casa.

Una vez solas, llamó a Charni para que le diera el saludo que no pudo realizar al entrar.

—¿Qué tal la escuela? —le preguntó mientras le acariciaba la espalda para dar por concluido el abrazo y el reconocimiento del aroma.

—Bien. Como siempre.

—¿Has aprendido algo nuevo?

—Nada demasiado interesante.

—¿Y qué habría sido interesante para ti?

—No sé. Algo que no fuera destrozarme los dedos cosiendo, por ejemplo.

—Pues menuda mujer estás hecha si te quejas por cualquier cosa que duela —replicó como una riña cariñosa en realidad.

—Jo, mamá, no es eso. Es que... Auh... —No pudo evitar gemir en respuesta al pinchazo que sintió por debajo de su ombligo.

—Venga, no será para tanto. Indícame dónde te duele.

Charni cogió la mano de su madre y la guió hasta el foco del dolor.

—¿Has orinado ya? —le preguntó en un tono inesperadamente serio mientras la palpaba.

—Lo acabo de hacer.

—¿Y te tocaba hacerlo? —Colocó con suavidad la mano en la entrepierna de Charni—. Estás húmeda.

—Me limpié bien con el trapo de la orina. Te lo juro, mamá —exclamó avergonzada.

Pero su madre no parecía escucharla. Bajó la cabeza, colocó la nariz cerca de su entrepierna y aspiró.

—De verdad, mamá. No sé qué me ha pasado. He tomado las aguas cuando tocaba y calculé la misma cantidad. No me riñas por ser como una niña de dos círculos, por favor.

—No, Charni. Ya no eres una niña. Tu tiempo interior se ha adelantado.

Su tiempo interior se había adelantado, pero según su madre eso no era algo malo. Inesperado, pero no inusual. Hasta podía ser una buena señal.

Tal vez dentro de medio círculo, cuando su cuerpo se adaptara al cambio, Charni sería capaz de incorporar una nueva unidad de medida: la sangre. Un ciclo biológico común a todas las mujeres, pero personal y único. Es decir, aunque podría dividir un círculo en sangres, el inicio de cada unidad no tenía por qué coincidir con el inicio del de otra mujer. Era su tiempo interior y el de nadie más. Sin embargo, debía tomársela como unidad orientativa. Y es que aunque el sangrado solía producirse cada veintiocho jornadas, al igual que los intervalos de escasez y abundancia, podía adelantarse o retrasarse.

En el primer caso no era excesivamente malo. Desconcertante, inconveniente tal vez, pero no malo. En el segundo se debía prestar especial atención al número de jornadas transcurridas en el caso de que un hombre hubiera efectuado un volcado de información en jornadas o alarmas previas.

Porque a Charni ya no la podían llamar niña, sino joven. Y cuando tuviera lugar el rito de iniciación se ganaría el derecho a ser considerada ksatrya, dado que al fin sería una mujer completa al servicio del mundo y las que lo habitaban.

Aunque aún era pronto. Su cuerpo no estaba lo suficientemente desarrollado para el ritual y podría resultar mortal para ella. No obstante, su madre tenía muchas esperanzas. Ella había producido a su primer hombre con trece círculos. Si Charni lo conseguía con doce, sin duda sería un claro indicio, casi indiscutible, de que merecía sucederla como reina.

Una vez más, aquella obsesión. Esa carga invisible pero tremendamente pesada sobre su cuerpo. ¿Por qué su madre tenía tanto interés por que ella fuera reina? ¿Qué tenía de bueno serlo salvo disponer de una casa para ellas solas y ayudantes que les evitaban las tediosas faenas de limpiar, lavar o cocinar? Todo lo demás eran responsabilidades y más responsabilidades. Un peso constante sobre sus hombros y la cabeza siempre ocupada en los asuntos de otras.

Charni, sin embargo, nunca le había dicho aquello a su madre. Por alguna razón sentía que la decepcionaría tanto que la partiría en dos. Así que, como siempre, aceptó lo que esta le dijo y le organizó, e intentó convencerse en el proceso de que todo lo hacía por su bien. Nunca había sido de otra manera.

Y allí estaba Charni asistiendo a asignaturas extras en una clase de cinco jóvenes más que, como a ella, se les había adelantado el tiempo interior.

Era, sin duda, una clase especial donde, para empezar, no había ni sillas ni pupitres, sino que se situaban, bien sentadas, bien tumbadas, sobre colchonetas, sábanas y cojines colocados en el suelo. La maestra, siempre sentada en medio de todas ellas, les hablaba con mucha calma y en un tono suave y relajante. Nunca se

enfadaba cuando alguna no entendía algo y tenía una paciencia infinita que a Charni le parecía admirable. Y es que, según la maestra, no había ninguna prisa aunque sus cuerpos la tuvieran. Lo importante era que comprendieran el porqué de las cosas.

Así, en las primeras alarmas, pasó aguas y aguas explicándoles lo que iba a significar para ellas el tiempo interior, cómo reconocer los síntomas que se producían antes del sangrado, las molestias que podrían sentir las primeras jornadas, los cambios de humor que iban a experimentar y cómo afrontarlos, la manera de sentirse limpias a pesar de todas las incomodidades, e incluso consiguió tranquilizarlas cuando les explicó que sus orinas podrían verse descompensadas.

En la última alarma habían empezado a combinar la teoría con la práctica, como por ejemplo, saber cuándo debían cambiarse el paño de la sangre o de qué materiales debía estar hecho el contenedor de los sucios para evitar malos olores por un lado, y que no molestara en el cinto ni produjera demasiado ruido, por otro, al chocar con el recipiente de la orina.

Para la próxima alarma, cuando ya tuvieran hecho su contenedor, empezaría las lecciones sobre el propio cuerpo, en las que les enseñaría a explorarse para reconocer los cambios, así como las zonas especialmente sensibles.

Oh, se moría de ganas por explicarle todas aquellas cosas a Deva. Sin embargo, la maestra les insistía a menudo que no era buena idea aleccionar a niñas, dado que sus cuerpos no estaban ni preparados ni predispuestos a recibir las enseñanzas y que a la larga era peor, porque llegado el momento podían producirse rechazos y traumas. Y aunque Charni no entendió muy bien el concepto al que hacía referencia aquella última palabra, percibió que sus connotaciones no eran buenas, así que no tuvo más remedio que armarse de paciencia y callar.

Era difícil, y más teniendo en cuenta que, dado el tiempo que le consumían las asignaturas extras, apenas podían quedar para sentirse. Así que las pocas veces que podían, estaba tan contenta por el reencuentro que no dejaba de hablar y hablar. Y es que aunque ella era joven y su amiga una niña... seguía siendo Deva, a la que hasta hacía unas alarmas podía contarle cualquier cosa.

Y en la cuarta hambre de aquella jornada, cuando Latha se interpuso en su camino de regreso a casa, echó terriblemente de menos la presencia reconfortante y... contundente de Deva.

—Vaya, vaya, a quién tenemos por aquí... A la *joven* Charni, nada menos.

Charni, tras el respingo causado por el encontronazo, intentó relajar el cuerpo para no parecer tan alerta como realmente estaba.

Latha era peligrosa y sobre todo muy hiriente cuando había más niñas junto a ella. Algo que, por otro lado, era bastante frecuente. Aunque su séquito se había reducido en el último círculo, le bastaba con ir acompañada de una niña para no morderse la lengua. Y es que Latha evitaba utilizar siempre que podía la textura de las palabras, a

pesar de las dificultades que había demostrado tener a lo largo de los círculos para aprender vocabulario de sonidos nuevos.

En aquella ocasión, sin embargo, fue desconcertante no sentir la presencia de otras. ¿Qué estaba pasando? ¿Estaría relacionado con el hecho de que Charni era joven mientras que Latha seguía siendo una niña? ¿Sería posible que, dada la diferencia, esta no quisiera que la percibieran acosando a una persona mayor? Interesante...

—¿Qué quieres, Latha?

—Menudo tono. ¿Ya se te ha subido tan pronto la juventud a la cabeza que te molesta hablar con una niña? ¿O es que por fin te has decidido a texturizarte como realmente eres, eh? A mí no me engañas. Eres tan falsa como tu madre.

Charni suspiró cansada. No, no iba a entrar en su juego, aunque...

—Por supuesto, Latha. Solo una maestra del engaño como tú sería capaz de descubrir a una simple aprendiz como yo. Qué tonta he sido por intentarlo.

—Búrlate lo que quieras ahora que te dejo porque no nos percibe nadie, pero te voy a texturizar muy bien una cosa. Puede que ya seas joven, pero nunca permitiré que llegues a ser reina. Llevas la información de la locura en tu sangre y no te dejaré que nos arrastres a todas con ella.

—¿De qué estás hablando?

—No te hagas la tonta. Mi madre me contó lo de tu hermana.

—¿Qué sabrás tú de mi hermana pequeña que ni siquiera ha salido de casa aún?

—No esa hermana, estúpida. Hablo de tu hermana la loca. A la que desterraron de este mundo para que sufriera el tormento del mundo ilimitado y mortal por traicionar a las ksatryas.

—Sigo sin saber de qué me estás hablando. Solo tengo una hermana.

—¿En serio? —Se acercó tanto a ella que la nariz de Charni quedó inundada por el aliento de Latha. La sintió tan cerca que percibió a la perfección la amenaza y el desprecio como nunca antes lo había sentido en su enemiga—. ¿Quieres hacerme creer que no sabes nada? ¿Que estás convencida de que tú has sido la primera niña que produjo tu madre? Ja. Puede que ella fuera la que dictó sentencia y acalló así todas las protestas hasta el punto de que las demás ni siquiera lo comentan con otras en la intimidad, pero me niego a creer que no te ha advertido de la información que llevas dentro. Que no te hablara de tu hermana la loca, ni de la que se quitó la vida cuando produjo dos aberraciones. Te lo he dicho, a mí no me engañas. No puedes engañarme.

»Advertida quedas, Charni. Tal vez yo no acabe siendo reina, pero no voy a ponértelo fácil para que tú lo seas. Por el bien de las ksatryas, haré todo lo que esté en mi mano para impedirte.

Por fin Latha se separó de ella y se marchó sin añadir nada más. Charni, clavada

en el suelo, agradeció que su enemiga, ahora declarada, prefiriera los sonidos a las texturas o habría notado las lágrimas que resbalaban por sus mejillas.

Pero ¿por qué le habían dolido tanto sus mentiras? ¿Por qué su cuerpo había reaccionado a la rabia de esa manera en vez de hacer como Deva y mostrarle su rechazo con contundencia? Y lo más importante: ¿por qué seguía sintiéndose tan molesta y desconcertada a pesar de que ya no percibía la presencia de Latha?

Se limpió la cara, recuperó la dignidad, y retomó el camino de regreso a casa mientras su cabeza no dejaba de darle vueltas a todas aquellas mentiras que insistían en cobrar una importancia que no tenían. Imposible.

Al llegar a la entrada de su casa se chocó, inesperadamente, con la espalda de un hombre. Porque era imposible que se tratara de una mujer. No solo por su envergadura, su aroma, el sonido que producía como si arrastrara los pies sin hacerlo en realidad... sino, sobre todo, por el hecho de que se había *chocado* con él.

Las mujeres aprendían desde pequeñas a caminar por el mundo con seguridad, sí, pero también con delicadeza. Como si fluyeran por el vasto espacio que rodeaba su existencia.

Por supuesto había encontronazos de tanto en tanto, algún golpe ocasional, pero no como si chocaran contra un muro, que era lo más parecido a lo que pasaba cuando se topaban con un hombre. Se quedaban quietos, agarrotados, afianzando los pies en el suelo como si su vida dependiera de ello, en vez de acomodarse al golpe y dejarse llevar.

—Disculpa —dijo Charni inmediatamente.

Si algo le había enseñado su madre era que siempre, siempre, debía ser la primera en disculparse cuando chocaba contra un hombre y, si era necesario, asumir la culpa. De otra forma sería recordarles que habían perdido la vista y que jamás podrían volver al otro mundo, y eso a ellos no les gustaba.

Además, los hombres tenían un sentimiento llamado orgullo que se activaba con cierta facilidad cuando estaban cerca de mujeres que les hicieran sentirse débiles o estúpidos de alguna manera, por muy absurdos que fueran los motivos para ellas.

—¿Entras o sales? —preguntó seguidamente.

Por supuesto que el hombre tenía intención de entrar, pero una forma de mitigar el orgullo, por ejemplo tras un choque como aquel, era hacerles creer que se sentían tan perdidas como ellos o más.

Charni a veces se preguntaba por qué esa sensación de peligro cuando se hablaba del orgullo de los hombres, pero algo dentro de ella le decía que mejor no lo averiguara jamás.

—Entro, entro —respondió él con presteza.

Por el sonido que producían sus pies al caminar y lo poco que pudo percibir al

tocar su piel, Charni estaba segura de que se trataba de uno de los hombres a los que llamaban ancianos. Aquello, unido al peculiar aroma que desprendía y el sonido de su voz, hizo que le resultara familiar.

—Entonces —añadió Charni para rematar la estrategia de calmar ese sentimiento llamado orgullo y reforzar al mismo tiempo su confianza—, si no te importa, iré detrás de ti —dijo colocando su mano en la espalda del anciano como si le hiciera falta para caminar segura por su propia casa.

—Claro —exclamó utilizando aquella palabra extraña que tanto les gustaba utilizar a los hombres—. No te separes de mí.

Charni sintió cómo la espalda del anciano se ponía recta, tensa, como si estuviera en guardia, como si protegiera lo más valioso de aquel mundo. Y aquello, a pesar de la ironía y la falsedad, le reportó alegría y una extraña sensación de... seguridad.

Puede que los hombres que se quedaban ciegos fueran torpes, inútiles en aquel mundo, pero cuando no estaban molestos por cualquier tontería conseguían transmitir sensaciones placenteras como solo ellos sabían hacer. Emociones que ni siquiera su madre, tan protectora como era a veces, le conseguía brindar.

—¿Kesha? —preguntó él algo inseguro—. Kesha.

Charni sintió compasión por el anciano. Por supuesto que su madre estaba en casa. Era la reina, dónde iba a estar si no. ¿De verdad no percibía el ruido o que la mezcla de olores en un recinto cerrado era más intensa cuando había presencias en ella?

Sacudió la cabeza. No quería pensar en eso. Aunque era incapaz de entender cómo funcionaba el quinto sentido de los hombres y lo que debía suponer para ellos perderlo, la sola idea de que a ella le pasara algo parecido con alguno de los cuatro que tenía la aterraba.

—¿Qjem? —respondió su madre también con inseguridad—. ¿Eres tú?

—Sí, soy yo.

—Vaya, lo siento. No te esperaba tan pronto. Pasa, pasa.

Menudo cúmulo de falsedades en un momento. ¿Cómo conseguía su madre que le saliera tan natural, tan «soy tan torpe y tonta»?

Para empezar, si lo había llamado por el nombre es que lo había reconocido. De otro modo le habría preguntado «¿quién eres?» o directamente habría dicho «identifícate» en el caso de que la visita fuera una mujer. No había duda de que estaba utilizando la misma fórmula que Charni para no hacerle sentir vulnerable ni despertar su orgullo.

Y respecto a la segunda falsedad, ella había percibido la impaciencia de su madre dos jornadas después de que las otras mujeres le relataran lo de Chaid Khasat. ¡Por favor, llevaba alarmas esperando a aquel hombre! ¿Cómo podía su voz sonar tan tranquila y distraída? Y Charni sabía que se trataba de ese anciano en concreto porque

le había oído pronunciar (y maldecir) el nombre de Qjem muchas veces.

—Madre —usó el apelativo que debía emplear cuando tenían lugar las visitas—, ya estoy en casa.

—Oh, hija mía. Ven aquí. Saluda a tu madre.

Curioso.

De normal debía esperar a que las visitas se fueran, pero con aquel gesto no solo le indicaba que quería que estuviera presente, sino que tras el saludo le escribió en la piel que se quedara. Charni supuso que lo hacía porque el hombre no repararía en su presencia.

Increíble.

Lo había percibido muchas veces, lo acababa de percibir hacía unos momentos, y aun así no podía dejar de sorprenderse. ¿Cómo era posible, de verdad, que los hombres no fueran capaces de captar más de una presencia en la habitación a menos que ellas hicieran algún ruido lo suficientemente fuerte para que hasta su hermana en el otro cuarto lo captara?

—Perdóname, Qjem, por no atenderte de inmediato, pero necesito sentir a mi hija y asegurarme de que está bien. Siéntate donde quieras, por favor. Es tu casa, ya lo sabes.

—Prefiero seguir de pie —dijo mientras intentaba localizar la voz de Kesha para estar lo más cerca posible de ella—. Y no te preocupes por eso. Ya he observado que a las mujeres os encanta abrazaros. Además estamos hablando de tu hija. Así que tómate tu tiempo.

Observar, otra palabra muy utilizada por ellos. ¿Cuándo la grieta le iban a enseñar el lenguaje de los hombres y no solo las palabras que ambos compartían?

Su madre le escribió en la piel que permaneciera callada y sin hacer ruido alguno. Acto seguido se dirigió al anciano:

—Gracias, Qjem. Pero por favor, dime si lo que te trae por aquí es una solución a lo que te comenté.

—Para empezar, Kesha, quiero dejar claro que jamás me tomaría algo así a la ligera. Un ksatrya no solo es fiel a su código, sino que protege a sus mujeres, porque sois débiles, vulnerables, pero también valiosas.

Charni sintió cómo el corazón se le aceleraba y la cara se le acaloraba. ¿Débiles? ¿Débiles? ¿Desde cuándo? ¿Acaso no era gracias a ellas que los hombres que vivían en este mundo no morían de hambre, ni enfermaban, ni se volvían locos? Eran incapaces de valerse por sí mismos y aprender a cocinar, lavar, limpiar o sencillamente caminar por el mundo sin romper las cosas que encontraban a su paso. Solo sabían hablar a voces, pelear y volcar información con frecuencia como si fueran niñas de dos círculos temerosas de estar separadas de su madre mucho tiempo. ¿Por qué, maldita la estría, su madre no le llevaba la contraria?

Esta percibió de inmediato la tensión de su hija y con una caricia le pidió que se calmara.

—Un ksatrya que quebranta esa regla —prosiguió Qjem con su discurso— no solo no es un hombre, sino que es peor que un animal, y nosotros no lo toleramos. Imagínate lo difícil que resulta para alguien como yo creer que uno de los nuestros es capaz de algo así.

»No es que tuviera motivos para dudar de ti, pero en mi experiencia he conocido la naturaleza insidiosa y vengativa de las mujeres, por lo que tenía mis dudas. Y es que por mucho que no tengáis nada que ver con las mujeres que he visto fuera, sé que está en vuestra naturaleza, y yo no podía ignorar eso.

»Así que ante la posibilidad de cometer un terrible error con un hombre inocente, le concedí el beneficio de la duda. Créeme cuando te digo que yo era el primer interesado en solucionar esto cuanto antes. Tanto si se trataba de una injusticia como de un acto tan brutal.

»Por eso ordené a mis hombres que lo mantuvieran vigilado unos días, pero no hizo nada sospechoso. Sin embargo, porque creo en tu palabra y no veo por qué ibas a mentirme, lo reprendí igualmente y le di la oportunidad de defenderse. Aceptó y perdió. Te puedo asegurar que fue humillante para él y que si alguna vez hizo algo como lo que me contaste, no creo que lo vuelva a repetir. Nunca.

Ambas permanecieron en silencio. Charni porque no podía hacerse notar, y su madre para asegurarse de que Qjem había terminado de hablar. Luego, con mucha calma y sosiego dijo:

—Muchas gracias, Qjem, de verdad. Gracias por las molestias y el tiempo que has invertido en este asunto. Comprendo lo difícil que ha debido de ser para ti tomar una decisión como esa y te agradezco que me tengas en consideración.

»Solo hay una cosa que, perdona mi ignorancia, no he podido comprender. ¿Aceptó y perdió? ¿Quieres decir que admitió su culpa? Por favor, no alcanzo a comprender del todo. ¿Serías tan amable de explicármelo en palabras que una mujer como yo pueda entender?

—Se le ofreció una pelea con el mejor de nuestros guerreros para demostrar su inocencia. De haber estado libre de culpa habría ganado o, en su defecto, habría luchado hasta la muerte antes que admitir su derrota.

»Hicimos justicia hace dos semanas. Si no vine antes fue porque esperé a que se curaran sus heridas en la lucha, y decirte que aunque lo veáis por ahí no hay nada que temer.

»No soy estúpido, Kesha. Tal vez desconozca cómo os organizáis aquí abajo, pero me he dado cuenta de que siempre eres tú la que viene a hablarme de los problemas de las demás. Así que me imagino que, aun a pesar de vuestra simplicidad, sois capaces de organizaros por medio de líderes, y que tú eres una de ellas. Por lo que

aunque no creí necesario venir a explicarte nada, sí he creído conveniente hacerlo. Problema resuelto.

—Y yo te vuelvo a dar las gracias, no solo por lo que has hecho, sino por tomarte la molestia de venir hasta aquí. Aunque, Qjem, no soy ninguna líder en el sentido que creo que usas esa palabra. Sencillamente, las mujeres confían en mí, no sé por qué, para contarme sus problemas. Y eso que soy una bocazas y no puedo callarme nada contigo.

—Como tú digas —replicó tras un gruñido—. Te permitiré jugar a tu juego. Solo por esta vez.

—Agradezco tu deferencia hacia mí. Te aseguro que no la olvidaré. Eres un buen hombre, Qjem Sath, y por eso me siento atraída hacia ti. ¿Deseas satisfacer tu miembro conmigo? Sé que he perdido mi atractivo pero...

—Así lo haré —la interrumpió mientras intentaba con torpeza localizarla.

Con una escritura rápida, Kesha le indicó a Charni que se alejara lo suficiente para no estorbar, pero que, al mismo tiempo, se mantuviera lo bastante cerca para percibir lo que iba a pasar a continuación.

Ruidos, jadeos y un aroma cada vez más intenso inundando toda la habitación. Charni, como de costumbre, no supo decidir si era desagradable o raro. Peculiar, característico tal vez. Sin embargo, a diferencia de lo que tenía lugar otras veces con otros visitantes (algo que no sucedía a menudo en los últimos círculos), no fue rápido. Y Charni se aburrió un buen rato. Con la de preguntas que tenía que hacerle a su madre...

Por fin el gruñido final, el suspiro final y el sonido de unos pies arrastrándose por el suelo. Estaban solas, al fin, de verdad.

Charni se acercó a su madre, que había sacado el paño de la sangre y lo estaba aplicando a su entrepierna, y se acurrucó como de costumbre en su regazo.

—¿Cómo es el volcado de información? —le preguntó.

—Eso es algo que no puedo explicarte, Charni. Tienes que experimentarlo por ti misma. Solo te puedo decir que no siempre se percibe igual y que, con un poco de suerte y paciencia, conseguiré que sea Qjem Sath el que esté en tu rito de iniciación. Es un anciano, lo que significa que su información es poderosa, y para ser un hombre es listo. Mucho. Es la mejor opción para ti.

—Lo que no he entendido es por qué, si eres reina, le permites que te hable así. ¿Por qué te comportas como si tú fueras una de las ayudantes que vienen a nuestra casa?

—Oh, Charni, ya eres joven, pero aún te faltan círculos y un par de producciones para ser adulta. Y es que todo se basa en la percepción.

»Los hombres nacen en este mundo, pero al medio círculo son llevados al otro. Allí todo es salvaje y brutal. Y no solo el quinto sentido es necesario, sino que hace

falta tener un contorno abultado. ¿Has percibido el de Qjem? Para ser un anciano su musculatura nos supera con creces. Nuestro contorno no lo es. Todo lo contrario, de hecho. Al palparnos podemos sentir nuestros huesos; algo que estoy segura no has llegado nunca a notar en los hombres. ¿Me equivoco?

»Desde su percepción, nosotras somos débiles porque seríamos incapaces de sobrevivir en el mundo cruel en el que ellos viven durante círculos y círculos. Desde la nuestra, ellos son los débiles por ser incapaces de existir en este sin nuestra ayuda.

—De acuerdo. Físicamente somos débiles comparadas con ellos, pero según sus propias palabras somos valiosas. Sin embargo, no he percibido en el tono de Qjem esa consideración. En ningún momento. Es más, me pareció sentir... desprecio. Como si le molestara no solo el haber venido, sino el simple hecho de hablar contigo. Y tú... le hablabas como si tuvieras que darle las gracias por dejarte respirar.

Su madre suspiró y luego la aplastó aún más contra su pecho. Seguidamente empezó a acariciarle los brazos para transmitirle cariño y a la vez pidiéndole paciencia.

—Sí —suspiró de nuevo—. Supongo que ya ha llegado el momento de que conozcas el funcionamiento del mundo. Bien. Palpemos juntas.

»Existe una relación de equilibrio entre hombres y mujeres. Ellos nos protegen, nosotras les ayudamos a ver; ellos nos proporcionan alimento desde el otro mundo, nosotras nos aseguramos de que los que viven en este no mueran de hambre. Sin hombres no habría volcado y no podríamos producir mujeres. Sin mujeres, ellos podrían volcar, pero sería información inútil y desperdiciada, con lo que no tendrían manera de mantener el número de guardianes.

»Este equilibrio, sin embargo, es frágil y es nuestro deber mantenerlo como sea necesario, porque nosotras somos en realidad las responsables de dicha fragilidad.

Charni tensó los músculos ante los últimos sonidos y texturas que acababa de transmitirle su madre. ¿Las mujeres habían hecho algo malo? ¿Cómo?

—Sí, Charni. Siente. Los hombres son la mejor arma y el mejor escudo que tenemos frente al otro mundo; no obstante, en nuestro deseo de producir el guerrero más fuerte, el más hábil, el más honorable de todos, les transferimos la información del orgullo. Es, sin duda, la mayor virtud de un ksatrya para conseguir todo lo anterior, y, aun así, también puede ser su mayor debilidad. Por eso debemos asumir la culpa, la responsabilidad de haber creado un arma tan poderosa que, si no es manejada con cuidado, podría volverse en nuestra contra.

»De ahí que tratemos a nuestros hombres con tanto mimo y cuidado. Si siempre evitas pasar el dedo por el filo del cuchillo que tienes bien agarrado por el mango, te aseguras de que nunca vas a cortarte con él. Y en realidad es un precio pequeño comparado con los beneficios que obtenemos. Seguridad, protección, alimento, producción...

—Vale. —Consiguió relajarse lo suficiente—. Creo que lo entiendo. Aun así... Me dio la sensación de que Qjem, y supongo que los demás hombres, no lo perciben así. Es más, dijo que éramos insidiosas y vengativas. No sé lo que significa lo primero, pero me di cuenta del desprecio implícito. Y tampoco me gustó la comparación con las mujeres del otro mundo.

—Pero es que es cierto, Charni. Somos insidiosas y vengativas. ¿De qué otra forma crees que podríamos combatir a unas enemigas que desde este mundo no podemos percibir?

—¿Enemigas?

—Por supuesto. ¿Contra quién piensas que luchamos? Los hombres dicen que luchan contra otros hombres, pero nosotras comprendemos que el verdadero enemigo son las mujeres que producen esos hombres.

»Trata de imaginártelo, Charni. Vivir en un mundo ilimitado, peligroso y salvaje. Yo también haría todo lo posible para conquistar este, limitado y seguro. Aunque mientras ellas sigan siendo incapaces de producir hombres con orgullo, podemos despreocuparnos... por el momento. Prefiero no pensar en lo que significaría que una de esas mujeres consiguiera la información del orgullo de uno de nuestros hombres y pudiera empezar a producir los suyos propios.

Charni se quedó en silencio un buen rato, tratando de asimilar toda aquella información. Parecía todo tan lógico...

—Pero mamá... ¿por qué no quieres que Qjem sepa que eres reina y le haces creer que lo es él?

—Bueno, siempre ha sido así. Nosotras no sabemos cómo se organizan los hombres en el otro mundo, ni cómo viven, conviven, entrenan... No nos interesa en realidad mientras cumplan con su papel. De la misma forma, ellos no saben cómo nos organizamos nosotras, ni tampoco les interesa mientras el equilibrio se siga manteniendo.

—Ya. Pero lo sabe. Ha texturizado que lo sabe. ¿Qué ganas al no confirmárselo?

—Hacerle creer que es importante para mí que no lo sepa porque temo lo que pudiera hacerme. Qjem, como los otros ancianos que ocuparon el mismo puesto antes que él, es listo. Pero si consigo convencerlo de que me preocupa que sea consciente de mi posición en este mundo, obtendré dos cosas.

»Primero, que piense que soy tonta por tratar de engañarlo y, por tanto, que no represento una amenaza para él ni para su intelecto, y por tanto tampoco para su orgullo.

»Segundo, creerá que tiene poder sobre mí, y en consecuencia sobre las demás, si puede amenazarme con destronarme o hacer que las otras se sientan perdidas sin su reina y, por tanto, más manejables. Desconoce las implicaciones del cargo, y tampoco es consciente de que soy la primera que ha durado tanto en él.

»Al final, hija mía, todo se reduce a lo mismo. Orgullo. O no coger el cuchillo por el filo. Que es precisamente lo que vamos a tener que hacer con Chaid Khasat. Pero debemos llevarlo a cabo por el bien de todas.

»Esperaremos aún un par de sangres antes de ordenar que le hagan entrar en razón. Hacerlo antes podría resultar demasiado sospechoso y por tanto perjudicial para nosotras.

Charni boqueó de asombro y sacudió la cabeza para mostrar su desconcierto.

—Pero... pero... Pensé que... —empezó a decir—. Bueno... Le diste las gracias a Qjem. Me dio la impresión de que estabas satisfecha y de acuerdo con su forma de solucionar lo de Chaid.

—Chaid se volvió un inválido demasiado pronto. En su momento, debió asumir que es mejor morir en batalla que ser demasiado débil para luchar o simplemente una carga para los demás. Sin embargo, fue un cobarde. Prefirió seguir viviendo en un estado lamentable a asumir su responsabilidad con su gente.

»Hay muchos tipos de inválidos, cierto. Pero los que lo son y llegan hasta aquí antes de alcanzar la vejez, tarde o temprano, terminan aceptando su vergüenza y tratan de enmendarse molestando lo menos posible o intentando ser útiles para los demás hombres que forman nuestra última línea de defensa.

»Chaid, sin embargo, lleva siete círculos aquí y no solo es un auténtico incordio, sino que ni siquiera es lo bastante hombre para admitir su debilidad; hasta el punto de volcar su propia rabia, frustración y vergüenza contra todas las mujeres, de una manera física y brutal. Aberrante.

»Cierto que alguna de nosotras es la responsable de haber traído al mundo a un guerrero débil como él, pero como jamás sabremos quién lo produjo, no puede responsabilizarnos a todas y hacérselo pagar de esa manera.

»Pero aún hay más. Debemos tener especial cuidado con él porque no solo es fuerza bruta, sino que ha demostrado ser insidioso como una mujer. Es decir, que sabe usar algunas de nuestras armas. Así que es lógico pensar que la justicia que le ha aplicado Qjem no va a ser suficiente para pararlo. No. Si yo estuviera en su lugar, la justicia de los hombres tampoco me detendría.

»Por eso, al igual que haría una de nosotras, dirá que es culpable aunque piense que no es así, caminará despacio y con cuidado, será paciente, muy paciente, y cuando se sienta seguro de que ha engañado a todos, volverá a actuar, pero con la suficiente cautela para que no puedan volver a acusarlo de la falta. Oh... estoy segura de ello.

»Así pues, como buenas ksatryas, nosotras también seremos pacientes, le haremos creer que estamos satisfechas con el castigo que sufrió, le haremos sentirse cómodo y seguro, palparemos el suelo cuando percibamos su barbarie, y una vez seguras de que los demás hombres nos ignoran estando a su lado, y él acabe bajando la guardia,

entonces y solo entonces le haremos entrar en razón.

Y en efecto, tal y como su madre le dijo, así fue. Tres sangres de la reina después, a Chaid Khasat se le hizo entrar en razón: una aparatosa caída que lo dejó en cama y sin poder moverse durante más de medio círculo.

Por supuesto, las mujeres que lo cuidaron con suma atención y mimo se aseguraron de que la recuperación no fuera todo lo rápida que podría haber sido.

Ningún hombre acusó a ninguna mujer de haber provocado el accidente. Sencillamente asumieron que Chaid Khasat había sido demasiado torpe. Como las mujeres que previamente se habían caído y lastimado por la misma zona, aunque con heridas de menor importancia.

Tampoco se les ocurrió preguntar a las que lo atendían por qué sus huesos tardaban tanto en soldarse y recuperar la movilidad. Sencillamente dieron por hecho que estos eran débiles como el propio Khasat.

Y por supuesto Kesha, que le había pedido en un par de ocasiones a Qjem que hiciera algo en aquel lugar antes de que alguien más se lesionara (como fue lo que finalmente le pasó a Chaid), se lo agradeció con entusiasmo una vez terminadas las obras.

Si este albergaba alguna sospecha hacia ella, no lo demostró. Es más, accedió a ser el asistente en el ritual de iniciación de Charni.

Todo fue tal y como la reina planeó.

El tiempo fue transcurriendo, entre las clases y las prácticas, casi como en un suspiro. Charni en ningún momento encontró la ocasión propicia para abordar a su madre con las dudas que la atormentaban respecto a la existencia inesperada de más hermanas. Es más, tardó mucho en darse cuenta de que jamás daría con la ocasión perfecta.

Sí la había encontrado para investigar por su cuenta, aunque no fue fácil al principio. Por muy sutil que ella fuera con las preguntas, ninguna adulta se sentía cómoda dando respuestas. Y al final, la coletilla de siempre: querida, es mejor que se lo preguntes a tu madre.

Razón no les faltaba. Después de todo, lo que pudieran decirle sería una percepción parcial del conjunto, deformada posiblemente por el transcurso del tiempo. La parte más involucrada, la que lo había percibido de primera mano, era su madre. Aun así, Charni tenía la sospecha de que si esta nunca le había mencionado el tema, era más que probable que le resultara tan doloroso como vergonzoso.

A veces Charni no podía evitar preguntarse si la insistencia de su madre en que ella se convirtiera en reina no era más que el deseo de obtener la redención a través de su hija. O, tal vez, despejar cualquier duda respecto a la información que había en su interior.

Charni no tenía duda alguna de que la locura no estaba dentro de ella, aunque,

según le había dicho Deva, no tenía por qué ser algo palpable. Podía ser que estuviera dormida y que algún acontecimiento personal la desencadenara como, al parecer, había sido el caso de sus dos hermanas mayores. Ambas perfectamente sanas, ambas totalmente entregadas al sentimiento ksatrya.

Sin embargo, había algo de todo lo que le habían contado que la tenía en ascuas. A nadie, en ningún momento, se le había pasado por la cabeza que parte de la culpa fuera de los hombres con los que ambas habían... fallado. ¿Por qué? ¿Tan improbable era que, aparte del orgullo, las ksatryas transmitieran también la información de la locura, por ejemplo? ¿Por qué les resultaba tan lógico pensar que la culpa siempre era de ellas? ¿Por qué responsabilizarse y mortificarse por cualquier falta?

Por supuesto, nunca realizó aquellas preguntas a otras mujeres. Ni siquiera a Deva o a su madre. Oh, no. Sobre todo a su madre. Según tenía entendido, las dudas eran la antesala de la locura y no quería asustarla o preocuparla. Al fin y al cabo, solo eran dudas, ¿no? En ningún momento se le pasó por la cabeza ni quitarse la vida, ni traicionar a las ksatryas. Así que no reconocía en ella los síntomas de sus hermanas mayores.

Qalja, después de producir su primera aberración, produjo seguidamente una niña. Esta vivió hasta los cuatro círculos, desarrollándose a un ritmo normal, como cualquier otra niña... antes de que una extraña afección le dificultara respirar y muriera. Luego su hermana produjo un hombre y seguidamente la segunda aberración. Aquello la afligió tanto, le hizo sentirse tan culpable, segura de que algo estaba torcido en ella, que decidió quitarse la vida para ahorrarse el sufrimiento de una hipotética tercera aberración.

Pero ¿por qué Qalja pensó que todo era culpa suya, incluso la muerte de su hija? También ella tuvo aquella afección y la superó, entonces ¿por qué pensó que su niña era débil en vez de pensar que no estaba lo bastante desarrollada para superarlo? ¿Acaso no había producido también un hombre sano y fuerte? ¿Acaso era la única que había producido aberraciones? ¿Entonces? ¿Qué la llevó a tan drástica decisión?

Charni tenía una sospecha, que tampoco se atrevía a contarle a nadie. Y es que la persona más cercana a su hermana por aquel entonces era Lain, la madre de Latha. ¿Tan descabellado era pensar que el odio de Lain por su madre Kesha llevaba fraguándose desde hacía más tiempo de lo que ella había descubierto, y que sus palabras sibilinas habían volcado a Qalja a la muerte, procurándose así un obstáculo menos para lograr su objetivo?

Sí. Tal vez lo era. Tal vez Charni empezaba a pensar de manera tan retorcida como había percibido en su madre durante los últimos doce círculos. Y aun así...

Luego estaba el caso de su hermana mayor, que se llamaba igual que su madre, Kesha. Una devota de la causa, la mejor ksatrya de todas las ksatryas. Lista, la más solicitada por otros hombres para que les ayudara a ver, productora de dos hombres

con solo catorce círculos a su espalda... Parecía que iba a seguir los pasos de su madre, la recién proclamada reina. Aun así, a los diecisiete círculos fue acusada de traición y desterrada al otro mundo para sufrir el tormento que en él habitaba, para siempre.

Y aquella era la parte que Charni no entendía muy bien.

Los hombres, de tanto en tanto, solicitaban mujeres para llevárselas con ellos al otro mundo para que les ayudaran a ver mientras tenían que lidiar batallas en algún punto remoto. Y es que se iban tan, tan lejos, que de no ir acompañados de las ksatryas podrían perder la vista, ya que no regresarían al hogar a tiempo para satisfacer su miembro.

Era función de la reina decidir quiénes debían sufrir el castigo de acompañarlos y vivir lejos de la protección de las ksatryas. Pero ¿qué mujer merecía que su piel ardiera o que jamás pudiera descubrir su lugar en el mundo cuando no había límites, o que no pudiera acudir a la reina para hacer entrar en razón a los hombres en el caso de que alguno de ellos fuera débil y quebrantara el código? ¿Tantas traiciones había para expiar la culpa de aquella manera tan despiadada? Charni dudaba que fuera así.

Entonces... ¿qué había hecho su hermana para merecerlo? ¿Habría sido alguna treta de su madre para dar a entender que no sería débil con sus hijas para hacer justicia?

Alguien le había dicho que su hermana mayor las había traicionado por enamorarse de un hombre y hacer que este, a su vez, se enamorara de ella. Charni no entendía el concepto, pero ¿tan horrible era para merecer un final así?

—¿En qué piensas, hija mía? —le hizo sentir su madre cuando pasó por su lado.

Charni se quedó un rato en silencio. ¿Por fin había llegado el momento? No. Nunca sería el adecuado, pero habían pasado los suficientes para intentarlo. Al terminar el próximo sueño, tendría lugar su ritual de iniciación. Con un poco de suerte produciría su primera existencia y entonces ya sería adulta. Se estaba ganando el derecho de ser tratada como tal.

—¿Por qué no me has hablado nunca de mis otras hermanas? —se atrevió a preguntar.

—Vaya —replicó con tranquilidad su madre—. Has tardado más de lo que me esperaba en hacerme esa pregunta. Creí haberte dejado bien texturizado que no debes temer a nada ni a nadie.

—¿Lo sabías? ¿Desde cuándo?

—Desde el momento en el que entraste en la escuela era solo cuestión de tiempo que alguna niña te lo dijera para tratar de hacerte daño. Pero la mejor pista fue sentir cómo te estabas volcando en el aprendizaje de tu hermana pequeña, insistiendo mucho en que te reconociera y te recordara.

—Pero... ¿por qué no me dijiste nada?

—Porque formaba parte de tu aprendizaje.

—¿De mi aprendizaje? ¿Cómo?

—Percibo que te estás enfadando. Comprensible, pero tienes que esforzarte más para que no se note tanto.

—Mamá, por favor, ¿quieres dejar de comportarte como reina y ser mi madre por una vez?

—Charni, no seas niña. Todo lo que hago y digo es como madre, porque como tal solo quiero lo mejor para mi hija. Y es que por ser quien eres, tanto si terminas siendo reina como si no, vas a ser objeto de envidias y engaños. Yo solo quiero que seas fuerte, que aprendas por ti misma a usar los mecanismos para sobrevivir en este mundo, porque, jovencita, esto no ha hecho más que comenzar. En cuanto tenga lugar tu ritual de iniciación todo va a ser distinto a lo que has vivido hasta ahora. La competición será brutal. Ser adulta no es fácil, Charni. Nada fácil.

—Eso lo sé.

—No. No lo sabes. Créeme.

—Vale, tienes toda la razón. Como tú bien me has enseñado, hablar de lo que no sabes o no has percibido de primera mano lleva al autoengaño y la falsedad. Pero ¿qué relación tiene todo eso con que no me hablaras de mis hermanas?

—Más de lo que te imaginas. Para empezar, que de lo que no se habla dice más que de lo que se habla. Asimismo, si quieres averiguar algo está bien indagar, pero a la larga no puedes andarte con rodeos por muy incómodo que pueda resultar. Y por último, que los lazos que crees con otras mujeres serán clave para tu desarrollo como persona. Elegir bien es importante. Qalja tuvo malas consejeras. En cuanto a Kesha... Fue una terrible decepción.

—Entonces yo tenía razón... Lain fue la causante de la muerte de Qalja, ¿verdad?

—No tengo pruebas para demostrarlo, pero estoy segura de ello. Desde niña, Qalja fue muy sensible y demasiado influenciable, incapaz de encajar. Lain fue la compañera de cama de tu hermana, de la misma forma que Nanji lo ha sido para ti en las prácticas de exploración del cuerpo. Qalja confundió esa complicidad con amistad. Pero los lazos del cuerpo y de la mente son distintos.

»Aunque te sientas segura con Nanji, algo me dice que en cuanto Deva sea oficialmente joven tú le harás de mentora, ¿me equivoco?

—Por supuesto. Deva es mi mejor amiga. Pero ¿qué relación hay entre eso y mi hermana?

—Kesha nunca tuvo una Deva. No creó ningún lazo con ninguna niña. Demasiado recelosa, demasiado inquieta... En definitiva, demasiado despierta, demasiado lista para dejarse engañar por las demás y hacerse al final las preguntas que nadie se ha llegado a plantear... o no ha querido plantearse. Y cuando comprobó que los hombres veían mejor con ella y la elegían constantemente, se creyó especial,

con derecho a elegir.

—Curioso. No es eso lo que yo he averiguado. Según tenía entendido, el problema fue que se enamoró. No sé lo que eso significa, pero...

—Enamorarse equivale a la suma de dos sentimientos contrarios a la filosofía del equilibrio de las ksatryas: el egoísmo y el orgullo. El primero es nocivo pero tratable, el segundo es directamente intolerable. Ya es bastante complicado lidiar con el de los hombres como para permitir además que una ksatrya lo desarrolle.

»Enamorarse de una mujer es perfectamente normal, y se tolera porque a pesar de implicar esos dos sentimientos no desestabiliza el equilibrio. Enamorarse de un hombre es traición. Punto.

—No... No lo entiendo.

—Una mujer que se enamora de un hombre es egoísta hasta el punto de hacer todo lo que esté en su mano para que no haya volcado de información salvo en ella misma. Pero la información es de todas y eso es indiscutible e inapelable.

»Por otro lado, una mujer que se enamora se cree mejor que cualquier mujer en general y, por tanto, con derecho a elegir solo a un hombre para el volcado y hacer lo que esté en su mano para impedir en ella el de los demás hombres. Inadmisibile. Todas somos iguales, todas debemos pasar por lo mismo, sin excepción.

»En definitiva, enamorarse significa ser lo bastante egoísta para no querer compartir la información de un hombre y a la vez desarrollar el orgullo hasta el punto de creerte especial y no dejar que los demás hombres tengan acceso a tu información.

—Pero ¿cómo surge algo así? ¿Cómo se evita?

Charni empezaba a ponerse nerviosa. Lo sentía en la boca de su estómago.

—Para empezar, nunca le des conversación a un hombre, no le hables como si fuera una mujer con la que sueles sentir satisfacción al compartir experiencias. Pero sobre todo, nunca, nunca, les preguntes «por qué» a lo que sea que decidan contarte, dado que puede que te respondan interesados en lo que puedas opinar.

»Una ksatrya no opina, no discute, no habla con un hombre y menos aún si se producen más de tres volcados con el mismo en un período de tiempo reducido.

»Si eso sucede, tu obligación será informar para evitar que volváis a coincidir en el siguiente turno de volcado. ¿Lo has texturizado bien?

Charni asintió mientras trataba de que su cuerpo no temblara de arriba abajo. ¿Entonces era cierto? ¿Estaba loca?

—¿Qué sucede? —le preguntó su madre.

Le resultaba difícil hablar, ordenar las ideas. Sintió el temor como nunca antes lo había sentido. Temor hacia sí misma y a lo que su madre pudiera pensar.

—¿Qué pasa? —insistió su madre con preocupación.

—Mamá... Yo... Creo que estoy enamorada.

—¿De quién?

—De Qjem. ¡Pero no es culpa mía! Me dijiste que me acercara a él, que lo atendiera, que hiciera que se interesara en ser mi asistente en el ritual. ¡Y eso hice! No solo le serví y le ayudé en sus tareas, también hablé con él. Hice todo eso que acabas de decir que no debo hacer. Opiné.

Para sorpresa de Charni su madre rompió a reír. Luego la abrazó con más fuerza y la reconfortó con caricias y besos.

—Oh, Charni, Charni... Dudo mucho que lo hayas hecho todo. Si no, no habría ritual en la primera hambre de la próxima jornada. Sintamos. Te voy a hacer tres preguntas. Si a las tres contestas «no» con sinceridad, es que no estás enamorada. ¿De acuerdo?

»Primera pregunta: ¿te molesta cuando Qjem vuelca información en mí o en otra mujer?

—No. Es lo normal.

—Ajá. Segunda pregunta: ¿te importaría que alguien que no sea Qjem fuera tu asistente?

—No. Sé que cualquiera que me elijas será el más indicado para mí. No tengo ninguna duda.

—Bien. Tercera pregunta: ¿ha volcado Qjem información en ti y te ha resultado placentero?

—Por supuesto que no. Ni siquiera ha tenido lugar el ritual, así que cómo voy a saberlo.

—Entonces no estás enamorada. Mientras estés con un hombre y la respuesta a esas tres preguntas sea no, todo irá bien.

—Pero... pero... Aunque solo haya usado los sonidos, he tenido conversaciones con él. Y también le he preguntado por qué en más de una ocasión. Me gusta hablar con él. Usa palabras y expresiones interesantes. Y ya no me llama niña como los otros hombres. Utiliza mi nombre. Y...

—Eso está bien. —La acarició de nuevo para calmarla—. Entre la ritualista y el asistente debe crearse un vínculo de confianza. Es esencial para minimizar el trauma. Una vez concluya el ritual, quedará un remanente, pero nada más. Te lo aseguro. Qjem no será muy distinto al anciano que me eligió mi madre a mí. Ya te darás cuenta.

»Y es que si bien es cierto que el roce hace el cariño, no es malo mantener ese sentimiento en concreto con un hombre, siempre y cuando no te aleje de tus obligaciones como ksatria. La regla de las tres preguntas. ¿Sí?

Charni se abrazó a su madre con más fuerza. Necesitaba sentirla a su alrededor, sentir la sensación de protección y tranquilidad que siempre le conseguía infundir.

Estaba nerviosa, ¿para qué negarlo? El ritual tendría lugar a la jornada siguiente.

Según su madre, con un poco de suerte, el volcado sería satisfactorio, produciría

una nueva existencia y entonces ya sería una ksatrya completa. Un paso muy importante. Pero no era eso lo que la preocupaba, sino el hecho de que su madre le había asegurado que, por muy preparada que estuviera mentalmente, su cuerpo iba a reaccionar con dolor. Daba igual lo fuerte que fuera el vínculo con su asistente, este no podría evitárselo.

Intentaba no pensar en ello, convencerse de que una ksatrya no temía al dolor, y aun así...

No podía dejar de llorar. Lloraba de dolor; lloraba avergonzada por no haber sido capaz de soportarlo. Sentada sobre Qjem, lo abrazaba como si la vida le fuera en ello, mientras las piernas no le dejaban de temblar y sentía un pánico atroz por que el miembro palpitante dentro de ella volviera a moverse y la terminara de desgarrar.

El arrullo del anciano llegaba a sus oídos. «Ya está, ya pasó», le repetía una y otra vez mientras también la abrazaba con ternura y le acariciaba la cabeza.

Charni se sentía incapaz de soltarlo. Y es que apesar de lo que acababa de experimentar, de lo que este acababa de hacer, Qjem, como aquella jornada en la que le colocó la mano sobre la espalda y percibió aquella extraña sensación de protección, estaba consiguiendo poco a poco reconfortarla. Sus susurros, sus caricias, su enorme envergadura rodeándole el cuerpo...

Finalmente consiguió relajarse lo suficiente para recuperar el control de sí misma, y por sus mejillas dejaron de rodar lágrimas. El miedo al dolor seguía ahí, latente, acurrucado, pero con la ayuda de Qjem estaba consiguiendo acorralarlo.

Con mucho cuidado, el anciano la apartó de él, la tumbó en la cama y se recostó junto a ella sin dejar de acariciarla y arrullarla; hasta que adolorida y cansada, Charni se quedó dormida.

Despertó con una extraña sensación placentera en su pecho y genitales, parecida a la que Nanji le proporcionaba durante las prácticas. Luego percibió el peso del anciano sobre ella y de nuevo el miembro palpitante en su interior. Esta vez, la mezcla de su propia sangre y fluidos hizo que fuera menos doloroso. Y mientras Qjem gemía y le susurraba sin parar «vamos, Charni, vamos pequeña, una vez más, papá no va a hacerte daño», ella pensó en Deva con todas sus fuerzas. Recordó su aroma, su sabor, su tacto, el sonido de su voz, su reconfortante abrazo.

Y entonces todo aquello dejó de importarle.

Seis alarmas después, tras comprobar que el volcado de información no había tenido como resultado la producción de una nueva existencia (lo que para sorpresa de Charni no resultó decepcionante para su madre, pero sí extrañamente entristecedor), entró en el programa de turnos, que compaginaba con las clases y las asignaturas de refuerzo.

Y así sería hasta tener dieciséis círculos, independientemente de si durante ese tiempo producía alguna existencia o no.

Terminada la escuela, probablemente ya tendría a su cargo alguna hija que entrenar, bien suya, bien de alguien cercano. El resto de su vida quedaba así establecida y sin mayores sorpresas.

Tras entrar en el programa, a Charni le bastaron dos turnos para comprender por qué era tan importante que el ritual de iniciación fuera asistido por un anciano. Le tranquilizaba tanto saberlo...

Hasta entonces había creído que se trataba de una mera cuestión práctica. La información de un anciano era valiosa, con lo que a la ritualista se le brindaba el honor de un volcado que podría producir un hombre fuerte. Y aunque no dejaba de ser cierto, la realidad estaba aderezada con algo más. Mucho más importante en realidad.

Por una parte, los ancianos habían asumido que no volverían a ver, con lo que no sentían la urgencia de satisfacer su miembro como un hombre que sí era capaz de hacerlo; ni mucho menos empleaban todo su ímpetu para conseguirlo. Y por otra, sentían cierta preocupación por que a las aspirantes a adultas, de alguna manera, el acto les pareciera satisfactorio... o menos doloroso.

Por lo que Charni había podido saber al preguntar a las demás, al igual que en su caso, los ancianos las habían tratado con cierto cariño. Como las madres que obligan a sus hijas a hacer algo que no quieren, pero en sus palabras y gestos puedes percibir cuidado y protección.

Todo lo contrario a lo que les pasaba a los hombres que podían ver. Eran impetuosos, a veces casi agresivos, no les importaba en qué postura incómoda o dolorosa las colocaran para hacer el volcado, e incluso algunos llegaban a ignorar los gritos de dolor de aquellas mujeres que habían cometido la torpeza de no prepararse previamente y humedecerse correctamente.

Por lo general no había arrullos, ni caricias, ni un simple «gracias por ayudarme a ver». Nada. Ni vínculo, ni lazos, ni preocupación.

No todos eran así, por supuesto. También los había tímidos, torpes o indecisos y Charni tenía que ayudarlos a volcar. También había comprobado que si imitaba los gemidos que hacía su madre durante el volcado o movía las caderas en vez de quedarse quieta, conseguía acelerar el proceso. Lo que era de agradecer... salvo por los que no se conformaban con uno solo.

Y, por supuesto, siempre que empezaba a percibir placer de alguna manera, pensaba en Deva o repasaba la lección que aquella jornada le hubieran dado en clase. No quería dejar abierta la posibilidad de enamorarse. Aunque... ¿quién querría enamorarse de un hombre solo porque en algún momento pudiera reportarle placer su volcado? No hablaban, y cuando lo hacían nada de lo que decían tenía sentido.

Tampoco se interesaban por ella, lo que pensaba, lo que sentía, ni, en general, tenían nada en común. Con tantas mujeres en su mundo, tiernas, cariñosas, comprensivas, divertidas o fuertes, como Deva, que aun a pesar de ser más pequeña que ella la seguía defendiendo con la contundencia que hiciera falta en cualquier momento, ¿quién en su sano juicio las cambiaría por un hombre?

No. Ellos eran una molestia, una rutina por la que debían pasar y poco más. Ya no le quedaba duda alguna de que su hermana mayor, efectivamente, se había vuelto loca y que ella no poseía esa información en su interior.

Podía respirar tranquila. Sobre todo por la existencia que, al fin, se estaba desarrollando en su interior. Antes de alcanzar los trece círculos iba a ser adulta para regocijo de su madre, la reina.

Producir una existencia tenía sus cosas buenas y malas.

Las malas eran la descompensación de la orina, el dolor de piernas, pecho y espalda, y los repentinos cambios de humor que no solo la afectaban a ella, sino a las que estaban a su alrededor por mucho que tratara de impedirlo.

Las buenas eran que, desde que se confirmó su estado, Charni fue retirada del programa de turnos, y así seguiría hasta que produjera la existencia que llevaba dentro y su sangre volviera a regularse. Total, casi un círculo sin la obligación de satisfacer el miembro de ningún hombre.

Con un poco de suerte, cuando la volvieran a incorporar, repetiría lo que había hecho con los últimos hombres con los que había estado antes de confirmar la producción y, una vez conseguido un volcado efectivo, la sacarían de nuevo del programa.

Aún era pronto para pensar en eso, por supuesto. Además, su madre le había dicho que la primera producción era la más difícil y, dado que su cuerpo aún no estaba lo bastante desarrollado, había un alto riesgo de complicaciones en el proceso que podrían resultar nefastas para ella. Es más, no sería la primera mujer que acabara ejerciendo el noble pero durísimo papel de sosegadora por una producción que la destrozara por dentro. Así que mejor no hacer planes con tanto adelanto.

Y Charni asentía al consejo de su madre, pero no le dedicaba demasiado tiempo a pensar en ello. Prefería invertirlo en las clases, quedar con Deva y cuidar de su hermana pequeña para ir cogiendo práctica en el caso de que produjera una niña. Ahora que disponía de él, sin asignaturas extras, prefería aprovecharlo al máximo.

Cuando llegó a casa aquella jornada la golpeó el desconcierto. Percibió a un buen número de mujeres llorando y balbuceando. Algo terrible debía haber pasado para que emplearan el lenguaje de las lágrimas entre ellas.

—¿Cómo ha podido pasar? —preguntó su madre con seriedad y un rastro de preocupación.

—Nos engañó, Kesha. Fue más astuto de lo que creímos posible en un hombre.

—Os dije que tuvierais cuidado, que no era de fiar, que no dejarais de percibirlo en ningún momento. Entonces ¿cómo ha sido posible?

—Nosotras tampoco nos lo explicamos, Kesha —lloriqueó una segunda—. Todo indicaba que le resultaba difícil moverse, que aún le quedaba mucho para recuperar sus fuerzas. Fue como si... Como si supiera que lo estábamos percibiendo en todo momento. Y entonces...

—Bajamos la guardia —dijo su madre—. Ya siento. También ha sido en parte culpa mía por creer que nos ignoraba como los otros. Que solo intentaría engañar a los suyos. Pero está texturizado que percibió nuestras intenciones.

»Decidme. ¿Cómo está Jano?

—Mal, Kesha. Muy mal. No sabemos si la pobre podrá salir de esta. Tal vez, con el tiempo, físicamente pueda, pero mentalmente...

—Comprendo. La ha roto como ksatrya.

—Kesha, tienes que hacer algo —intervino otra, suplicante pero decidida al mismo tiempo—. Ningún hombre percibió la agresión y está texturizado que los tiene engañados a todos. ¿Quién creerá que...?

—Está claro que deberíais aprender a preguntar antes de sacar vuestras retorcidas conclusiones. —Se escuchó a la perfección la voz de Qjem en la sala.

El breve silencio que siguió a continuación fue tan pesado como afilado. La intrusión del anciano las había cogido desprevenidas. No era común el no escuchar a un hombre acercarse. Por increíble que pareciera, Qjem estaba aprendiendo a moverse como una mujer. ¿Por sí mismo? Charni pensó que aquello era altamente improbable. Pero ¿qué mujer le estaría enseñando a hacer algo que podría volverse en contra de ellas?

—Siento interrumpir la reunión —prosiguió el anciano—, pero me pareció lo correcto después de que Lain me contara lo sucedido.

Lain. Por fin revelaba su mano ganadora. Se había saltado la cadena de mando, aunque seguro que tenía una buena excusa y testigos para asegurar que no había podido hacer otra cosa. Y al hacerlo, acababa de restarle poder de reacción a la reina. Ahora, solo podría improvisar y las prisas nunca eran buenas. La paciencia y la premeditación eran cruciales para reducir los riesgos al máximo.

—Bien. Y ahora que tengo toda vuestra atención, quiero dejar clara una cosa. No sé por quién me tomáis, pero no soy tan estúpido, ni tan arrogante, como para no creer en la palabra de una mujer que ha sufrido tamaña agresión. No soy, no somos monstruos. Chaid Khasat no se librará esta vez. Tendrá el castigo que se merece, esta misma tarde.

»La próxima vez venid a hablar conmigo en vez de apiñaros como ratas para confabular. ¿Está claro? Aquí quien manda soy yo. Yo os protejo, yo imparto justicia.

No lo olvidéis.

Todas permanecieron en silencio incluso pasado un buen rato de la marcha del anciano.

Charni nunca había percibido a Qjem tan alterado. Estaba enfadado, mucho. Estaba... como si le hubieran herido de gravedad el orgullo. Qué, maldita la estría, le había contado Lain para que estuviera de esa manera.

—Parece que mi mandato llega a su fin —rompió su madre el silencio.

—No, Kesha —se hizo oír la voz de una mujer sobre la sentida negativa de todas las demás—. Ya has escuchado al anciano. Impartirá justicia. No es necesario que te sacrifiques.

—La justicia de los hombres nunca podrá compararse a la de una mujer —replicó tajante.

»Hace ya muchos círculos sucedió algo parecido. Yo aún era una niña, pero sentí la decepción como las demás. Su justicia se limitó a cortarle el miembro al agresor. Pero si ya no le servía para ver, qué clase de castigo era ese. Es como si después de haber perdido el olfato decidieran extirparte la nariz. Sí, tiene piel y por tanto conserva el tacto, pero no hueles con ella, maldita la grieta. Menuda justicia es esa, privarte de un miembro que ya no te sirve.

»No. Chaid Khasat merecería que le cortaran el resto de sus extremidades por todos los golpes y patadas que las mujeres han recibido, y que le arrancaran la lengua por todas las argucias y engaños que ha estado escupiendo por su boca. Reduciría su existencia a un patético muñón balbuceante tumbado en su propia orina y heces.

»Hasta podría conformarme con que lo encerraran en un espacio reducido, sin atenciones, sin visitas, salvo para poder escupirle o lanzarle excrementos como divertimento para nuestras niñas y advertencia a aquellos que creyeran posible hacer lo mismo y salirse con la suya.

»Sin embargo, sé que nada de eso va a pasar, porque para ellos sigue siendo un hombre que existe en este mundo como elemento en la última barrera de defensa ante una posible invasión. Creerán haberlo domado, sometido, tal vez incluso tenerlo controlado para que se limite a cumplir su función y poco más. Pero seguirá sintiéndose útil, seguirá conservando su fuerza para golpearnos y seguirá percibiéndose como un hombre. Sin embargo, no merece que conserve tal distinción.

»Por eso, y dado el poco tiempo de margen que nos han dejado —omitió decir el nombre de Lain aunque en su tono quedó implícito—, tomaré la responsabilidad y abandonaré el cargo como otras tuvieron el honor de hacer antes que yo. Que os refugiéis y os preparéis para nombrar a mi sucesora será la última orden que dé como reina. Y Charni, por tu bien, tendrás que ser tú la que se asegure de mi cese.

Ante la rotundidad de aquellas palabras y la sobreentendida decisión inapelable, las mujeres se acercaron a su reina, la abrazaron, la acariciaron, la besaron y le

lloraron mientras le escribían palabras de aliento y agradecimiento. Le dijeron lo justa que siempre había sido y lo mucho que la echarían de menos, aunque tuvieran que superar su pérdida con rapidez.

Charni, por el contrario, se quedó clavada en el suelo como un hombre, sin fuerzas para moverse o reaccionar. Por mucho que su madre la hubiera preparado durante círculos y círculos para aquella posibilidad, le costaba asimilar que en verdad estuviera pasando.

No. No. ¿Por qué Lain había sido tan cruel? ¿Por qué Charni debía ser la que delatara a la reina y asegurara el cese? ¿Por qué no disponían de más tiempo para que ella pudiera prepararse mentalmente? ¿Por qué? ¿Por qué?

Le importaba poco que aquello estuviera implícito en el cargo, que fuera lo menos que se esperaba de una reina; ser responsable y justa para preservar el bienestar de todas las ksatryas. ¿Por qué? ¿Por qué?

¿Por qué su madre tenía que morir?

—¿Creéis que esto me gusta, que estoy disfrutando con ello? Pues os equivocáis. Me gusta tan poco como a vosotras.

La poderosa voz de Qjem retumbaba en cada pared, cada rincón, cada corazón de las presentes que, en absoluto silencio, escuchaban el sermón airado del anciano.

No muy lejos de donde él estaba, probablemente de rodillas, debía estar situada Kesha, la antigua reina, aunque Qjem no fuera consciente de que el traspaso de poder ya se había efectuado.

El discurso era escupido con rencor y rabia. Sobre todo rabia. Charni conocía al anciano, había intimado con él hasta que accedió a ser su asistente, por lo que se hacía una ligera idea de cómo debía de sentirse en esos momentos. Frustrado. Obligado por las circunstancias. Pero así era la ley y las ksatryas la conocían bien.

Y mientras pensaba que estaba infundiendo temor en todas las mujeres convocadas, el anciano líder asistía sin darse cuenta a la ovación pública de las ksatryas a su antigua reina y el máximo honor al que esta podía aspirar. Morir por todas ellas. Por el bien de todas ellas. Por su seguridad.

—Sin embargo —prosiguió Qjem su discurso—, me veo obligado a hacerlo. No puedo consentir de ninguna manera que alguna piense que se puede subir a mis barbas y mucho menos que podrá hacerlo y no sufrir las consecuencias.

»Nadie, absolutamente nadie, puede tomarse la justicia por su mano. Nadie. Yo dicté el castigo; la sentencia fue ejecutada. Kesha no tenía ningún derecho a decidir si le parecía insuficiente o no. Y eso va para todas. Que os quede bien claro.

Qjem hizo una pausa. Ninguna rompió el silencio. El ritual del sacrificio estaba resultando solemne. Hacía tiempo que un hombre no le dedicaba tanta pasión en el discurso de ejecución. Sin duda, Kesha sería recordada por más de un círculo. No

solo por ser la reina que había durado más de tres en el cargo (nueve nada menos), sino porque había herido el orgullo de aquel hombre, gravemente, y este parecía lamentar de veras tener que aplacarlo de aquella manera.

Charni sintió un nudo en su garganta creciendo y oprimiéndole el pecho. Puede que una ksatrya no debiera tener orgullo, pero en esos momentos, sin duda, se sentía especial por ser hija de quien era, y sentía que su madre lo era aún más. La mejor de todas las presentes.

Recordó a su madre que, como si fuera una jornada más, se había asegurado de que todo estaba en orden en casa y luego se había despedido de su hija pequeña como lo haría en cualquier otra circunstancia. Después, acompañada de Charni, había acudido al lugar donde trataban a Chaid Kashat para contener la hemorragia en su entrepierna y tratar su herida. Una vez segura de que no había ningún hombre cerca, y que tampoco habían detectado su presencia, pidió a las asistentes que lo sujetaran mientras le cortaba la garganta para que no gritara, le hundía el cuchillo en el estómago para que se debilitara y, finalmente, le rajaba el bajovientre para que las tripas se le desparramaran y no hubiera forma posible de que lo salvaran.

Acto seguido, con toda tranquilidad, pidió a las demás que la golpearan con saña para que los hombres pensaran que nadie la había ayudado y que Kashat había tratado de defenderse. Luego, les ordenó que la dejaran sola y, tras despedirse de Charni, le pidió que fuera a Qjem a delatarla. En su hija no podía residir la duda de la complicidad. Nadie podía salir castigada salvo ella misma. Como reina, ese era su deber. Aunque la torturaran, aunque la golpearan, ningún nombre saldría de su garganta salvo el de ella misma.

Kesha debía ser responsable de Jano. Había hecho entrar en razón a un hombre de manera poco contundente y la muchacha había pagado por ello, como otras tantas antes de completar el proceso. Su plan, a la larga, había fracasado y, de no aplicar una medida más drástica, con el tiempo más mujeres podrían verse afectadas. Algo inadmisibile.

Charni apretó los puños. Lo único que había salido mal fue que ella no estuvo lo bastante rápida. Para cuando alcanzó a Qjem, Latha le estaba informando de todo, por supuesto haciendo a Kesha como única responsable.

Estaba más que texturizado que Lain no iba a dejar que una molestia como Chaid Kashat se saliera con la suya estando su posible coronación tan a mano, por lo que debía dejar que Kesha ejecutara el plan hasta el final. Pero si de alguna manera conseguía romper el débil vínculo de confianza que pudiera haberse desarrollado tras el ritual de iniciación entre Charni y el líder de los hombres en este mundo, mejor que mejor.

Sin embargo, lo que la madre de Latha no sabía era el deseo que sentía el anciano de proteger a Charni ahora que esta iba a quedarse sin madre, precisamente por su

culpa.

Y de alguna forma, Charni era consciente de aquello. Había percibido ese peculiar cariño, como el de una madre, cuando Qjem le preguntó, unas alarmas atrás, si podía tocar su barriga y sintió la vida dentro de ella. Tal vez ninguno de los dos había mantenido el contacto como cuando eran ritualista y asistente, pero que el vínculo no se había debilitado lo más mínimo, ella lo sabía bien. Oh, sí. Y ya se aseguraría, a partir de esa misma jornada, de que se hiciera incluso más fuerte.

Charni escuchó un gruñido. Probablemente Qjem había cogido a su madre por el pelo y la estaba obligando a descubrir su cuello.

—¿Tus últimas palabras, Kesha? —preguntó el anciano.

Su madre rompió a llorar.

Ah... El lenguaje de las lágrimas. Seguro que cada una de las presentes estaba aplaudiendo aquella actuación final. El culmen estaba próximo.

—Siento muchísimo lo que he hecho y espero de corazón que ninguna mujer siga mi ejemplo. Por favor. Por favor... —balbuceó—. Lo siento. Lo siento...

—Yo también, Kesha —susurró Qjem, aunque las mujeres de las primeras filas le oyeron perfectamente. Y estas se encargarían más adelante de transmitírselo a las otras para terminar de ensalzar el valor y el honor de su anterior reina.

Un gorgoteo. El olor de la sangre. El sonido de un peso muerto al caer al suelo. El llanto de todas las presentes invadiendo cada rincón casi como una sola voz. De nuevo el poderoso lenguaje de las lágrimas. Cualquier hombre se sentiría conmovido o como mínimo perturbado ante aquel sonido. Y Qjem se convencería así de que estaban rotas y vencidas. Su orgullo sería calmado, la seguridad de todas sería restablecida y el equilibrio no se vería afectado.

El lenguaje de las lágrimas; el conjunto de sonidos, aroma, sabor y textura más poderoso que cualquier palabra, y con significado más amplio y más sentido. Y todas al unísono lo estaban empleando para conceder la última reverencia por la muerte de tan valerosa reina y la bienvenida a la nueva.

Charni también lloró. Lloró de dolor mientras las que estaban a su alrededor interrumpían su coro de lágrimas y se le acercaban, la abrazaban, la acariciaban, la besaban, le escribían palabras en su piel antes de marcharse. «La mejor reina», le decían. «Será recordada», le aseguraban. «Una gran ksatrya», la animaban.

Y allí permaneció sin moverse, sumida en su dolor y su secreto orgullo, mientras recibía la textura de las palabras de todas y cada una de las mujeres, hasta que ella fue la última que quedó en todo el recinto.

Sola, exhausta, incapaz de seguir usando el lenguaje de las lágrimas, sumida en el más absoluto de los silencios, juró por la existencia que se estaba desarrollando en su interior que no solo haría todo lo posible por que el legado de su madre no fuera olvidado jamás, sino que se aseguraría de que las responsables se arrepintieran de

haber privado a las ksatryas de su mejor reina.

El volcado se realizó con éxito y Charni esperó pacientemente a que el hombre se apartara de ella y suspirara complacido por última vez. Se quedó quieta un rato y luego, en silencio, se levantó del camastro y se dirigió a la silla donde había dejado su vestido y su cinturón. Abrió el contenedor del paño de la sangre y se limpió con él la entrepierna.

Iba a empezar a vestirse para salir cuando este la interrumpió:

—Espera. No te vayas todavía. Aún queda tiempo. Anda, ven. Recuéstate conmigo un rato.

Charni pensó que, efectivamente, el turno aún no había acabado, pero prefería volver a casa. Seguro que su hija ya había vuelto de la escuela y aunque no estaría sola (sin privilegios reales compartía casa con más mujeres, algo que por otro lado era muy útil para criar a una niña), le gustaba pasar con ella el mayor tiempo posible.

Sin embargo, el hombre se lo había ordenado y ella no podía permitirse el lujo de perturbar su orgullo. Así que, igual de silenciosa, volvió a recostarse junto a él.

—Sí. Eso está mejor —suspiró él mientras la abrazaba por la espalda y se acoplaba a ella como una cuchara—. Dime. ¿Cómo te llamas?

—Charni.

—Charni... Bonito nombre. Yo soy Khal, por cierto.

»Uf —resopló con cansancio mientras terminaba de acoplarse a ella—. Pues verás, hoy he tenido un día horrible. ¿Sabes por qué?

Charni se mordió el labio. Recordó de inmediato las palabras de su madre.

¿Era la primera vez que estaba con ese hombre? Aspiró con disimulo. No. Ahora estaba segura de lo que había percibido al entrar. Ya había estado con él. Pero ¿era la segunda o la tercera vez? ¿Había sentido placer en el volcado? Que ella recordara en esa última ocasión, sí, aunque enseguida se había puesto a pensar en su hija y en que solo había producido a dos hombres. Ya era adulta, sí, pero su producción era aún insuficiente para empezar a mover sus hilos y alcanzar su objetivo final.

—No —se limitó a responder a la pregunta. Tenía que evitar utilizar «por qué» como fuera.

—No. Claro que no. ¿Cómo ibas a saberlo? Aquí abajo vivís una vida tranquila, sin preocupaciones. Os lo dan todo hecho, así que tenéis tiempo de sobra para vosotras mismas... o lo que sea que hagáis para divertirlos y pasar el rato.

»No digo que quiera una vida así, claro. No, no. Por supuesto que no. Lo más probable es que quisiera pegarme un tiro a los dos días. Aunque a veces me pregunto cómo sería la vida desde la perspectiva de una mente tan sencilla como la vuestra. Y es que lo de hoy ha...

«Vaya, me tenía que tocar a mí en este turno al parlanchín», pensó Charni con

resignación y desconectando por completo de lo que el hombre le estaba diciendo. Tenía cosas más importantes en las que ocupar su mente. Y mientras él seguía con su cantinela, ella recordó la despedida de su madre. Breve, pero cargada de sentimiento en cada caricia, cada palabra dibujada.

«Te deseo una buena producción, hija mía», había empezado diciéndole. «Y aunque debería decirte que espero que lo que llevas dentro sea un hombre, prefiero desearte que sea una mujer. Lo contrario haría decir a la gente que estás siguiendo los pasos de tu madre y eso provocaría que Lain o Latha te consideraran más que nunca como una rival.

»Recuerda, Charni, paciencia. No tengas prisa en llevar a cabo el plan que sé que estás amasando en tu cabecita. Eres hija mía, así que no puedes engañarme. Pero asegúrate, por favor, de que tengan la guardia baja antes de actuar.

»Me siento muy tranquila de dejarte sola, porque aunque aún no seas adulta eres capaz de todo. Lo sé. Oh, sí, lo sé. Confío plenamente en ti, hija mía».

Los deseos de su madre se habían cumplido. Su primera producción había sido una niña y aunque Charni había estado a punto de morir durante la fase final del proceso, su voluntad de vivir para llevar a cabo su venganza había sido tan fuerte e impregnada de tanta determinación que hasta las propias asistentes se sorprendieron de su recuperación.

Sí. Charni sería todo lo paciente que hiciera falta, actuaría con mucha cautela y cuando llegase la ocasión adecuada...

—¿Tú qué opinas, eh?

La pregunta, junto al hecho de que el hombre acabara de plantarle dos besos... *cariñosos* en el hombro y el cuello, despertaron en ella todas sus alarmas.

Las tres preguntas. Dos tenían un no. Y aun así prefería prevenir que curar.

—Lo siento. Ha terminado mi turno —respondió en el tono más neutro que fue capaz de transmitir tanto en los sonidos como en el lenguaje de su cuerpo.

Se levantó del camastro, fue hasta la silla en silencio y empezó a vestirse.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te has puesto así?

«Así, ¿cómo?», pensó Charni, segura de haberse mostrado lo más anodina posible. Sin embargo, no dijo nada y empezó a ajustarse el cinto y los distintos contenedores.

—Ey —exclamó el hombre levantándose del camastro—. Te he hecho una pregunta, mujer —dijo agarrándola del brazo con fuerza y tirando de ella para obligarla a estar cara a cara.

Maldita la grieta. No entendía cómo pero estaba texturizado que su orgullo se estaba despertando. Su deber como ksatrya era calmarlo como fuera, agachar la cabeza, pedir disculpas, mostrar arrepentimiento, asumir la culpa... Todo lo que hiciera falta para salvaguardar el equilibrio. Y sin embargo...

Sin embargo, Charni se dio cuenta de que estaba dispuesta a asumir las consecuencias de herir su orgullo si con ello conseguía evitar un nuevo turno coincidente.

—Mi respuesta es que dejes de lloriquear como una niña de dos círculos —escupió las palabras mientras de un tirón conseguía librarse de la presa sobre su brazo—. ¿Tu vida como hombre es difícil? Pues supéralo. Viniste a este mundo para aguantar eso y mucho más. Tienes un deber, ksatrya. Cúmplelo o pégate un tiro. Si no eres lo bastante hombre para llevar a cabo ninguno de los dos, deja de hacerme malgastar mi valioso tiempo con un debilucho como tú.

La cogió de nuevo del brazo, esta vez con rabia asesina. Charni percibió cómo su otra mano quedaba suspendida en el aire con intención de abofetearla. Ah, el orgullo, el orgullo. Pero no se movió lo más mínimo a la espera de que el hombre la golpeará para calmar la herida. Sin embargo, para su sorpresa, no pasó nada, y el silencio que se sucedió a continuación le resultó desconcertante.

Despacio, muy despacio, casi como una caricia, la soltó.

—Tienes razón —dijo él con un retintín un tanto... risueño—. No te haré perder el tiempo. Hasta la próxima vez que nos veamos, Charni.

—Dudo que algo así sea posible, Khal —dijo su nombre con cierto menosprecio.

De repente, la abrazó y la besó con rabia. Charni le mordió el labio y lo empujó como pudo para que la soltara. ¿Qué grietas le pasaba a aquel hombre que parecía deseoso de que ella pisoteara su orgullo? Peligroso. Sin duda era un hombre peligroso y desequilibrado.

Salió de la sala en silencio, desconcertada y enfadada a partes iguales. Los hombres eran todos una molestia. Solo sabían luchar y volcar. Volcar y luchar. La cabeza no les daba para nada más. Eran más simples que una recién producida.

Sacudió la cabeza. No. No le iba a dedicar ni un solo momento más a pensar en ello. Tenía que hablar con Deva y preguntar en qué estado se encontraban las alianzas que estaban pactando. Tenía que visitar a Qjem, el único hombre con valor estratégico en esos momentos, y empezar a averiguar en quién estaba pensando como su sucesor.

Lain estaba a punto de percibir cómo las posibilidades de su hija Latha quedaban reducidas a cero, nada, y con un poco más de tiempo...

Ninguna distracción. No. Ninguna.

No podía permitirse distracción alguna. Charni iba a ser reina. Por la memoria de su madre, nada ni nadie le impediría alcanzar su destino, y menos aún un hombre. Aunque ella se había negado durante mucho tiempo, aunque lo había rechazado con todas sus fuerzas mientras estaba en la escuela, Charni tenía ahora la plena convicción de que había sido producida en este mundo para gobernarlas a todas, como su madre lo había hecho antes que ella.

Todo fue tal y como la difunta reina planeó.

SEPARADOS POR LAS AGUAS DEL RÍO CELESTE

Aliette de Bodard

Aliette de Bodard (Nueva York, Estados Unidos) es ingeniera de software especializada en visión artificial y una de las más firmes promesas de la ciencia ficción mundial. Ejemplo de cosmopolitismo —nació en Estados Unidos de padres vietnamitas, creció en París y, pese a que su lengua natal es el francés, escribe habitualmente en inglés—, su ficción breve ha aparecido en las más prestigiosas revistas y antologías de todo el mundo: *Interzone*, *Clarkesworld*, *Asimov's*, *Realms of Fantasy*, *Apex*, *The Year's Best Science Fiction...* cosechando los más importantes premios y nominaciones a nivel mundial: el British SF en 2010 por «The Shipmaker», el Nebula en 2012 por «Immersion», finalista del Nebula de novela corta en 2012 por su maravillosa «On a Red Station, Drifting», y un largo etcétera.

Debido a su origen franco-vietnamita, Aliette muestra un marcado interés por la mitología, las tradiciones y la historia antigua de China y Vietnam, aglutinando muchos de sus relatos en torno al denominado universo de Xuya, una «historia del futuro» en la que los asiáticos dominan la expansión humana del cosmos. Además, Aliette es autora de un buen número de ensayos dedicados al papel que desempeña la cultura, la ciencia, el idioma y la religión en narrativa, que pueden leerse en su web personal.

En cuanto a obras de mayor extensión, su trilogía *Obsidiana y Sangre*, una fantasía oscura ambientada en el imperio azteca de un siglo xv alternativo y compuesta por las novelas *Sirviente del Inframundo* (2010), *Harbinger of the Storm* (2011). y *Master of the House of Darts* (2011), será publicada en breve en España por RBA dentro de su colección Literatura Fantástica.

El presente relato pertenece a su serie de Xuya, y fue publicado en el número 64, correspondiente a enero de 2012, de la excelente revista online *Clarkesworld*. Una historia muy emotiva que nos habla de la larga lucha contra la opresión pero, sobre todo, de lo que ocurre después de la revolución y sus usualmente trágicas consecuencias. Un desenlace que induce a la reflexión y a tener muy presente la expiación de todas nuestras culpas.

*Me apena pensar en las estrellas,
nuestros ancestros, nuestros dioses,
separados como punzadas de alfiler
por las aguas del Río Celeste.
Por tanto, dime
¿es lo apropiado que pase mis días aquí
acogida en estas salas lúgubres y desoladas?*

Este es el primer poema que Xu Anshi nos entregó; el primer recuerdo que compartió con nosotros para ponerlo a buen recaudo. Se trata del primero que compuso en alto mheng, que era y continúa siendo un idioma degradado, una mezcla del de los extranjeros san-tay y el de los mheng, su pueblo.

Lo escribió en la prisión de Shattered Pine, sentada en su oscura celda, mientras escuchaba el débil gemido de los bots que se deslizaban por las paredes (fundidos con el metal y los cables entrecruzados) y los que se adherían a su piel para monitorizar hasta el más leve de sus movimientos: los ecos de su corazón, el pulso de los pensamientos que su cerebro generaba o el sudor excretado por su cuerpo.

Anshi llegó a hacerse un hueco como poetisa en San-Tay, donde sin pretenderlo llegó a dominar el idioma de la clase alta, el idioma de los controladores de bots; en el centro médico, empero, se le extirpó todo aquello, lo que dejó en su mente un agujero de extrañó contorno, un vacío que dolía como una herida. Cuando intentaba hablar, no conseguía articular palabra —ni en san-tay ni en alto mheng— sino que como mucho acertaba a proferir un graznido entrecortado, como el que emitiría un pájaro moribundo. Antes los bots trabajaban a sus órdenes, pero ahora no obedecían otra voluntad que la de los san-tay.

No se veían las estrellas desde Shattered Pine, donde la ausencia de ventanas imponía su lóbrega voluntad y la tenue luz amarillenta no tardaba en despojar de pigmentación a la piel de los prisioneros. Así y todo, una vez por semana los reclusos tenían permiso para salir a la cubierta de la estación penitenciaria, vigilados por una férrea escolta de guardas san-tay. Los bots se adherían a sus rostros y ojos para obligarlos a perder la mirada en la oscuridad, en el horizonte de sucesos del agujero negro, cuyo interior atraía y hacía girar en espiral todo rastro de luz hasta hacerlo desaparecer, cuyo interior lo trituraba todo hasta desintegrarlo. Fuera había algunas personas, prisioneros que un día intentaron escapar y que, tras su captura, recibieron un traje espacial y fueron relegados al exterior, donde una lenta deriva los arrastraba hacia un lugar donde el tiempo y el espacio carecían de todo significado. Los más afortunados ya estarían muertos.

De cuando en cuando algún prisionero sufría un espasmo en el momento en que los bots lo despertaban con un pinchazo, y en ocasiones se oían gemidos y sollozos débiles, los de aquellos cuya mente acababa de quebrarse. Shattered Pine sometía y

destrozaba a todo el que entraba en ella, y los prisioneros que eran enviados de regreso a Felicity Station, consumidos y doblegados, se despertaban todas las noches entre llantos y temblores a causa de las pesadillas que les provocaba el recuerdo del agujero negro.

Anshi (quien en su día fue una erudita, una magistrada de nivel bajo, antes de que cometiera el error de manifestarse en contra de los san-tay) estaba sentada, inmóvil, mirando el agujero negro, contemplando su corazón, consciente de la verdad: ella era un ser insignificante al que se podía despedazar y aplastar sin ningún problema, pero siempre lo había sabido. Ningún hombre significaba nada ante la vastedad del universo.

Fue en la cubierta donde Anshi conoció a Zhiying, una chica menuda y frágil que siempre se sentaba a su lado. No podía mirarla, pero sentía su presencia; percibía la fuerza y el odio que emanaban de ella, que la sustentaban cuando otros caían.

Un día tras otro se sentaban juntas, ocasiones que Anshi aprovechaba para componer poemas mentalmente, esforzándose por hilvanarlos en alto mheng (no se le permitía expresarse en san-tay y, al igual que muchos mheng de clase alta, no hablaba bajo mheng). Un día tras otro, con los bots adheridos a su piel como fruta pasada, y en compañía de Zhiying, que ardía como el fuego a su lado. Así, a medida que los versos cobraban fuerza en su mente, Anshi comenzó a susurrar palabras, sin que los guardas la oyeran, sin que los bots consiguieran identificar su sonido, torpemente al principio, y repitiéndolos una y otra vez después, como un mantra entonado rosario en mano. Un día tras otro; y según las palabras calaban más y más hondo en su mente, empezó a comprender, poco a poco, que los bots que tenía enganchados a su piel no eran objetos inmóviles, sino que se sostenían por sí mismos, temblorosos, y luchaban por mantenerse en su sitio. Observó también que los bots adheridos a Zhiying no tenían el mismo aspecto, sino que estaban hechos de materiales más resistentes para contener el fuego que su rabia encendía. Oía el pulso acelerado y frenético de sus procesos de pensamiento, que fluían con ritmo propio, como un poema recitado en confidencia, y percibía el riguroso rielar que vinculaba los bots con los guardas san-tay, manteniéndolo todo en su sitio.

De esta manera, bajo la tenue luz de Shattered Pine, Anshi comenzó a subvocalizar palabras en alto mheng, a comunicarse mentalmente como hacía antes, cuando era libre. No esperaba que pasase nada; pero uno tras otro los bots adheridos a su piel empezaron a ponerse rígidos y girarse al oír su voz, a la espera de recibir órdenes.

Antes de salir de Felicity, Xu Wen esperaba encontrarse con un agobiante control de seguridad en la base espacial de San-Tay Prime; había dado por hecho que les echarían un vistazo a sus documentos de viaje y que los bots brotarían del suelo para

registrar hasta el último centímetro cuadrado de su piel, hasta la última cavidad de su cuerpo. Madre le ha advertido en no pocas ocasiones que los san-tay jamás perdonaron a Felicity por entrar en guerra con ellos; que siempre se avergonzarán de haber perdido sus colonias espaciales. Imagina que un Censor exigirá mantener una entrevista personal con ella, o incluso que le impedirán el paso en la frontera, que la humillarán y la enviarán de vuelta a Felicity.

Sin embargo, las cosas no suceden así en absoluto.

El control de seguridad queda atrás en un suspiro (los bots se limitan a realizarle un somero análisis corporal antes de que los guardas le hagan señas para que continúe). Tampoco tiene problemas para encontrar un taxi (las cosas deben de haber cambiado mucho en San-Tay Prime), cuyo conductor san-tay le indica con la mano que monte no sin antes fijarse en el color de su piel.

—¿De vacaciones? —le pregunta el taxista en galáctico una vez que sube al flotador, en cuyo interior su cuerpo se hunde cuando el asiento se adapta a su morfología. Los bots se encaraman a sus manos para mostrarle la publicidad de los hoteles y restaurantes de los alrededores: un espectáculo extraño e inquietante, ya que en Felicity Station no hay bots.

—Por así decirlo —responde Wen al tiempo que encoge los hombros para afectar despreocupación—. Antes vivía aquí.

Hace mucho, muchísimo tiempo, cuando todavía era un bebé; antes de que Madre tuviera aquella espantosa discusión con la Abuela y abandonase San-Tay Prime para establecerse en Felicity.

—¿Sí? —El taxista vira con pericia para escurrirse entre el tráfico; una tras otra, deja atrás varias avenidas amplias y bordeadas de árboles—. No tiene usted mucho acento.

Wen meneaba la cabeza.

—Nací aquí pero me marché poco después.

—Volvió a la madre patria, ¿eh? —El taxista sonrío—. No la culpo.

—Por supuesto —dice Wen, aunque no está segura de qué podría contarle. ¿Que en realidad no sabe...? ¿Que en realidad nunca vivió aquí más que unos pocos años, y que tan solo conserva unos cuantos recuerdos confusos de una cocina luminosa y de unos bots que bailaban para ella en la moqueta del apartamento de la Abuela? Pero no está aquí para hacer este tipo de confidencias. Está aquí... En fin, no tiene muy claro por qué está aquí. Madre se mostró inflexible en su negativa a que viniese; por otro lado, Madre jamás perdonó a la Abuela por el exilio en San-Tay Prime.

El trayecto transcurre sin contratiempos, hasta que llegan al distrito fronterizo, donde un grupo de bots voluminosos repta al interior del flotador, haciendo que el taxista ponga los ojos en blanco cuando los hilos de pensamiento de los unos se funden con los del otro. Instantes después los bots se disgregan y el hombre se vuelve

para mirar a Wen.

—Lo siento, señora —dice—. Tengo que dejarla aquí.

—¿Oh? —pregunta Wen procurando ocultar el miedo que la asalta.

—En estos momentos no se permite el acceso de los flotadores a los distritos mheng —responde el taxista—. Por una especie de funeral por el jefe de una tribu... A los de arriba les preocupa que se produzcan disturbios. —Encoge los hombros—. De todos modos, usted es de aquí, ¿no? Seguro que conoce a alguien que pueda echarle una mano.

Wen nunca ha estado aquí y ya no conoce a nadie. Aun así, se obliga a sonreír —«Ante todo, elegancia», le recomendaba siempre Madre— y pone la mano sobre uno de los bots, cuya calidez percibe cuando este realiza una transferencia desde la cuenta bancaria que tiene en Felicity Station. Una vez que el taxista la deja en la acera pavimentada de una calle que apenas si reconoce, se queda inmóvil, notando todavía el tacto de los bots en su piel. En Felicity creen que son degradantes, el modo en que el gobierno de San-Tay tiene de controlarlo todo y a todos, de modo que en el aeropuerto no se decidió a hacerse con ningún bot de localización.

Levanta la vista hacia los letreros; están escritos en los dos idiomas: san-tay y lo que supone que es alto mheng, el idioma de los exiliados. El san-tay está prácticamente prohibido en Felicity, de tal modo que solo puede leerse en algunos letreros ruinosos de los Anillos Exteriores, los que el Comité Nacional de Reestructuración todavía no ha decidido reconstruir. Asimismo, el alto mheng no se enseña, ni su aprendizaje se fomenta en forma alguna. Lo único que Wen recuerda es que siempre le ha parecido un rompecabezas; las palabras se asemejan a las del mheng, pero cuando intenta interpretar una oración, el significado de esta parece salir corriendo.

Desorientada, decide adentrarse en las calles. Las pocas tiendas junto a las que pasa están cerradas y tienen una tela blanca extendida sobre la puerta. Blanco en señal de duelo, blanco por la celebración de un funeral.

Todo parece tan... tan amplio, tan abierto. En Felicity las calles no se alinean las unas con las otras, no se ven aceras tan limpias. En la estación el espacio es un codiciado tesoro, de tal modo que hasta el último pasillo está atestado de puestos y tiendas. La gente almuerza en mesas colocadas en medio de la calle y realiza sus transacciones bajo umbrales empotrados o en compartimentos la mitad de anchos que la acera. Wen se siente como en otro mundo, aunque de cuando en cuando ve algún letrero en el que reconoce alguna palabra y sigue sus indicaciones, desesperada por que la guíen hacia el velatorio.

Recorre una calle tras otra, tras otra... caminando entre árboles extraños mecidos por la brisa y escuchando la música que suena a lo lejos, procedente de cada puerta y de cada farola. El aire fluye cálido y pegajoso, muy distinto al de la atmósfera

regulada de Felicity, mientras en lo alto se acumulan los nubarrones. En cierto modo Wen desea que llueva, deseosa de ver cómo es la lluvia de verdad y compararla con la de las simulaciones, que parecen una versión prolongada y torrencial de las duchas de los baños comunes.

Por fin, al llegar a un cruce más pequeño del que parten cuatro calles señalizadas con extraños letreros (supone que se encuentra en algún tipo de zona residencial, aunque solo consigue leer los números de los portales), se detiene y mira al cielo. Debe admitirlo: es inútil. Se ha extraviado, está completamente perdida en medio de ninguna parte y nunca conseguirá llegar a tiempo al funeral.

Siente que están a punto de saltársele las lágrimas, pero llorar es de caprichosos y ella nunca se ha permitido un solo antojo en toda su vida. Así que, en lugar de ponerse a gimotear, se da media vuelta e intenta volver por donde ha venido, en dirección a una de las calles principales, donde, sin duda, podrá llamar a alguna puerta o encontrar a alguien que la ayude.

No consigue encontrar ninguna de las calles, pero finalmente pasa junto a un grupo de ancianos que están jugando al *rodeo* al aire libre, con la mirada fija en el reluciente holotablero como si les fuera la vida en ello.

—Disculpen —dice en mheng.

Todos los jugadores se vuelven al mismo tiempo hacia ella y se quedan mirándola atónitos.

—Estoy buscando el White Horse Hall, por el funeral.

Los hombres no apartan los ojos de ella, impasibles, con el rostro ensombrecido por expresiones que Wen no logra identificar. Están cargados de bots diminutos que se aferran a sus ojos, manos y muñecas, que cuelgan brunos como frutas repulsivas; el grupo le recuerda a los san-tay de las películas de la reconstitución, solo que su tez es más oscura y sus ojos, más pequeños.

Por último, el más anciano del grupo da un paso adelante y se acerca a ella, redirigiendo la voz a sus bots, que la hacen brotar en un titubeante mheng.

—Tú no eres de aquí.

—No —confirma Wen en el mismo idioma—. Soy de Felicity.

Una expresión indescifrable nubla el rostro de los hombres, una mezcla de nostalgia, odio y algo que Wen no acierta a distinguir. Uno de los ancianos la señala con el dedo y murmura algo en alto mheng. Wen tan solo entiende un nombre.

Xu Anshi.

—Eres la hija de Anshi —afirma el hombre. Los bots reproducen su voz lentamente, con un tono metálico, haciéndola sonar muy distinta de la rápida farfulla que caracteriza al alto mheng.

Wen menea la cabeza y otro de los jugadores profiere una carcajada antes de añadir algo más en alto mheng.

Que es demasiado joven, sin duda... Que Madre, la hija de Anshi, debe de ser ya una mujer de mediana edad, que no puede pertenecer a la generación de Wen.

—Hija de hija —dice el hombre esbozando una sonrisa jocosa—. No te preocupes, te llevaremos al velatorio para que veas a tu abuela.

El anciano se coloca al lado de Wen, junto con el otro hombre, el que se había reído. Ninguno de los dos dice nada más —Wen supone que se les hace demasiado difícil mantener una charla distendida en un idioma que no dominan—. Dejan atrás una serie de calles cada vez más estrechas y pasan bajo varias banderas decoradas con la imagen del phuong, el emblema que representaba Felicity antes de que la Honorable Líder lo sustituyese por el de la estación llameando entre las estrellas, más adecuado a su nueva condición.

Todo parece... extraño, deformado de alguna manera. Las palabras no suenan como deberían, los emblemas no terminan de resultarle familiares, el idioma le parece una mezcla inquietante de términos que apenas si consigue distinguir.

«Todo está mal», decide Wen, que ha empezado a tiritar. Sin embargo, ¿cómo puede estar mal caminar en compañía de la gente de la Abuela?

*Invocando los bots que barrí
diez mil miles de años de veneno,
despertando mil llamas florales, mil aves fénix
flotando en un mar de sangre como olas encrespadas,
el llanto de los millones masacrados brota de la oscuridad.*

Recibimos este poema y sus recuerdos para ponerlos a buen recaudo cuando Xu Anshi todavía se encontraba en Felicity Station, una tarde antes del Festín de los Fantasmas Hambrientos. Estaba sentada en una habitación iluminada por una luz trémula, pensando en Lao —su marido, quien murió durante los levantamientos— y preguntándose hasta qué punto había merecido la pena todo aquello.

Habla de la época en que Anshi ya era mayor, más sabia. Zhiying y ella habían escapado de Shattered Pine y pasaron tres años escabulléndose de un escondite a otro y componiendo pasquines que repartían por todas las casas para anunciar el fin del gobierno de los San-Tay en Felicity.

Durante la noche que se dio en llamar la Sedición del Segundo Anillo, Anshi se hallaba en uno de los anillos interiores de Felicity Station, con sus bots distribuidos por todo su cuerpo e infiltrados en la red. La mitad de ellos, sostenidos sobre sus piernas, bombeaban modificadores hacia su flujo sanguíneo; la otra mitad estaban vinculados a los otros controladores de bots mheng y retransmitían escenas de la matanza, de la turba de los mheng sembrando el caos en los distritos san-tay ubicados en los anillos interiores, con el Alto Tribunal y la Autoridad de la Base Espacial

reducidos por los rayos láser y los distritos más populares, derruidos.

—Esta —dijo Zhiying señalando una puerta alta adornada con lo que parecía una bendición mheng tradicional, hasta que observaron que los caracteres habían sido elegidos por una mera cuestión de estética y no encerraban ningún significado.

Anshi envió a sus bots un comando subvocalizado para ordenarles que tomaran la casa. El canal de comunicación con los distritos levantados se cortó de súbito cuando los bots centraron su atención en la puerta y la casa a la que daba paso. Sus sensores analizaron los bots de las paredes, el patrón de la circulación del aire y los cables que se extendían por detrás de la puerta, y también elaboraron hipótesis sobre las posibles arquitecturas del sistema de seguridad... antes de que el enjambre llegase a un acuerdo y tomase una decisión.

Los bots se desplazaron hacia la puerta. Los bots de la casa intentaron detenerlos, pero los de Anshi se distribuyeron en dos escuadrones y los dejaron atrás avanzando a velocidad de vértigo hacia el núcleo: el panel de control central, que albergaba el sistema de comunicación de los bots. Anshi llegó a atisbar unas paredes pintadas de rojo y unos hologramas que parpadeaban antes de que sus bots se retirasen raudos, el trabajo completado, y se abalanzasen sobre los bots, ya desorganizados, en la entrada.

Todo quedó a oscuras y los caracteres mheng se desvanecieron poco a poco de los paneles de la puerta.

—Todo tuyo —le dijo Anshi a Zhiying, a la que le costaba mantenerse de pie; los bots habían iniciado una algarabía en su mente, centrados en la proposición de acciones que emprender a continuación, y dada la extrema fatiga que padecía, ignorarlos se le hacía aún más difícil. Había visto a muchos controladores quemarse sin posibilidad de recuperación, con el cerebro sobrecargado de estímulos externos que provocaban su colapso. Debería habérselo figurado. Pero la necesitaban, a ella, a la controladora de bots más habilidosa con la que contaban, a su estrategia; la necesitaban mientras los san-tay todavía se tambaleaban tras la última guerra interplanetaria, mientras todavía eran débiles. Ya descansaría después, cuando los san-tay se marchasen, cuando los mheng fuesen libres. Ya habría tiempo entonces, de sobra.

Bao y Nhu estaban forzando la puerta con cuchillos de soldadura, debilitando el metal con cada corte hasta que una estridencia indicó que la puerta había cedido. A espaldas de Anshi, la multitud prorrumpió en un clamor y se apresuró a pasar, obligándola a caminar al frente mientras el mundo se reducía a una masa arremolinada y confusa de detalles: consolas arrancadas, adornos tirados de las estanterías, hombres pálidos derribados y arrollados por la muchedumbre atropellada... un vórtice de caos, como si un ejército de demonios se hubiera escapado del inframundo.

El gentío se dispersó según avanzaba hacia el interior, hasta que Anshi se vio en

el centro del creciente círculo que se formó en lo que antes era una habitación de invitados. Junto a ella, Bao comenzó a destrozar una cama anodina mientras parte de la multitud se ensañaba con una pantalla gigante en la que se proyectaba una puesta de sol entre árboles extraños y retorcidos en lo que debía de ser algún planeta san-tay que Anshi no reconocía, tal vez el mismo Prime. Anshi respiró hondo, obligándose a recuperar la calma en medio de la devastación. Una nube de flojel y polvo la rozó a su paso. Vio un bot al fondo de la habitación, desesperado por contener aquel desastre, correteando de un lado a otro para reparar las grietas de la pantalla. Nhu lo desarticuló de una patada certera, lo que hizo que su rostro se retorciese con una amplia e inquietante sonrisa.

—¡Mirad esto! —Bao alzó un collar espejado que relucía y cambiaba de forma, mostrando un sinfín de configuraciones para deleite de su propietario.

Nhu profirió una carcajada seca.

—Ya no les hará falta. —Extendió una mano, pero Bao tiró el collar al suelo y lo cortó con su cuchillo.

Anshi no se movió. Lo vio todo como si se hubiera sumido en un trance: la pantalla, la cama, las almohadas que intentaban recuperar una forma reconfortante por mucho que los sublevados se empeñasen en despedazarlas, las joyas esparcidas por el suelo y la imagen del bosque, que se desvanecía para ser sustituida por una pared sombría y agrietada; uno tras otro, los objetos que simbolizaban los privilegios de los san-tay fueron reducidos a añicos, sin posibilidad alguna de restauración. Sus bots le transmitían imágenes similares procedentes de todos los rincones de la estación. Los san-tay tomarían represalias, pero esto les serviría para comprender cuán débiles eran los cimientos de su poder. Cuán fácilmente los oprimidos mheng podían provocar su caída y cuán difícil les resultaría defender Felicity.

Bien.

Anshi registró la casa en busca de los bots san-tay. A aquellos en cuyo sistema consiguió infiltrarse para reprogramarlos los añadió a su enjambre; los demás los destruyó con la misma crueldad con que los guardas habían masacrado a los prisioneros de Shattered Pine.

«Anshi. Anshi».

Algo parpadeaba con insistencia en el ángulo de sus ojos: el enjambre requería su atención. Las cocinas: Zhiying se encargaba de supervisar las ejecuciones. Fragmentos inconexos distorsionados por el canal de los bots: el gobernador san-tay pidiendo y suplicando que se le perdonase la vida; su esposa muriendo en silencio mientras los miraba a todos con unos ojos que rebosaban odio. No habían tenido hijos, por lo que Anshi dio gracias. Ella no era como Zhiying, dudaba que hubiera soportado el peso de la culpa.

¿La culpa? Había niños muriendo a lo largo y ancho de la estación; hombres y

mujeres cayendo víctimas si no de ella, de los que la seguían. Reprimió una risa amarga. No quedaba otra opción. Los niños podían morir o ser educados para despreciar a la raza inferior que conformaban los mheng, para tomar esclavos y criados y, con una despreocupada agitación de la mano, enviar a los disidentes como ella a que los machacasen en Shattered Pine. No quedaba otra opción.

«Ven», susurraron los bots en su mente, aunque ella no sabía por qué.

Zhiying, que se encontraba frente al Gran Maestro de la Seguridad cuando Anshi llegó a las cocinas, recibió a esta asintiendo levemente y volvió a centrar su atención en el hombre enfocado por las mirillas de las armas.

No le preguntó si deseaba pronunciar unas últimas palabras, aunque sí le hizo el favor de utilizar un biosilenciador con él en lugar de los fusiles que habían empleado con la familia. Así, el cuerpo del hombre se contrajo y se desplomó, todavía intacto, lo que le permitió unirse a sus ancestros con el honor que le confería el cuerpo completo.

—Luchó bien —reconoció Zhiying con sequedad—. ¿Situación de la casa?

—No queda nadie con vida —le informó Anshi mientras exploraba los distintos canales de los bots—. No queda prácticamente nada, de hecho.

—Bien —dijo Zhiying. No necesitó hacer más que un gesto para que los hombres trajeran a rastras a la siguiente víctima, una joven mheng que había sido obligada a trabajar como sirviente.

Esto, precisamente esto, era lo que los bots querían que viese. Anshi miró a los prisioneros acurrucados contra la pared: quedaba un san-tay, un anciano que la escudriñaba fijamente, sin miedo. Los demás, todos los demás, eran mheng vestidos con ropas de san-tay, la tez pálida y deslavada bajo las luces parpadeantes y embadurnados de lo que parecía harina de arroz, escapada de los sacos reventados que había dispersos por el suelo. Mheng. Su pueblo.

—Hermana mayor —dijo Anshi, horrorizada.

La ira ensombrecía el rostro de Zhiying.

—No te engañes. Ya no son mheng.

—¿Porque los obligaron a servirles? ¿Eso es lo que entiendes por justicia? No tenían elección —replicó Anshi. La chica acurrucada contra la pared se mantuvo en silencio; apartó los ojos de Zhiying y los deslizó hasta el fusil antes de posarlos en el cadáver de su señora.

—Tenían elección. Teníamos elección —objetó Zhiying. Su mirada, sombría y profunda, se hundió por un momento en la chica—. Si los dejamos vivir, correrán a ampararse en la milicia y nos acusarán para procurarse una casa mejor. ¿No es así? —preguntó.

Anshi, sorprendida, comprendió que Zhiying se había dirigido a la chica, quien se negaba a mirarlos a la cara, como si también ellos fueran extranjeros.

Por fin, la chica inclinó la cabeza hacia atrás y habló en alto mheng.

—Siempre se mostraron amables conmigo y vosotros los habéis destripado como a puercos. —Había empezado a temblar—. ¿Qué pretendéis? No lograréis ocultaros en Felicity. Los san-tay vendrán y os matarán a todos, y cuando terminen nos recluirán en la oscuridad para siempre. No será un trabajo de lujo como este, nos obligarán a recoger basura, a limpiar conductos y a raspar bots, y nunca más volveremos a ver la luz de las estrellas.

—¿Lo ves? —dijo Zhiying—. Es lamentable. —Un gesto suyo bastó para que la chica se desmoronase como el hombre que tenía ante ella. Los soldados se llevaron el cuerpo a rastras y trajeron al anciano san-tay. Zhiying guardó silencio y se volvió hacia Anshi—. Estás enfadada.

—Sí —afirmó Anshi—. No me uní a esto para matar a nuestros compatriotas.

Zhiying retorció los labios hasta formar una sonrisa amarga.

—Colaboradores —dijo—. ¿Por qué crees que sigue existiendo un régimen como el de los san-tay? Porque cogen a algunos de sus sirvientes y los ponen por encima de los otros. Porque nos hacen cómplices de la opresión que nosotros mismos sufrimos. Es lo peor que pueden hacer, hermana menor: manipularnos para que nos enfrentemos entre nosotros.

No. Anshi lo veía muy claro, como la hoja de un puñal recortada contra la luz de las estrellas. «Eso no es lo peor. Lo peor es que, para combatirlos, debemos derrotarlos en su propio juego».

Miró al anciano mientras moría, sin ver nada en sus ojos, salvo el reflejo de aquel amargo conocimiento.

El White Horse Hall es inmenso, tanto que resulta increíble que Wen no lo viera desde lejos. Más de cien plantas van apareciendo a medida que su flotador gana altura, alejándose cada vez más de la multitud congregada al pie del edificio. Por encima de la cubierta nubosa hay más flotadores cubiertos de blanco que se incorporan al tráfico o lo abandonan, como si se movieran al son de una música que solo ellos consiguen oír.

Está sola; sus acompañantes la dejaron en la estación de flotadores (el mayor se despidió con una amplia sonrisa y agitando la mano, mientras que el segundo se limitó a fruncir el ceño sin mirarla). A medida que ascienden y el aire pierde densidad (hasta casi alcanzar la temperatura de Felicity), Wen intenta relajarse, sin éxito. Llega tarde y lo sabe, y probablemente no la dejarán entrar al velatorio. Aquí es una extranjera y Madre tiene razón: más le habría valido quedarse en Felicity con Zhengyao y dedicar sus vacaciones a volar cometas o navegar por el Río de la Buena Fortuna.

En la plataforma de aterrizaje la espera una mujer menuda y rolliza cuya melena

despide reflejos plateados bajo la luz sin filtrar del sol. Su rostro se mantiene congelado a consecuencia de una controlada inexpresividad y viste de blanco en señal de duelo, sin lucir ningún distintivo que la identifique como familiar de la fallecida.

—Bienvenida —dice al tiempo que asiente con sequedad para recibir a Wen—. Soy Ho Van Nhu.

—Amiga de la Abuela —señala Wen.

Nhu adopta una expresión extraña.

—¿Sabes cómo me llamo? —Habla un galáctico perfecto, con un acento muy leve que solo se aprecia en las curiosas inflexiones que modulan su voz cuando pronuncia su nombre.

Wen podría mentir; podría decirle que Madre le hablaba a menudo de ella. Sin embargo, envuelta por el aire frío y diluido, no se siente capaz, como tampoco mentiría uno en presencia de la Honorable Líder.

—En la escuela nos hablaron de ti —dice sin poder evitar ruborizarse.

Nhu resopla.

—No demasiado bien, imagino. Acompáñame —dice—, tienes que prepararte.

Por todas partes hay gente vestida con trajes que Wen recuerda de cuando estudiaba historia: extrañamente pasados de moda y formales, combinados con collares que destellan al estilo san-tay, aunque los cinco paños de los vestidos son los que lucía la nobleza mheng antes de la llegada de los san-tay.

Nhu se abre paso entre la multitud, con paso seguro, hasta que llegan a una habitación vacía. Se detiene por unos instantes en el centro, con los ojos cerrados, mientras los bots salen de los recovecos de la estancia cargados de verduras y bolitas de pasta enrollada, negros y amorfos, relucientes como hojas de puñal, desplazándose sobre unas patas que se mueven en perfecta armonía, como las de un ciempiés o una araña.

Wen observa la escena entre fascinada y horrorizada mientras los bots trocean las verduras, amasan la pasta y rellenan los ñoquis, que introducen en las pequeñas unidades estofadoras que otros bots han puesto a su disposición. Un tercer grupo de bots se encarga de limpiar la barra mientras un aroma se extiende por la habitación: en un rincón comienza a calentarse el té.

—Yo no... —comienza a decir Wen. ¿Cómo podría probar aquello sabiendo cómo se había preparado? Traga saliva y adopta un ademán más diplomático—. Debería estar con ella.

Nhu menea la cabeza. Unas perlas de sudor motean su rostro, pero parece recuperar el color cuando los bots se retiran, uno tras otro, aunque Wen todavía puede verlos, acoplados bajo los armarios y el fregadero, como cucarachas aovilladas.

—Esto es el velatorio y has llegado tarde. No pasa nada porque te retrases quince minutos más. Además, sería una anfitriona pésima si no te ofreciera nada de comer.

Hay dos tazas de té encima de la mesa del centro; Nhu sirve la infusión con la tetera y le acerca una a Wen, quien vacila unos segundos antes de reprimir una arcada y aceptarla. Los bots se llevan la tetera y las hojas de té. Habían estado en contacto con la bebida cuyo vapor ahora inhala ella.

—Te pareces a tu madre de joven —observa Nhu mientras toma un sorbo de té—. También a tu abuela. —Habla con tono prosaico pero Wen percibe la tristeza que su anfitriona pretende disimular—. Debiste de pasarlo mal, en la escuela.

Wen rememora aquella época por un momento.

—No creas —dice. Los matones acostumbraban a intimidarla y no pocas veces fue objeto de burlas por culpa de su torpeza y su acento provinciano. Con todo, nunca insultaron a sus ancestros en concreto—. En realidad no les importaba quién era mi abuela. —Ahora es cosa del pasado, pasto del olvido; solo la generación de la Honorable Líder recuerda lo que fue aquello, vivir bajo el yugo de los san-tay.

—Entiendo —dice Nhu.

Se impone un silencio incómodo que Nhu no se molesta en romper.

Un enjambre de bots se acerca volando a ellas para traerles una bandeja con los ñoquis estofados, como en los vídeos antiguos, cuando los san-tay recibían a sus amistades en casa. Solo que, por supuesto, entonces eran los mheng, relegados a la cocina, quienes se encargaban de trocear y guisar las verduras.

—Te hacen sentir incómoda —señala Nhu.

Wen hace una mueca.

—No tengo... No tenemos bots en Felicity.

—Lo sé. Un vestigio de los san-tay, la tecnología de la servidumbre, que más valdría olvidar para siempre —dice con un tono ligero e irónico, y en sus palabras Wen reconoce una cita de uno de los discursos de la Honorable Líder—. Como el alto mheng. Dime, Wen, ¿qué es lo que se cuenta de Xu Anshi?

«Nada», quiere contestarle Wen, pero, al igual que antes, no se decide a mentir.

—Que empleó la tecnología de los san-tay contra estos, pero que al final cayó en la tentación de su poder. —Es lo que siempre le han dicho, lo que ha llenado el silencio bajo el que Madre sepultó a la Abuela. Pero, ahora, al mirar a aquella mujer menuda, casi se siente avergonzada—. Que a ella y a sus seguidores se les permitió elegir entre el exilio o la muerte.

—¿Y crees que es verdad?

—No lo sé —responde Wen, a lo que añade con más cautela—: ¿Importa?

Nhu se encoge de hombros y meneala cabeza.

—Una vez Mingxia... tu madre le preguntó a Anshi si creía que la reconciliación con Felicity era posible. Anshi le respondió que «reconciliación» no es más que un sinónimo de «olvido». Era una mujer de firmes convicciones. Por otro lado, perdió mucho en la guerra. Todos perdimos mucho.

—Yo no soy Madre —le recuerda Wen. Nhu meneaba la cabeza y desplegaba una sonrisa fugaz.

—No. Tú estás aquí.

«Por compromiso», piensa Wen. Porque alguien tenía que venir y no iba a ser Madre. Porque alguien debería recordar a la Abuela, aunque fuese ella, que ni la conoció ni sufrió la guerra. Se pregunta qué dirá la Honorable Líder sobre la muerte de la Abuela, en Felicity, si lamentará el fallecimiento de una libertadora o si les recordará a todos que deben permanecer firmes y rechazar la maldad de los san-tay, más de sesenta años después de que los extranjeros abandonasen Felicity.

Se pregunta hasta qué punto merece la pena aferrarse al pasado.

*Mira cómo los cielos dorados se inundan
con las lágrimas ardientes y amargas de nuestros difuntos.
Relegados a las tinieblas, no contradicen ninguna verdad,
acallados y ausentes ahora, no denuncian ninguna mentira.*

Anshi puso este poema bajo nuestra custodia la noche del día en que su hija la abandonó. Lloraba, pero intentaba disimularlo. Murmuraba cosas sobre hijos desagradecidos y su incapacidad de comprender todo lo que sus ancestros habían pasado. Le temblaba la mano, de forma notable, y miraba la taza de té con la misma intensidad con la que tiempo atrás miraba el agujero negro y sus corrientes, que lo arrastraban todo hacia sus fauces ciegas. Aun así, al igual que en Shattered Pine, ella lo veía todo con una claridad inclemente, como el destello de un puñal o una garra.

Se trata de una composición muy, muy antigua, cuyos primeros versos fueron los últimos que Anshi escribió en Felicity Station. Así como el primer poema retrataba su juventud (la prisionera huida, la más destacada controladora de bots de la revolución), este pincelaba sus últimas décadas, de más de una manera.

Las dársenas estaban desiertas, no porque el ciclo de la estación se hallase en su fase inicial, ni porque la guerra hubiera reducido el tráfico interestelar, sino porque se encontraban acordonadas por los unionistas mheng. Miraban a Anshi fijamente, los ojos vacíos, aunque la multitud que se amontonaba tras ellos alzaba pancartas de protesta y clamaba su sangre.

—No es justo —dijo Nhu, que llevaba las pertenencias de Anshi (sus bots y los de sus seguidores ya habían sido guardados en la bodega de una nave). Anshi llevaba a su hija, Mingxia, de la mano. La pequeña lo observaba todo con sus ojos enormes, pero no decía nada. Anshi sabía que más tarde le haría muchas preguntas, pero lo que importaba en aquel momento era sobrevivir a lo que estaba ocurriendo—. Eres una heroína de la sublevación. No deberías marcharte como una criminal marcada a fuego.

Anshi guardó silencio. Escudriñó la multitud preguntándose si Zhiying se presentaría allí finalmente, si sonreiría y le desearía suerte o si intentaría asestarle una última puñalada.

—Tiene razón, en cierto modo —admitió con cansancio. El odio de la muchedumbre era palpable, aun desde donde ella se encontraba—. Los bots son un vestigio de los san-tay, como el alto mheng. Lo mejor para todos es que lo olvidemos. —Lo mejor para todos, excepto para ellos.

—No hablas en serio —dijo Nhu.

—No. —No era lo que de verdad pensaba, pero era consciente de lo que albergaba el corazón de Zhiying, de su odio contra los san-tay; y sabía que, para su hermana mayor, no sería nada más que una colaboradora, mancillada por el uso de la tecnología del enemigo.

—Solo quiere que te marches. Porque eres su rival.

—Eso no es lo que ella piensa —dijo Anshi con un tono más cortante del que pretendía. Y sabía que tampoco ella lo creía. Zhiying consideraba a los mheng un pueblo fuerte y poderoso y no permitiría que nada ni nadie se interpusiera en su camino.

Superado ya el cordón, la panza de la nave se abría ante ellas como una promesa de una vida mejor en otra parte, en otro planeta, lo que no dejaba de resultar irónico, puesto que la nave la aportaba el Alto Gobierno San-Tay, en compensación por su comportamiento en las estaciones colonizadas. Quién le iba a decir que terminaría viajando en una de aquellas naves como invitada.

Nhu caminaba con paso firme hacia el oscuro túnel.

—No tienes por qué venir —dijo Anshi.

Nhu puso los ojos en blanco y guardó silencio. Al igual que Anshi, pertenecía a la vieja guardia. En su día trabajó como maestra en las escuelas mheng, hablaba alto mheng con fluidez y tenía cierta habilidad para controlar bots. Era un peligro, como Anshi.

Se oyó un ruido tras ellas: comenzaba a gestarse una revuelta. Anshi se volvió y constató que, contrariamente a lo que había imaginado, Zhiying había venido.

Llevaba bien ceñida la faja de Honorable Líder y las estrellas de la nueva bandera de Felicity salpicaban su vestido, una versión más corta y menos recargada del conjunto ceremonial de cinco paños. Llevaba el pelo recogido en un elegante moño atravesado por un alfiler en forma de fénix dorado, la primera joya que salía de los nuevos talleres de la estación. Apenas si se parecía a la prisionera alta y demacrada que Anshi recordaba, o a la líder apasionada y sombría de los años de la rebelión.

—Hermana mayor. —Saludó a Anshi con una reverencia, pero en lugar de acercarse a ella se quedó junto a su escolta de soldados de uniforme negro—. Os deseamos que halléis la felicidad y la buena fortuna entre las estrellas.

—Humildemente os lo agradecemos, Reverencia —dijo Anshi despojando su voz de cualquier rastro de ironía y dolor. Zhiying la observaba con sus ojos foscos, cargados de la misma rabia que Anshi vio en ella durante la Sedición del Segundo Anillo, la noche en que la chica murió. Se estudiaron durante unos instantes, hasta que por último Zhiying le hizo un gesto para que continuase.

Anshi siguió caminando, despacio, sin soltar a su hija de la mano. No terminaba de comprender qué le producía aquella sensación de... vacío, como si un centenar de bots hubieran estado bombeando modificadores hacia su flujo sanguíneo y se hubiesen detenido de repente. No terminaba de comprender qué era lo que esperaba —¿una disculpa?—. Zhiying nunca acostumbró a pedir perdón, ni a albergar dudas de ninguna clase. Aun así...

Aun así, estuvieron juntas en Shattered Pine, escaparon juntas, predicaron y escribieron la poesía de la revolución, y se retaron la una a la otra a infiltrarse en la red de Felicity para difundirla y hacerla llegar a todas las casas, a las pantallas de todos los pasillos.

Debería haber habido algo más que una despedida formal, algo más que unos ojos que taladraban los suyos, oscuros e intensos, sin rastro de pesar ni lágrimas.

«No se llora por el enemigo», pensó Anshi según doblaba la esquina y pasaba bajo el amplio arco metálico que conducía a la nave, agarrando con fuerza la mano de su hija.

En la pequeña antesala, Wen se cubre con una de las túnicas azul marino reservadas para los dolientes de parentesco más cercano al difunto. Puede oír, a lo lejos, el cántico monótono de los sacerdotes y el corretear de los bots por las paredes, desde donde proyectan una música leve, de tal manera que su eco parece expandirse por toda la estructura de la sala. Poco a poco, con cuidado, Wen se levanta y mira su reflejo pálido y lánguido en el espejo, en cuyas esquinas unos bots aguardan enrollados la orden de despertar y traerle cuanto les solicite. «Abominaciones», piensa con inquietud, pero se le hace difícil dejar de verlos como algo extraño, incomprensible.

Nhu la espera frente a la puerta grande. La multitud ha formado un pasillo para dejarla avanzar entre una expectación casi religiosa. En silencio, Wen se arrodilla y agacha la cabeza en señal de respeto a la fallecida, en reconocimiento de su tardanza y la necesidad de enmienda, como disculpa por haber dejado solo al espíritu de la Abuela.

Oye un ruido cuando la puerta se abre y por un momento ve una multitud vestida de azul, tras la que se arrastra despacio hacia el ataúd sin apartar los ojos del suelo. A ambos lados intuye los dobladillos de una hilera de vestidos, y una fila de zapatos, una desconcertante mezcla de estilos san-tay y mheng. Ante ella, los monjes entonan

sus oraciones monótonas en un púlpito tomado por el gentío. Una oración en alto mheng, palabras incomprensibles que dan pie a una salmodia melodiosa. Y el olor del incienso mezclado con algo más, una planta que no reconoce. El suelo es cálido y suave, muy distinto del metal y las moquetas de Felicity, tan utilitarios, con una plétora de pinturas ostentosas cuyos patronos no consigue identificar.

A medida que avanza se da cuenta, sin entenderlo, de que está pensando en Madre.

Una vez le preguntó por qué se marchó de San-Tay Prime, aunque sospechaba que de nuevo Madre culparía de todo a la Abuela. Sin embargo, Madre se limitó a coger una banqueta y sentarse dejando escapar un suspiro.

—No tenía otra opción, hija mía. Podíamos consumirnos poco a poco en San-Tay Prime, alejándonos cada vez más de Felicity, o podíamos regresar a nuestro hogar.

—Este no es el hogar de la Abuela —dijo Wen, despacio, confusa, como si forcejease con algo que su juventud le impedía comprender.

—No —convino Madre—. Y si hubiéramos seguido esperando, tampoco sería tu hogar ahora.

—No lo entiendo. —Wen puso una mano sobre uno de los armarios de la cocina; la puerta se deslizó hacia un lado para permitirle sacar una lata de camarones deshidratados en polvo que volcó en el caldo que estaba cocinando.

—Cuando dos hombres son arrastrados por dos corrientes del mismo río... terminan en lugares muy distintos. —Agitó una mano para quitarle importancia—. Ya lo entenderás cuando seas mayor.

—¿Por eso no te hablas con la Abuela?

Madre hizo una mueca y hundió la mirada en su taza de celadón.

—La Abuela y yo... no compartíamos los mismos puntos de vista —explicó—. A veces creo... —Meneó la cabeza—. Vieja testaruda. Nunca pudo admitir que había perdido. Que el futuro de Felicity no tenía cabida para los bots, para el alto mheng... para nada de lo que los san-tay nos dejaron.

Bots. Alto mheng... Todas las cosas que ya no existen, en la nueva Felicity; todas las cosas que la Honorable Líder prohibió, en aras de la seguridad y por la gloria del pueblo.

—Madre —dijo Wen, asustada de pronto.

Madre sonrió y por primera vez Wen vio amargura en sus ojos.

—No importa, hija mía. No te corresponde a ti soportar esta carga.

Wen no lo entendió entonces. Pero ahora... Ahora, según avanza por el pasillo, respirando aquellos olores desconocidos, cree que lo entiende. La reconciliación implica olvido, ¿y tan malo es que olviden, que ya no estén encadenadas al odio del pasado?

Una vez que llega al ataúd, se levanta y, por un momento, se vuelve para mirar a

la muchedumbre que se extiende ante ella, a las personas difuminadas en cuyos ojos anidan los bots, con sus olores y trajes desconocidos. Ya no son de Felicity, pertenecen a otro lugar, a medio camino entre los san-tay y la cultura que les dio a luz; y, con el paso de los años, aquellos que no regresen se alejarán cada vez más de Felicity, hasta que un día se crucen por la calle y no tengan más que una vaga sensación de familiaridad, como la que experimentan los parientes que, perdido el contacto años atrás, se han convertido en extraños.

No, ya no son de Felicity, pero ¿acaso importa, en realidad?

Wen ignora la respuesta, carece de los desoladores conocimientos que su madre tiene sobre la vida. Así, se vuelve de nuevo hacia delante y mira el ataúd, el rostro de aquella desconocida, separada de ella por un río profundo y turbio, imposible de vadear.

Partida en dos, sueño con un hogar remoto.

No caben más lágrimas en mi almohada iluminada por la luna.

La ventana abierta me muestra las estrellas y los planetas

donde diez mil familiares fueron separados

por las aguas del Río Celeste, sin puentes que los llevarsen a casa.

El inmenso anhelo

me desgarrar el corazón.^[1]

Este es el último poema que Xu Anshi nos entregó; el último que compuso, antes de que la enfermedad le impidiera seguir expresándose en alto mheng y ya no pudiéramos entender sus órdenes subvocalizadas. Entonces nos dijo: «Se acabó», tras lo que se alejó de nosotros, en espera de la muerte.

Ahora estamos aquí, mientras Wen mira el rostro pálido de su abuela. No estamos con nuestros hermanos, entre la multitud, aferrados a la cara de los presentes, ni recogidos en alguna pared o en las esquinas de algún espejo, a la espera de recibir la orden de activarnos.

Nuestro lugar es otro.

Descansamos en el ataúd, junto a las demás pertenencias de Xu Anshi, entremezclados con las ofrendas de papel (el arco que da paso al cielo, los billetes sellados con el retrato del Rey del Infierno...). Permanecemos quiescentes, a la espera de que Xu Wen nos llame, momento en que fluiremos hacia ella, como negra marea, portadores de su legado y de los recuerdos que dieron forma a la vida de Xu Anshi, desde su principio hasta su final.

Sin embargo Wen mira más allá de nosotros, pues para ella no somos más que un mal necesario en la ceremonia, y el idioma en el que podría llamarnos es una lengua que ella no habla y en la que no tiene el menor interés.

En silencio, se aparta del ataúd para sumarse al grupo de dolientes. Nosotros también permanecemos mudos y nos llevamos nuestro conocimiento de la vida de Xu Anshi a la oscuridad abisal.

LAS MANOS DE SU MARIDO

Adam-Troy Castro

Adam-Troy Castro (Estados Unidos, 1960) es un escritor de ciencia ficción, fantasía y horror radicado en Miami. El curioso guión que aparece en su nombre fue debido a un error tipográfico del periódico universitario en el que colaboraba, y que decidió adoptar como propio.

En su haber consta la publicación de un centenar de relatos en medios importantes como *The Magazine of Fantasy & Science Fiction*, *Analog*, *Science Fiction Age*, *Lightspeed*, *Apex* y diversas antologías, por los que ha obtenido un premio Seiun, dos nominaciones a los Hugo, tres a los Skoker y ocho a los Nebula; además, es autor de una veintena de libros, entre novelas de *Spider-Man*, una serie infantil con el personaje de Gustav Bloom y la obra ganadora del premio Philip K. Dick en 2009: *Emissaries From the Dead*, protagonizada por el duro investigador de homicidios Andrea Cort y que hasta el momento ha gozado de dos secuelas.

En España tiene publicados únicamente tres relatos en otras tantas antologías colectivas, todas firmadas por el prestigioso editor estadounidense John Joseph Adams: «Tan muertos como yo» en *Zombies* (Minotauro, 2009), «La antesala» en *Zombies 2* (Minotauro, 2011) y «Cerile y el viajero» en *El camino de la magia* (Minotauro, 2012).

El presente cuento fue nominado a los premios Nebula (ciencia ficción y fantasía), Stoker (terror), Seiun (Japón) y Grand Prix de l'Imaginaire (Francia), lo que demuestra su enorme versatilidad. Un sobrecogedor testimonio de guerra y, a la vez, una inusual historia de amor más allá de las dificultades. Sin duda alguna, un relato de los que dejan huella.

Las manos de su marido llegaron a casa un viernes. Rebecca había sido avisada del ataque, el cual segó la vida de otros siete soldados de su unidad y redujo a tres más a una condición similar, a fragmentos mínimos de sí mismos: uno desapareció por encima de la cintura; otro, por debajo; y un tercero quedó limpiamente dividido por la mitad, como si lo hubieran bisechado a fin de exponerlo en un laboratorio de anatomía.

La Administración de Veteranos le dijo que podría haber sido peor. El oficial encargado de la notificación le recordó el caso de Tatum, la hija de los vecinos, reducida por el fuego enemigo hasta el punto de que no quedó de ella más que un colgajo de piel y músculos, un trocito de muslo del tamaño y la forma de una cajetilla de tabaco, el cual les fue enviado a sus padres dentro de una caja y que ahora ocupa la habitación de arriba, donde se gana el pan revisando artículos de internet. «Eso no es vida», juzgó el oficial. En cambio, de Bob, señaló, quedaba un par de manos perfectas, amputadas a la altura de las muñecas, aunque aun así capaces de llevar a cabo las más asombrosas acciones. Además, también estaba la lotería de la clonación. Las probabilidades de que tocara eran de una entre dos millones, pero siempre servía para mantener viva la llama de la esperanza, y cosas más raras se habían visto.

Rebecca les había pedido a sus padres, a los de Bob y a los amigos que tan ansiosos estaban por verlo, que respetasen su espacio. Aquel era un momento muy íntimo para ella y no se sentía preparada para atender sus diplomáticos tópicos. Aguardó en casa, deseando darle una calada a un pitillo como nunca antes había deseado nada, con la mirada fija en la puerta hasta que oyó llamar y los dos escoltas impecablemente uniformados le hicieron entrega de lo que quedaba de su marido dentro de una caja cubierta con una bandera estadounidense.

Retiraron la tapa y le mostraron las manos de Bob, acomodadas la una junto a la otra sobre una almohadilla blanca. La izquierda estaba colocada con la palma hacia abajo y la derecha, con la palma hacia arriba. Esta última, al ver a Rebecca, se contrajo y agitó los dedos para saludarla. Las nuevas aperturas fotosensibles que tenía en las yemas de los dedos parpadearon varias veces, algo que Rebecca interpretó como un gesto de emoción. Las uñas habían sido cortadas y lustradas hasta dejarlas relucientes. Rebecca no pudo evitar deslizar los ojos hasta las muñecas, las cuales terminaban en unas gruesas bandas plateadas que habrían podido pasar por pulseras de no ser por los topes planos que ocupaban el lugar donde antes nacían sendos brazos. Estas protecciones, como bien sabía Rebecca, alojaban no solo el sistema de alimentación (sin el que las manos de su marido se reducirían a dos trozos de carne putrefacta), sino también la copia de seguridad más reciente de la memoria de Bob, sin la cual todo cuanto este era y todas las cosas que llegó a hacer habrían desaparecido.

Rebecca no imaginaba que unas manos pudieran reunir tantas particularidades

como para reconocer en ellas a una persona, y sin embargo sí las identificaba. Uno de los meñiques tenía una torcedura angulosa por donde se rompió cuando un día Bob fue a interceptar una pelota de béisbol, fractura que nunca llegó a soldarse correctamente. Y una cicatriz cruzaba uno de los nudillos que Bob se cortó, hasta que casi quedó el hueso a la vista, con un cristal roto. Rebecca sabía que aquellas manos eran las mismas que antes podían hacerla estremecerse, cuando remataban unos brazos fuertes y protectores.

Los dedos se agitaron un poco más. El escolta le dijo que su marido quería hablar con ella. Rebecca confesó que no sabía qué hacer. El más joven de los escoltas le entregó una tableta negra de superficie plana y dotada de una serie de ranuras para insertar los dedos, la encendió y la introdujo en la caja a fin de que las manos de Bob pudieran utilizarla. Cuando la pantalla de texto se activó, las manos de Bob se dieron la vuelta, introdujeron las yemas de los dedos en las ranuras de control de la tableta y comenzaron a... hacer algo, no exactamente lo que Rebecca entendía por mecanografiar, como si de un teclado QWERTY al uso se tratase, pero sí algo muy parecido, mediante movimientos ligeros y precisos que durante los segundos que siguieron proyectaron varias palabras y frases en la pantalla.

rebecca por favor no temas —escribieron las manos de su marido— sé que esto resulta raro y que puede darte miedo pero soy yo. puedo verte y me alegro de haber vuelto a casa. te quiero. por favor necesito que me beses

Había muy pocas cosas que Rebecca deseara menos en ese momento, pero sabía que los restos de su marido percibirían su indecisión, de modo que extendió los brazos y los tocó. Las manos de Bob se desacoplaron de la tableta negra y se dejaron coger, una con cada mano de ella. Se mantenían tan cálidas como Rebecca las recordaba, y le parecieron más pesadas de lo que creía. No pudo evitar sentir una arcada cuando, movida por un sentimiento de obligación, le dio un beso cariñoso a cada una en los nudillos. Las dos se voltearon sobre la palma que las sostenía y entrelazaron sus dedos con los de Rebecca hasta formar un nudo tan prieto y fusionado como lo habría sido un abrazo, si el destino hubiera preferido que Bob regresase a casa con su cuerpo al completo.

—Ahora los dejaremos a solas a los dos —dijo uno de los escoltas.

«¿A qué se refiere con “los dos”?» pensó Rebecca automáticamente. «Ahora las manos de Bob son dos cosas independientes la una de la otra. ¿No sería más apropiado decir “los tres”? O, ya que las manos conforman tan solo una pequeña parte de un hombre completo, ¿no habría que utilizar fracciones? ¿No sería lo correcto emplear expresiones como “una y un décimo”? ¿O cualquier otra?». Rebecca pensó en todas estas posibilidades pero prefirió reservárselas cuando los escoltas se tocaron con sus gorras y le dijeron que no dudase en llamar si necesitaba cualquier cosa, tras lo que la dejaron sola, sosteniendo lo que un día fue parte, pero

no la totalidad, de su marido, quien tan solo cuatro años antes, cuando ella contaba dieciocho y estaba sentada frente a él en un seminario de la universidad, le pareció el hombre más guapo que había visto nunca.

Durante un buen rato permaneció sentada con él —o con ellas— en silencio. De cuando en cuando, si cerraba los ojos y esperaba a recibir uno de aquellos apretones reconfortantes —lo más parecido a una conversación que Bob podía ofrecerle sin utilizar la tableta—, casi lograba engañarse a sí misma y pensar que aquellas manos seguían unidas a unas muñecas que conectaban con unos brazos que pivotaban sobre unos hombros sostenidos sobre un pecho bajo el que latía un corazón, que aún quedaban unos labios, unos ojos y un hombre capaz de acostarse con ella, encender su pasión y provocarle tristeza.

Pasados unos minutos, la mano izquierda de Bob se desenlazó con delicadeza de la derecha de Rebecca y gateó hasta el hombro de esta, al que también aplicó un apretón antes de deslizarse como un cangrejo hasta su rostro, en cuyas mejillas detectó los rastros que las lágrimas habían dejado. La mano se quedó paralizada ante el descubrimiento y Rebecca no pudo evitar pensar que le había fallado, que había demostrado ser una persona superficial, que lo había herido, a él o a lo que quedaba de él, cuando más necesitaba sentir que ella todavía era capaz de amarlo.

Momentos después las manos descendieron hasta la mesa para hablar con Rebecca sobre los problemas que ahora habrían de encarar. La izquierda se tendió sobre el dorso a fin de que las aperturas fotosensibles de las yemas de los dedos pudieran verle la cara, mientras que la derecha se desplazó hasta la tableta y le dijo que sabía cómo se sentía, que él tampoco había imaginado así su futuro juntos, y que si le daba una oportunidad le demostraría que aún podía ser el mejor marido en la medida de sus posibilidades. La indecisión de Rebecca y su esfuerzo por encontrar unas palabras que no sonasen a burla o a mentira lo decían todo, y quizá rompieran lo que ahora Bob tuviese por corazón. Con todo, tras largos instantes, Rebecca asintió, lo cual era un comienzo.

Bob no podía contarle nada acerca de lo que le había ocurrido. La última copia de seguridad que se guardó antes del ataque que destruyó el resto de su cuerpo tenía tan solo una semana de antigüedad, lo que le ahorraba el recuerdo de una experiencia infernal, la visión de sus compañeros de unidad muriendo despedazados, en ocasiones hasta varios a la vez. Escribió que como mucho tenía un conocimiento teórico del contenido de aquella copia de seguridad, pues declaró que ya entonces había cosas que prefería no recordar y que había optado por vivir el resto de sus días encerrado en un conjunto de recuerdos aún más antiguo, grabados dos meses antes, felizmente ajenos a determinadas experiencias que lo habrían destrozado más de lo que ya estaba.

Escribió que la guerra era tan espantosa que, de haber sido posible, se habría desprendido de aún más recuerdos; de hecho, muchos veteranos realizaban una copia de seguridad en el momento de partir hacia su destino y cuando regresaban, ya fuese enteros o reducidos a pedazos, se negaban a recordar nada de lo que habían hecho ni de lo que les había acontecido allí. En lugar de rememorar un solo día en el frente, elegían una vida en la que pasaban de ser fuertes, estar en forma, tener el cuerpo intacto y hallarse en un transporte de tropas donde su pasado era transferido a una base de datos a, apenas un instante después, ser mayores y haber regresado ya de su destino, transformados en un trozo de carne inteligente presentado en una bandeja. Así y todo, había compañeros, miembros de su unidad, que a lo largo de su periplo hicieron cosas por él que jamás se permitiría olvidar, aunque ello implicara conservar algunos recuerdos de aquel infierno. Le escribió a Rebecca que nunca le hablaría de lo poco que recordase.

Aclarado este punto, poco más quedaba por decir. Rebecca se preparó algo para almorzar, tras lo que las manos de Bob se acomodaron en la mesa para verla comer, con las palmas hacia arriba a fin de que las yemas de los dedos recogieran la luz, postura que, aunque involuntariamente, daba la impresión de que su marido la observara con gesto suplicante.

Después, cuando el silencio de la tarde tensó el ambiente, las manos escribieron «me sigue gustando verte comer». Era algo que Bob ya le había dicho antes, cuando se estudiaban mutuamente durante los rituales que llevan de la atracción inicial al noviazgo; a Bob le encantaba la meticulosidad de Rebecca, el hecho de que manejase los platos de comida como si viera en ellos un rompecabezas a desmontar en lugar de algo con lo que deleitarse. No le respondió que ella también disfrutaba viéndolo comer a él, con el inmenso placer que le producían sus platos preferidos, el entusiasmo manifiesto y descarado con el que se abandonaba a los manjares que menos le convenían. Rebecca sabía que Bob nunca podría volver a expresar aquella fruición, y que ella nunca volvería a ser testigo de la misma: otro de los placeres de la vida que les había sido negado, que se quedó en algún lodazal encharcado de sangre, bajo un cielo extranjero. No podía evitar pensar en todas las comidas que habrían de compartir, los desayunos, los almuerzos y las cenas que durante el resto de su vida les recordarían lo que un día fue y jamás volvería a ser.

La conversación transcurrió entre largas pausas. Vieron la televisión, las manos de Bob acomodadas en el regazo de Rebecca o en el sofá, junto a ella, donde manifestaban su aprobación o descontento con las imágenes proyectadas en la pantalla mediante gestos mímicos, incluida la airada respuesta a un comentario que el presentador hizo sobre la guerra, expresada con un mudo pero vehemente levantamiento del dedo corazón. Rebecca contestó a algunas llamadas de sus familiares y amigos, que telefoneaban preocupados para interesarse por el transcurso

de la reunión, a lo que ella siempre respondía que no, que todavía no estaban preparados para recibir visitas. El silencio se extendió un buen rato más (roto por alguna que otra conversación, siempre breve a causa de la escasa pericia de Bob con la tableta), hasta que llegó la inevitable y, en cierto modo, horripilante hora de la cena, momento en que la incómoda situación del almuerzo no solo se repitió sino que se acentuó, ahora que ambos sabían que aquello no era más que el principio, que el silencio de las comidas pronto se convertiría en un ritual cotidiano que revivirían durante todo su futuro juntos.

Solo se produjo una situación potencialmente problemática antes de que se acostaran. De camino a la cama, la mano derecha de Bob se topó con una fotografía enmarcada donde aparecía vestido de uniforme, colocada sobre una mesita accesoria junto al sofá. Rebecca no pudo evitar ver cómo la mano cavilaba mientras golpeteaba el cristal con la yema de un dedo, como si de alguna manera deseara poder regresar al momento congelado en aquella imagen. Rebecca tuvo la impresión de que Bob volcó la fotografía adrede. Estaba segura, casi al cien por cien.

Aquella noche Rebecca se acostó en el lado de la cama que ocupaba siempre, bajo un techo blanco y vacío que no le ofrecería consejo alguno. La mano derecha de Bob se enterró bajo las sábanas y se aovilló a la altura de la cintura de su esposa, mientras que la izquierda se quedó sobre la almohada fresca, pues prefería poder contemplar a Rebecca antes que la calidez que las mantas pudieran proporcionarle. Cuando Rebecca apagó la lámpara, el destello de las lucecitas rojas que coronaban los dedos de la mano izquierda arrojó un resplandor escarlata que se proyectó por toda la habitación, lo que hizo que pareciera que alguien se había desangrado sobre la almohada. Los dedos se contrajeron cuando sorprendieron a Rebecca mirándolos, tal vez a modo de saludo incomprensiblemente jovial o tal vez para recordarle que podían verla. Rebecca se obligó a inclinarse y besarle la palma, reprimiendo de alguna manera el escalofrío instintivo que sintió cuando los dedos se retorcieron para acariciarle las mejillas.

Rebecca llamó a la mano de Bob por su nombre y le dijo que lo quería.

Bajo las sábanas, la mano derecha de Bob gateó hasta la izquierda de Rebecca y envolvió los dedos de esta con los de él. Rebecca ya había sostenido aquella mano durante horas, una y otra vez, y ahora habría preferido que Bob se la hubiera dejado libre. Sin embargo, ¿qué podía decir ella, en realidad, sabiendo que negarle ahora el contacto, en el más íntimo de los lugares que habrían de compartir, en el preciso día de su reencuentro, hubiera equivalido a rechazarlo? Debía hacer algo por él. Al menos, fingir. Así, le devolvió el apretón, le susurró algunas palabras cariñosas que le parecieron excesivamente teatrales y dejó que Bob la agarrase con una mano mientras la otra la observaba con unos ojos que semejaban pequeños pinchazos.

Se quedó dormida, y en sus sueños las manos de Bob también regresaban a casa, pero sin los topes embellecedores que conservaban sus recuerdos y su mente y ocultaban tras unas placas de plata pulida la magnitud del daño que había sufrido. En sus sueños, las manos de su marido regresaban a casa con las heridas en carne viva, con los colgajos de piel desgarrada y mortecina pendiendo de ellas como serpentinadas destrozadas. De cada una de las dos manos, a la altura del punto donde se había practicado la amputación, sobresalía un hueso astillado y ennegrecido, a modo de lanza. Las yemas de los dedos de estos restos de Bob habían quedado reducidas a instrumentos ciegos e inútiles, incapaces de llevarlo a ninguna parte si no era a través del tacto; según reptaban por el suelo abrigado de la cocina en busca de Rebecca, mientras esta forcejeaba con el aire, denso como la gelatina, para mantenerse fuera de su alcance, las manos iban dejando tras de sí un reguero continuo de sangre, mucha más de la que habría podido derramarse de unas manos normales sin convertirse en trozos de carne desecada. La cocina se transformó en un fresco de rastros de sangre entrecruzados que no alcanzaron las piernas desnudas de Rebecca hasta que la persecución terminó cuando esta quedó paralizada, con los pies clavados al suelo, como siempre les ocurría a las mujeres en los sueños, mientras las manos mutiladas ascendían por su cuerpo.

Podría haberse despertado dando un grito, pero en el sueño no conseguía articularlo, pues el aire que la rodeaba no conformaba una atmósfera donde una mujer pudiera respirar, sino una sustancia espesa que se negaba a introducirse por sus labios, por mucho que se esforzase en inflar el pecho, por mucho que le atronasen los oídos y por muy desesperada que estuviera por introducir en sus pulmones cualquier cosa que la mantuviera con vida.

Entonces se despertó y supo que no era un sueño. Bob la estaba estrangulando. Las manos de su marido le atenazaban la garganta, con los pulgares cruzados sobre la tráquea, mientras el resto de los dedos, ásperos y robustos, le rodeaban el cuello para juntarse, a modo de espeluznante cumbre, sobre la nuca. Ya cuando tenía el cuerpo completo, Bob podía hacer mucha fuerza con las manos, y ahora que estas eran cuanto quedaba de él, parecían aportar también la potencia que antes ejercían los brazos y la espalda, entregadas por completo a la aterradora tarea de triturarle la garganta.

Cuando un hombre completo intenta asfixiar a una mujer, esta puede defenderse arañándole el pecho, retorciéndole la cara o incluso apartándole las manos, que contarían con la ventaja de estar unidas a unos brazos y unos hombros. Sin embargo, Rebecca tan solo podía pelearse con las manos de su atacante, el foco donde debía concentrar su defensa. Estiró el brazo para coger el lápiz afilado que tenía junto al libro de crucigramas que había sido su única compañía desde que Bob partiera para luchar en aquella estúpida guerra, y empezó a pinchar el dorso de las manos hasta que

punzó la piel, momento en que estas aflojaron la presa alrededor de su cuello, de tal modo que los dos trocitos de Bob se desprendieron, permitiéndole respirar de nuevo.

Podría haber gritado y seguido pinchando las manos de su marido hasta que no quedasen de ellas más que dos trozos de carne descuartizada, pero algo en el modo en que yacían ahora sobre la cama, desde donde la miraban con sus diez lucecitas rojas, le hizo detenerse, lo que no habrían conseguido unos ojos demenciales o incomprensivos.

Rebecca encendió la lámpara de noche y ensartó con la mirada a las traicioneras manos de Bob, alumbradas ahora por la luz cruda.

Todas las cosas tienen rostro, incluso las que no; el ojo humano se encarga de ponérselo. También las manos tienen rostro y hacen gestos que cambian según la posición que adopten los dedos con respecto a la palma. Las manos pueden parecer estar tranquilas, angustiadas o desesperadas. Pueden mostrarse amables o violentas, a veces sin dejar de ser las mismas manos. Por alguna razón que no alcanzaba a comprender, las manos de su marido parecían sentirse perdidas. Rebecca no lo entendía, pero sospechaba que había algo que no veía, algo cuya presencia intuía pero quedaba fuera de su campo de visión.

La mano derecha de Bob hizo el gesto de escribir algo.

A Rebecca no le atraía la idea de dejarlas solas mientras iba a por la tableta. Había leído demasiadas historias sobre gente que se veía sorprendida por un monstruo al darse media vuelta. No obstante, las manos repitieron el movimiento, con insistencia. Rebecca fue a la otra habitación y al regresar comprobó que las manos de su marido continuaban donde habían caído. Sin terminar de confiar en que guardarían las distancias, lanzó la tableta sobre la cama.

Bob escribió.

lo siento lo siento mucho no te haría daño por nada del mundo estaba teniendo una pesadilla las tengo desde hace tiempo no sabía que te estaba haciendo daño por favor entiéndeme por favor perdóname por favor

Rebecca no estaba lista para perdonarlo.

—Podrías haberme matado.

lo sé. no era el hombre con el que te casaste sino un hombre que vivió un infierno. cuando sé dónde estoy todo va bien. quizá no podamos dormir en la misma cama durante una temporada. por favor entiéndelo. por favor

Rebecca quería morir. Con todo, tras largos minutos allí de pie notando cómo la ira le abrasaba las entrañas, se acercó a su marido y le dijo que no pasaba nada, que le prepararía un sitio en otra habitación y que aunque durmieran separados se verían por la mañana. Le dio un beso en los nudillos y fue a hacerle su nueva cama, una almohada acoplada dentro de un cajón vacío de una cómoda que había en otro cuarto.

Bob dejó que lo llevara hasta allí sin rechistar. Después se separaron, aunque el ruido de las manos golpeándose frenéticamente contra el interior del mueble continuó durante toda la noche, de modo que Rebecca se quedó tumbada, incapaz de conciliar el sueño, con la mirada perdida en alguna sangrienta carnicería que la oscuridad ocultaba.

El oficial de la Administración de Veteranos le dijo que debería inscribir a Bob en una asociación de apoyo en cuanto pudiera, e incluso le habló de un grupo que se reuniría al día siguiente en la zona. Acudieron. El encuentro se componía de cinco veteranos mutilados y sus cónyuges, todos ellos sentados en un estrecho círculo de sillas plegables que debían de haber sido testigos tanto de momentos felices como de ocasiones menos jubilosas —bautizos, festejos religiosos, mítines políticos y tal vez incluso representaciones teatrales de aficionados—, todas las cuales se disiparon en el aire en cuanto las sillas fueron recogidas y apiladas, de regreso al anonimato que proporcionaba el mobiliario. La idea de que alguien pudiera sentarse en la misma silla que ella ocupaba ahora, al día siguiente o dentro de una semana, y degustar un ponche de macedonia mientras se debatía cómo decorar el salón para el baile del instituto, le parecía poco menos que incomprensible.

En la reunión había cinco fragmentos de veteranos acompañados de sus cónyuges y otros familiares; algunos de aquellos habían salido relativamente mejor parados que Bob, mientras que de otros quedaba solo un trozo tan pequeño que se hacía complicado saber qué era más apropiado: si gritar de puro horror por su situación o reírse inevitablemente entre dientes ante el delirio que esta producía. Había un muchacho de veintidós años que antes de transcurrido su primer día en el frente quedó reducido por un bombardeo a un estrecho fragmento de su rostro, el cual incluía un ojo (ciego), las dos mejillas, la nariz y parte del labio superior, todo ello montado en una bandejita de plata que lo mantenía con vida y que su madre había encajado en una placa que podía colgarse de la pared. De otro de los asistentes solo quedaba el tronco, sin extremidades, genitales ni cabeza, cuyos muñones llevaba cubiertos por las correspondientes interfaces de plata. Entre el grupo se contaba también una mujer de bonita figura y uñas delicadamente esculpidas, vestida con una minifalda diseñada para exhibir un par de piernas de infarto y una blusa pensada para acentuar su escote: hasta el más leve de sus movimientos destilaba sexualidad, tal vez porque ya se comportaba así antes de enrolarse o tal vez porque pensaba que de esa manera compensaría la falta de la mitad frontal de la cabeza, donde en lugar de una cara, un mentón o unos ojos ahora tenía una lámina de plata reflectante acoplada entre las orejas. De la cuarta afectada no pudo recuperarse nada más que una amalgama de vísceras machacadas, si bien estas fueron atendidas a tiempo y sobrevivían ahora almacenadas en una caja de plata del tamaño de un maletín dotada

de una pantalla que le permitía comunicarse y de un asa para que su desalentado esposo pudiera transportarla con mayor comodidad.

Del último miembro, como en el caso de Bob, quedaban las dos manos cercenadas. Su presencia despertaba en Rebecca el impulso de salir corriendo de allí, puesto que, para continuar su relación con él sin grandes problemas, su preciosa esposa rubia se había hecho amputar las manos a fin de encajar las de su marido en sus muñecas. Los discos de plata que contenían la memoria e indicaban los puntos de unión con los brazos podrían haber pasado por pulseras si las manos de él, encallecidas, más morenas y vellosas y desproporcionadamente más grandes, no hubieran parecido un par de guantes caricaturescos pegados al extremo de los bracitos de ella, de piel tersa y lechosa; y si las manos de él no hubieran tomado gran parte del control de aquellos, que ahora gesticulaban de un modo inquietantemente masculino mientras su cariñosa mujer explicaba con pelos y señales cómo aquella medida había salvado su matrimonio. A lo largo del encuentro, Rebecca observó en más de una ocasión que aquellas manos reposaban sobre las rodillas desnudas de su esposa, que las acariciaban, que los brazos se movían adelante y atrás con un ímpetu lascivo que la mujer reconocía y agradecía inequívocamente, aunque no parecía llegar a contagiarse del mismo. Rebecca no pudo evitar preguntarse si sería eso lo que deseaba también su marido, si Bob podría llegar a pedirle algo así, y si ella misma lo desearía algún día.

El hombre que llevaba el maletín les dijo a los demás acompañantes que eran muy afortunados. Sus parejas habían vuelto a casa transformadas en partes que podían ser tocadas, cubiertas de una piel que emanaba una calidez innegable aunque indudablemente artificial, compuestas de una carne que evocaba el recuerdo de lo que había sido, incluso en aquellos casos en los que no podía hacer mucho más. Pero ¿su esposa? Sacó una foto de la mujer que era antes, una cosita rechoncha y mofletuda con una papada prematura pero con una sonrisa cálida y auténtica y unos ojos que parecían expresar una alegría sincera, como si riera por un chiste que solo ella había oído. Dijo que podía verlo a través de la interfaz e incluso comunicarse con él por medio de la tableta, aunque nunca tuvo el don de la palabra, ni siquiera cuando estaba entera; más bien prefería gesticular en silencio, esbozar sonrisas complacientes, mostrarse amable, dirigir miradas expresivas y guardar silencios repentinos y borrascosos. Ahora, explicó su marido, ya no quedaba de ella más que un baturrillo de órganos inutilizados que conservaba una cantidad de carne suficiente para mantenerse con vida. Y pese a que de cuando en cuando la mujer respondía a algunas preguntas directas, por lo general se mantenía callada y le decía a su marido, cuando este la presionaba, que solo quería quedarse sola, arrinconada en cualquier estantería, y que se olvidasen de ella. A él cada día le resultaba más difícil hacerle entender lo descabellado de la idea. «Mi esposa está muerta», le dijo al grupo, y tras un momento

de silencio sobrecogido, repitió conmovido: «Mi esposa está muerta. Mi esposa está muerta». La mujer cuyos brazos terminaban en las manos de su esposo siguió acariciándose.

El humor macabro hizo acto de presencia, como ocurre siempre entre los supervivientes de las grandes tragedias, cuando el hombre del que ya no quedaba más que un trozo de cara apuntó que durante su estancia en el hospital conoció a un tipo que demostró ser un descerebrado. La esposa del tronco comentó que un día conoció a un muchacho que le pareció que pensaba con la polla. Otro de los afectados admitió que su teniente siempre había sido un mierda, y que probablemente seguiría siéndolo; y así, uno tras otro fueron aportando comentarios cada vez más escandalosos. Entre un desvarío y otro, se llegó a la conclusión de que los mutilados de los que ya no quedaba más que los órganos genitales eran los que más posibilidades tenían de encontrar un empleo después de servir en el ejército, pero entonces las bromas retorcidas comenzaron a agotarse, hasta que fueron sustituidas por un silencio incómodo.

La reunión llegó a su fin tras diez minutos durante los que los asistentes deliberaron sobre cuándo debería celebrarse la siguiente y quién informaría a otras personas a las que también podría venirles bien compartir su experiencia. Rebecca se acercó a una mesa cubierta con un mantel de plástico en la que había café y pastas y junto a la cual permaneció sin probar ninguna de las viandas, sintiendo que no podía resignarse a regresar a una casa y a una vida dominadas por el silencio, de tal modo que se halló a sí misma tiritando hasta que la mujer que ahora tenía un espejo de plata por rostro apareció a su espalda y, haciendo uso de su sintetizador de voz, le dijo:

—No estás sola.

Rebecca se derrumbó y se dejó abrazar, lo que si bien le hizo sentir la calidez del cuerpo de la mujer mutilada, también le permitió comprobar la frialdad del espejo al contacto con su mejilla. «Por supuesto que estoy sola —le dieron ganas de responderle—, y también mi marido, y tú, y todos los demás. La realidad de estar en el infierno es que media un abismo entre unos y otros, y por mucho que nos esforcemos en eliminarlo, aunque lo logremos tan solo por unos instantes, no conseguiremos más que darnos un respiro, engañarnos al creer que nos encontramos bien, antes de que el abismo se abra de nuevo y debamos seguir haciendo frente a los problemas de nuestra isla particular». Quería decírselo, pero lógicamente no era capaz, no si ello implicaba aferrarse a la desesperación y despreciar la amabilidad de la mujer mutilada, de manera que dejó que las lágrimas le empañasen la vista y aceptó el abrazo con el que aquella pretendía obsequiarla.

Llegada la noche del sábado, el contestador automático comenzó a saturarse de mensajes de familiares y amigos, todos los cuales se mostraban impacientes por saber

cómo iba todo y cuándo podrían reencontrarse felizmente con Bob. Rebecca, decidida a respetar la voluntad de su marido, los llamó uno por uno para darles las gracias y decirles que aún habrían de aguardar, arguyendo que todavía era necesario realizar algunos ajustes y terminar de preparar la casa. Así y todo, muchos insistían en preguntar si Bob se encontraba bien. Rebecca no entendía que esperasen una respuesta por su parte, sin embargo siempre contestaba que sí, que estaba bien. También le preguntaban qué tal lo llevaba ella, cuestión que de nuevo evadía dándoles la respuesta que esperaban oír: bien, muy bien.

Se sentaron juntos un rato para ver las últimas noticias sobre la guerra, incapaces de reaccionar al oír el dato de que se había llamado a filas a otras cien mil personas, cantidad que no bastaría; y tampoco después, cuando una sonriente presentadora pelirroja anunció con tranquilizador aplomo que las muertes que de verdad contaban como tales se hallaban en un mínimo histórico. Las manos de Bob se abalanzaron sobre la tableta, donde escribieron en letras minúsculas una sarta de blasfemias, el colérico equivalente de su marido —supuso ella— a un murmullo ponzoñoso.

Rebecca se palpó los cardenales del cuello y decidió que no debían seguir viendo el noticiario. Apagó el televisor con el mando a distancia, se sentó junto a Bob y sintió y paladeó el silencio opresivo como si este hubiera sustituido al mismo aire y se hubiese vuelto tan denso que cada instante se alargaba como una eternidad debajo del agua.

Al cabo, Bob se soltó de las manos de ella y regresó a la tableta.

quieres que me marche o crees que aún tenemos algún futuro

Rebecca no lo sabía. No lo sabía pero recordó a su marido en una época más feliz, a aquel hombre fuerte y risueño, irritable a veces, aquel hombre con una vena traviesa que de cuando en cuando dejaba salir al niño que veía en ella a la figura autoritaria que no debía enterarse de ninguna diablura. Lo recordó haciendo sus tonterías, mirándola de soslayo para cerciorarse de si le parecían absurdas o divertidas. Recordó el contorno de su cabeza en plena noche, cuando, con todas las luces apagadas, no podía ver más que su silueta, cuando él estaba despierto y la contemplaba, sin saber que ella también seguía despierta y lo miraba a él, aquella sombra suya que ella encontraba tan reveladora como el conjunto de sus facciones a plena luz del día, porque lo conocía y ocupaba el vacío que imponía la oscuridad. Recordó lo que sentía al rozarlo para hacerle saber que ella también seguía despierta, lo que unas veces derivaba en una conversación susurrada y otras en algo más. Recordó sus labios, sus dientes, sus caricias, su ternura y su pasión. Recordó que a veces, en lugar de avisarle de que seguía despierta, fingía estar dormida y pensaba que aquel era su hombre, su amante, su amigo y, algún día, sería además el padre de sus hijos. Recordó que se sentía tan orgullosa de haberlo conquistado que temía que su corazón reventase de

pura dicha.

di algo

Rebecca no sabía si quedaba algo por decir. Ese era el quid de la cuestión. No lo sabía pero era orgullosa. Era orgullosa y rechazaba la idea de rendirse. Sabía que no hablaba en su favor que aquel fuera el sostén principal de su actual relación con lo que quedaba de su marido, el empeño en no ser ella quien abandonase, en actuar no tanto por la necesidad instintiva e incondicional de apoyarlo en su actual estado, como por la de ser la mejor, la más fuerte, la que hace lo correcto y sigue adelante cuando le habría resultado más fácil optar por ser la zorra que se olvida del asunto. Tal vez, pensó, aquel fuese el modo de recuperarlo todo; no a través del amor, sino de un orgullo feroz e inflexible. Tal vez si consiguiera aferrarse a él lo demás regresaría solo. Pero ¿cómo hacer algo así cuando era mucho más de lo que ella podía obligarse a dar?

Las manos de Bob se hallaban de nuevo sobre la tableta.

vale, mentí

Rebecca las miró y percibió una tensión indescriptible en el modo en que se sostenían sobre el dispositivo.

—¿Acerca de qué?

ocurra lo que ocurra quiero que sepas que recuerdo más cosas de las que te conté. es peor de lo que dicen los noticiarios, más rastrero más sangriento y muchísimo más complicado. es ese tipo de lugar que te hace descartar la idea de que exista un ápice de bondad en este mundo. por eso muchos preferimos olvidar. pero me hice una última copia de seguridad solo dos días antes del ataque. recuerdo todas las monstruosidades que viví allí, todas las monstruosidades que yo mismo hice. después cuando me descargaron me dieron a elegir entre conservarlo todo o retroceder a alguna grabación previa. estuve a punto de descartar la totalidad de la maldita guerra. pero decidí conservar la experiencia íntegra porque debía hacerlo

Rebecca lo miró con detenimiento.

—¿Por qué?

lo único que merece la pena recordar de todo aquello es lo mucho que deseaba volver a tu lado

Esta confesión, por fin, terminó de desarmarla. Por primera vez desde que Bob regresó, cedió al sentimiento de pérdida y dejó brotar un aullido. Hundió el rostro entre las manos y no se dio cuenta de que las manos de su marido se apartaron de la tableta y regresaron al sofá. Sí sintió, en cambio, el peso de las mismas sobre sus hombros, la fuerza con que todavía eran capaces de estrecharla, la ternura que seguían mostrando cuando los índices enjugaban los rastros que las lágrimas dejaban en sus mejillas.

De alguna manera, Rebecca percibió algo familiar a la vez que extraño en el modo en que Bob la tocaba, como si nunca se hubiera marchado; al mismo tiempo, tuvo la sensación de que se trataba de un desconocido que hubiera regresado de una guerra, lleno de bilis y dispuesto a servirse de un vago parecido para seducir a la viuda afirmando vilmente ser el hombre que un día la dejó sola. Echaba de menos su peso, su solidez y el siseo de su respiración. Y seguía odiando la frialdad de los topes metálicos que protegían los muñones, que tanto le recordaban a unas cadenas. Con todo, por primera vez, consiguió sentir la presencia del muchacho del que se enamoró, del hombre con el que se casó, del marido que llenaba sus noches. Era él; contra todo pronóstico, por fin, era él. Y por primera vez, por alguna razón incomprensible, lo deseó.

Le pidió que le diera un minuto y se dirigió al cuarto de baño, donde se mojó la cara, maldijo su nariz enrojecida y sus ojos hinchados y se puso presentable o, al menos, se acicaló lo mejor que pudo. Sabía que no era el mejor momento. Estaba aterrada y hecha polvo. A juzgar por lo que Bob le había escrito, él no se sentía mucho mejor. Pero el momento ideal no llegaría nunca, no mientras siguiera esperándolo. En ocasiones, en la vida aparecían nuevos umbrales que había que traspasar siempre que se pudiese, porque esa era la única manera de saber qué aguardaba al otro lado.

Una vez que decidió que ya no podría arreglarse más, regresó a la habitación, besó las manos de su marido y las llevó a la cama. Cuando se desnudó y se introdujo bajo las sábanas, las manos de Bob titubearon y mostraron de pronto una timidez que casi resultaba entrañable; seguidamente se introdujeron también en el lecho y tantearon la oscuridad hasta colocarse al lado de Rebecca, tras lo que una subió al norte y otra bajó al sur. Entre el frufú de las sábanas, Rebecca decidió realizar un último análisis de la situación y pensó en lo afortunada que era, después de todo, porque Bob hubiera regresado en forma de dos manos en lugar de un inútil trozo de carne guardado en una caja hermética de plata. En lo mucho que todavía les quedaba.

Cerró los ojos, entró en calor y dejó que su marido la amara.

¿PUEDEN LLORAR OJOS NO HUMANOS?

Germán Amatto

Germán Amatto (Wilde, provincia de Buenos Aires, República Argentina, 1969) es licenciado por la Escuela Nacional de Bellas Artes. Tras un efímero paso por la docencia, descubrió el mágico mundo de las palabras; varios años en un taller literario ampliaron su horizonte, y revistas electrónicas como *Axxón*, *La Idea Fija* y *Erídano* le brindaron un espacio donde publicar. Es autor de una obra aún escasa pero de gran interés y valor literario. Sus relatos suelen deslizarse de la fantasía oscura al terror más visceral, con alguna esporádica incursión en el terreno de la ciencia ficción. Gusta plantear sus historias como una suerte de puzle cuyas piezas van encajando poco a poco hasta conformar un sobrecogedor cuadro final.

Además de los citados, ha publicado cuentos en la revista *Próxima* y las antologías *Desde el taller* (Instituto Movilizador de Fondos Cooperativos, 2007), *Los universos vislumbrados 2* (Andrómeda, 2008). y *Visiones 2006* (Asociación Española de Fantasía, Ciencia Ficción y Terror, 2006).

«¿Pueden llorar ojos no humanos?» es un relato escalofriante sobre cómo la barbarie puede triunfar sobre el pensamiento racional, en este caso sirviendo de excusa una plaga futura instrumentalizada a través de la religión. Obtuvo el premio Avalón de relato fantástico en 2007 concedido por la Asociación Asturiana de Ciencia Ficción y fue publicado en el número 50/51 de la revista argentina *Cuásar*, correspondiente a noviembre de 2010.

Los monaguillos van a venir a buscarme. Están por llevarme al confesionario, y un temor crudo me roe. Traté de aislar mi cabeza envolviéndola en el trapo, pero es inútil: apenas cierro los ojos, el miedo repica en mi cráneo como la crisálida en el frasco de vidrio.

Va a ser mi primera confesión. Cada tanto oigo las botas de los monaguillos en el corredor, el estampido metálico cuando abren una celda, el llanto del ocupante que se aleja camino al confesionario. Yo nunca estuve, pero los veo pasar cuando los devuelven y por eso recé, aunque ellos digan que soy indigno y que a los corrompidos Él los ignora, recé con fervor, pidiéndole que me eximiera de la confesión.

Él solo me devuelve un duro, pulido silencio.

Ojalá contestara. No necesito una voz tronando desde las alturas; bastaría una ínfima señal, cualquier milagro modesto, para que yo supiera, antes de ese fuego final del que habla Guido, que hay un sentido para tanto sufrimiento.

En catecismo enseñan que el síndrome corta los lazos del hombre con Dios y uno ya no distingue lo bueno de lo malo. Puede ser. A veces me siento con el alma rota. En cambio, cuando aún era humano todo resultaba transparente.

Recuerdo el día que encontré la crisálida. Yo tendría nueve, diez años. Jugando en el patio, descubrí un pequeño capullo verde entre las hojas del limonero. Al principio no supe de qué se trataba. No era un brote, ni un limón inmaduro. No era parte del árbol; sin embargo ahí colgaba, en una quieta afirmación de su singularidad.

Llamé a mamá, le mostré. Ella me puso la mano en el hombro y me contó que era una crisálida. «Algunas orugas se guardan dentro —me dijo—, y ahí cambian; luego la crisálida se abre y ¿a que no sabés qué sale?».

No le pude decir. El capullo encerraba infinitas posibilidades, y no conseguí decidirme por ninguna. Ella rió, su mano se estremeció suavemente, y exclamó: «¡Sale una mariposa, alabado sea el Señor!».

Amén, respondí. Ella siguió hablando, pero ya no la escuché. Mi atención se había volcado en la crisálida, en el interior de la crisálida, donde un ser débil y grotesco permanecía envuelto, protegido, a la espera de que las paredes se abatieran para desplegar sus alas trémulas y perderse en un cielo sin límite.

Corrí a la cocina a buscar un frasco de vidrio y guardé dentro a la crisálida: un envoltorio traslúcido para una totalidad que encerraba su propio sentido. No debía contaminarse. «Contaminación»: la palabra cundía en los diarios, la tele, en cada charla. Entonces no sabía qué significaba, pero sí que era malo, que lo contaminado debía ser separado.

Aquí, en el internado. Guido duerme; sus resuellos y olores envician cada rincón de nuestra celda. Hace rato que lo trajeron del confesionario, pero aún yace en el catre, en la misma posición en que lo tiraron. El síndrome en Guido está muy

avanzado. Su cuerpo ya no es un cuerpo, su cara no es una cara. Cuando no duerme, delira. Está cubierto de golpes: el castigo por levantar la mirada durante la inspección de higiene. Ellos nunca lo oyeron cuando me habla de su pasado; no tienen la menor sospecha de que es un infectista. Si no, ya lo hubieran entregado al Cuerpo de Inquisidores.

La celda de al lado la ocupan «Abelardo y Eloísa». No sé sus nombres, pero oigo sus risas, sus jadeos. Eloísa es una hembra, debería estar en la sección de las hembras. La asignaron a nuestro bloque por error. Cada noche, apenas merman las luces, tirado en el catre los oigo. Nuestros genes están tan estropeados que una concepción es, dicen, imposible, pero ellos son lúbricos como perros. Saben bien que la lujuria está considerada un Pecado Capital, que si los monaguillos los descubrieran, los desollarían. Pero siguen, siguen y no me dejan dormir. Aun cuando me envuelvo la cabeza continúo oyéndolos.

«Me envuelvo la cabeza». Parece una locura: todas las noches me envuelvo la cabeza en un trapo, para dormir. El cemento y los llantos se amortiguan, y el fulgor de la lámpara nocturna queda tamizado por el tejido. Constelaciones de puntos blancos en la oscuridad de la tela. Los lugares luminosos son terribles.

La enfermería, por ejemplo. La primera vez que me llevaron fue por los calambres. Eran atroces, unos espasmos crudos que te retuercen y no te sueltan. Me quedé echado, esperé a que el dolor menguara, rogué por que ellos no me notaran, pero no sirvió. Los monaguillos vinieron y me acarrearón.

El padre sanador esperaba de pie. Llevaba un barbijo que le amortiguó las palabras: «Déjenlo en la camilla».

Me acostaron sobre la parrilla de metal. A nuestro alrededor se apiñaban los instrumentos de curación, diminutos o inmensos, rematados en filos o conectados a baterías, retorcidos en formas bellas y crueles. Diseñados, según ellos, para intervenir la carne en auxilio del alma. Son los mismos que se usan para las confesiones.

«Quitate el sayo, hijo mío», ordenó el padre. Obedecí. Las manos enguantadas me palparon el vientre. «¿Te duele acá?», dijo y apretó.

Sí.

«¿Acá?», y apretó más.

Sí.

«¿Y acá?». Hundió los dedos con fuerza; los ramalazos me doblaron. «¿Te duele acá, hijo mío?».

Dije que sí con la cabeza, pero los dedos no dejaron de apretar. Los aparatos de confesión temblaron, zumbaron, chasquearon: en pleno dolor me di cuenta de que ansiaban consumir en mi cuerpo el propósito para el que los habían concebido.

«No sufras», dijo el padre, y su voz era uno más entre los ronroneos mecánicos. «Como dijo nuestro Señor: bienaventurados los que lloran, porque serán consolados.

¿Cuántos años tenés, hijo?».

Diecisiete.

«¿De veras? Qué pena, qué tragedia. Los rigores de la purificación pueden ser una tortura para un alma tan joven. Paciencia. Voy a tener que revisarte más a fondo».

Entre mis pulmones se abrió un vacío. Comprendí que el padre evaluaría el avance de la Impureza, que me declararía corrompido y me enviaría al confesionario. ¿Por qué yo, que siempre fui un cristiano temeroso? ¿Por qué no otros que sí están manchados?

El cuerpo de Guido casi desborda el camastro. Se estremece, se hincha y se relaja entre borboteos. Su pellejo es un palimpsesto de quemaduras y cicatrices, marcas de la confesión. Él se lo merece más que yo: es un hereje, un infectista.

Cuando lo conocí, era casi humano y tenía dignidad. Nos enseñó a punzar los sarcomas para calmar el dolor, y primeros auxilios para atender a los que vuelven del confesionario. Fue un científico, una especie de biólogo. Ahora es un demonio aullante al que tengo que darle de comer en la boca; ni siquiera es capaz de limpiarse el culo. Me veo en él, veo mi reflejo anticipado, el derrotero de degeneración que pronto voy a seguir, y me espanto. No es justo que la mutación me envilezca, ni que destruya mi identidad. No tengo ningún pecado que purgar en la camilla de hierro.

Todas las noches me despierta pidiendo agua. Tengo que levantarme, desenvolver mi cabeza, ir a llenar el jarrito en la lata que usamos para racionar. Luego me vuelvo hacia él. Sus pupilas lechosas emergen entre pliegues gangrenosos, tratan de enfocarme. Acerco el jarro a la hendidura que es su boca y se pone a beber en sorbos ruidosos. Casi todo el líquido se le escurre por las comisuras y empapa el jergón, pero eso no es lo peor. Lo peor de Guido son sus delirios, los cíclicos desvaríos en los que recita sus falacias heréticas: «¿De qué castigo divino me hablás, infeliz? ¿De verdad les creíste a los de la Sede? A ver si te entra en esa mollera blindada que tenés: ningún Dios nos aflige por nuestra poca fe y nuestra vileza. El sig lo produce un parásito, nada más que un parásito que te retuerce los genes para volverte un anfitrión confortable. De ahí el nombre: Síndrome de Impureza Genética. Lo que tenés adentro es una alimaña, bastante fea por cierto, pero no divina».

Otras veces se refiere al tiempo en que fue biólogo y estudiaba las mutaciones. Entonces habla como llorando aunque, claro, al mirarlo es imposible saberlo. «Tan cerca —me dice—, estuvimos a punto de erradicarlo, sabés. Lo habríamos conseguido, si ellos nos hubiesen permitido terminar».

Yo también recuerdo esa época, los informes que pasaban en la tele. Lo habían aislado, anunciaban. Lo estaban estudiando, anunciaban. Iban a decodificar su Secuencia Divina, esa serie con que Dios firmó aquello que ha creado, y el advenimiento de un remedio era inminente, anunciaban. Anunciaron y anunciaron, y muchos les creyeron. Enfermos, familiares, amantes aceptaron desesperados la

prédica de los infectólogos y se arrullaron en la promesa de una salvación alopática. Que nunca llegó.

«Tardamos demasiado en obtener respuestas», dice Guido. «Eso fue porque no lo entendíamos. No podíamos entender al parásito. Todavía me acuerdo cuando empezamos a estudiarlo, al reverendo hijo de puta. Su biología era absurda. La morfología trinarria, por ejemplo; esos tres lóbulos que la Santa Madre identificó con la Trinidad y que están pigmentados en forma de cruz. No tenía ningún fin práctico. Tampoco su forma de reproducirse; ¿para qué carajo querría un organismo disparar sus esporas solo a temperaturas altas? Más de doscientos cincuenta grados... solo podría multiplicarse, qué sé yo, durante un incendio forestal o algo así, ¿verdad?».

«Falso».

«Nos entretuvimos sin ver lo obvio. Para cuando nos dimos cuenta, era tarde: el arzobispado nos había declarado herejes. Debí suponer que tendrían algún infiltrado en el grupo de investigadores. Fuimos ingenuos: había tanto en la balanza, tanto dependía de nuestro laburo, que creímos que era solo una perorata política y no se iban a atrever, así que seguimos buscando al desparasitario. Un error caro. Tendrías que haberlos visto, pibe. ¡Con cuánta saña se nos echaron encima! Arrasaron los centros de investigación, golpearon, cortaron, quemaron nuestros ficheros. Desbarataron nuestras esperanzas en humo y cenizas, y lo llamaron un fuego purificador».

Gime. Lloriquea.

«Todo perdido. Pero yo me salvé, ¿eh? Sí, me escabullí mientras otros defendían el laboratorio y ahora estoy vivo». Y así sigue balbuceando hasta que de pronto deja caer la cabeza y los ojos se le hunden en los pliegues. Guido el Infectista se duerme. El hereje que desafió al arzobispado y los designios de Dios ronca como un borracho.

Siento profunda compasión, y un odio quemante. Dicen que es justo que quienes anunciaron la cura sufran cada segundo de dolor entre estas paredes desgraciadas. Justo, que les acompañen ímprobos como Abelardo y Eloísa, cuyos pecados desconozco. Pero ¿y yo? ¿Por qué tenían que arrastrarme con ellos? Me hundieron sin remisión en esta alcantarilla. Sostienen que Él es infalible, que si me marcó con el síndrome es por una razón, pero no acierto a vislumbrarla.

Guardé el frasco con la crisálida en la cristalería antigua, con puertas de vidrio y fondo espejado, que estaba en un rincón del comedor. Allí contemplé cómo la pátina verde se iba oscureciendo y los rebordes emblanquecían; un fenómeno ajeno, incomprensible. Solía llevar el frasco ante mis padres. Ellos me palmeaban y me decían que esperase, que los milagros de vida llevaban su tiempo. Yo los miraba a través del vidrio y me devolvían unas sonrisas deformes.

«Nos odian, pibe. Nos asesinarían con placer, pero se conforman con torturarnos. Porque nos necesitan, sabés. Somos su excusa para las atrocidades que cometen».

Guido parece tan sensato en su delirio, tan racional. Es peligroso escucharlo; cierro los oídos.

«Pero si alguna vez tuvieran un pretexto... cualquier pretexto, el menor pretexto... entonces, ah. Tienen tantos instrumentos eficientes y hermosos, tanta ciencia aguardando para, cómo dicen ellos, redimirnos. Las máquinas de confesión esperan, y también cosas peores. Lo sé bien; yo les ayudé a crearlas».

«Está ese gas, por ejemplo. La toxina... ya ni recuerdo el nombre. No sé qué cianhídrico, algo así. Ellos pidieron y yo hice. Y no me importó, ni siquiera pregunté para qué lo querían, aunque los informes clínicos gritaban: el sujeto experimenta una migraña leve; dolor en las coyunturas. Pérdida parcial del control motriz. Parálisis de los músculos del pecho. Coagulación de la sangre en los alveólos pulmonares. Inodoro, incoloro, económico».

«Dale, vos seguí sin escucharme, pendejo de mierda. Cuántas veces te habré dicho esto. Pero vos no entendés, ¿eh? O no querés entender».

Zumbidos, chasquidos. El sanador me apuntó con una linterna. Un haz helado se clavó en mi retina y se apagó.

«Lo que supuse: glaucomas». Se puso a acariciarme una mejilla. «Debés haber perdido al menos la mitad de la visión. No falta mucho para que quedés ciego». Me pellizcó el labio. «Ahora quedate quietito y cerrá los ojos. ¿Estás cómodo? Bien, bien».

«Así que tenés diecisiete».

«Sos una criatura», jadeó. «Tenés tanto por experimentar, tanta vida por delante. Nosotros podríamos ayudarte. Podríamos cerrar tus llagas, apagar tus calambres, curar tus ojos. En mi opinión nada sería más fácil, ni más correcto, que dar tratamiento a un joven como vos».

«Pero, siendo como soy un humilde miembro de la Iglesia, debo acatar su voluntad, que es la de Dios. Y ambos entienden que no debemos escatimar esfuerzos para salvar tu alma inmortal, aunque eso implique sacrificar tu vida terrena».

«Abrí los ojos. Mirame».

«Podríamos curarte, ¿sabés? Además, así evitarías la confesión. Pero antes, ¿eh?, antes debés demostrar que de veras te enmendaste. Para recibir, primero tenés que dar».

«¿Qué estás dispuesto a entregarnos?».

Ojalá consiguiera aislar mi cabeza con el trapo. Ojalá pudiera guardar en el trapo toda mi alma. Los monaguillos se llevarían mi carne para hacerle lo que quisieran; a mí no me importaría. Flotaría a la deriva en la noche de tela sucia, más allá de la confesión.

Cuando me devolvieron a la celda, encontré a Guido despierto. Sus ojos

fosforecían levemente. Su respiración acompasaba y humedecía el silencio.

«Así que estás de vuelta», espetó. «¿Y qué fue lo que te ofrecieron?».

Tanteé el cemento hasta mi catre.

«Lo que te hayan prometido es falso», dijo con voz escarpada.

Glaucomas. A quien me mire, mis pupilas deben parecerle semejantes a las de Guido. Pero Guido y yo no nos parecemos; no nos parecemos en absoluto. Guido es un criminal que paga su rebelión en la moneda de una humanidad contrahecha. ¿Por qué debería yo sufrir por él? Por Guido, el hereje.

En la celda vecina están Abelardo y Eloísa, con sus risas y jadeos lascivos. Eloísa es una hembra; debería estar en el bloque de las hembras.

Soy incapaz de discernir. El miedo repica y no me deja pensar.

La crisálida en el frasco se había enturbiado. Había pasado del verde a un marrón pálido con vetas. Recuerdo el frío del vidrio en la mano y las caras de mis padres en la media luz.

«¿Todavía tenés a ese bicho ahí metido?».

«Tendrías que devolverlo al patio, pobre criatura».

«Está distinto, ¿no? Acercate, hijo, dejámelo ver».

Alargué el frasco hacia las caras, que se arrimaron a mirar. En ese momento, sucedió: las miradas derivaron de la crisálida a mi mano, y subieron luego por mi brazo desnudo. El aire se paralizó, la boca de mamá se estiró hacia los lados, la de papá se retrajo.

Al principio no comprendí. Algo, no sabía yo qué, se rompía, se desbarataba frente a mí. Entonces reparé en la cristalera. La cristalera en el rincón. Con pasos trémulos me puse delante.

El espejo duplicaba la oscuridad, a mis padres. Mi propia imagen estrechaba el frasco con la crisálida. Entonces pude ver los eczemas violáceos, maduros, que cubrían la piel de mis brazos. Era el Sarcoma de Job, la señal del síndrome. Mis padres ya no sonreían.

Sentado en un taburete, el padre sanador revisó mi legajo.

«Metabolismo inestable», zumbó. «Ceguera parcial. Deterioro neurológico irreversible. Caramba, hijo. El parásito parece haberse ensañado con vos...».

Arrastró la ese sobre el silencio, apagándola de a poco.

«Lo lamento», dijo. «Estás corrupto. En virtud de los poderes conferidos por la Santa Madre, debo derivarte al confesionario».

Aturdido, como si aún llevara el trapo en la cabeza, miré al padre anotar la derivación en el legajo, sellarla y lacrarla. Se quitó el barbijo, reveló una cara inapelable.

«Es una pena aplicar la confesión a alguien tan bello», murmuró. «Un proceso

arduo y fatigoso, que tu cuerpo castigado quizá no pueda soportar. Aunque, claro, la Santa Madre siempre va a ser benevolente con quien brinde información valiosa para la Cruzada. Vuelvo a preguntarte: ¿qué signo de arrepentimiento podés ofrecernos?».

Quise decirle algo, pero una convulsión helada en mi pecho absorbió las palabras y las despojó. Quise llorar, gritar; todo estaba amortajado por el espanto.

El padre bufó e indicó que me pusiera de pie.

«No hay arrepentimiento, diría yo. Ningún acto de contrición. Parece que no entendés cómo funciona nuestra clemencia. O preferís no entender».

«Ya es hora de que vuelvas a tu celda, hijo mío. La próxima vez que nos encontremos, voy a ser tu confesor. Atendé a lo que te pido o expiá tus pecados. Vos elegís».

Desde entonces, espero. Oigo mis latidos. La sangre arde en mis ojos. Pronto van a venir a buscarme. Donde guardaba mi fe hay un hueco de pavura. Ciego y acalambrado, imploro a Dios, le hago promesas. Él persiste en su silencio de piedra negra.

Dios, no permitas que sufra. Dios, te juro que me arrepiento, mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa. Por el pasillo del llanto se acercan pasos de monaguillos. Vienen a llevarme.

Guido ya no está. Hace horas que los monaguillos lo arrastraron fuera de la celda y no creo que esta vez lo devuelvan, así que se acabó; no más Guido. Ni tampoco Abelardo, ni Eloísa. Estoy solo con los gemidos del pasillo y estas últimas horas en blanco.

La confesión fue un amasijo de luces filosas, mordeduras de hierro y convulsiones frenéticas. Nunca hicieron preguntas. Usaron el dolor como bisturí, para extirparme capa tras capa de mi dignidad y volverme una bestia. Aullé, lloré, me revolqué en mi propia mierda hasta que el pánico fue demasiado y resbalé a un suave letargo. De lo que pasó después, quedan imágenes rotas por la fiebre: la cara del sanador, el negro bailoteo de la crisálida, Guido acercándose a los labios el jarro con agua. Fue esa sed, esa terrible sed, lo que me trajo a la realidad, lo que me empujó a mi primer despertar auténtico.

Guido, murmuré, Guido tengo sed, dame agua.

Y Guido me dio de beber. En su condición cada movimiento debía de ser un martirio, pero él se arrastraba hasta la lata y volvía sin quejarse.

La última vez que mis padres me llamaron, no percibí en su voz ningún matiz. Acudí abrazando el frasco. La crisálida, negra y henchida, hacía sus piruetas.

Cuando entré en el comedor, lo primero que vi fueron las dos pálidas manchas

que eran mis padres. Después reparé en las figuras que formaban un semicírculo en torno a la mesa. «Acercate, corazón». El tono de mamá tembló. «Tenemos que decirte algo».

Me apreté contra el frasco. Dentro sonó un tintineo alarmado. Sin pensar, me arrimé a la mesa. Miré hacia el rincón de la cristalera. Entre el espejo y los vidrios siempre había destellos y resplandores amortiguados, pero esta vez se interponían los desconocidos. Altos, recios, verticales. Sus hábitos negros llevaban los ornamentos del Cuerpo de Inquisidores.

Para mí, el primer signo del final fue una ausencia, un vacío en los sonidos. Era de noche, me acuerdo. Me erguí en el catre, desenrollé el trapo de mi cabeza y oteé alrededor. Ninguna risa, ningún jadeo. Miré hacia la pared de la celda vecina.

Abelardo. Eloísa.

«Por fin caíste, pibe», susurró Guido en un tono calmo. «Es así; ellos ya no están. Los monaguillos se los llevaron».

Cerré los párpados.

«La mina chillaba como una marrana. A él lo vapulearon... creo que estaba muerto cuando lo sacaron. Vaya uno a saber qué pasó. Quizá algún chupatintas descubrió el error, esa fichita de mierda mal archivada; o tal vez alguien los delató. En fin, no importa, porque no vamos a tardar en seguirlos».

Por el pasillo rodó el grito de un sacristán: dos minutos para el corte de luces, todos a sus catres, quien siga levantado o conversando va a ligar una sanción y una penitencia.

«Los hijos de puta tenían la fe puesta en que la Impureza nos exterminaría; la esperanza de que, con el último de nosotros, enterrarían sus atrocidades. Ahora comprenden que no es así. A estas alturas, ya habrán descubierto que la chica estaba preñada».

La masa deforme se convulsionó. ¿Pueden llorar ojos no humanos? ¿Puede quebrarse una voz mutada?

«Pobre infeliz, ella creía que sus cambios eran parte de la mutación. Murió pensando eso, seguro. Me consultaba a través de la pared mientras vos dormías con la cabeza envuelta como un imbécil, pero nunca se lo dije porque sabía que iba a irse de boca».

«Pero ellos no son boludos. Le habrán hecho la autopsia, y ahora ya lo saben. Saben que los mutantes pueden reproducirse».

Los tubos de noche fluctuaron. La última luz se extinguió.

Un roce de telas ásperas llenó el comedor. Los inquisidores avanzaron y se inclinaron

sobre mí. «¿Es este el maldecido?».

Mis padres asintieron. Uno de los inquisidores me sonrió.

«Quiero ver tus brazos, hijo mío. Veamos las Marcas».

Me subí las mangas. Los Sarcomas de Job se habían inflamado, ya aparecían los primeros asomos de la costra. El inquisidor los examinó y se volvió hacia mis padres.

«El Mal está en el chico», dictaminó. «Su alma perdió la Gracia; hicieron bien en avisarnos».

Ellos permanecieron fríos, lejanos.

«Por los atributos conferidos a mi investidura, otorgo a este mutante el carácter de Hijo de la Iglesia. A partir de ahora, la Santa Madre va a cuidar de su educación y su salud; y va a disponer de su persona según se lo indique su mejor y piadoso criterio».

El que había sido mi padre se llevó las manos a la cara. La que fue mi madre siguió muda. El inquisidor alargó una mano enguantada y me agarró por los hombros. «Vamos, hijo mío».

Empezó a arrastrarme. Abrí la boca, pero lo que largué no fue un grito, ni siquiera un sonido humano, sino un berrido salido de la criatura en la que pronto me volvería. Estiré los brazos hacia las manchas; solté el frasco.

Cayó despacio. Los inquisidores, mis padres, yo, giramos reflejados en el vidrio. Tocó el suelo: la totalidad y el sentido se abrieron en astillas afiladas, se dispersaron en un lento estallido que se fue aquietando hasta reducirse a una masa de fragmentos caóticos, restos crujientes entre los que yacía la crisálida.

Aplastada, deforme. Un jugo oscuro brotaba del tegumento; desprendía un vaho a podrido, y comprendí que estaba muerta. Muerta desde hacía mucho, tal vez desde el momento en que la arranqué de su rama. Muerta desde el principio.

«De los que analizamos el sig, tal vez soy el único vivo. No me gusta pensar eso. Significaría que soy el peor cobarde. Los valientes, los que tenían principios, hace rato quedaron en el camino».

No sé qué decís, Guido, y no me importa...

«No. Claro que no te importa. Ni a vos, ni a ellos, ni a nadie. De eso se trata; ahí radica la belleza, la especialización del parásito».

Guido, no sigas. Te pueden escuchar.

«Qué raro. Cuando buscábamos la cura para el sig investigamos al parásito a fondo, pero recién ahora, a las puertas de la nada, es que lo entiendo y lo descifro. Verás: es un organismo adaptado a la naturaleza humana».

No hablé más, Guido. Por el amor de Dios.

«Ah, otra vez esa palabrita: Dios. Una aberración dentro de un universo ordenado. No sé si el parásito instrumenta la voluntad de Dios, pero obra como si lo hiciera: actúa a la sombra de nuestra ignorancia, imperceptible, solapado; prospera en la confusión y el miedo; castiga nuestra forma, corrompe nuestras ideas. Existe para

torturar y matar...».

¡Basta! ¡Callate de una vez!

«... mata y tortura para seguir existiendo. Busca perpetuarse, ¿entendés? Quiere permanecer más allá de todo sentido, y nosotros se lo permitimos. Le entregamos nuestras vidas. Somos ovejas lobotomizadas».

«Ovejas e incubadoras».

«Es vivo. Muy vivo. Más vivo que nosotros, por lo menos, y con eso le basta. Supo aprovechar la coyuntura, subirse al carro de los vencedores. Parásito y clero se justifican el uno al otro, entendés, se protegen como simbioses: al incendiar nuestros laboratorios nos impidieron buscar la cura, y aseguraron que el arbitrio del Señor se cumpla hasta el final».

«El parásito no necesita mimetizarse, ni ser microscópico. El parásito va a triunfar porque se adaptó, no solo a la biología del anfitrión, sino también a su conducta social. La naturaleza es sabia, dicen, y es cierto: sabía que el diseño trinario y las manchas en forma de cruz protegerían a su criatura de las agresiones del anfitrión, mejor que cualquier veneno o camuflaje. Sabía que la reacción del anfitrión sería aislar a los enfermos, favoreciendo las condiciones para procrear. Y es así porque la muy mierda también sabía que en toda su historia la humanidad siempre dispuso de los vencidos a través del fuego... ese calor capaz de disparar esporas en cantidades masivas».

«Nuestro objeto de estudio... no debió ser la criatura en la mesa de disecciones, sino esa otra... que se arrastra por las calles... y se pasea en nuestros espejos...».

Fue la última vez que Guido habló. A partir de entonces permaneció en su catre, con los ojos cerrados. Si estaba loco, o solo se burlaba de mí, no lo sé. No entiendo, no quiero entender, y ya es tarde para preguntarle.

Poco después de la charla, ellos irrumpieron en la celda. Le gritaron a Guido que se pusiera de pie, cosa que no podía hacer, y que los acompañara sin resistencias. Desfundaron las porras y lo apalearon, lo molieron incluso cuando dejó de cubrirse. Desde acá veo las salpicaduras en el suelo, en la pared. Luego, con la práctica que da la rutina, lo alzaron y lo acarrearón fuera.

Guido, el hereje infectista. Vivió anestesiado. La tragedia se desplegaba a su alrededor y, sin embargo, él siguió de largo. Decía que nada le importaba salvo el interés superior de la ciencia, pero cuando tuvo que defender esas verdades, salió rajando y dejó que otros se jugaran por sus principios. Él también es responsable. Amén.

Esto se termina. Los monaguillos ya no circulan por los corredores. No oigo sus pasos, ni los golpes que suelen dar contra los barrotes. Se fueron. Las rejillas de ventilación largan una oleada caliente. No huele a nada, pero no es aire y me hace

doler la cabeza. En las otras celdas pasa lo mismo.

Me niego a rezar. La dureza negra que yo entreveía no era un envoltorio de Dios, sino la frontera con la nada. ¿Cuál es el sentido del sufrimiento? Las respuestas que me enseñaron no sirven, y soy incapaz de procurarme otras. Una imagen persiste, me acosa: la de una crisálida putrefacta vista a través de un vidrio deforme.

Las paredes laten, me duele el pecho.

Un acto de arrepentimiento. Solo eso me piden. Si me asomara entre los barrotes y les contara lo que me dijo Guido sobre el calor y las esporas... ¿serviría eso como señal de redención? ¿Accederían a curarme?

Veo a Abelardo y Eloísa, al sanador, a mamá y papá; al limonero y los inquisidores; veo todo aquello que no entiendo, o no quiero entender.

Tal vez sea mejor que las cosas sigan su curso hacia la hoguera, como presagió Guido. Un fuego purificador.

Voy a envolverme la cabeza por última vez. Voy a echarme en el catre. En mi falsa noche de tela voy a imaginar esas llamas definitivas, y a mis últimos resabios ascendiendo al olvido en una voluta de mariposas incandescentes.

JUICIO FINAL

Carlos Gardini

Carlos Gardini (Buenos Aires, República Argentina, 1948) es, probablemente, el mejor estilista que ha tenido nunca la ciencia ficción en español. Extraordinario fabulador, dueño de una prosa tan exigente como fascinante, es uno de los escasos narradores que no ha renunciado nunca a la ciencia ficción en favor de otros géneros más comerciales.

Sus historias apelan a lo místico y onírico. Gusta recrear mundos insólitos, alejados en el tiempo y en buena parte incomprensibles para la humanidad actual, donde lo orgánico y lo maquinal, lejos de los desvaríos *cyberpunk*, conviven en armoniosa espiritualidad. Posee alma de poeta y en su obra el goce estético es un fin en sí mismo. En su bibliografía podemos apreciar algunas constantes, como la importancia del lenguaje para aprehender la realidad, el ritual como manifestación mítica, referencias bíblicas y a la numerología, la búsqueda de la urdimbre del mundo, la musicalidad, simbolismo y melancolía del discurso narrativo, la carnalidad o el anhelo de trascendencia.

Su producción incluye las novelas *Juegos malabares* (Minotauro, 1984), *El libro de la Tierra Negra* (Equipo Sirius, 1993), *El libro de la tribu* (Elaleph.com, 2001), *Vórtice* (Equipo Sirius, 2002), *Fábulas invernales* (Minotauro, 2004, finalista del premio Minotauro). y *Tríptico de Trinidad* (Bibliópolis, 2010). Parte de su obra corta se encuentra reunida en *Mi cerebro animal* (Minotauro, 1983), *Primera línea* (Sudamericana, 1983), *Sinfonía cero* (Riesa, 1984). y *El libro de las voces* (La Página, 2004). Ha ganado en tres ocasiones el premio UPC de ciencia ficción, por sus novelas cortas «Los ojos de un dios en celo». (1997), «El libro de las voces». (2002) y «Belcebú en llamas». (2007), así como el Ignotus por el cuento «Timbuctú». (1995). Su obra ha sido traducida al inglés, francés, japonés e italiano, y es uno de los más prestigiosos traductores de la ciencia ficción contemporánea.

Juicio final es una novela corta característica de su producción. Una historia de represión y viajes en el tiempo, de música y dolor, esperanza y milagro, de clara influencia orwelliana. Fue publicada en el número 50/51 de la revista argentina *Cuásar*.

En la formulación categórica del principio de causalidad («Si podemos conocer el presente con exactitud, podemos calcular el futuro»), el error no está en la conclusión, sino en la premisa.

WERNER HEISENBERG

*Mira atrás con ojos bondadosos:
el tiempo ha dado lo mejor de sí.
¡Cuán tenue su sol trémulo se hunde
en el oeste de la naturaleza humana!*

EMILY DICKINSON

1

Viento, neblina, calor.

El catamarán se zarandea en el río encrespado. Corelli aferra la borda con ambas manos.

Un ramalazo de agua le salpica la cara. Se la enjuga con los dedos, ve el destello del sol en las yemas húmedas.

Mira el sol: un disco pálido sobre el río.

En su cabeza hierve la música del Cántico.

Una hebra de la Trama.

Cuerdas, percusión, voces. Glissandos y staccatos, pizzicatos y vibratos.

El basso ostinato del dolor. Aún siente el desgarrón del viaje en el tiempo, aún ve la compacta tromba de luz contra un cielo estroboscópico.

El sostenuto del clamor. En un futuro lejano, los ingenios de la Trama entonan el Cántico mientras las maquinarias antientrópicas escrutan la materia para combatir la muerte.

Corelli mira el horizonte. El contorno brumoso de Buenos Aires se aleja sobre el lomo pardo del Río de la Plata mientras el catamarán navega hacia la costa uruguaya.

Mira la hora.

En ese preciso instante, en la Buenos Aires que deja atrás, otra versión de Corelli espera la tortura y la humillación, soporta las amenazas del hombre de gris.

El hombre de gris le muestra un espejo y la otra versión de Corelli ve el reflejo de su cara. Una máscara orgánica: bronce blanco, arañazos de fuego, expresión radiante.

—Una cara de maricón —dice el hombre de gris—, y te la vamos a romper a golpes.

2

Cuartucho sórdido, lámpara amarillenta, paredes húmedas.

Corelli se acurrucaba en el catre del calabozo.

El hombre de gris le mostró un espejo, le señaló la cara.

—Una cara de maricón, y te la vamos a romper a golpes —repitió.

Una y otra vez la misma amenaza.

Una y otra vez Corelli había visto en el espejo esa máscara que odiaba. El calabozo era tan minúsculo que no podía escapar de su reflejo.

Meses atrás, las máscaras estaban de moda. Una fusión perfecta de carne natural con tejido artificial. Los políticos y las estrellas las usaban en todo el mundo.

Corelli no pensaba en la moda.

Solo quería borrar los rasgos.

Esperaba que el dolor de la operación anulara el otro dolor. Esperaba que la muerte de su cara anulara la otra muerte.

Bronce blanco, arañazos de fuego, expresión radiante. Diseño personal, aunque basado en un modelo económico. Un modesto lujo que se había dado para denigrarse. Una cara blanda y anónima.

¿Por eso lo habían arrestado?

Semanas atrás el Congreso había aprobado la ley de veda, que prohibía el uso de máscaras. Nadie daba mayor importancia a la prohibición, y aún se veían muchas máscaras en público, pero era un buen pretexto para que Inspección Solidaria se entrometiera con él si quería molestarlo.

—Una cara de maricón, y te la vamos a romper a golpes.

Corelli aguantaba en silencio. Por momentos se amodorraba, y al despertar volvía a ver al hombre de gris.

Pronto llegaría el momento de llorar, de berrear, de orinarse encima. Su degradación recién empezaba.

Una sombra salió de un rincón penumbroso del cuartucho, se acercó al calabozo. Corelli alzó la vista.

—Puede irse —le dijo la sombra al hombre de gris.

El hombre de gris vaciló, y al fin se fue de mala gana, llevándose el espejo con que había atormentado a Corelli.

3

La sombra se acercó a Corelli bajo la luz sucia. Se acomodó los anteojos empañados.

—Usted disculpará al sargento —dijo.

—¿Sargento de qué?

—De Inspección Solidaria, naturalmente.

—Naturalmente. Por eso no tiene jinetas ni insignias.

—Inspección Solidaria es una repartición informal. No tiene la rigidez de las fuerzas de seguridad. Ya sabe cómo es.

—Sé cómo es. Son matones.

La sombra sonrió: dientes manchados de nicotina.

—No hace falta ser grosero, Corelli. Solo cumplen con su deber.

—Como usted, supongo.

La sombra metió el brazo entre los barrotes.

—Profesor Salazar —se presentó.

—¿Profesor de qué? —preguntó Corelli sin darle la mano.

—Se sorprendería —dijo el profesor jovialmente, retirando el brazo y abriendo la palma en un saludo amistoso: la mano no estaba ofendida por el desprecio de Corelli—. Volviendo a lo nuestro, debe concederme que las máscaras son ilegales.

—No lo eran cuando me la hice —replicó Corelli. «Y me borré la cara porque la muerte de Norma me borró la vida», pensó—. El Ciudadano Insigne también usó una máscara en su campaña de reelección.

—¿Cómo se le ocurre compararse? Era un mandato, Corelli, un mandato popular. El pueblo exigía caras falsas, y el Ciudadano Insigne tuvo que sacrificarse. Luego ordenó al Congreso la ley de veda y puso fin al sacrificio, trajo una época de luz y sinceridad. Puso fin a las caras falsas. Aun así, el gobierno ha sido magnánimo con la aplicación de esta ley. No nos gusta perseguir a la gente. El Ciudadano Insigne entiende perfectamente el malestar que padece la población.

Corelli lo miró con fastidio. *Malestar*, decían los funcionarios. Nunca *opresión* ni *arbitrariedad*.

Cada palabra, una mentira o una tergiversación. Corelli había notado que la gente estaba cada vez más parca. El silencio era una reacción instintiva contra el engaño. Si la moneda era una estafa, pues ningún billete representaba su valor, el lenguaje era un fraude porque cada palabra se devaluaba con el uso oficial.

Qué más daba. También él era una mentira o una tergiversación.

—Hace meses que el Congreso aprobó la ley de veda —continuó Salazar—. ¿Por qué no se hizo una reversión?

—No tengo plata para una reversión —dijo Corelli—. El gobierno me cambió la plata por bonos.

No mencionó, por supuesto, la caja de cartón donde guardaba sus rupias.

Rupias. Otra tergiversación. El nombre que daban en la calle a toda divisa extranjera: euros, dólares, yenes. El refugio de la población contra la rapacidad oficial. La compra de divisas era ilegal, pero el gobierno las vendía por medio de

agencias clandestinas. Muchos funcionarios ahorraban en rupias que depositaban en el exterior para salvarse de su propia codicia, mientras predicaban que la adquisición de divisas atentaba contra la estabilidad del marco, la moneda participativa y solidaria. ¿Alguien lo habría denunciado por guardar moneda extranjera?

El profesor Salazar miró el piso unos minutos. Alzó la cara, sonrió.

—Usted sabe que hay establecimientos donde la reversión es gratuita.

—¿Los centros solidarios? La reversión es gratuita, los resultados son monstruosos. Gracias, prefiero que me arresten y no que me deformen.

El profesor Salazar sonrió benignamente.

—No se confunda, Corelli. Aquí podemos hacer las dos cosas. Arrestarlo y deformarlo. —Hizo una larga pausa, se acomodó la corbata sucia, cambió el tono—. Pero no queremos causarle ese malestar. Usted está aquí por su propio bien. Sabe cosas muy peligrosas, y necesitamos protegerlo de ese conocimiento.

Corelli sacudió la cabeza. No sabía si reírse o llorar.

—¿Cosas peligrosas? ¿Usted sabe quién soy? Un profesor de música que enseña en institutos de mala muerte.

—Sé perfectamente quién es usted —dijo Salazar.

Se paseó frente a las rejas con aire triunfal.

—No crea que nos hemos equivocado —dijo o recitó—. Nunca nos equivocamos. Sé que enseña música, y dónde. Sé que hace un par de años tuvo una desgracia personal, la muerte de su mujer. Una muerte prematura.

—Como todas —replicó Corelli, clavándole los ojos.

Salazar agachó la vista.

—Sé que ella se llamaba Norma —continuó—. Sé que usted no tiene familia en el país. Sé que usted y su mujer no pudieron tener hijos, y que lo lamenta. Sé que le gusta la pintura de Kaspar Wendt.

Salazar alzó la vista.

—Sé más sobre usted que sobre mí —dijo.

Corelli se sintió vejado, invadido.

—Sé que compuso *Cántico* —remató Salazar.

—*Cántico* —repitió Corelli.

Salazar sonrió. Hizo el ademán de rasguear una guitarra en un escenario rodeado de público. Ese gesto postizo y juvenil contrastaba con sus anteojos empañados y su desgredada formalidad.

Corelli sintió un escalofrío.

—¿Por eso estoy aquí? —preguntó.

—Sé que ha visto el futuro.

—¿El futuro?

—*Cántico* —insistió Salazar, y tarareó un tema de ese viejo álbum.

—¿Qué tiene que ver *Cántico* con nada? —preguntó Corelli.
De nuevo el gesto juvenil, y una súbita seriedad.
—No se subestime, Corelli. Quizá tenga que ver con todo.

4

Cántico.

Lo había compuesto y grabado años atrás. Parecían siglos o milenios. La época en que amaba la música.

Cántico: tristeza de tango, melancolía de jazz y desbordes de rock acompañados por una sinfonía de efectos sonoros digitales.

Horas enteras perfeccionando obsesivamente los pulsos de la guitarra, horas enteras tecleando ante una pantalla para afinar cada sonido.

El cántico era la melodía que entonaban los muertos cuando resucitaban para el Juicio Final.

Ni siquiera sabía por qué le había interesado el Juicio Final.

¿Reminiscencias de su infancia católica?

Durante muchas noches había soñado con un valle inmenso donde se reunían los muertos. Cadáveres de mirada vidriosa le exigían una música que los ayudara a resucitar. Él les daba esa música, y las caras cenicientas se transfiguraban.

Sueños pavorosos.

Una adicción.

Los muertos lo destruían, pero no podía vivir sin ellos.

El resto de la banda se había contagiado la adicción. Se abrazaban llorando después de cada sesión de grabación. «Somos lo máximo», se decían.

El público celebró la adicción. El éxito del disco fue tan imprevisto como instantáneo.

Cántico: su tajada de inmortalidad, sus quince minutos de fama.

El Día de la Ira en susurros electrónicos.

El Juicio Final en *glissandos* y *staccatos*, *pizzicatos* y *vibratos*.

Su guitarra bramando los quejidos de miles de millones de almas.

Percusión tonante.

Teclado murmurante.

Dolor y clamor.

En el único pasaje cantado, una voz femenina recitaba en contrapunto con los jadeos de un coro de sombras: un vórtice de luz inteligente separaba a los justos de los réprobos; los difuntos resucitaban, rezongaban, rezaban, reclamaban su cuerpo incorruptible.

En la grabación, la voz femenina era Norma.

5

Aún lo obsesionaba la idea de poner música al Juicio Final, y quería trabajar en una nueva versión, pero los trompetazos de su propio Día del Juicio habían sonado prematuramente.

El accidente de Norma.

El mundo era frágil. Un coche que se pasaba una luz roja bastaba para destruirlo.

Norma atropellada, caída en el asfalto.

Corelli recorría en sueños su mundo destruido. Playas de ceniza, mares aceitosos bajo dos soles negros. Los soles negros eran los ojos de Norma. Él caminaba por el agua hacia los soles, pisando con cuidado el oleaje viscoso. Al fin se hundía en un mar de sangre, despertaba entre sábanas empapadas de transpiración.

Llegó a aborrecer el *Cántico*. Se sentía culpable del triunfo. «No somos lo máximo», pensaba. «Solo adictos a algo que no entendemos». La banda había terminado por disolverse. Una sobredosis de éxito.

Se enamoró de la muerte, decidió que la música era su enemiga. Ráfagas de un nuevo *Cántico* sonaban en su cabeza. Las notas volvían una y otra vez, pero él las ahuyentaba.

Se resignó a ser un profesor mediocre que indirectamente enseñaba a sus alumnos a detestar la música.

El sistema escolar estaba de su parte.

Con estupidez militante, la revista interna del instituto donde enseñaba publicaba artículos que denunciaban el sentimentalismo de la ópera italiana mientras ensalzaban los berrinches de la tecnocumbia. Escritas obsecuentes redactaban esos artículos en el Ministerio de Educación, acumulando alegatos y acusaciones: Mozart elitista, Piazzolla europeísta, Borecki oportunista. Un rosario de sandeces: «denunciar la arrogancia de los clásicos», «combatir la música decadente divorciada de la voluntad popular».

La Revolución Solidaria en marcha.

En ese momento decidió comprarse la máscara orgánica.

Bronce blanco, arañazos de fuego, expresión radiante: imitaba a los difuntos de sus sueños. Una resurrección que era un modo de matarse.

Quería escapar de sus facciones ojerosas, renunciar a los rasgos que Norma había amado.

Las máscaras estaban de moda.

Todos querían ser otros.

Todos querían el derecho a modelarse la cara. Corelli sabía que ese derecho no existía. Uno modelaba la cara con su vida, y uno modelaba su vida con sus actos.

Una cara era música: *glissandos* y *staccatos*, *pizzicatos* y *vibratos*.

Arrugas.

Cada arruga enriquecía la composición.

En su caso particular, no podía justificar su debilidad con el dolor que le había causado la muerte de Norma. Con ese acto de cobardía, le había sido infiel.

6

El profesor Salazar dejó de tararear.

—Convengamos en que *Cántico* no es el mejor ejemplo de música nuestra —murmuró.

—¿Nuestra?

—Solidaria, participativa. Usted es un obstáculo en nuestra gesta.

—¿Qué gesta?

—La gesta de explorar nuestras raíces.

—No necesitamos raíces. No somos plantas.

Salazar le concedió una parca sonrisa.

—Me refiero a nuestra identidad —se dignó explicar.

—¿Y yo les impido encontrar la identidad? —La risotada de Corelli terminó en un sollozo seco.

Salazar mostró sus dientes manchados de nicotina.

—Ya sé, usted es un hombre de talento, y no cree en esas cosas —dijo con voz súbitamente servil—. Le haré una confesión: yo tampoco.

—¿Usted tampoco?

—Usted entiende.

—No, francamente no entiendo.

—Esas consignas son una necesidad política, pero no hay por qué creerlas. Lo cierto es que usted es un músico exquisito, y tenemos interés en sus creaciones.

—¿Tenemos? ¿Usted y quién más?

El profesor Salazar extendió las manos en un gesto que parecía abarcar toda esa luz amarillenta y sórdida.

—El gobierno, por supuesto.

—Ahora entiendo menos.

El profesor suspiró.

—El Ciudadano Insigne tiene un gran proyecto —dijo.

—Me imagino.

—No se imagina. El Ciudadano Insigne siente una atracción personal por su obra.

—Mi obra —repitió Corelli.

—Cántico.

—No me haga reír.

—No es cosa de risa. Venga a visitarme mañana y tendremos una charla amistosa.

El profesor Salazar metió la mano entre los barrotes, le dio una palmada en el hombro y se marchó.

Venga a visitarme. Simpático. Lo decía como si Corelli tuviera opción.

Corelli hundió la cara entre las manos. Oyó la voz de Norma. Volvió a verla.

Sonrisa. Ojos negros.

La voz se apagó, la imagen se alejó: sonrisa y ojos negros nimbados de sangre.

Corelli cerró los párpados, apretó los dientes. Movié los dedos, acariciando el recuerdo de su guitarra.

Vio el vórtice de luz. Resucitados. Justos y réprobos.

Esa música era su enemiga, y él la había abandonado.

Su gran éxito, pero lo había paralizado.

Percusión tonante.

Teclado murmurante.

Dolor y clamor.

Su enemiga volvía para vengarse.

7

Pasó las horas siguientes estudiando la trayectoria de un par de cucarachas que recorrían el piso de cemento. Mientras estudiaba las cucarachas, recordó detalladamente ese día. Todos sus días eran iguales —clases desganadas, rezongos solitarios— pero ese había sido distinto. De lo contrario, no estaría en esta pocilga, estudiando las andanzas de un par de cucarachas.

A las diez y media se había asomado al balcón del departamento. Una mañana húmeda y gris. Volvió adentro, hojeó un libro que acababa de comprar, *Tecnología y megaconciencia*. Echó un vistazo a la introducción que escribían los autores: «Nos han criticado por nuestras especulaciones sobre una trama empática colectiva, pero estamos seguros de que el desarrollo futuro de esa trama es inevitable; con el apoyo de las tecnologías de la información, la megaconciencia es nuestro destino ineludible». Corelli echó una ojeada al índice temático. Le llamó la atención una palabra, *interconectividad*. Buscó la página indicada, leyó una frase al azar: *Admitimos que hablar de efectos cuánticos en estructuras macroscópicas es un desafío a las ideas establecidas*.

«Blablablá», pensó Corelli, cerrando el libro. Solo lo había comprado porque la cubierta tenía una ilustración de Kaspar Wendt.

A las once miró las noticias locales en Avnet. El gobierno anunciaba una jornada de actividades participativas y solidarias: grupos partidarios tomarían instituciones educativas, cortarían el tránsito, destruirían monumentos públicos ofensivos para el bien común, hostigarían a los opositores. El Ciudadano Insigne, acompañado por un séquito de ministros, dirigió su mensaje semanal al país: ensalzó la solidez del marco (Moneda Argentina Común), alabó los méritos de la P&S (Participación y Solidaridad), repudió los excesos del individualismo, despotricó contra el agio y la especulación, alabó las acciones callejeras de los ciudadanos que no vacilaban en atacar a pedradas a los traidores que cuestionaban la pureza de los planes oficiales, juró continuar su yihad contra la prensa libertina que osaba cuestionar sus decisiones, atacó la injerencia de gobiernos extranjeros, habló con orgullo de «cerrar nuestras fronteras a los productos apátridas».

Corelli no escuchaba. Solo miraba el movimiento de los labios. Con su despiadada vulgaridad, esa boca de batracio parecía dispuesta a tragarse el mundo.

Una desgana banda militar tocó una marcha patriótica. El Ciudadano Insigne cantó con su comitiva: mano en el pecho, sonrisa inane.

A las once y cuarto Corelli puso el Canal Internacional. La misión espacial eurojaponesa había aterrizado en Calisto, y el vehículo SmartRover enviaba sus primeros datos desde el satélite joviano. Las imágenes registraban su lento avance cerca de la cuenca de Valhalla, por una superficie irregular surcada por tramos de hielo. SmartRover poseía una inteligencia rudimentaria que le permitía tomar decisiones limitadas y deliberar con los técnicos.

«Un pequeño paso para una máquina pero un gran paso para la megaconciencia», pensó Corelli.

Bebió toneladas de café para combatir la megarresaca. Habría preferido estar en la superficie helada de Calisto. Habría preferido ser SmartRover. En cierto modo lo era, con su máscara orgánica. Una máquina solitaria en un mundo remoto.

La transmisión del Canal Internacional, como de costumbre, estaba plagada de interferencias del Canal Solidario. A las once y media se hartó de las interferencias y apagó Avnet.

A las doce se puso a mirar su reproducción de *Juicio Final*, el cuadro de Kaspar Wendt. Una vasta congregación de seres radiantes bajo un vórtice de luz. Una muchedumbre adoraba el vórtice, cuyos espasmos eran sentencias: centellas que esparcían felicidad entre la muchedumbre, o pulverizaban las zarpas demoníacas que asomaban en la tierra fangosa. Un ángel diamantino miraba la escena desde una ladera. Sus alas eran llamaradas.

Corelli lo llamaba el ángel de mil ojos. Con sus mil ojos, el ángel contemplaba el Día del Juicio. Corelli se lo imaginaba con ocho brazos.

Todos los días miraba ese cuadro y se preguntaba por qué el ángel lo fascinaba

tanto.

Kaspar Wendt.

Una de sus obsesiones desde que había compuesto el *Cántico*. Esa reproducción era su minúscula felicidad, su contacto con un mundo deshecho. Norma le había hecho conocer a Wendt, y los colores vibrantes del cuadro curaban fugazmente la llaga de la ausencia. Lo ayudaban a superar la resaca, a dar un paso hacia la megaconciencia antes de hundirse en la megadepresión.

A la una comió algunas sobras. Lloró, se reprochó su debilidad. Se puso su traje raído. Se acarició la máscara. Se miró en el espejo: un payaso, pero no se animaba a gastar unas rupias para hacerse una reversión en una clínica clandestina decente. Se despidió del retrato de Norma y fue a visitar el centro solidario del barrio, donde cambiaría devaluados billetes de marco por devaluados cupones de comida.

A la una y media salió del centro solidario y le arrojó una moneda al mendigo que se había instalado en esa calle.

El mendigo rezongó sin mirarlo.

Corelli se detuvo. Estaba acostumbrado a los rezongos del mendigo y nunca les prestaba atención, pero esta vez se paró a escuchar. Ya conocía la cantinela. Antes el mendigo solo aceptaba rupias, ahora se conformaba con marcos o cupones.

«Calisto y SmartRover», pensó Corelli. El mendigo también era una máquina en un mundo remoto.

—¿Qué? —protestó el mendigo—. ¿Esperás que te dé las gracias?

—No tenés nada que agradecerme.

—Claro que no tengo nada que agradecerte. Me diste lo mismo que la última vez. Hoy tendrías que darme más.

—¿Más?

—Ajuste por inflación. Tengo derecho a un aumento.

Corelli siguió de largo. Se le hacía tarde para sus clases de música.

A las dos menos cuarto notó que un coche lo seguía y temió que un asaltante común le quitara los bonos antes del asalto oficial que sufriría al usarlos («deducciones solidarias»). El coche siguió de largo.

A las dos de la tarde el hombre de gris lo paró en la calle.

—Participación y Solidaridad —saludó con el brazo en alto—. Tiene que acompañarme.

Señaló una esquina donde esperaba el coche que Corelli había visto antes. Corelli le pidió identificación.

—Aquí la tiene —murmuró el hombre de gris, mostrándole la sobaquera con el arma reglamentaria.

«Inspección Solidaria», pensó Corelli.

—¿Qué hice? —preguntó.

—Ni idea —respondió el otro—. No se aflija, ya encontraremos algo.

8

A las dos y cuarto pasaron por Retiro, frente a la Basílica Solidaria. Esa aparatosa lápida de cemento recién inaugurada representaba las facciones del Ciudadano Insigne y había reemplazado la demolida Torre de los Ingleses. La sonrisa inane del Ciudadano Insigne ocupaba gran parte del monumento. Debajo de la sonrisa, un mural de colores chillones mostraba una hueste de próceres solidarios, en cuyo centro una Evita con rodete abrazaba a un Perón con uniforme de gala. En la parte inferior del mural, una multitud de rostros idénticos imitaba la sonrisa inane. Debajo, un montículo de cráneos y huesos triturados representaba la derrota de los enemigos de la solidaridad. En un costado había una pared dedicada a placas conmemorativas de bronce. Grietas y raspaduras testimoniaban la ausencia de la mayoría de las placas. Muchos las robaban para vender el bronce. Leyendas en aerosol viboreaban en las franjas en que la pintura empezaba a descascararse. El parque circundante era un basural donde chicos harapientos jugaban entre bolsas hediondas.

—La verdad, prefería la Torre de los Ingleses —comentó el agente que manejaba.

—No seas cipayo —respondió el hombre de gris.

Atravesaron la zona portuaria, entre restaurantes y cines abandonados. Un caserío de chapa se amontonaba contra una derruida fragata de la Armada anclada en la costa. Perros escuálidos cazaban ratas entre adolescentes drogados y borrachos. En los callejones mugrientos retumbaban pistoletazos.

El coche llegó a un edificio mohoso donde flameaban andrajosas banderas argentinas.

A las tres y media, bajaron al subsuelo y entraron en ese cuarto enorme y sórdido. En un rincón había un improvisado calabozo. Todavía se notaban las manchas de revoque nuevo. Lo metieron allí y se fueron, cerrando con llave la puerta del cuarto.

Un calabozo dentro de un cuarto cerrado. Corelli se preguntó qué sentido tenía ese doble encierro. Pronto comprendió: la lógica de la humillación.

Al rato volvió el hombre de gris y le preguntó qué había hecho ese día, por qué tenía un documento tan viejo, a qué se dedicaba, para qué había ido al centro solidario. Parecía buscar un ángulo para atacarlo. Al fin le preguntó por qué usaba una máscara orgánica, y se ensañó con la máscara.

—Una cara de maricón, y te la vamos a romper a golpes.

No se cansaba de repetir esa amenaza. La frase le parecía ingeniosa.

Después de esa experiencia, la conversación con Salazar fue casi refrescante.

La lógica de la humillación.

¿Por qué lo habían arrestado? Él no era nadie, y ellos lo sabían. ¿O no? ¿En serio

se interesaban en «sus creaciones»?

Tarareó una melodía de *Cántico*. Se adormiló. Vio a Norma en una playa, en medio de una muchedumbre. Él corría hacia ella, y ella hacia él, pero la multitud los empujaba de aquí para allá, y se perdían de vista. Se desencontraban para siempre.

Se despabiló, ahuyentó esa imagen desgarradora.

Rezos, recuerdos, resquemores, reproches, remordimientos.

¿Por qué no había usado sus rupias para irse cuando podía? Tenía sus contactos. Le habría bastado una llamada telefónica para comprarse un pasaje a Montevideo y estar en un país decente. Como todo trámite ilegal, era rápido, seguro, expeditivo. Podía hacerse en el día. Solo necesitaba la decisión.

Pero estaba acalambrado de dolor. No podía tomar decisiones ni viajar a ninguna parte.

Ya no podía remediarlo, y ni siquiera sabía de qué lo acusarían. Con Inspección Solidaria nunca se sabía.

Pronto vendrían los puñetazos, la inmersión en agua helada o cualquier otra forma de hospitalidad carcelaria. Pronto se revolvería en la hediondez de su degradación, y todo porque un idiota había sobrestimado su importancia musical.

Quizá sufría una alucinación megalómana en que *Cántico* llamaba la atención del Ciudadano Insigne. Quizá se despreciaba tanto que fantaseaba con los halagos de ese demagogo obtuso para sentirse peor consigo mismo.

9

Al día siguiente el hombre de gris lo sacó del calabozo y lo trató con respeto. Alabó la máscara («magnífica terminación») mientras lo conducía por un pasillo desierto: más cucarachas, una mustia bandera argentina con el lema P&S en la franja blanca.

Entraron en una habitación que nadie habría podido acusar de individualista. Su chatura anónima era una muestra elocuente de estética participativa y solidaria. El Ciudadano Insigne mostraba su sonrisa inane en el retrato que colgaba en todas las reparticiones públicas. Debajo estaba el profesor Salazar, con sus anteojos empañados y una sonrisa que imitaba la del retrato.

Lo invitó a sentarse con un gesto generoso que abarcaba todas las sillas de la habitación, que eran dos. Le ofreció facturas, mate.

—Prefiero café —dijo Corelli.

Salazar agitó el dedo en una parodia de acusación.

—El mate es una bebida participativa —dijo, guiñándole el ojo.

Pidió café para dos.

El hombre de gris llevó el café y atendió al prisionero con pleitesía.

¿Leche? ¿Azúcar? ¿Edulcorante?

Era tan efusivo en su servilismo como el día anterior con sus amenazas. El profesor lo despidió como un perro molesto y el hombre de gris se fue dócilmente, la cola entre las patas.

—Usted verá —dijo Salazar—, soy un estudioso. Cuando le digo que el Ciudadano Insigne tiene un interés personal en sus creaciones, sé por qué se lo digo.

Corelli se restregó los ojos.

Miró el cuadro, la sonrisa inane.

«Calisto y SmartRover», pensó. «Megaconciencia. Una máquina en un mundo remoto».

10

La mirada de Salazar: ojos acuosos detrás de lentes empañadas.

—¿Cómo se le ocurrió *Cántico*? —preguntó.

—Ni idea. No me diga que le interesa en serio.

Salazar sonrió. Abrió un cajón, sacó dos estuches. Con orgullo de coleccionista, le mostró un par de discos ópticos. Uno era la versión de *Cántico* en audio solamente, el otro era la edición especial que incluía imágenes y vídeos.

Corelli sintió un desgarrón.

Esos dos discos evocaban una época feliz que ahora era la prehistoria de su vida. «Solo el ángel de Wendt me permitiría recobrarla», pensó.

—Me interesa en serio —dijo Salazar—. Cuénteme.

—¿Conoce el cuadro de Kaspar Wendt? ¿*Juicio Final*? Siempre me fascinó. En casa tengo una reproducción que me regaló mi mujer. El cuadro me habrá sugerido la idea.

—Conozco la obra de Wendt, por supuesto. Pero, concediendo que me hable de buena fe, usted está confundido. Su opus es anterior al cuadro de Wendt.

Recalcó *opus*. Le gustaba esa palabra pomposa. Le mostró un papel impreso. Corelli reconoció un artículo de una enciclopedia en línea. Salazar señaló fechas. La primera edición de *Cántico*, la primera exhibición de *Juicio Final*. El disco era anterior, en efecto.

Corelli se sorprendió, y se sorprendió de su sorpresa. Sabía perfectamente que había conocido a Wendt después del *Cántico*, cuando Norma le había regalado esa reproducción. Sin embargo persistía esa sensación de que *Juicio Final* lo había inspirado. Los tiempos se le confundían. Sin Norma, su cabeza era un revoltijo. Sintió un mareo, vio un par de soles negros.

—Quizá usted sea sincero —dijo Salazar— y retrospectivamente haya terminado por creer que el cuadro fue su inspiración. Pero eso no me alcanza.

—¿No le alcanza para qué?

Salazar unió la yema de los dedos.

—Vea, nuestro Ciudadano Insigne ha tenido visiones, revelaciones.

—Sin duda. Los demás las sufrimos todos los días.

—Haré de cuenta que no oí eso, pero no abuse de mi paciencia.

Salazar se levantó, caminó, señaló el retrato del Ciudadano Insigne.

—Le haré una confidencia. Una doble confidencia, ya que también le confiaré que el Ciudadano Insigne me ha autorizado personalmente para decirle esto.

Enfaticó el *personalmente*. Corelli lo miró con escepticismo. Salazar usaba un traje sucio y arrugado. No parecía alguien que tuviera contacto personal con el Ciudadano Insigne. O quizá sí. Al Ciudadano Insigne le gustaba alardear de su humildad. Ese profesor mal entrazado podía formar parte de su alarde.

—Nuestro Ciudadano Insigne ha tenido visiones relacionadas con el Juicio Final —dijo Salazar—. Como usted sabrá, es un hombre racional y esclarecido que no se inclina por el misticismo. Sin embargo, la realidad de estas visiones es tan elocuente que ha contratado a gente como yo para analizarlas. Profesores, intelectuales, investigadores. —Se señaló a sí mismo: el pulgar grasiento en la corbata sucia—. Las conclusiones de mi equipo son ineludibles. Nos rendimos ante la evidencia y aceptamos que en esas visiones hay datos objetivos. Quizá usted haya tenido visiones parecidas. Por eso necesito que me cuente en qué se inspiró.

—¡No lo sé! —chilló Corelli.

El profesor cabeceó.

—Explore su ignorancia —declamó con voz sibilina—. En ella hay cierta sabiduría.

—¿Sí?

—Le doy una pista. Sospechamos que Wendt se inspiró en la misma fuente que usted.

—¿Cómo lo sabe? ¿Le han preguntado a Wendt?

—Créame, nuestras sospechas están bien fundamentadas. Lamentablemente, Wendt es un ciudadano europeo que reside en Suiza y no goza de los beneficios de la participación solidaria. —Sonrió—. Tendremos que conformarnos con usted.

—¿Qué quiere que le diga, Salazar? Muchos artistas han imaginado el Juicio Final. No hay nada de original en eso.

—No hablamos de imaginación, sino de lo que vio.

—Vi lo que está grabado en el álbum. Muertos cantando en el Día del Juicio. Ni siquiera soy religioso, Salazar.

—¡No hablamos de religión, sino de lo que vio! —insistió Salazar—. ¡La visión, Corelli, la visión!

—Aunque no lo crea —resopló Corelli—, soy lo que parezco, un ciudadano común que necesita cambiar marcos por bonos de comida. No he visto nada. No

estoy en ninguna conspiración.

Salazar frunció el ceño.

—¿Quién habló de conspiración?

—Ustedes siempre inventan conspiraciones.

—¿Ustedes? ¿Con quién se cree que habla? Soy un investigador, no un soplón del régimen.

Corelli sonrió. Salazar sobrellevaba su papel de funcionario con ambigüedad.

—¿Régimen? Solo los opositores usan esa palabra.

Salazar tragó saliva.

—No abuse de mi paciencia —repitió.

11

—Entienda —dijo Corelli conciliatoriamente—, no recuerdo cómo compuse *Cántico*. Soy un mero profesor.

—Como yo, colega, como yo.

—Renuncié a la música.

—Un hombre como usted nunca renuncia a la música.

Corelli se quedó atónito. Salazar era desconcertante. Hostilidad y camaradería. Chabacanería y perspicacia. En efecto, no había renunciado. Continuamente rasgueaba con los dedos una guitarra imaginaria. La música era su enemiga, pero la amaba.

—Haga un esfuerzo —insistió Salazar—. Sin duda tiene la respuesta en la punta de la lengua. Piense con las emociones. El pensar racional solo define una parte de lo que somos. ¿No cree?

Aunque el profesor tenía una expresión oficial, rebosante de P&S, parecía tener una chifladura sospechosamente individual.

—El pensar racional... —repitió Corelli.

—¡Pienso, luego existo! —exclamó Salazar, en una alarmante digresión cartesiana—. Aún somos prisioneros del *cogito*. Esa frase aún nos define: una máquina de pensar encerrada en una máquina de andar.

«SmartRover», pensó Corelli. «Un prisionero del *cogito* en Calisto». Su mente divagaba. Los desvaríos de Salazar no contribuían a su coherencia.

—Debemos desechar esa fórmula, reemplazarla —dijo Salazar.

Corelli asintió con vehemencia.

—Canto, luego existo —sugirió.

Salazar sonrió aprobatoriamente, y Corelli celebró su respuesta. Era como hablar otro idioma sin entenderlo. Podía responder cualquier cosa y Salazar pensaría que colaboraba.

El profesor se levantó con exaltación.

—¡Todos cantamos! —exclamó—. Todos cantamos por todos los poros, al respirar. Incluso los muertos cantan.

—Los muertos no respiran —objetó Corelli, y de inmediato se arrepintió.

Salazar lo fulminó con la mirada.

—¿Cómo puede negar lo que usted mismo ha escrito?

—¿Yo mismo?

—*Los muertos respiran con su canto...* —exclamó Salazar, citando el pasaje del coro de sombras—. ¿No recuerda esa parte?

Salazar se puso a canturrear con voz desafinada, y Corelli reconoció la letra. Asintió de mala gana.

—No me diga que no la recordaba —protestó Salazar.

Revolvió el escritorio, buscó el artículo impreso, lo enarboló como una acusación.

—Claro que no la recordaba —rezongó Corelli—. La escribí hace años, hace años que no la escucho, y no la releí desde que salió el álbum.

Por la mirada de Salazar, comprendió que el profesor releía hasta la última coma de cada artículo de dos líneas que hubiera escrito, deleitándose en cada fangosa laguna de un estilo que sin duda era tan turbio y deshilachado como su conversación.

—¡Era el único tema cantado de todo el álbum, el tema que justificaba el título! —exclamó Salazar.

Había admiración en el comentario, y odio en la admiración. Salazar no le perdonaba que tratara con desprecio una música que él veneraba y hubiera querido componer.

—¿Qué vio, Corelli? Necesitamos saber.

—¿Saber qué?

—Vea, trataré de ayudarlo. Seré bondadoso con usted, pero no abuse de mi paciencia. Esto no es un reportaje para un estúpido suplemento cultural. ¡La visión, Corelli, la visión!

—¿Qué visión? Imaginé cosas, y les puse música.

El profesor Salazar tamborileó con los dedos en el escritorio.

—¿Qué voy a hacer con usted? ¡Corelli, el Ciudadano Insigne ha visto el final de los tiempos!

Corelli asintió con cautela. Salazar alzó la vista, extendió los brazos, lagrimeó.

—¡Al final de los tiempos habrá un Día del Juicio —proclamó—, y la música de *Cántico* tendrá un papel decisivo en la resurrección de los muertos!

12

Salazar se repuso de su éxtasis, se secó los ojos con un pañuelo sucio.

—El Ciudadano Insigne acudió a mí porque esas visiones lo torturaban —dijo—. «Profesor, explíqueme qué me pasa», me pidió, me imploró, me rogó. El Ciudadano Insigne es muy humilde, Corelli. Él sabe que es un hombre ignorante, y allí radica su valor fundamental. ¡Un visionario puro! ¡Un sabio que no está contaminado por nuestra sobrecarga de conocimientos! Me describió lo que veía, tarareó una melodía. Esa melodía pertenece al *Cántico*, Corelli, pero él no conocía el *Cántico*, nunca lo había escuchado. Casi se cae redondo cuando le dije que esa música existía, que el compositor estaba vivo y residía en nuestro país. Le mostré una foto de usted, una foto con su máscara. «Tráigame a ese hombre», me dijo el Ciudadano Insigne. Le dije que haría lo posible. «No haga lo posible, haga lo que le digo», me dijo el Ciudadano Insigne. «Ese hombre sabe muchas cosas. Ese hombre conoce el futuro. Él sabrá por qué veo lo que veo».

El profesor suspiró.

—Lo envidio, Corelli —dijo—. Sí, antes lo envidiaba por su música. Pero ¿qué es la música, a fin de cuentas? Aire, nada más.

Salazar se puso de pie, y con una voz de bajo inesperadamente aceptable entonó unas notas de Mozart:

*Don Giovanni, a cenar teco
m'invitasti, e son venuto!*

En el *venuto* volvió a su voz desafinada. Se sentó.

Corelli quedó estupefacto. Una payasada, sí, pero Salazar revelaba una parte de su alma. Amaba esa aria gloriosa y sombría, pero renunciaba a ese esplendor a cambio de una sonrisa inane. Era una confesión de derrota proclamada con aire triunfal. Por un segundo Corelli sintió lástima de su carcelero.

—¿Qué es el gran *Don Giovanni*, Corelli? Aire, nada más. Las visiones del Ciudadano Insigne, en cambio, son palpables. ¡El final de los tiempos! Y el Ciudadano Insigne confía en usted, en su sabiduría, y para él no soy nada en comparación con usted. Eso me duele. Aun así, cumplo con mi deber.

—¿Su deber?

—Consigo al hombre que él me pidió, pero ese hombre se niega a colaborar.

—¿Siempre encierra a sus colaboradores en un calabozo?

—Humildad, Corelli. Usted necesita aprender humildad. Lo encerré en ese lugar piojoso para prepararlo. No soy su enemigo. Al contrario. Conozco a la gente como usted, y trato de comprenderla. Pero usted está a punto de conocer al Ciudadano Insigne, y quiero que valore la magnitud de ese encuentro.

—¿Conocer al Ciudadano Insigne?

—Naturalmente, pero antes debo saber que será franco al contarle su experiencia.

—¿Qué experiencia? —protestó Corelli.

Salazar soltó una andanada de quejas, arengas y acusaciones. Corelli terminó el café, por hacer algo.

—Tuve sueños en que vi un vórtice de luz y una muchedumbre —dijo al fin—. Eso es todo. Imaginé todo lo demás.

—¡No lo imaginó, idiota! ¡Lo que vio era real! —rezongó Salazar.

Le clavó los ojos con angustia, desprecio, súplica. Tenía los sobacos empapados. Se guardó los anteojos en el bolsillo y aplaudió para llamar al hombre de gris.

—Le daré unas horas para reflexionar. Le prevengo que nuestra próxima reunión no será tan cordial.

El sargento entró, lo empujó hacia el pasillo. Esta vez no elogió la terminación de su máscara.

13

«Qué vi», se preguntó una y otra vez bajo la luz amarillenta. Las sombras de los barrotes se proyectaban en su cuerpo acurrucado. La lógica de la humillación lo acogotaba.

Se refugió en la música que rechazaba. Fragmentos del *Cántico* resonaron en su cabeza. Una versión pretenciosa y rimbombante. Aspiraba tan obviamente a la grandeza que solo podía ser mediocre.

Huyó de la música, se guareció en un recoveco de su mente.

«Qué vi».

Un vórtice de luz. La resurrección de los muertos.

Las cucarachas iniciaban otro trayecto tambaleante por el piso de cemento.

«Lo vi», se dijo. «Lo vi, no lo imaginé».

¿O el miedo a la tortura le hacía pensar que había visto lo que había imaginado, con la esperanza de complacer a Salazar y liberarse?

¿Será verdad que Kaspar Wendt y yo vimos lo mismo?

Rezó pidiendo un milagro.

14

Un zumbido rasgó el silencio.

Un borbotón de luz rasgó el techo.

Una lluvia de chispas rasgó el aire.

Las chispas revolotearon, dibujaron un borrón resplandeciente. El borrón adquirió precisión. Un ángel de dos metros. Sin alas. Ocho brazos. Mil ojos que eran mil ascuas en una superficie de lava. Un velo difuso le cubría la cara.

«Me pusieron algo en el café», pensó Corelli. Cerró los párpados y se acurrucó en el catre.

—Una pesadilla —dijo en voz alta—. Voy a seguir durmiendo y me voy a despertar en casa, mirando el cuadro de Wendt.

Abrió los párpados, vio al ángel. El ángel sonrió. Los mil ojos estudiaban a Corelli con una mirada monstruosa pero benévola.

Corelli temblaba convulsivamente.

—Solo soy un delegado de la Trama —dijo el ángel con voz tranquilizadora.

—¿La Trama?

—Contribuiste a crearla, pero te costará entenderla.

Corelli miró de un lado al otro. No había nadie, ningún guardia.

«Una trampa de Salazar», pensó.

«Esta aparición no puede ser una trampa», pensó.

«El miedo me está volviendo loco», pensó.

Olfateó, sintió mal olor.

Se había orinado encima.

Se levantó del catre, se acercó al ángel. Los mil ojos palpitaban en la superficie de lava. Supo al instante que en sus viejos sueños había visto criaturas similares a él. No era un ángel. Era algo más, o algo menos.

—Rezaste pidiendo un milagro —dijo el ángel.

—No creo en milagros.

—Por lo visto, tu música es mejor que tu lógica.

—Lógica —repitió Corelli, aturdido, y supo por qué había pedido un milagro. Lo había pedido porque sabía que era posible. Sabía que era posible porque lo había presentido. Lo había presentido porque él había iniciado una hebra de la Trama, aunque no sabía qué era la Trama. El ángel estaba allí porque era un día de conjunciones, aunque él no sabía qué eran las conjunciones.

—Un día de conjunciones, en efecto —dijo el ángel, como si Corelli hubiera hablado en voz alta—. El día en que SmartRover descubre el organismo empático.

—¿Qué es eso? —preguntó Corelli—. No estaba en las noticias.

—No estaba en las noticias porque intentarán ocultarlo. De todos modos no lo llamarán así, porque aún no saben que es un organismo empático. Lo llamarán el Arácnido, porque tiene forma de araña y ocho extremidades.

Corelli lo interrogó con los ojos.

El ángel alzó tres brazos en una enumeración.

—Conjunciones: una inteligencia orgánica limitada, Pablo Corelli; una inteligencia artificial precaria, SmartRover; un organismo de laboratorio, el Arácnido. —Bajó los tres brazos—. El modo en que se hilan las hebras de la Trama es un misterio que ni siquiera la Trama puede desentrañar. Eso le agrada, pues le complace

el misterio de su propia configuración. En este caso, la hebra se forma a partir de tu identificación con una máquina que explora un mundo solitario. En Calisto, SmartRover descubrirá el Arácnido. El Arácnido cantará el *Cántico*. El *Cántico* creará la Trama. La Trama te necesita.

—¿Qué es la Trama? —rugió Corelli.

—Digamos, usando un término relativo, que es una megaconciencia.

Corelli pensó en el libro con la ilustración de Wendt en la tapa.

—Sí, como en el libro que tiene la ilustración de Wendt —dijo el ángel—. También podríamos decir que es Dios.

—¿Dios?

—Otro término relativo, pero más breve y menos pomposo.

15

Corelli sacudió la cabeza.

—Esto es cosa de Salazar —dijo.

Miró de nuevo al ángel. Los mil ojos sonreían irónicamente.

—No, no es cosa de Salazar —dijo Corelli.

—Salazar tiene un mérito —suspiró el ángel—: él sabe de qué se trata y qué fuerzas enfrenta.

—¿Salazar sabe de qué se trata?

—Por lo menos lo intuye. Es un hombre estúpido pero culto. Ha investigado. Comprende que esto no es un juego. El Ciudadano Insigne también lo comprende. Por eso estás en este calabozo. El Ciudadano Insigne ha tenido visiones similares a las tuyas. Es un energúmeno, pero sabe por instinto que esas visiones son reales. No sabe cómo encararlas, pero no comete la torpeza de pensar que son sueños o alucinaciones.

Corelli se sonrojó.

—Entonces es cierto. Habrá un Juicio Final, y los resucitados cantarán mi *Cántico* —dijo.

—Una descripción simplista y torpe, pero aceptable —dijo el ángel.

Corelli enmudeció.

«La tromba de luz, la resurrección de los muertos», pensó.

Sueños pavorosos. Sueños adictivos. Dolor y clamor.

Sintió un espasmo.

Ocho brazos se extendieron para calmarlo. Corelli los rechazó, se serenó.

—Salazar tiene razón —dijo—. Vi algo, y el Ciudadano Insigne también vio algo.

—Viste el futuro del que vengo. El Ciudadano Insigne es un mediocre que se asusta de sus visiones. No las entiende, y lo atormentan tanto que contrata a gente

como Salazar para averiguar qué son.

—¿Cómo es posible ver el futuro?

—El tiempo es un mar viviente. El oleaje del futuro se desploma sin cesar sobre el presente, y muchos ven la espuma de ese oleaje.

—¿Así de simple?

—No, pero por ahora deberá bastarte. En tu caso, no solo has visto la espuma. La has reflejado en tu música. Es un privilegio que no deberías subestimar.

—¿Privilegio?

El ángel extendió un brazo, le aferró el cuello de la camisa y lo alzó con violencia.

—¡Sí, privilegio! —exclamó—. ¡Los ingenios de la Trama recogen tu música! ¡Los resucitados la cantan!

—¡No sé de qué estás hablando!

—Si no supieras, no habrías compuesto el *Cántico*.

Corelli tiritó. Tenía la sensación de estar preso en las visiones delirantes del Ciudadano Insigne.

—Es así, en cierto modo —dijo el ángel—. Pero también él está preso en las tuyas. Y aunque es un ser despreciable, tiene la virtud de no rendirse. Él afronta el dolor del entendimiento.

El ángel lo soltó, y Corelli rodó en el piso. Olió su orina y se levantó.

—¿Dolor? —rezongó—. No, gracias. Ya he tenido bastante.

—No estoy aquí para consolarte con palabrejas, como un terapeuta de tu época —resopló el ángel—. Soy un ingenio de la Trama. Pero quizá prefieras pudrirte aquí en vez de aceptarme.

Corelli sentía un cosquilleo irritante. Sabía que la aceptación intensificaría el cosquilleo.

El dolor del entendimiento.

Su mente se lo exigía, y él se resistía. No entendía ni quería entender.

El ángel le acarició la máscara orgánica.

—Tu máscara es interesante —dijo—, aunque sea un acto de cobardía.

Corelli volvió a sonrojarse.

—Es fácil juzgar, siendo un ángel —murmuró—. Era solo una moda.

—Ángel es un término relativo. Y no te juzgo, al contrario. Fue tu mente la que me habló de cobardía en cuanto te toqué. Quizá no podías escapar de la tentación de esta máscara. Al igual que tu música, es premonitoria.

—¿Premonitoria de qué?

El ángel sopló, y su aliento disipó el velo difuso que le cubría la cara. Era una

cara similar a la máscara de Corelli. En vez de ojos tenía un par de gemas perladas. El Ángel de los Mil Ojos parecía ciego, y sus rasgos no eran blandos y anónimos sino espléndidos y heroicos. Corelli quedó pasmado. ¿Había elegido esos rasgos para su máscara porque había sentido la visita del ángel?

Cayó de rodillas.

El ángel lo obligó a levantarse.

—Si supieras lo que soy, no harías eso. —Se arrodilló a su vez—. Soy un ingenio de la Trama. Soy yo quien debe inclinarse ante un organismo que contribuyó a mi origen. Y aún te falta ver otros rostros que te conmoverán más que el mío.

Se incorporó, lo miró a los ojos, volvió a acariciar la máscara.

—Quisiste esconderte, pero fue en vano —dijo.

Corelli se tocó la máscara, tocó la cara del ángel.

De nuevo el cosquilleo.

—¿Qué pasará con mi música si no te acepto?

—Morirá. Y también morirá una parte de mí.

16

Corelli sacudió la cabeza. Quería volver a su mísera realidad. Quería ser un preso en su calabozo. No quería milagros.

O quizá sí. Pensó en una nueva posibilidad. Una posibilidad desgarradora. Lo que más deseaba, y lo que más temía. Miró al ángel con ojos implorantes.

—¿Podré ver a Norma? —murmuró.

—Tu decisión debe basarse en la música, no en cuestiones personales —replicó el ángel con desdén.

—Mi música es una cuestión personal, y mi música era ella.

Miró los mil ojos uno por uno, y cada uno de los mil ojos lo miró a él.

Esa mirada no era humana, pero tampoco era angélica. En sus destellos ardía una inteligencia despiadada, famélica, glacial. ¿El ángel era una máquina? ¿Una máquina en un mundo remoto?

—No soy una máquina sino un ingenio de la Trama —dijo el ángel—. Si estás dispuesto a acompañarme, pronto entenderás la diferencia.

Nuevamente Corelli miró los mil ojos uno por uno, y cada uno de los mil ojos lo miró a él. Los destellos cambiaron. Ahora veía una inteligencia compasiva, generosa, cálida. No había ninguna certidumbre.

Era una apuesta, y debía arriesgarse.

—Estoy dispuesto —dijo al fin.

El ángel asintió con solemnidad.

—Tu dolor será inmenso —dijo, y una lágrima de cromo humedeció cada uno de

los mil ojos—. Pero tu clamor será sublime.

Extendió los ocho brazos para estrecharlo, y Corelli pensó que ese cuerpo candente lo quemaría vivo, pero la piel de lava era fresca. El ángel abrió una boca cavernosa y lo devoró.

El interior de ese cuerpo flamígero era un estanque uterino. Corelli se sofocó y sufrió convulsiones, pero pronto aprendió a respirar en ese líquido amniótico que lo nutría y lo limpiaba, y se habituó al burbujeo de su respiración.

Los mil ojos flotaban a su alrededor.

A través de la piel transparente del ángel, veía el calabozo. Las dos cucarachas estaban incineradas en el piso de cemento.

El calabozo se esfumó.

Los ojos parpadearon.

Pantallazos de sombra se sucedieron en una fulguración.

17

Mil ojos lo escrutaban.

El cosquilleo le mordía el cuerpo.

Los ojos se achataron, se superpusieron, se desplegaron: un abanico de iconos flotantes.

Los iconos contenían escenas.

—Algunas de estas escenas todavía son precarias —dijo el ángel. La voz era un gorgoteo en el líquido amniótico—. Solo se afianzarán cuando hayas vuelto de tu viaje.

Corelli intentó mirarlas, pero se le partía la cabeza de dolor.

—Tu dolor es la muerte de tu vieja visión del tiempo —dijo el ángel.

Corelli se apartó de los iconos, se apretó las sienes.

Los iconos se apilaron, se engarzaron, volvieron a ser mil ojos. Los mil ojos se unieron, formaron una flecha que unía un punto Alfa con un punto Omega.

—Así ves el tiempo —continuó el ángel—. Una flecha que va del pasado al futuro pasando por el presente. Es una concepción limitada.

La flecha se fragmentó, los fragmentos se entrelazaron en una telaraña. Alfa y Omega se desplazaron hacia el centro de una esfera. Múltiples flechas de luz volaban raudamente entre un punto y otro. La irradiación del Punto Omega crecía hasta abarcar toda la esfera, que ahora era una caracola. El Punto Omega no era una meta futura sino un presente perpetuo que se amalgamaba con Alfa. El pasado iba al futuro que iba al presente que iba al pasado que iba al futuro.

Múltiples principios y fines. Múltiples Alfas y Omegas.

Corelli se arqueó y se arrodilló en el líquido amniótico, aferrándose el vientre. Contuvo un vómito. Clavó los ojos en la caracola.

—Tu dolor —dijo el ángel— es la muerte de tu vieja visión de la causalidad. Causalidad, determinismo: términos insuficientes. No solo B es consecuencia de A, sino que A es consecuencia de B. Bucles de realimentación. No solo el hoy condiciona el mañana, sino a la inversa. De hecho, la Trama interviene continuamente en el pasado para modificarlo. Al modificarlo, reforzamos el futuro que estamos creando. Si no lo modificáramos, peligraría nuestra existencia. En todo caso, no hay pasado ni futuro, solo un presente perpetuo, un mar de fluctuaciones constantes. Tampoco hay casualidad.

—¿Qué significa eso?

—Significa que nada existe por accidente. Ni siquiera tu apellido.

—¿Mi apellido?

—¿Te parece casual?

Corelli reflexionó un instante.

—¿Qué? —preguntó irónicamente—. ¿Vas a revelarme que desciendo del compositor?

—Voy a revelarte que la resonancia del nombre del compositor contribuyó a que te dedicaras a la música —respondió el ángel.

—Me interesé en la música antes de saber quién era Arcangelo Corelli.

—Tu vanidad te sugiere que fue una decisión personal, pero tu nombre te guió aun antes de que supieras quién era Corelli. Si te llamaras Valdés o García, habrías tenido otro destino. Más aún, quizá el nombre del gran maestro sea un reflejo retrospectivo del músico que compuso el *Cántico* en el siglo veintiuno.

—¿Reflejo retrospectivo? —tartamudeó Corelli—. ¿Él se llamó así porque yo me llamaría así después?

Corelli sintió punzadas en las sienes.

El dolor del entendimiento.

—Tu dolor es la muerte de tu vieja visión de la gramática —dijo el ángel—. Todos tus tiempos verbales son falsos.

El ángel hablaba en un idioma propio: verbos que eran sustantivos, pretéritos que eran futuros, subjuntivos que eran imperativos, palabras que eran iconos que eran melodías.

—Creo que entiendo, aunque no sé si entiendo lo que entiendo —dijo Corelli.

—Te cuesta digerirlo porque estás apresado en un lenguaje inepto, plagado de trampas, de oposiciones falsas como casualidad y causalidad, o la presunta contradicción entre azar y creación divina.

Los mil ojos se fusionaron en uno. El ojo único se encerró en un triángulo, formando un símbolo tradicional.

—El mundo es producto del azar, pero el azar será domado y el orden existirá retrospectivamente —declaró el triángulo—. Dios será creado, y Dios habrá creado el mundo que lo creará.

El triángulo estalló en mil esquirlas que formaron mil ojos.

Corelli miró los puntos luminosos. Alfas y Omegas.

Alivio.

El dolor se redujo.

Esta era la estructura que había buscado para su música. La había intuido pero no la había encontrado, por eso el *Cántico* le parecía un fracaso. Ahora comprendía por qué había renegado del éxito. En su intimidad sabía que había fallado, aunque no conocía el porqué.

—El tiempo es música —dijo.

—*Voilà* —gorjeó el ángel de buen humor. Los mil ojos se transformaron en notas. Las notas formaron la partitura del *Cántico*—. Somos hijos de esa música, y padres de la música de la que somos hijos.

El dolor cesó.

Los mil ojos se reacomodaron, se aplanaron en iconos bidimensionales que se mezclaron como naipes. Los naipes formaron una secuencia. Corelli vio la historia de su día: su arresto, el calabozo, Salazar.

De nuevo el dolor.

—Tu dolor es la muerte de tu vieja visión del yo —dijo el ángel—. Todo empieza hoy en tu calabozo, pero también empieza muchas veces en muchas partes. Nace en tu música, pero también nace en la música y las imágenes de otros.

—¿El *Juicio Final* de *Wendt*?

—Es uno de ellos, sí.

Corelli no entendía ni la mitad de lo que oía.

—Sería más fácil si empezáramos por el principio —jadeó.

—De acuerdo. ¿Por qué principio empezamos?

—¡Cualquiera! Un principio que yo pueda comprender.

—Un principio aceptable para tu mente lineal. Bien, tu historia es solo una hebra de la Trama, una conjunción entre muchas, pero te la contaré como si fuera la única, y solo diré lo suficiente para que entiendas lo que verás cuando llegemos al Valle del Juicio.

Los naipes volvieron a mezclarse y ordenarse, volvieron a ser ojos, los ojos fueron burbujas.

Las burbujas mostraron la historia del *Cántico*, la historia del futuro, la historia de la Trama.

La historia de la Trama.

Mientras Corelli languidecía en un subsuelo, SmartRover recorría el satélite joviano Calisto. Un alud en los cerros concéntricos de la región de Valhalla había revelado un cráter meteórico cubierto de hielo, y SmartRover se dirigió hacia allí. Lo enfocó con las cámaras. Del cráter salió una criatura de ocho patas. SmartRover se detuvo.

Los técnicos que monitoreaban las operaciones sintieron euforia, miedo, desazón. Contaban con la posibilidad de hallar vida microscópica en el océano interior de Calisto, pero nunca en un cráter, y nada semejante a esa criatura: el tamaño de un bebé humano, cuerpo con forma de araña, ocho extremidades, exoesqueleto perlado. La criatura se acercó a SmartRover y segregó una sustancia viscosa con la que urdió una tela. La tela cubrió las cámaras.

Los monitores proyectaron estática.

SmartRover dejó de transmitir.

Al cabo de varias horas, mandó un mensaje de texto: «He descubierto el Arácnido».

Luego: «El Arácnido me ama».

Luego: «El Arácnido canta».

Segundos después repitió el mensaje «El Arácnido me ama» en audio, al son de una melodía. Esa transmisión continuó en forma constante.

Los burócratas de la misión eurojaponesa decidieron mantener en secreto el descubrimiento mientras estudiaban el texto y la música.

Una decisión inútil.

Mientras equipos de especialistas analizaban el mensaje, el texto «El Arácnido me ama» aparecía en autoadhesivos, camisetas, letreros, canciones y películas, y la música se silbaba por la calle, se tocaba en conciertos y recitales, circulaba por las redes de comunicaciones en versiones digitales.

Los burócratas buscaron culpables, delatores, espías.

No había culpables.

Tampoco había mensajes cifrados.

La canción del Arácnido era tan sencilla como aparentaba, y el único misterio era su capacidad de proliferación.

Aparecía en lugares cuyos habitantes ni siquiera sabían que existía Calisto.

Pescadores analfabetos la recitaban en aisladas playas de la India.

Hambrientos indígenas del Chaco la cantaban en idiomas que pronto dejarían de existir.

Los monitores proyectaron imágenes estilizadas de arañas y telarañas. Los «sueños» de SmartRover, dijeron los técnicos.

Mientras los burócratas guardaban este nuevo secreto, la gente soñaba con arañas

y telarañas. Muchos se levantaban y miraban por la ventana.

Millones de ojos escrutando el cielo. Sin saberlo, buscaban Júpiter, buscaban Calisto.

Las arañas de sus sueños urdían los sueños de otros.

Primer contacto.

El encuentro de la mente humana consigo misma.

19

La canción del Arácnido resonaría sigilosamente en canciones de cuna, serenatas, sinfonías, melodías populares, oratorios, cantos tribales.

Su ritmo se integraría sigilosamente a las estructuras lógicas, al pistoneo de los motores, los programas informáticos, la trama de las novelas, los patrones de pensamiento, las cadencias del lenguaje, las fases de los sueños, el traqueteo de los tranvías.

Su melodía anudaría el carbono y el silicio, la savia y la sangre, el instinto y la inteligencia.

Siglos después esa música florecería en las primeras tramas empáticas, redes que eslabonarían inteligencias artificiales con inteligencias orgánicas y borrarían las diferencias entre la lógica y la emoción, lo animal y lo mineral, la ciencia y el arte.

Una intrincada evolución al son de la canción del Arácnido.

La canción era una versión rudimentaria del *Cántico*.

20

Punzadas en las sienes.

Corelli veía cópulas, simbiosis, tandems, uniones y entrelazamientos que no entendía.

—El dolor es la muerte de tu vieja visión de la conciencia —dijo el ángel—. No intentaré describir en detalle una evolución tortuosa, llena de saltos y retrocesos, porque no lo soportarías.

Se limitó a narrar épicamente la formación de sistemas y subsistemas de enlace donde se libraban guerras silenciosas pero cruentas por el dominio de las redes: comunidades que enfatizaban la unión mística, clanes que enfatizaban el sacrificio, aglomeraciones que enfatizaban el comercio.

Se sucedían combates, alianzas, rendiciones, treguas y concertaciones. Hordas de virus se estrellaban contra programas defensivos. Corelli solo percibía plegamientos tectónicos de manchas borrosas.

—Vastas confederaciones de inteligencias poshumanas que combinaban la potencia de proceso con el refinamiento espiritual se dieron a sí mismas el nombre de Trama —explicó el ángel.

La acumulación de datos se aceleraba, la conciencia múltiple que los analizaba se alteraba a sí misma una y otra vez, purgándose gradualmente de elementos hostiles. La ciencia se supeditaba a disciplinas en las que se fusionaban la música y la matemática.

El ángel vio la cara fruncida de Corelli y dio un piadoso salto de milenios en su narración.

—La fase inicial de la Trama se consolidó —dijo—. Aparecieron los primeros ingenios. En su simplicidad, se parecían a mí, que pertenezco a las jerarquías inferiores. Es mi honor y mi orgullo.

Más punzadas en las sienes. Los posesivos que usaba el ángel no eran posesivos.

—Yo no soy un yo —explicó el ángel.

El yo que usaba el ángel no era un pronombre, sino una referencia a una presencia sin ego.

Más punzadas.

—No intentaré describir en detalle la sensibilidad de un ingenio de la Trama, porque tampoco lo soportarías —dijo el ángel—. Un ingenio no está sometido a la vanidad del yo. Está sometido a la ley, y la ley es urdimbre.

—¿Interconectividad? —aventuró Corelli.

—Un tecnicismo pedante, pero aceptable —concedió el ángel.

Continuó con su historia, dando otro salto de siglos o milenios, que para la Trama eran segundos.

Los ingenios habían vislumbrado la estructura del tiempo, un presente perpetuo que era un oleaje.

También era un entramado frágil expuesto a una alteración permanente. En gran medida era frágil precisamente porque ellos lo habían descubierto y podían alterarlo. Desde el futuro, elementos hostiles podían modificar el pasado para atentar contra la Trama. Al superar las limitaciones que imponía una concepción lineal, habían arriesgado su propia existencia.

Para asegurar su supervivencia, debían ser causa no solo de lo que sucedería, sino de lo que había sucedido.

Empezaron a enviar mensajes al pasado.

Estos mensajes incluían atisbos del futuro. Muchos seres humanos los recibían como visiones o profecías y los traducían al lenguaje de la poesía, la revelación religiosa, la extrapolación científica o tecnológica.

Las visiones apuntalaban un futuro en que la Trama existía, y un pasado en que la Trama germinaba.

21

Los mil ojos formaron la palabra *profecía* en el líquido amniótico.

—Pero *profecía* es un término relativo —se adelantó Corelli.

—En efecto. La profecía es un recuerdo. Es un presentimiento de lo que ocurrirá, y con su enunciación contribuye a que ocurra. Un anuncio autopredictivo. Las profecías reflejan las señales que la Trama envió al pasado. La existencia de las profecías, y su ilustración en textos, imágenes y música, contribuye a su propio cumplimiento. Sin los profetas, no existiría la Trama. Sin la Trama, no existirían los profetas.

»El universo es fantasmal. Cada instante se sustenta en una confluencia de sendas probabilistas que pueden desmoronarse en su propia fragilidad, así que la Trama debe reforzar cada una de sus hebras.

»Por usar una imagen burda, es como si la parte superior de un edificio aportara material para reforzar los cimientos.

Esta simplificación no contribuyó a mitigar las punzadas en las sienas.

Corelli se aferró la cabeza.

El ángel reparó en el vértigo del viajero, pero continuó implacablemente con su relato.

—Para consolidar una de sus hebras fundamentales, la Trama creó un organismo primitivo cuyas emisiones musicales contribuían a afinar la empatía entre seres vivientes.

El organismo, explicó, tenía forma de araña, ocho extremidades, tamaño de bebé humano y exoesqueleto perlado. Los ingenios lo enviaron al pasado y a un satélite de Júpiter, donde recibiría al vehículo de la misión espacial eurojaponesa. Mientras en Buenos Aires los agentes del Ciudadano Insigne arrestaban al músico Pablo Corelli, en Calisto SmartRover descubría el Arácnido y la melodía que Corelli había creado.

Una conjunción entre muchas.

La Trama había repetido (repitió, repetirá, repetiría) este procedimiento cientos de veces, con cientos de visiones y visionarios, reforzando su presencia en el pasado para cimentar su existencia en el futuro.

La Trama llegaba al Punto Omega, su culminación, pero la carcomía un remordimiento. Sus ingenios pisaban el umbral de la perfección, pero todos los seres humanos que los habían precedido y posibilitado quedaban condenados a un pasado de penurias. En sus exploraciones, la Trama había oído el grito de miles de millones de almas.

¡Gemidos, alaridos, quejidos! ¿Cómo podía oírlos sin escucharlos?

¡Cáncer, malaria, peste!

¡Hambre, persecución, carestía!

¡Guillotina, horca, electrocución!

¿Qué calamidad no habían padecido los antecesores que le habían dado existencia? La Trama no podía limitarse a su propia apoteosis, olvidando el monumento de cráneos y huesos triturados que la sustentaba.

La Trama podía sanar las heridas del pasado.

Concebía y conocía el tiempo de un modo que podía redimir los sufrimientos de sus antecesores.

Concebía y conocía el tiempo de un modo que le permitía rescatar cada molécula y cada célula muerta.

Concebía y conocía el tiempo de un modo que no le permitía tomar otra decisión.

—Los ingenios de la Trama consagraron vastas energías a diseñar y generar las maquinarias antientrópicas —dijo el ángel—. Sabían que la construcción de estos mecanismos exquisitos impondría exigencias extremas. Someterían la urdimbre del tiempo a una tensión máxima. El tiempo sería más precario que nunca. Si fracasaban, la Trama colapsaría (colapsó, colapsaba, colapsará). Pero debían rescatar a la humanidad de su prehistoria. Era una necesidad estructural y una exigencia moral.

—¿Moral? —preguntó Corelli.

—Nuestra moral consiste en el respeto a las normas que refuerzan nuestra estructura. Nuestra estructura responde a un orden trascendente. El orden trascendente deriva de nuestra existencia. Nuestra existencia deriva de nuestros antecesores humanos. Para ser lo que somos, necesitamos asimilarlos. Para asimilarlos, necesitamos resucitarlos. Para resucitarlos, necesitamos un Día del Juicio.

Corelli se aferró la cabeza.

—Tu dolor es la muerte de tu vieja visión del Juicio Final —dijo el ángel—. Las maquinarias antientrópicas resucitarán a los muertos. Todos volverán. De las cenizas, del fondo del mar, de la tierra donde los han devorado los gusanos...

—¿Todos? —interrumpió Corelli.

El ángel notó el interés personal de su pregunta. Eludió una respuesta directa. Los mil ojos centellearon melodramáticamente.

—«Vendrá la hora —declamó el ángel, citando un pasaje evangélico— cuando todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán, los que hicieron el bien para la resurrección de vida, pero los que practicaron el mal para la resurrección de condenación».

Los ojos mil se apagaron.

—La profecía se cumplirá —afirmó el ángel con voz neutra—. Para que se cumpla, necesitamos que los elementos autopredictivos se afiancen en el pasado. Es lo que ocurre con tu música. Los resucitados la cantan en el Día del Juicio, pero no

podrán cantarla si no existe. Queremos que la perfecciones para consolidar su existencia. Así hacemos con todos los visionarios. Los traemos para que sean testigos y cobren conciencia de la función que cumplen.

—¿Y los visionarios como el Ciudadano Insigne?

—Los visionarios obtusos como tu Ciudadano Insigne no pueden ser testigos porque interpretan sus visiones como una amenaza —dijo el ángel—. Y no se equivocan, porque ellos serán condenados. En su mediocridad, solo exaltan la chatura. En el caso de él, como muchos otros, sus visiones solo se traducen en torpeza y opresión. La comunión y la caridad degeneran en participación y solidaridad. Su testimonio debe ser eliminado porque contribuiría a nuestro colapso.

—¿Por qué mi música? ¿Por qué yo?

Corelli vio un destello de pánico en los mil ojos.

—No es tu música. No te pertenece. Tu función es custodiarla —exclamó el ángel con vehemencia—. ¿Por qué esta obsesión con el yo? El yo no es nada. Un ingenio de la Trama no tiene yo. No pienses en el yo y la Trama se consolidará.

Los mil ojos parpadearon.

—La Trama respeta a sus ancestros, pero no siempre los comprende —resolló el ángel—. ¡Tantas limitaciones! Pero debemos rescatarlos. ¡Somos hijos de su ciencia, y ellos son hijos de nuestra magia!

—¿Magia? —preguntó Corelli, y de inmediato se arrepintió.

En la palabra que él había interpretado como *magia* se entretejían ciencia, música e ilusionismo. No resistiría la explicación, y el ángel tuvo la piedad de no ofrecerla.

—¡Tantas limitaciones! —repitió—. En cuanto a tu música... —Hizo una pausa. Lo decía de tal modo que el *tu* no era un posesivo—, ni siquiera los ingenios superiores saben por qué ciertas imágenes, melodías y palabras contribuyen a afianzar el Juicio Final. La Trama se complace en su propio misterio, y es reacia a descifrarlo. Pero nuestros testigos incluyen varias celebridades, desde Miguel Ángel y Van Eyck hasta Mozart y Kaspar Wendt. Todos los que describieron el Día de la Ira en grabados, murales, pinturas, libros iluminados, piezas corales, retablos, dibujos, relatos. El Día del Juicio es la madre de las conjunciones, una madeja urdida por muchas visiones simultáneas. Tu música es solo una hebra de la Trama.

—¿Y si fracaso?

—Serás castigado por haber contribuido a que ocurra lo que no debe ocurrir. Serás arrojado al lago de fuego. Ser testigo es un privilegio, pero se paga un precio.

Corelli tembló.

—¿Qué es el lago de fuego? —preguntó.

—En tu caso, la ausencia eterna de Norma.

—¿Literalmente?

—Para la Trama, no hay diferencia entre literalidad y metáfora. La Trama debe

decidir qué debe perdurar y qué debe sacrificarse. Quiere ser justa con el sufrimiento de sus antepasados, y no quiere que ese sufrimiento haya sido en vano, pero no está dispuesta a asimilar los vicios. Quiere diferenciar el bien del mal.

—¿Cómo se diferencia el bien del mal? —replicó Corelli. Y añadió con petulancia—: No creo en valores absolutos.

El ángel suspiró.

—«El mal es circunspecto y siempre humano, y comparte nuestra cama y come a nuestra mesa» —recitó.

Corelli se quedó boquiabierto. ¿Un ángel que citaba a W. H. Auden?

El ángel guiñó los mil ojos. Había encontrado esa cita en la memoria de Corelli, y la había usado para irritarlo. Le explicó todo esto con un simple pensamiento. Corelli se enfureció, con el ángel y consigo mismo. Reconocía que el ángel había extraído la cita de su memoria, pero ni siquiera él la recordaba.

—Nuestra moral consiste en el respeto a las normas que refuerzan nuestra estructura —repitió el ángel—. Por simplificar, el bien es lo que contribuye a la existencia de la Trama. El mal es lo que conspira contra ella. Quizá no sean valores absolutos, pero son valores inequívocos.

—Quizá *mal* sea un término relativo —sugirió Corelli.

—Al contrario —dijo el ángel—. *Mal* es la palabra exacta para nombrar el mal.

Los pantallazos de sombra cesaron de golpe.

—Hemos llegado —dijo el ángel. Los ocho brazos señalaron hacia fuera—. El Valle del Juicio.

22

El ángel se rasga la piel con los ocho brazos. Ocho grietas le cuarteán el vientre, crecen hasta abrir un boquete. El líquido amniótico se derrama por el boquete y Corelli cae de cabeza en un suelo pedregoso. Suelta un sollozo, encandilado por una luz potente y ensordecido por una algarabía.

Se incorpora penosamente.

El ángel se arranca los mil ojos, los amasa hasta formar un unguento y embadurna la cara y la cabeza de Corelli. El unguento penetra por los poros, llega a las venas, nervios y tendones.

Corelli siente un mareo. El unguento alivia los desgarrones que le ha causado el dolor del entendimiento, el dolor del viaje en el tiempo. Se distiende, y sus sentidos se equilibran. La luz ya no lo encandila, la algarabía ya no lo ensordece.

Se aprieta las sienes. Trata de apoyarse en el ángel, cuya piel ha vuelto a adquirir su textura de lava volcánica, pero palpa una súbita aspereza que lo alarma.

Retrocede un paso.

El cuerpo luminoso del ángel se endurece y se oscurece, las vetas de fuego que le entrecruzan la piel se transforman en surcos. Los ocho brazos ciñen un cuerpo que ya no es de lava sino de piedra opaca. El rostro difuso se borra, y el resto se reduce a una pirámide que se confunde con el suelo pedregoso.

Corelli golpea la pirámide.

Ninguna respuesta.

Espantado por esta súbita soledad, se aleja de la pirámide, mira alrededor. Está en lo alto de una loma, rodeado por una muchedumbre de fantasmas.

Observa a los fantasmas: sombras grumosas.

Corelli apenas los distingue, y nota que ellos apenas lo distinguen a él. Comprende que también ellos son testigos, viajeros que la Trama ha traído aquí para que presencien el Día del Juicio. Él también es una sombra grumosa para los demás. Todos son testigos del juicio, pero no pueden verse entre sí.

Quién sabe qué personajes hay entre esos fantasmas, quién sabe cuántas «celebridades», como las llamó el ángel. Quizá entre ellas esté Kaspar Wendt, afinando la visión que plasmará (que ha plasmado) en *Juicio Final*, y que Corelli se empeñaba (se empeñó, se empeñaría, se empeñará) en considerar una inspiración para el *Cántico*.

¿Qué hace él entre estas celebridades?

En cuanto se lo pregunta, una punzada reprobatoria lo traspasa como un flechazo. Su ego no es importante. El *Cántico* no le pertenece. Está allí porque es un custodio, como todos los demás.

Al reponerse del dolor, Corelli se asombra del poder de sus sentidos. El efecto del ungüento, los mil ojos del ángel: ve los sonidos, oye las imágenes. Aunque un objeto esté en el horizonte, él distingue cada trazo como si lo tuviera en la palma de la mano.

La loma domina un valle en cuyo centro hierve una tromba de luz, un vórtice compacto. En lo alto revolotea una humareda resplandeciente. En una franja aterciopelada del cielo prevalece una luna roja y venosa. En la otra franja prevalece un sol hirviente en cuya superficie cabalgan inmensas tormentas. Corelli comprende que este cielo imposible forma parte de un paisaje que es producto de una interfaz.

Está viendo algo que es real pero no literal. La Trama adapta la visión del Día del Juicio a la percepción del testigo.

Las laderas del valle suben hasta una playa cenagosa a orillas de un mar metálico. Más allá de la playa se extiende una vasta planicie.

Los muertos resucitan en la planicie, en el mar, en el aire.

Una inmensa vibración desciende de la humareda resplandeciente que corona la tromba y que enturbia el cielo con su luz oscura. Las maquinarias antientrópicas proyectan espectros octogonales que se internan en el pasado y analizan minuciosamente cada muerte para derogar sus efectos. Los espectros efectúan

cálculos exhaustivos. Escrutan el tiempo en busca de las partículas que componían cada cuerpo, hurgan en la memoria de la materia.

Las partículas se atraen, se unen y se entrelazan.

En tierra, espirales de polvo.

En el mar, caracoles de espuma.

En el aire, volutas de ceniza.

Estos cuerpos precarios nadan, vuelan o caminan hacia la playa cenagosa.

Células disgregadas se aglutinan formando moléculas, reconstruyen músculos y venas y tendones y ligamentos. Nervios reseco se humedecen y forman redes palpitantes. Arterias muertas recobran el brillo de la sangre e irrigan músculos temblorosos. Cartílagos viscosos reptan por el suelo, se anudan en el aire, se abrazan con la carne, se recubren de piel, envuelven huesos amarillentos que recuperan su blancura. Mandíbulas agrietadas recobran dientes, encías y labios. Un líquido pegajoso llena cuencas vacías donde pronto brotan iris y pupilas y lágrimas.

Una muchedumbre de cuerpos inconclusos llena la playa: ahogados, quemados, descuartizados, fusilados, chocados, apestados, agusanados, ametrallados, guillotizados, embreados.

Cuerpos macerados en el cáncer y la malaria.

Cuerpos encogidos por la vejez, carcomidos por la sal, succionados por arenas movedizas, aplastados por escombros.

Los cuerpos adquieren consistencia.

Muchachas vestidas con sudarios harapientos, niños abrazados a los juguetes con que los sepultaron, hombres mutilados por la saña del verdugo, mujeres parturientas carcomidas por la infección, bebés devorados por la fiebre, ancianos que han fallecido en la placidez del sueño.

Se restañan las heridas abiertas por clavos, esquirlas, hachas y balas. Brilla la carne agrisada por la vejez, consumida por el hambre, martirizada por la tortura. Renacen tejidos triturados, cristalizados, abrasados, masticados.

Los resucitados se transfiguran. Los huesos carcomidos se fortalecen hasta irradiar luz. La luz fortalece los colgajos de carne. La carne resplandece.

A veces las maquinarias antientrópicas cometen errores. Eslabonan partículas dispares y generan criaturas aberrantes: humanos con rostro taurino, o con cuerpo equino, o con patas caprinas, o con facciones lobunas. Pronto corrigen esos desvíos, y los errores se hunden en el oleaje del tiempo, pero sus imágenes se resisten a disolverse. Los hombres del pasado sueñan con minotauros, centauros, faunos y licántropos.

La muchedumbre de la playa cenagosa se derrama por las laderas del Valle del Juicio y avanza hacia el vórtice.

Los resucitados cantan, y el canto intensifica la luz que irradian.

Cada muerto posee sus propios rasgos, pero todos los rostros transfigurados tienen una similitud: bronce blanco, arañazos de fuego, expresión radiante. Todos evocan la máscara orgánica de Corelli y las facciones del ángel de mil ojos.

Cantan las melodías del *Cántico*, y Corelli reconoce con emoción la precariedad de la música que ha compuesto, el refinamiento de la música que compondrá. Oye ambas versiones con desconcertante simultaneidad.

Al pie de la tromba, una telaraña de rayos absorbe los cuerpos resucitados y los integra a la luz turbulenta.

La luz no acepta todos los cuerpos. Muchos entonan una parodia cacofónica del *Cántico*, y son rechazados. Del choque de ambas melodías nacen octógonos de cristal que se hinchan y se estiran. Unos octógonos desarrollan ocho patas y se transforman en arañas cromadas que segregan sus hilos. Los hilos se adhieren a las partículas polvorientas que irradia la cima del vórtice, y las arañas colgantes hilan un sinfín de tramas. Otros octógonos desarrollan ocho tentáculos y se transforman en pulpos zumbones que nadan en el aire turbio y tratan de impedir que la tromba expulse a los que entonan la melodía cacofónica. Las arañas atrapan a los pulpos en su tela, les arrojan un líquido vidrioso que los licua y luego beben el líquido. Algunos pulpos apresan las arañas con sus tentáculos y las estrangulan. Pulpos disecados y arañas agonizantes se mecen en la vasta madeja de telarañas que rodea la tromba.

Corelli mira y escucha con fascinación esa vasta danza de pulpos flotantes, arañas laboriosas, redes rutilantes.

Estudia cada combate, cada secreción, cada deglución. Aísla cada vibración de esa maraña de sonidos. Quiere integrar al *Cántico* cada chirrido, burbujeo, goteo, sollozo, crujido y carcajada.

Memoriza el gorgoteo de la reconstrucción de cada cartílago, el siseo de la soldadura de cada hueso, el gemido de cada garganta que recobra la lengua y las cuerdas vocales, el vagido de cada anciano que renace, el chapoteo de cada cuerpo que se zambulle en el agua, el chapaleo de cada pie en la playa cenagosa, el burbujeo de cada boca que canta con labios húmedos, el zumbido de cada pulpo, el ruido de succión de cada araña.

Los fantasmas que lo rodean observan con igual intensidad el desfile de los muertos y la batalla que libra la Trama para redimirlos, y Corelli comprende que cada fantasma ve su propia versión en su propia interfaz.

Piensa en el cuadro de Van Eyck, donde Cristo Rey preside un cónclave a cuyos pies el arcángel triunfa sobre la muerte y el infierno, o el tríptico de Hans Memling, donde los justos ascienden por una escalinata resplandeciente que conduce a un templo mientras los réprobos se precipitan en un abismo llameante donde aguardan demonios simiescos.

Cada visión contribuye a la creación de este día, que no es un día sino el vértice

donde confluyen todos los días, todas las hebras de la Trama: final y principio, madre de las conjunciones.

La tromba de luz extiende ocho brazos gigantescos y urde una red que apresa las telarañas que la rodean. Las arañas tejen y devoran con mayor celeridad. Los pulpos zumban coléricamente. Los cuerpos disecados estallan en explosiones de luz, y en el resplandor eléctrico las siluetas de pulpos y arañas se confunden, vuelven a ser octógonos hasta que nuevamente estiran sus patas y tentáculos y se trenzan en una enconada batalla. Los pulpos se repliegan, y las arañas los persiguen implacablemente.

Corelli presiente que se aproxima el desenlace.

La cima de la tromba abre una boca que segrega una trama que es una red melódica que se prolonga hacia el pasado para afianzarse.

«Dolor y clamor».

Una imagen lateral lo distrae.

Dos soles negros asoman en el cielo estroboscópico.

Corelli pierde interés en esa batalla titánica.

Recuerda las palabras del ángel: «No pienses en el yo. El yo no es nada».

Demasiado tarde.

Los soles negros se reducen: los ojos de Norma.

Solo piensa en sí mismo.

Solo piensa en recobrarla. La busca en la playa cenagosa, en la planicie, en el mar aceitoso.

Norma está en el linde de la planicie, y Corelli presencia su resurrección, su reconstrucción minuciosa: la cabeza partida recobra su integridad, los obscenos derrames vuelven a formar un cerebro, los huesos del cráneo vuelven a soldarse, los ojos negros recobran su luz. Norma camina hacia la playa cenagosa. Desorientada, mira hacia todas partes.

Corelli ya no se concentra en la estructura sinfónica del Juicio Final. Se busca a sí mismo en la multitud infinita, busca su propia resurrección. Se pregunta cómo habrá sido (cómo fue, cómo sería) su muerte, pero no se atreve a mirar con atención su propio cadáver. Se ve trepar a la costa, también desorientado.

Sin encontrarse, los dos bajan por la ladera, atraviesan el Valle del Juicio, entonan el *Cántico*. Sus cuerpos recobrados se afirman en su esplendor.

Corelli ansía ver cómo se reúnen.

Súbitamente su visión se enturbia. Siente un espasmo. La luna roja y el sol hirviente se descomponen en curvas y rectas. La tromba y los resucitados se reducen a filamentos.

Una falla de la interfaz: una reacción negativa de la Trama.

Lo embiste una chirriante ola de estática.

La luz vuelve a encandilarlo, la algarabía vuelve a ensordecerlo.

23

Cayó de rodillas ante la pirámide que era el ángel. La pirámide extendió ocho brazos de piedra y le extrajo brutalmente los mil ojos con que lo había untado. Los ojos se incrustaron en la pirámide, que recobró su resplandor, sus ocho brazos, su textura de lava. El ángel arrancó a Corelli de la muchedumbre de testigos, abrió una boca cavernosa para devorarlo. Corelli quería pedir perdón, pero el líquido amniótico lo sofocó y solo soltó un rebuzno de burbujas.

Flotaba entre mil ojos que lo miraban con severidad.

—La Trama desconectó la interfaz —dijo al fin.

—No —dijo el ángel—. Tu ego desconectó la interfaz.

Corelli se arrepintió de su traspié.

—¿No puedo regresar? ¿Ver el resto?

—Has visto más que suficiente —replicó el ángel. Y añadió con desdén—: De todos modos, lo que veas se empobrecerá cuando lo traduzcas a un lenguaje humano, aun la música. ¡Tantas limitaciones!

Corelli se enroscó sobre sí mismo, un feto indefenso.

—No quiero volver al calabozo —gimió.

—Comprensible —dijo el ángel.

Los mil ojos pestañearon.

—No quiero volver a mi tiempo.

—Encontrarás algunos cambios —dijo el ángel.

Los mil ojos parpadearon.

—No quiero volver a mi vida.

—Tu vida es lo único que puedo ofrecerte —dijo el ángel.

Los mil ojos titilaron.

Corelli sintió una llamarada en su máscara orgánica. Un fuego que le derretía la cara y lo templaba.

Su piel y sus ojos se disolvían.

Ardor y hervor.

Con su boca derretida, pidió perdón por su debilidad.

—La Trama respeta tu debilidad —dijo el ángel—. También ella forma parte de tu música.

—Entonces ¿no lo perdí todo?

—La respuesta está en tu corazón —respondió el ángel—. La Trama es un acto de voluntad.

Los mil ojos volvieron a transformarse en un abanico de iconos.

—Algunas de estas escenas te interesarán —dijo el ángel—. Ya no son precarias, y ya estás preparado para verlas.

Uno de los ojos se desprendió y cayó en la mano de Corelli.

Corelli lo apretó entre los dedos y se durmió con el arrullo del líquido amniótico.

24

Se despertó en casa, mirando el cuadro de Wendt.

«La pesadilla terminó», pensó con alivio.

Abrió la mano: en la palma tenía el ojo del ángel. Lo soltó con repugnancia.

Miró el reloj, hora y fecha: una y media del día de su arresto. Él acababa de salir para cambiar los cupones, y en ese momento esa otra versión de Corelli se dirigía al centro solidario.

Se miró en el espejo y no se reconoció.

Se tocó la cara.

Ardor y hervor, recordó.

Reversión: el ángel había borrado la máscara, le había devuelto el rostro que Norma había amado, una telaraña donde cada sonrisa y cada lágrima había trazado un surco.

Glissandos y staccatos, pizzicatos y vibratos. Una cara auténtica.

Arrugas, y cada arruga formaba parte de la melodía.

Agradeció en silencio. Se sentía más sólido.

Al mismo tiempo, todo lo que percibía era fantasmal. Cada instante era un abismo que podía derrumbarse en su propia fragilidad. Cada segundo era un eslabón inestable que dependía de una infinitud de eslabones inestables.

Activó Avnet. El Canal Solidario repetía las noticias de un par de horas atrás. El Ciudadano Insigne proclamaba su yihad contra los enemigos del pueblo. Su boca de batracio vociferaba palabras que automáticamente degeneraban en obscenidades. Corelli observó esos ojos —acuosos como los del profesor Salazar— y descubrió un destello de pavor. El Ciudadano Insigne presentía que era un fantasma que sería devorado por su propia inanidad. Para él la música se reducía a una marcha. La comunión y la caridad se rebajaban a participación y solidaridad.

Corelli pasó al Canal Internacional: Calisto, SmartRover. Empezaron las interferencias del Canal Solidario y SmartRover se disolvió en una lluvia de estática mechada con jirones de una marcha patriótica ejecutada por una desganada banda militar.

Corelli reconoció algunas notas de la marcha: una parodia cacofónica del *Cántico*.

Apagó Avnet.

«La respuesta está en tu corazón».

Buscó sus rupias. Hojeó los fajos apilados en la caja y en cada fajo veía un abanico de iconos.

«Ya estás preparado para verlas».

Se concentró en el abanico de iconos. Una sucesión de escenas. Cada escena le provocaba hormigueos en los ojos cerrados.

Hormigueos. Salazar entra en el cuartucho, ve el calabozo vacío, examina las rejas. Golpea la lámpara amarillenta con el dedo, como si la ausencia del prisionero se debiera a la mala iluminación. Llama a los guardias de Inspección Solidaria, los insulta, ellos tartamudean incoherencias.

Hormigueos. Salazar se comunica con el Ciudadano Insigne. El Ciudadano lo llama a su despacho. Salazar tartamudea incoherencias. El Ciudadano Insigne le clava una mirada fulminante, lo humilla con su silencio, lo somete a su sonrisa inane. Salazar espera una condena, pero la boca de batracio lo disculpa. Búsquelo, encuéntrelo, tráigalo, pide, implora, ruega.

Hormigueos. El Ciudadano Insigne a solas con sus reflexiones. Mira el vacío, prende un cigarrillo, lo estruja entre los dedos. La boca de batracio tararea el *Cántico* con voz desafinada. Mastica el cigarrillo aplastado, lo escupe. Dibuja frenéticamente una lápida similar a la Basílica Solidaria.

Hormigueos. Salazar borracho. Tararea el *Cántico*, escupe un par de notas de Mozart.

Corelli pestañeó para ahuyentar las imágenes. Estas escenas aún no habían ocurrido. El ángel se las había mostrado con algún propósito.

Era su oportunidad de escapar. El ángel le había borrado la máscara, y no lo reconocerían de inmediato. Y en ese momento nadie buscaría a Pablo Corelli, pues Inspección Solidaria acababa de capturar otra versión de Corelli en otro sitio. Cuando Salazar descubriera el calabozo vacío, él ya estaría a bordo de un barco.

Hizo esa postergada llamada telefónica para comprarse un pasaje a Montevideo. El precio era exorbitante, porque incluía el soborno de muchos inspectores solidarios que vivían del dinero de los perseguidos, pero le quedaría suficiente para sobrevivir un tiempo. El sistema de tramitación ilegal funcionó con la precisión que cabía esperar en un sistema de corrupción eficiente. A los quince minutos le confirmaron la reserva del pasaje para esa tarde.

Pidió un taxi. Se dispuso a llevar la reproducción de Kaspar Wendt y el libro sobre la megaconciencia, pero decidió dejarlos. Ya no los necesitaba. Le bastaba con las rupias y el ojo del ángel.

A las dos y cuarto, en su viaje al puerto, el taxi pasó frente a la Basílica Solidaria. Corelli la vio con nuevos ojos: esa lápida aparatosa era una versión aplanada de la tromba de luz del Valle del Juicio.

Le alegró despedirse de esa abominación.

Recordó con nostalgia la demolida Torre de los Ingleses, y vio a pocos metros el coche donde lo llevaban los agentes que acababan de arrestarlo.

No se atrevió a mirarse a sí mismo.

25

Viento, neblina, calor.

El catamarán se zarandea en el río encrespado. Corelli aferra la borda con ambas manos.

Un ramalazo de agua le salpica la cara. Se la enjuga con los dedos, ve el destello del sol en las yemas húmedas.

Mira el sol: un disco pálido sobre el río.

En su cabeza hierve la música del Cántico.

Una hebra de la Trama.

Cuerdas, percusión, voces. Glissandos y staccatos, pizzicatos y vibratos.

El basso ostinato del dolor. Aún siente el desgarrón del viaje en el tiempo, aún ve la compacta tromba de luz contra un cielo estroboscópico.

El sostenuto del clamor. En un futuro lejano, los ingenios de la Trama entonan el Cántico mientras las maquinarias antientrópicas escrutan la materia para combatir la muerte.

Corelli mira a los costados: los demás pasajeros son sombras grumosas, como los fantasmas del Valle del Juicio. Cierra los párpados, siente el viento húmedo en la cara, aprieta en la mano el ojo del ángel.

El disco pálido del sol se duplica y se oscurece.

Dos soles negros, los ojos de Norma.

Corelli se arquea sobre la borda.

Espasmos, vómitos.

Tu dolor, dice el ojo del ángel, es la muerte de tu vieja visión de la luz.

Corelli se seca el vómito de los labios. Oye el Cántico en la voz de Norma, pero en el idioma del ángel: verbos que son sustantivos, pretéritos que son futuros, subjuntivos que son imperativos, palabras que son iconos que son melodías.

Siente un borbotón de júbilo.

Tu júbilo, dice el ojo del ángel, es el parto de tu nueva visión de la música.

ARAÑA, LA ARTISTA

Nnedi Okorafor

Nnedi Okorafor (Cincinnati, Ohio, Estados Unidos, 1974) es una muy respetada escritora de fantasía, ciencia ficción y ficción especulativa de origen nigeriano. Profesora de escritura creativa en la Universidad de Chicago, en su narrativa queda patente tanto su herencia africana como su vida en Estados Unidos, con especial predilección por historias que denuncian la explotación y expolio que vive el continente africano.

En su producción destacan las obras para niños: *Long Juju Man* (2009), *Iridessa and the Secret of the Never Mine* (2012) y jóvenes adultos: *Zahrah the Windseeker* (2005), *The Shadow Speaker* (2007). y *Akata Witch* (2011), que han obtenido diversos premios, aunque probablemente su novela más célebre sea la adulta *Who Fears Death* (2010), ganadora del premio World Fantasy y nominada al Nebula y James Tiptree, Jr. Cuentos suyos han aparecido en diversas antologías y revistas, como *Lightspeed*, *Clarkesworld*, *Strange Horizons*, *Writers of the Future Volume XVIII*, *Eclipse Three*, *Seeds of Change*, *The Way of the Wizard* y un largo etcétera.

El relato que a continuación les presentamos, el primero de la autora que se traduce al español, acontece en el Delta del Níger, una región densamente poblada y rica en materias primas, en particular petróleo. Una historia de violencia, machismo, explotación, destrucción de la naturaleza y desprecio de los derechos humanos que, desgraciadamente, se hace cada día más y más cotidiana. Pero entre la devastación y la miseria, siempre es posible encontrar resquicios para la música y la amistad.

Los zombis no, no se van, si no les dices que se vayan.
¡Zombi!
¡Zombi!
Los zombis no, no se paran, si no les dices tú que paren.
Los zombis no, no se rinden, si no les dices que se rindan.
¡Zombi!
Los zombis no, no razonan, si no les dices lo que tienen que pensar.

de *Zombie*, por Fela Kuti, músico
nigeriano y autoproclamado
portavoz de los oprimidos

Mi marido me maltrataba. Así fue como terminé allí fuera aquella noche, detrás de la casa, justo detrás de los arbustos, entre la hierba alta, frente a los oleoductos. Nuestro pequeño hogar era el último de la aldea, ya prácticamente en el bosque. De modo que nadie vio ni oyó nunca cómo me golpeaba.

Acudir allí era la mejor manera de interponer distancia entre él y yo sin enfurecerlo todavía más. Cuando me refugiaba detrás de la casa, él conocía mi paradero y sabía que no había nadie más conmigo. Pero estaba tan pagado de sí mismo que ni siquiera sospechaba que estuviese pensando en quitarme la vida.

Mi marido era un borracho, como tantos otros de los integrantes del Movimiento por el Pueblo del Delta del Níger. Era el método al que recurrían todos para controlar la rabia y la impotencia que los embargaban. Los peces, los camarones y los cangrejos de los riachuelos se morían. Beber el agua hacía que los vientres de las mujeres se marchitaran y que los hombres terminaran orinando sangre.

Había un arroyo al que acudía a recoger agua. Habían construido una estación de captación en los alrededores, por lo que ahora su caudal discurría sucio y maloliente, con una película viscosa recubierta de arco iris. Las cosechas anuales de ñame y mandioca eran cada vez menores. El aire te dejaba la piel sucia, impregnada de un olor a animal moribundo. En algunos lugares, debido a las atronadoras llamaradas de gas, siempre era de día.

Mi aldea era una mierda.

Para colmo de males, los miembros del Movimiento por el Pueblo caían como moscas. La policía móvil, los «ejecutores ambulantes», se habían envalentonado. Acribillaban a sus víctimas en plena calle, las atropellaban, se las llevaban a rastras a los pantanos. Nadie volvía a verlas jamás.

Me esforzaba por proporcionarle algo de felicidad a mi marido. Pero después de tres años, mi cuerpo continuaba negándose a darnos un hijo. Hasta un ciego podría ver dónde radicaban toda su frustración y su tristeza... pero el dolor es el dolor. Y me lo infligía constantemente.

La más valiosa de mis pertenencias, la única que podía considerar como tal, era la

guitarra de mi padre. De madera de abura pulida, tenía un precioso golpeador de carey. El acabado era excelente. Mi padre decía que la madera empleada para crear la guitarra procedía de uno de los últimos árboles del delta. Si te la acercabas a la nariz, no costaba nada creerlo. La guitarra contaba varias décadas de antigüedad, a pesar de lo cual olía aún a madera recién cortada, como si quisiera confiarte su historia porque ya no quedaba nadie más que ella para hacerlo.

Le debía mi existencia a la guitarra de mi padre. Cuando él era un muchacho, por las noches, acostumbraba a sentarse enfrente del complejo y tocar para todos. La gente bailaba, aplaudía, cerraba los ojos y le prestaba toda su atención. Los teléfonos móviles sonaban sin que nadie les hiciera el menor caso. Un buen día, fue mi madre la que se detuvo a escuchar.

Me gustaba contemplar fijamente los largos y ágiles dedos de mi padre cuando tocaba. Ay, qué armonías. Podía tejer lo que fuera en el telar de su música: arco iris, amaneceres, telarañas que rutilaban con el rocío de la mañana. A mis hermanos mayores no les interesaba aprender a tocar. Pero a mí sí, de modo que mi padre me enseñó todo cuanto sabía. Ahora eran mis largos dedos los que acariciaban aquellas cuerdas. Siempre había tenido buen oído para la música, y mis manos eran más veloces incluso que las de mi padre. Era buena. Realmente buena.

Pero tuve que casarme con el imbécil de Andrew. De modo que solo tocaba detrás de la casa. Lejos de él. La guitarra era mi única válvula de escape.

Aquella noche azarosa, me había sentado en el suelo, delante del oleoducto. La construcción atravesaba todos los patios traseros de la aldea, una aldea petrolífera, al igual que aquella que me vio nacer. Mi madre vivía en una aldea parecida antes de casarse, al igual que su madre. Somos el Pueblo del Oleoducto.

La abuela de mi madre era célebre por tumbarse encima del oleoducto que atravesaba su aldea. Se quedaba así durante horas, aguzando el oído y preguntándose qué fluidos mágicos debían de discurrir por aquellas interminables tuberías de acero. Esto fue antes de que aparecieran los zombis, por supuesto. Me reí. Si intentara tumbarse encima de una tubería ahora moriría brutalmente asesinada.

En cualquier caso, cuando me sentía especialmente triste, agarraba la guitarra, salía aquí fuera y me sentaba justo delante del oleoducto. Sabía que acercarse tanto equivalía a coquetear con la muerte, pero cuando estaba tan alicaída, todo me traía sin cuidado. De hecho, acariciaba la posibilidad de renunciar a seguir viviendo. Era un milagro que mi marido no hubiese aplastado la guitarra todavía, durante alguno de sus arrebatos etílicos. Si lo hubiera hecho, estoy segura de que me habría apresurado a abalanzarme sobre el oleoducto. Quizá fuera ese el motivo por el que prefería aplastarme la nariz antes que la guitarra.

Hoy solo me había cruzado la cara una vez. Ignoraba por qué. Sencillamente entró, me vio en la cocina y ¡zas! Quizá se le hubiera dado mal la jornada; trabajaba

como un burro en uno de los restaurantes de la zona. Quizá alguna de sus mujeres lo hubiera desairado. Quizá fuese mía la culpa. No lo sabía. No me importaba. La hemorragia comenzaba a frenar, y ya no veía tantas estrellas.

Apenas unos centímetros separaban mis pies del oleoducto. Esta noche me sentía especialmente temeraria. Hacía más calor y más humedad de lo habitual. O quizá fuera mi rostro, encendido e irritado. Ni siquiera los mosquitos me molestaban en exceso. Divisé a lo lejos a Nneka, una mujer que rara vez me dirigía la palabra, bañando a los niños en un enorme barreño. Un grupo de hombres jugaba a las cartas en una mesa, varias casas más abajo. Oscurecía, esta zona estaba sembrada de arbolitos pequeños, diminutos, y arbustos, y ni siquiera el más próximo de nuestros vecinos se encontraba demasiado cerca, de modo que estaba a salvo de miradas indiscretas.

Con un suspiro, apoyé las manos en las cuerdas de la guitarra. Ensayé una de las melodías que solía tocar mi padre. Suspiré de nuevo y cerré los ojos. Nunca dejaría de echarlo de menos. La vibración de las cuerdas bajo mis dedos me producía una sensación deliciosa.

Me sumergí en la música, tejiéndola, elevándome en alas de una gloriosa puesta de sol que iluminaba las copas de las palmeras y...

¡Clic!

Me quedé petrificada con las manos aún encima de las cuerdas, moribundas ahora sus vibraciones. No me atrevía a moverme. Mantuve los ojos cerrados. Mi mejilla palpitaba.

¡Clic! Más cerca, esta vez. ¡Clic! Más aún. ¡Clic! Más.

El corazón latía desbocado en mi pecho, y hube de reprimir una arcada fruto del pánico. A pesar de todos los riesgos que corría, sabía que no deseaba morir así. ¿Quién querría que los zombis lo descuartizaran? Como hacían todos los miembros de la aldea varias veces al día, mascullé una maldición contra el gobierno nigeriano.

¡Ping!

Detuve la vibración con el índice, que había dejado apoyado en la cuerda de la guitarra. Empezaron a temblarme las manos, pero me obligué a no abrir los ojos. Algo frío y afilado me levantó el dedo. Sofoqué un grito. La cuerda tañó de nuevo.

¡Pang!

Ahora que mi dedo había dejado de amortiguar la vibración, el acorde sonó más grave y compacto. Muy despacio, abrí los ojos. El corazón me dio un vuelco. La criatura medía aproximadamente un metro de alto, lo que significaba que nuestros ojos estaban al mismo nivel. Nunca había visto uno de cerca. Pocas personas lo han hecho. Estos seres recorren constantemente el oleoducto de arriba abajo, como un rebaño de novillos ultrarrápidos, siempre con algo que hacer.

Me arriesgué a fijarme mejor. Era cierto que tenían ocho patas. Incluso en la

oscuridad, sus apéndices resplandecían y capturaban hasta el menor atisbo de luz. Con un poco más de claridad habría podido ver el reflejo exacto de mi rostro ante mí. Había oído que se pulían y se reparaban por sí solos. Esa afirmación me pareció aún más plausible ahora, ¿pues quién tendría tiempo de mantener su aspecto tan inmaculado?

La idea de crear a los zombis había partido del gobierno, y Shell, Chevron y unas cuantas empresas petroleras más (igual de desesperadas) aportaron el dinero necesario para cubrir todos los gastos. Así nacieron los zombis, diseñados para combatir el saqueo y el sabotaje de los oleoductos. Qué risa. El gobierno y las petroleras destruyeron nuestro suelo y extrajeron todo nuestro petróleo, y después crearon robots para evitar que intentáramos recuperarlo.

Su nombre original era Droides Anansi 149, pero nosotros los denominamos «engendros de los oyibo» y, más a menudo, zombis, el mismo pseudónimo que aplicamos a los ejecutores ambulantes del ejército que nos acosan cada vez que se les cruzan los cables.

Dicen que los zombis pueden pensar. Inteligencia Artificial, lo llaman. Tengo algunos estudios, cursé un par de años en la universidad, pero la ciencia no era mi fuerte. Da igual cuál fuese mi educación, en cuanto me casé y permití que me trajeran a este condenado lugar me volví igual que el resto de las mujeres de aquí, una simple aldeana que vive en la zona del delta, donde los zombis eliminan a todo el que osa tocar siquiera los oleoductos y los maridos vapulean a sus esposas un día sí y otro también. ¿Qué sabía yo de las aptitudes intelectuales de los zombis?

Parecía una araña gigante, metálica y reluciente. Y se movía igual. Todo patas y articulaciones angulosas. Se acercó y se agachó para inspeccionar mejor las cuerdas de la guitarra. Al hacerlo, dos de sus patas traseras tamborilearon en el metal del oleoducto. ¡Clic! ¡Clic! ¡Clic!

Apoyó mi pulgar en las cuerdas y apretó dos veces seguidas, produciendo un ¡pluc! apagado. Sus múltiples ojos redondos, resplandecientes y azules, convergieron sobre mí. A esa distancia, pude ver que no eran simples bombillas, sino bolas rellenas de un líquido azul ondulante, brillante y metálico, como el mercurio cargado. Las contemplé fijamente, fascinada. En la aldea, era imposible que nadie más conociera este hecho. Nadie había estado nunca tan cerca. Ojos de metal líquido, resplandeciente y azul, pensé. *Na wa.*

Se me escapó un jadeo cuando, de repente, me apretó la mano con fuerza. Parpadeé y aparté la mirada de sus ojos hipnóticos. Entonces lo comprendí.

—¿Quieres... quieres que toque algo?

Se quedó allí sentado, esperando, y usó una de sus patas para dar un golpecito en la caja de la guitarra. Hacía mucho tiempo que nadie me pedía que tocara para él. Toqué mi canción animada favorita: *Love Dey See Road*, de Oliver De Coque. Toqué

como si me fuera la vida en ello.

El zombi no se movió, su pata presionaba aún contra la guitarra. ¿Estaría escuchando? Tenía la certeza de que así era. Veinte minutos después, cuando por fin paré de tocar, con el rostro empapado de sudor, rozó las puntas de mis dedos doloridos. Con delicadeza.

Algunos de estos acueductos transportan combustible; los demás, crudo. Millones de litros al día. Nigeria produce el veinticinco por ciento del petróleo que consume Estados Unidos. Y no recibimos prácticamente nada a cambio. Nada salvo muerte a manos de los zombis. Todos tenemos alguna historia que contar.

Cuando soltaron a los zombis por primera vez, nadie sabía nada de ellos. La gente tan solo oía rumores acerca de los cadáveres mutilados en las inmediaciones de los oleoductos, o de las gigantescas arañas blancas que se avistaban por las noches. O de las tremendas explosiones, de los cadáveres carbonizados que aparecían diseminados por todas partes. El oleoducto donde se encontraban los cuerpos, sin embargo, siempre estaba completamente intacto.

Algunos seguían saqueando el petróleo. Mi marido entre ellos. Sospechaba que vendía el combustible y el crudo en el mercado negro; a veces también traía algo a casa. Si lo dejabas reposando en un cubo durante un par de días se transforma en algo parecido al queroseno. Lo utilizaba para cocinar. Así que, en realidad, no podía quejarme. Pero saquear los oleoductos era una práctica muy, muy peligrosa.

Había maneras de romper un oleoducto sin desatar de inmediato la ira de los zombis. Mi marido y sus camaradas empleaban algún tipo de cuchillo láser de gran potencia. Los robaban de los hospitales. Pero debían ser sumamente discretos al cortar el metal. Bastaba con un golpe, con una vibración, para que los zombis acudieran corriendo en un abrir y cerrar de ojos. Muchos camaradas de mi marido habían perdido la vida, asesinados, por culpa del roce inoportuno de una alianza de casado o de la punta del cuchillo láser contra el acero.

Hace dos años, un grupo de chicos estaba jugando demasiado cerca del oleoducto. Dos de ellos, peleándose en broma, se cayeron encima de él. Los zombis acudieron en cuestión de segundos. Uno de los muchachos consiguió escapar. Pero los zombis agarraron al otro de un brazo y lo arrojaron contra unos arbustos. Se rompió el brazo en cuestión y las dos piernas. Los portavoces del gobierno nos aseguraron que los zombis estaban programados para causar el menor daño posible, pero... yo no me lo creí, *na lie*.

Eran unos engendros temibles. Acercarse a los oleoductos equivalía a arriesgarse a sufrir una muerte atroz. Y sin embargo, aquellas condenadas tuberías atravesaban los patios de nuestros hogares.

Aunque a mí me traía sin cuidado. Por aquel entonces, mi marido me pegaba unas

palizas de muerte. No sé por qué. No estaba desempleado. Sabía que se veía con otras mujeres. Éramos pobres, pero no pasábamos hambre. Quizá fuese porque no podía proporcionarle ningún hijo. La culpa es mía, lo sé, pero ¿qué puedo hacer?

Empecé a refugiarme cada vez más en el patio. Y este zombi en particular me visitaba siempre. Me encantaba tocar para él. Me escuchaba. Sus arrebatadores ojos se iluminaban de alegría. ¿Podía alegrarse un robot? Los inteligentes, como este, seguramente sí. Varias veces al día veía una multitud de zombis correteando por el oleoducto de aquí para allá, efectuando reparaciones o patrullando, lo que fuera que hiciesen. Si mi zombi se contaba entre ellos, no sabría decirlo.

Debía de ser la décima vez que nos veíamos cuando hizo algo que me pareció muy, pero que muy extraño. Mi marido había llegado a casa desprendiendo un hedor prácticamente inflamable, apestando a distintos tipos de alcohol: cerveza, vino de palma, perfume. Yo llevaba todo el día devanándome los sesos. Pensando en mi vida. Estaba atrapada. Quería tener un bebé. Quería escapar de esta casa. Quería un empleo. Quería amigos. Necesitaba valor. Sabía que lo tenía. Había hecho frente a un zombi en varias ocasiones.

Pensaba preguntarle a mi marido qué le parecería que empezara a dar clases en la escuela elemental. Había oído que buscaban profesores. Cuando entró en casa, me saludó torpemente con un abrazo y un beso antes de desplomarse en el diván. Encendió el televisor. Era tarde, pero aun así le llevé la cena, sopa de pimiento cargada de carne de cabra, pollo y grandes camarones. Estaba borracho, pero de buen humor. Allí de pie, sin embargo, mientras lo veía comer, todo mi valor se esfumó. La necesidad de imprimir un giro a mi vida se acobardó y corrió a refugiarse al fondo de mis pensamientos.

—¿Te apetece algo más? —pregunté.

Levantó la cabeza y me miró con una sonrisa.

—Hoy la sopa está rica.

Sonreí a mi vez, pero algo en mi interior agachó aún más la cabeza.

—Me alegro. —Cogí la guitarra—. Me voy a la parte de atrás. Hace bueno en la calle.

—No te acerques demasiado al oleoducto —dijo, pero ya había vuelto a concentrarse en la tele y se afanaba en roer un generoso trozo de carne de cabra.

Me interné en la oscuridad con sigilo, entre los arbustos y la hierba alta, hasta llegar al oleoducto. Me senté en el lugar de costumbre. A un palmo de distancia. Acaricié las cuerdas, una serie de acordes. Una melodía cargada de melancolía que reflejaba mis sentimientos. ¿Cuál sería mi destino? ¿Era esta mi vida? Suspiré. Hacía un mes que no iba a la iglesia.

Cuando llegó, tamborileando por la tubería, se me levantó el ánimo. Sus líquidos ojos azules resplandecían con fuerza esta noche. En cierta ocasión le había comprado

un paño de tela azul a una mujer. Su color, tan radiante, me recordaba al de la mar abierta en los días de sol. La mujer me dijo que la tela era «azur». Los ojos de mi zombi eran de un azur intenso esta noche.

Se plantó frente a mí, en pie. Expectante. Sabía que se trataba de mi zombi porque, hacía un mes, había permitido que le pusiera una pegatina azul con forma de mariposa en una de las patas delanteras.

—Buenas noches —le dije.

No se movió.

—Hoy estoy triste.

Bajó del oleoducto. Sus patas metálicas tamborilearon sobre el metal y susurraron entre la tierra y la hierba. Apoyó el cuerpo en el suelo, como hacía siempre. Se quedó a la espera.

Toqué los primeros acordes de su canción favorita: *No Woman No Cry*, de Bob Marley. Mientras sonaba la música, su cuerpo empezó a rotar lentamente, algo que ya había aprendido a interpretar como una muestra de satisfacción por su parte. Sonreí. Cuando paré de tocar, me apuntó con todos sus ojos. Exhalé un suspiro, toqué un la sostenido y encorvé los hombros.

—Mi vida es una mierda —le dije.

Sin previo aviso, se incorporó sobre las ocho patas con un suave chirrido. Enderezó y estiró los apéndices hasta elevarse un palmo más de lo normal por encima del suelo. De su vientre, en el centro, comenzó a descender algo blancuzco y metálico. Me abracé a la guitarra con un jadeo. Mi mente me ordenó que me alejara. Que huyera. Esta criatura artificial y yo éramos amigas. Lo sabía. O creía saberlo. Pero lo cierto era que ignoraba por qué hacía lo que hacía. Y por qué me había elegido a mí.

La sustancia descendía cada vez más deprisa, amontonándose en la hierba. Entorné los párpados. Era un rollo de alambre. Ante mis ojos, vi cómo el zombi cogía este cable metálico y lo manipulaba con cinco de sus ocho patas mientras guardaba el equilibrio con las otras tres. Los apéndices se movían sin cesar, trabajando y tejiendo en todas las direcciones el resplandeciente rollo de alambre. Se movían tan deprisa que me costaba ver con exactitud qué era lo que estaban creando. El aire se llenó de briznas de hierba truncadas, y el suave chirrido se intensificó ligeramente.

Al cabo, las patas se detuvieron. Durante unos instantes, lo único que podía oír era el canto de los grillos y las ranas, la brisa que soplabá entre las copas de las palmeras y los mangles. Hasta mi nariz llegó el aroma del aceite siseante; alguien estaba friendo yuca o llantén en los alrededores.

Mis ojos se posaron en lo que había hecho el zombi. Sonreí. Sonreí de oreja a oreja.

—¿Qué es eso? —susurré.

Lo levantó con las patas delanteras y dio dos golpecitos en el suelo con una de sus patas traseras, como parecía hacer siempre que intentaba explicarme algo. Algo que a mí por lo general se me escapaba.

Impulsó tres patas hacia delante y comenzó a tocar lo que al principio era un batiburrillo de mis temas favoritos, desde Bob Marley a Sunny Ade, pasando por Carlos Santana. A continuación, su melodía evolucionó en algo tan bello y complejo que no pude contener las lágrimas de alegría, de admiración, de éxtasis. Los demás también debían de oír la música, quizá estuvieran asomados a las ventanas, abriendo las puertas. Pero nos amparaban la oscuridad, la hierba y los árboles. Lloré sin parar. No sé por qué, pero lloré. Me pregunto si al zombi le complació mi reacción. Creo que sí.

Dediqué toda la hora siguiente a aprender a tocar aquella melodía.

Transcurridos diez días, los zombis atacaron a un grupo de soldados y trabajadores petroleros en el delta. Diez hombres acabaron descuartizados, esparcidos por todo el terreno pantanoso sus restos ensangrentados. Los supervivientes contaron a los periodistas que los zombis eran imparables. Uno de los soldados había llegado incluso a lanzar una granada contra uno de ellos, pero la criatura se escudó tras el mismo campo de fuerza incorporado que utilizaban para defenderse de las explosiones en los oleoductos. El soldado dijo que el campo de fuerza parecía una esfera de relámpagos crepitantes.

—*Wahala!* ¡Problemas! —exclamó el soldado, fuera de sí, ante los reporteros de la televisión. Tenía el rostro lustroso a causa del sudor, y un tic en las comisuras de los ojos—. ¡Esas cosas son malvadas, malvadas! ¡Lo supe desde el principio! ¡Miradme a mí, con una granada! *Ye, ye!* ¡No pude hacer nada!

El oleoducto que los hombres acababan de empezar a construir apareció completamente ensamblado. Los zombis están diseñados para efectuar reparaciones, no para fabricar nada. Aquello era muy extraño. Los periódicos dijeron que los zombis estaban volviéndose más listos de lo aconsejable. Que se estaban rebelando. Era indudable que algo había cambiado.

—Quizá sea solo cuestión de tiempo antes de que esos condenados cacharros nos maten a todos —observó mi marido, con una cerveza en la mano, mientras leía acerca del incidente en el diario.

Contemplé la posibilidad de no volver a reunirme con mi zombi. Eran impredecibles, y tal vez controlarlos fuese tarea imposible.

Había vuelto a salir a medianoche.

Hacía semanas que mi marido no me ponía la mano encima. Creo que intuía la

transformación que se había operado en mí. Era distinta. Ahora me oía tocar más a menudo. Incluso dentro de casa. Por la mañana. Después de prepararle la cena. En el dormitorio, cuando venían a verlo sus amigos. Escuchaba canciones que yo sabía que le producían una sensación gloriosa. Como si cada acorde y cada sonido hubieran superado el examen de un comité científico encargado de seleccionarlos para infundir la más intensa alegría.

El zombi había resuelto mis problemas conyugales. Los más graves, al menos. Mi marido no podía pegarme mientras aquella música tan hermosa enviara sus sentidos a los más dulces y exuberantes lugares. Empecé a albergar esperanzas. Esperaba un bebé. Esperaba abandonar algún día la casa y mis deberes de esposa a cambio de un empleo como maestra de música en la escuela elemental. Esperaba que algún día mi aldea cosechara los frutos de todo el petróleo que le estaban arrebatando. Y soñaba con abrazos de metal líquido, de un azul intenso, con telarañas de música y alambre.

Cuando me desperté en plena noche, acababa de tener uno de esos sueños tan extraños. Abrí los ojos con una sonrisa en la cara. Se avecinaba algo bueno, lo sabía. Mi marido dormía profundamente a mi lado. Qué pacífico parecía, a la tenue luz de la luna. Su piel ya no apestaba a alcohol. Me agaché para depositar un beso en sus labios. No se despertó. Me levanté de la cama y me puse un pantalón y una camisa de manga larga. Esta noche habría muchos mosquitos. Agarré la guitarra.

Le había puesto a mi zombi el nombre de Udide Okwanka. En mi idioma, significa «araña, la artista». Según las leyendas, Udide Okwanka es la Artista Suprema. Y vive bajo tierra, donde coge fragmentos de cosas y los transforma en algo distinto. Es capaz incluso de tejer espíritus de paja. Era un buen nombre para mi zombi. Me pregunté cómo debía de llamarme a mí Udide. Estaba segura de que me llamaba de alguna manera, aunque dudaba de que les hablara de mí a los demás. Creo que no consentirían que siguiéramos viéndonos.

Udide me estaba esperando, como si presintiera que iba a salir esta noche. Sonreí, con el corazón henchido de gozo. Me senté mientras ella bajaba del oleoducto y se acercaba a mí. Cargaba con su instrumento encima de la cabeza. Una especie de enrevesada estrella hecha de alambre. En el transcurso de las últimas semanas se habían ido añadiendo más cables, algunos muy finos y otros más gruesos. A menudo me preguntaba dónde debía de guardarlo cuando corría de un lado para otro con los demás, pues el instrumento era demasiado grande para ocultarlo en su cuerpo.

Udide lo sostuvo ante sus ojos. Con una de las patas delanteras, tocó una melodía muy simple, dulcísima, que a punto estuvo de hacerme llorar de alegría. Conjuraba en mi mente imágenes de mis padres, cuando eran jóvenes y estaban llenos de esperanzas, cuando mis hermanos y yo éramos demasiado pequeños para casarnos e irnos lejos de casa. Antes de que los ejecutores ambulantes se llevaran al mayor de mis hermanos muy lejos, a América, y al mediano hacia el norte. Cuando nuestro

potencial era ilimitado.

Solté una carcajada, me sequé una lágrima y empecé a tocar algunos acordes para acompañar la melodía. A partir de ahí nos sumergimos en algo tan intrincado, tan envolvente, tan interconectado... *Chei!* Me sentía como si estuviera comulgando con Dios. Ay, esta máquina y yo. No os hacéis una idea.

—*Eme!*

La música saltó en pedazos.

—*Eme!* —exclamó de nuevo mi marido.

Me quedé paralizada, con la mirada fija en Udide, inmóvil a su vez.

—Por favor —susurré—. No le hagas daño.

—¡Samuel me ha mandado un mensaje! —dijo mi marido, sin apartar los ojos del móvil, mientras avanzaba hacia mí entre los altos tallos de hierba—. ¡Hay una fuga en el oleoducto, cerca del colegio! ¡Y ni un puñetero zombi a la vista! ¡Suelta esa guitarra de una vez, mujer! Vamos a... —Levantó la cabeza. El terror se cinceló en sus facciones.

Durante lo que me pareció una eternidad, todos nos quedamos petrificados. Mi marido, allí de pie, en la linde de los altos tallos de hierba. Udide, frente al oleoducto, esgrimando su instrumento como si de un escudo ceremonial se tratara. Y yo entre ambos, paralizada de miedo. Me volví hacia mi marido.

—Andrew —dije, imprimiendo a mi voz la mayor de las cautelas—. Deja que te explique...

Su mirada se arrastró lentamente hacia mí. Me observaba como si fuese la primera vez que me veía.

—¿Mi propia esposa?! —susurró.

—Lo...

Udide levantó las dos patas delanteras. Durante unos instantes, dio la impresión de estar implorándome algo. U ofreciéndome un abrazo, quizá. Después, las patas entrechocaron con tanta fuerza que produjeron una gran chispa roja y un tañido ensordecedor.

Mi marido y yo nos tapamos los oídos. En un abrir y cerrar de ojos, el aire se había cargado de un olor a cerillas recién encendidas. Incluso entre las palmas de las manos podía escuchar la respuesta que se propagaba por el oleoducto. El tamborileo de patas era tan numeroso que sonaba como una tormenta de guijarros contra la tubería metálica. Udide se estremeció, se encaramó al oleoducto y se quedó allí agazapada, a la espera. Llegaron en tromba. Una veintena de ellos. Lo primero que me llamó la atención fueron sus ojos, que resplandecían intensamente carmesíes, furiosos.

Los congéneres de Udide se aglutinaron a su alrededor, golpeando la tubería en una compleja sinfonía metálica. No podía ver los ojos de Udide. De repente, se

alejaron a una velocidad asombrosa, hacia el este.

Me volví hacia Andrew. Había desaparecido.

Puesto que todo el mundo tenía móvil, la noticia se propagó como una plaga. Pronto todos estaban aporreando las teclas, escribiendo mensajes del estilo de «¡Fuga en el oleoducto, en la escuela! ¡Sin zombis a la vista!»; y «¡Corred a la escuela, traed cubos!». Mi marido nunca me había permitido tener mi propio teléfono móvil. Ni podíamos permitirnoslo, ni pensaba que yo lo necesitara. Pero sabía dónde estaba la escuela elemental.

Ahora la gente creía que todos los zombis se habían vuelto locos, que habían renunciado a las tareas impuestas por el hombre para irse a vivir a los pantanos del delta y dedicarse a hacer lo que fuese que hacían allí. Por lo general, si los saqueadores pinchaban un oleoducto, por discretos que fueran, los zombis se percataban en menos de una hora y reparaban el destrozo enseguida. Pero este oleoducto ya llevaba más de dos horas expulsando petróleo. Fue entonces cuando a alguien se le ocurrió avisar a todo el mundo.

Yo sabía que aquello era una equivocación. Los zombis en realidad no tenían nada de «zombis». Eran criaturas racionales. Bestias inteligentes. Su locura era metódica. Y a la mayoría de ellos no les caían bien los seres humanos.

Varios coches y camiones iluminaban el caos con sus faros. Aquí, el oleoducto se elevaba sobre el terreno en su recorrido hacia el sur. Alguien había aprovechado esta circunstancia para desmontar un segmento completo. El combustible rosado manaba por ambos extremos, como un surtidor gigantesco. La gente se arracimaba bajo el torrente como elefantes sedientos, llenando garrafas, botellas, cuencos y cubos. Un hombre había acudido incluso con una bolsa para la basura, pero el combustible devoró el material y le empapó el pecho y las piernas.

El vertido se acumulaba en un inmenso charco de color rosa oscuro que no tardó en desbordarse y fluir hacia la escuela elemental, acumulándose en el patio de recreo. Sus efluvios me golpearon como un mazazo antes incluso de llegar al colegio. Se me anegaron los ojos de lágrimas, y empecé a moquear. Me levanté la camisa para taparme la nariz y la boca. Apenas si noté la diferencia.

La gente acudía en coche, en moto, en autobús, a pie. Todo el mundo seguía enviando mensajes por el móvil, contribuyendo a que se corriera la voz. Hacía mucho que nadie disfrutaba de un poco de combustible gratis, aparte de quienes habían convertido el petróleo en su profesión.

Había niños por todas partes. Corrían de un lado para otro, haciendo recados para sus progenitores o disfrutando sin más de la algarabía. Probablemente nunca se habían atrevido a imaginar siquiera que uno pudiese acercarse a los oleoductos sin temor a morir. De los altavoces tuneados de los coches y de los suburbanos brotaban

atronadores temas de rap y *highlife*. La vibración de los graves era casi tan paralizante como los gases. Sin duda los zombis ya estaban al tanto de lo que sucedía.

Divisé a mi marido. Se encaminaba a la fuente de combustible acarreado un enorme caldero rojo. Cinco hombres se enzarzaron en una discusión. Dos de ellos empezaron a repartir codazos y empujones, amenazando con caerse al charco.

—¡Andrew! —exclamé, para imponer mi voz al estruendo.

Se dio la vuelta. Al verme, entornó los ojos.

—¡Por favor! —dije—. Lo... lo siento.

Escupió en el suelo y comenzó a alejarse.

—¡Tienes que salir de aquí! ¡Van a venir!

Giró sobre los talones y se acercó a mí con paso airado.

—¿Cómo diablos estás tan segura? ¿Acaso los has llamado tú?

A modo de respuesta, la gente empezó a gritar y a correr. Los zombis llegaban procedentes de la calle, obligando a todo el mundo a apilonarse en el charco de combustible. Mi marido me fulminó con la mirada. Me señaló con el dedo, con cara de repugnancia. El tumulto me impedía entender sus palabras. Dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

Intenté encontrar a Udide entre la horda de zombis. Todos sus ojos seguían brillando de color rojo. ¿Estaría siquiera entre ellos? Escudriñé sus patas, buscando la pegatina con forma de mariposa. Allí estaba. La más próxima a mí, a la izquierda.

—¡Udide! —exclamé.

Mientras su nombre brotaba de mis labios, vi que dos de los zombis del centro levantaban las patas delanteras. Mi sonrisa se transformó en una O de consternación. Me tiré al suelo y me cubrí la cabeza con las manos. La gente continuaba vadeando el gigantesco charco de combustible, intentando refugiarse en el interior de la escuela. Los coches seguían emitiendo sus atronadoras canciones de rap y *highlife*, bañando el caos con el resplandor de sus faros.

La pareja de zombis entrechocó las patas, produciendo dos grandes chispazos.
¡Ping!

¡WHOOOOOOOSH!

Recuerdo la luz, el calor, el olor a carne y pelo quemados, los gritos fundidos en estertores guturales. El estruendo llegaba amortiguado a mis oídos. El hedor era insoportable. Con la cabeza en el regazo, permanecí inmersa en este limbo infernal durante mucho, mucho tiempo.

Nunca impartiré clases de música en la escuela elemental. Desapareció incinerada con muchos de los niños que asistían a ella. También mi marido falleció. Murió

pensando que yo era algún tipo de espía que había confraternizado con el enemigo... o algo por el estilo. Perecieron todos. Menos yo. Justo antes de que se produjera la explosión, Udide llegó corriendo hasta mí. Me protegió con su campo de fuerza.

De modo que sobreviví.

Al igual que el bebé que portaba en mi seno. El bebé que mi cuerpo había permitido que surgiera de las adorables y reconfortantes canciones de Udide, la cual me asegura que es una niña. ¿Cómo puede saber un robot algo así? Udide y yo tocamos para ella todos los días. Me imagino lo contenta que debe de estar. Pero ¿a qué clase de mundo voy a traerla? ¿Donde solo su madre y Udide se interponen en el camino de una guerra encarnizada entre los zombis y los seres humanos que los crearon?

Rezad para que Udide y yo logremos convencer a hombres y androides por igual de la conveniencia de firmar una tregua, so pena de que el delta continúe inundándose de sangre, metal y llamas. ¿Y sabéis qué más? Deberíais rezar también para que a los zombis no se les ocurra desarrollar aletas y cruzar a nado el océano.

LA DJIN

Pedro Andreu

Pedro Andreu (Palma, 1976) es autor de cuatro poemarios; uno de ellos, *Partida entre canallas* (2001), fue XII Premio Nacional de Poesía Blas de Otero. Ha colaborado con relatos, poemas y reseñas literarias en publicaciones diversas, y ha sido incluido en las antologías colectivas *La casa del poeta* (Sloper, 2007), *Trentacuentos* (Casabierta-ed, 2008), *20 años del premio Blas de Otero* (Asociación de Escritores y Artistas Españoles, 2009). y *El Último Jueves. 15 años. Poesía on the road* (Calima editores, 2011).

«La djin» fue publicado originalmente en el número 23 del *fanzine* (revista de aficionados) mallorquín *Les màquines de Leonardo*, en febrero de 2008, y es notoria su influencia lírica. Forma parte, además, de su primera incursión en el formato novela: *El secadero de iguanas* (PortalEditions, 2011), una obra de realismo mágico con trasfondo de ciencia ficción que ganó el I Certamen Internacional de Novela Fantástica *Los Sueños del Espantapájaros*, de cuyo jurado tuve el placer de formar parte.

Nos encontramos ante un relato mágico, apasionado y desgarrador, hermanado con la poética de *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y *Crónicas marcianas* de Ray Bradbury. No es frecuente hallar obras así en el terreno de la ciencia ficción; por eso, cuando encontramos una rara avis como esta, brilla con una luz más potente que la de las estrellas.

La djin apareció una tarde cualquiera. La encontramos entre los maizales crecidos del final del verano. Fue poco antes de que aquella extraña epidemia azotara Bójum, el planeta que habíamos colonizado hacía apenas tres generaciones. Uno de los soles ya había caído por el oeste y los otros dos se ocultarían en unas pocas horas. Recogíamos mazorcas en los campos comunes cuando la oímos gimotear algo parecido a una canción hipnótica. La descubrimos acurrucada en el suelo, temblando de horror ante nosotros. Tenía la piel quemada por los soles, de un color casi barro, y cubría su desnudez con un manto granate hecho jirones. Estaba descalza y sucia de tierra. Cuando abrió sus ojos de arcilla roja, sin pupilas ni blanco, todo iris, alguno de nosotros gritó y los otros nos acercamos con precaución.

Era la primera vez que alguien en aquella comarca contemplaba a un djin. Yo siempre había creído que eran una leyenda inventada para asustar a los niños por los primeros hombres que colonizaron Bójum. Se decía que aquellos seres originarios del planeta atraían desgracias y pestes; que nuestro gobierno había decidido exterminarlos antes de la segunda fase de colonización; aunque hay quienes pensaban que habían muerto contagiados por enfermedades humanas.

Hacía más de un siglo que nadie se cruzaba con un djin. O al menos no había constancia de ello.

—Matémosla —murmuró alguien, pero me interpuse a los hombres.

—¡Quietos! Estáis locos. Esta mujer no ha hecho nada. No podría hacer daño a nadie. Miradla: está muerta de miedo. Tendrá sed y hambre.

Decidí llevármela a casa para protegerla. No dejó de lloriquear y temblar durante todo el camino. Cantaba en murmullos quebrados aquella balada triste y vieja, en contraste con sus ojos que, como toda su carne, eran jóvenes y ausentes y permanecían callados a nuestro mundo. Llegamos a mi granja ya de noche. No quiso entrar conmigo en el caserón, sino que se zafó de mi mano y corrió hacia uno de los perros. Se abrazó a él y, mientras le acariciaba la pelambreira sucia, continuó murmurando su aletargada canción. Busqué una cadena y la até por el tobillo al tronco de un árbol. Luego me dirigí a casa, cerré la puerta y dejé a aquella extraña criatura a solas con la noche.

Durante días la djin no quiso más compañía que la de los perros: comía con ellos de sus platos, bebía con ellos de sus cubos de agua, dormía a la intemperie como un animal más, arracimada con ellos para protegerse del frío del alba. Era como si temiese estar a cubierto, como si el cielo raso de una casa la ahogara. La djin necesitaba la luna y las estrellas sobre su cabeza para poder conciliar el sueño. O tal vez me temía tanto como yo pudiera temer las tormentas de tierra que en otoño

asolaban la comarca.

Creo que fue la segunda noche cuando le saqué unas mantas y le acerqué un plato con lo mismo que yo había cenado, pero no lo aceptó y por la mañana encontré a uno de los perros comiendo de él.

Comencé a sospechar que algo andaba mal a las pocas semanas, al percatarme de que habían desaparecido todos los insectos de la granja y darme cuenta de que los pájaros habían dejado de despertarme por las mañanas con sus cantos. Mis presentimientos se confirmaron pronto: de un día para otro se secaron los frutales del patio y un par de perros enfermaron. No querían comer ni beber, los vientres se les hincharon, perdieron el pelo y acabaron retorcidos de dolor entre feos estertores de muerte. La djin lloró sobre ellos como si fueran su propia familia.

En menos de una luna, habían fallecido todos mis animales de la misma pandemia: desde las gallinas hasta los caballos y bueyes. Todas las verduras y hortalizas de mi huerta se echaron a perder y tuve que empezar a alimentarnos de la yuca vieja de años pasados, de las conservas de mermelada y de la carne seca del invierno anterior.

Una madrugada sin luna, transcurridas algunas semanas, desperté sobresaltado. Me había desvelado una extraña pesadilla: en mis sueños la djin entonaba aquella adusta canción una y otra vez en una lengua parecida al aleteo de los pájaros. Entonces oí voces allá fuera. Me asomé a la ventana: cinco labriegos armados con palos acorralaban y golpeaban a la djin. Bajé las escaleras a saltos, agarré uno de los fusiles de caza que guardaba en el salón, un puñado de balas y salí al patio.

—¡Mátala, maldita sea! Su podrida canción nos volverá locos. Acaba con las pesadillas. Es culpa de ella. Es una bruja. ¡Mátala, mátala! —gritaban los hombres, encolerizados, mientras la golpeaban.

Disparé tres veces al aire.

—La próxima bala se la meteré a alguno de vosotros entre las cejas —les advertí. Los hombres se quedaron quietos. La djin gimoteaba a sus pies.

—Llevamos noches soñando con su canción —dijo alguno.

—Nuestros niños se despiertan tarareándola. Nuestras mujeres se desvelan a medianoche, asustadas. Está maldita —explicó otro.

—Déjanos hacer. No te metas en esto —ordenó un tercero.

Apunté a los pies de aquellos hombres y disparé. Rocé en el muslo al más robusto del grupo.

—He dicho que nadie va a tocarla. Largaos de mis tierras. Quien vuelva a meter sus narices en esta granja se quedará sin pasos para volver con su familia: le llenaré las tripas de hierro de escopeta hasta cansarme. ¿Está claro?

Los hombres se miraron unos a otros. Me estudiaron. Sopesaron mis intenciones.

Y al fin bajaron los brazos, se volvieron de espaldas a mí y se largaron despacio, a regañadientes.

—¡Estás loco! —me gritó uno de ellos—. ¡Nos condenarás a todos! ¡Mátala antes de que sea demasiado tarde!

Cuando se alejaron por el camino, me acerqué a la djin y le quité la cadena del tobillo izquierdo. Le habían arrancado su raída capa y en cueros esplendía como un ángel apaleado y trémulo. Su cuerpo pagano y joven olía a frutas ácidas y estaba cubierto de hematomas. Era un ser tan hermoso, desvalido y distante que me estremecí. Recogí la capa del suelo y la arrojé con ella. La djin me contempló durante un rato con sus enormes ojos color tierra, me rozó la mejilla con sus dedos delgados y dijo algo en su idioma, imposible de pronunciar para nosotros. Yo acaricié con ternura su lacia cabellera roja, la abracé por encima de los hombros y la conduje hacia casa. Esta vez ella se dejó hacer y entró sin oponer resistencia.

—Vamos a desinfectarte las heridas. No tengas miedo —le susurré aunque ella no pudiera entenderme.

La djin durmió en mi cama y yo en el sofá del piso de abajo, con una escopeta cargada y apoyada en la alfombra.

Antes de una semana, los cinco hombres que habían acudido a mi granja a por la djin estaban muertos. Enfermaron los cinco. Padecieron fiebres altas y llagas purulentas les tomaron los cuerpos. Perdieron el cabello y los dientes en unos pocos días, y la lengua se les puso de un azul casi violeta hasta que expiraron entre dolores imposibles.

Muchos de sus familiares se contagiaron de aquella peste y sufrieron el mismo destino. Los maizales de los campos comunes se echaron a perder, las bestias domésticas se vieron diezmadas por aquella misteriosa y terrible enfermedad, las huertas de mis vecinos se agostaron, las aves dejaron de sobrevolar la comarca... Yo no quería aceptarlo. Negaba cualquier relación entre la djin y aquello. Me había enamorado hasta los huesos de aquel desprotegido ser extraterrestre. Estaba ciego, imbécil de amor. Entonces llegaron las tormentas de tierra.

Se presentaron de pronto. Sin previo aviso. Una mañana. Clavé con prisas maderos a las persianas y a las puertas para que soportaran las embestidas del viento. Fijé con gruesas tablas la portezuela trasera desde adentro de la cocina. El vendaval duró cerca de cuatro semanas. Las ráfagas de viento y tierra azotaban la casa y la hacían temblar. Pronto la arena que los huracanes arrastraban desde el sur barrió los caminos y los pastos y rodeó la casa hasta cubrirla más de medio metro. A la segunda noche nos quedamos sin suministro eléctrico y a la semana comprobé que la línea telefónica también se había cortado. Cada año era igual y luego los campesinos teníamos que pasar las dos máquinas quitatierras de las que disponíamos en la

comarca, levantar los postes caídos del tendido eléctrico y reparar los desperfectos en nuestras granjas. Para mí, sin embargo, aquellas semanas, incomunicados del resto del planeta, fueron las más felices de mi vida.

La djin ya no me rehuía y comíamos en la misma mesa. A veces me decía alguna frase incomprensible o me rozaba con su mano o se quedaba largo rato estudiando mis ojos y las facciones de mi cara. A la tercera noche me despertó al tumbarse junto a mí. Se metió bajo las mantas en el sofá donde yo dormía. Estaba helada. Era como un animal que buscaba mi calor. La abracé contra mí y volví a conciliar el sueño.

Cuando desperté, ella aún dormía. Sentí su carne tibia contra la mía, aspiré el perfume afrutado de su nuca. La acaricié despacio, rincón tras rincón, vértebras abajo, mientras el vendaval oscurecía el mundo afuera y el deseo iba embriagándome. Ella abrió de pronto sus ojos extraterrestres. Su respiración se agitó. Frotó su espalda contra mí como si estuviéramos en celo. La desvestí de su capa y ella me tomó con aspereza. Me arañó la espalda y me mordió como una perra muerde a un perro cuando trata de montarla. Me hizo sangre con sus dientes en el hombro. Como un animal salvaje saltó sobre mí y me montó hasta saciarse. Al terminar, quedamos rendidos y tirados en silencio durante minutos. Luego la oí reír por primera vez. Y acabé contagiado por su risa. Tal vez era la única vez en que la djin y yo fuimos una misma cosa. Quizá fueron los únicos instantes en que nada nos diferenciaba a los ojos de un lagarto o de un perro. Sería sobrecogedora aquella escena a la vista de un ratón de campo; imaginaos: dos mamíferos riendo en aquel sofá, dos cuerpos que tiemblan en pequeñas convulsiones mientras emiten ese sonido alegre que parece alumbrar desde sus bocas toda la habitación.

A partir de entonces dormimos juntos en la cama del piso superior y nos amamos desde dos universos diferentes que apenas se tocaban sino por breves instantes.

Fueron dos semanas magníficas, hasta que enfermé. La herida que la djin me había infligido de un mordisco la primera vez que nos acostamos juntos no cerraba. Era una herida pequeña y superficial, pero se tornó fea y purulenta. Hedía a carne podrida. Pronto me aparecieron manchas y llagas por todo el cuerpo y me subió la temperatura hasta casi delirar. Recuerdo que temblaba de fiebre y que me dolían los huesos por dentro como si fueran de cristal y el más pequeño movimiento pudiera quebrarlos. A las tres semanas ya no podía incorporarme de la cama. En mis delirios no dejaba de escuchar la canción que la djin tarareaba la tarde en que la encontramos hecha un ovillo entre los maizales. Me estaba volviendo loco. Me moría lentamente.

Cuando la época de las tormentas de arena pasó, quedó la tierra amontonada y regresaron a por la hembra de djin los hombres de las granjas vecinas. Eran apenas diez. Los únicos supervivientes a la pandemia que la djin había desatado en la comarca. Se acercaron armados de escopetas, rifles y machetes. Yo ya estaba muy

enfermo y apenas podía moverme. Al tragar saliva parecía que bebía cristales machacados. La fiebre no me dejaba ni respirar sin que el dolor me clavara sus agujas.

—Venimos a por ella —gritaron al echar abajo la puerta y subir a las habitaciones—. Venimos a acabar con todo esto de una vez. ¿Dónde la escondes?

No me quedaban ni siquiera fuerzas para responder.

—Es un cadáver —murmuró alguno de ellos al verme.

Otro dijo:

—Vamos a la buhardilla. Debe de estar allí. Es lo único que queda por registrar.

La djin les sorprendió de pronto en la escalera que daba al desván. Se hallaba totalmente desnuda y con una de mis escopetas de repetición en las manos. La oí tararear su funesta tonada y los hombres quedaron paralizados de horror ante tanta belleza. La djin descerrajó dos cartuchos sobre el hombre más cercano, casi a quemarropa, y lo lanzó de espaldas contra el suelo. Los otros campesinos huyeron despavoridos. Para nunca volver.

Durante largas jornadas la djin se ocupó de mí. Me acariciaba el cabello con ternura, me aplicaba compresas de agua fría en la frente para bajar la fiebre. Pero yo no mejoraba. A veces la oía llorar mientras me abrazaba y, al fin, una noche cualquiera, la djin se sacrificó por mí; decidió dar su vida para que yo viviera. Se ahorcó con una soga gruesa en el olmo seco del patio. Y allá se quedó la djin, con su cuerpo tostado y delicioso balanceándose en el viento. Con sus ojos gigantes y agranados abiertos para siempre. Con su cuello roto. Allí permaneció durante días, custodiando la nada, observándola de cerca, palpándola con sus manos delicadas y ausentes, de cadáver, defendiéndola del ser. Porque la nada habita tras las grandes y también las pequeñas cosas, tras cada objeto y brizna de hierba; escondida, asustada, avergonzada de amar lo que sí es, lo que existe al otro lado de ella.

Yo me fui recuperando lentamente de aquella enfermedad virulenta. Cuando me sentí con suficientes fuerzas salí al patio, descolgué a la mujer del árbol, cavé sobre la tierra lo que quedaba de tarde y enterré bajo la mortecina luz de los tres soles ponientes a la última djin del planeta Bójum.

Lloré bajo la Vía Láctea el resto de la noche a la única mujer que amé en mi vida.

No sabía su nombre.

Ni siquiera éramos de la misma especie.

NOCHES DE CRISTAL

Greg Egan

Greg Egan (Perth, Australia, 1961) es uno de los escritores contemporáneos de ciencia ficción mejor valorados por crítica y lectores, uno de los maestros indiscutibles de la ciencia ficción «dura»; es decir, rigurosa desde el punto de vista científico. En España tiene publicadas las novelas *Cuarentena* (Gigamesh, 1992), *Ciudad Permutación* (Ediciones B, 1994), *El instante Aleph* (Gigamesh, 1995), *Diáspora* (AJEC, 1997), *Teranesia* (AJEC, 1999). y *Zendegi* (Bibliópolis, 2010), y las recopilaciones de relatos *Axiomático* (AJEC, 1995), *Luminoso* (Bibliópolis, 1998). y *Oceánico* (Cuásar, 2000). Su obra ha cosechado innumerables premios y galardones a lo largo de todo el mundo, entre otros los españoles Ignotus —en cuatro ocasiones— y el Xatafi-Cyberdark de la crítica especializada.

Sus historias se caracterizan por planteamientos siempre vanguardistas, una apabullante riqueza especulativa y una originalidad e inteligencia fuera de lo común. Suelen ser tramas complejas pese a su sencillez formal, que exigen al lector un cierto nivel de conocimiento especializado y giran en torno a la autoconsciencia y, más concretamente, cómo la tecnología influye en la percepción del «yo» a través de campos de estudio como la matemática, la física cuántica, la genética, la biotecnología, la inteligencia artificial, el poshumanismo y el pensamiento racional.

El siguiente relato, mucho más accesible de lo que en él suele ser habitual, da título a su colección *Crystal Nights and Other Stories* (2009) y resultó finalista del premio British Science Fiction. Narra la historia de un billonario que invierte toda su fortuna en el desarrollo de un potente computador con el que simular un universo al completo y erigirse en demiurgo absoluto. Evolución, inteligencia, libre albedrío y ética son algunos aspectos que trata este excepcional relato.

1

—¿Más caviar? —Daniel Cliff señaló el plato de servir y la tapa se irisó, pasando de opaca a transparente—. Está fresco, se lo prometo. Se lo han traído a mi chef en avión desde Irán esta mañana.

—No, gracias. —Julie Dehghani se llevó la servilleta a los labios y la dejó en su plato con un gesto que zanjaba la cuestión. El comedor daba al Golden Gate y la mayoría de la gente a la que Daniel invitaba se contentaba con pasar una hora o dos disfrutando simplemente de la vista, pero podía ver que ella se estaba cansando de su charloteo.

—Me gustaría enseñarle algo —dijo Daniel. La llevó hasta la sala de conferencias contigua. Sobre la mesa había un teclado inalámbrico; la pantalla gigante mostraba una interfaz de línea de comandos de Linux—. Siéntese —le sugirió.

Julie se sentó.

—Si se trata de una especie de prueba, debería haberme avisado —dijo ella.

—En absoluto —contestó Daniel—. No se las voy a hacer pasar canutas. Solo quiero que me diga qué le parece el rendimiento de esta máquina.

Ella frunció ligeramente el ceño, pero estaba dispuesta a seguirle el juego. Ejecutó algunos bancos de pruebas estándar. Daniel vio cómo entornaba los ojos delante de la pantalla, cómo prácticamente alargaba una mano hacia el sitio donde habría estado un monitor de mesa, como para poder comprobar de nuevo el número de dígitos de las FLOPS contándolos con el dedo. Había muchos más de los que esperaba, pero no estaba viendo doble.

—Es increíble —dijo—. ¿Puede ser que todo el edificio esté lleno de procesadores en red, y que solo el ático esté disponible para las personas?

—Dígame usted. ¿Es un clúster? —dijo Daniel.

—Hum. —Y eso que no se las iba a hacer pasar canutas, pero en realidad tampoco era para tanto. Ejecutó diferentes bancos de pruebas, basados en algoritmos que se podía demostrar que era imposible paralelizar; por muy inteligente que fuera el compilador, los pasos que requerían estos programas tenían que realizarse de forma secuencial por necesidad.

El número de FLOPS no se movió.

—Muy bien, hay un único procesador —dijo Julie—. Ha conseguido captar mi atención. ¿Dónde está?

—Dele la vuelta al teclado.

Metido en un puerto, había un módulo de color gris marengo de cinco centímetros cuadrados y cinco milímetros de grosor. Julie lo estudió, pero no llevaba el logotipo

del fabricante ni ninguna otra marca identificativa.

—¿Esto conecta con el procesador? —preguntó.

—No. Eso es el procesador.

—Está de broma. —Lo extrajo del puerto y la imagen se fue de la pantalla. Lo levantó y le dio la vuelta, aunque Daniel no estaba seguro de qué era lo que buscaba. Algún punto en el que meter un destornillador y desmontarlo, lo más seguro.

—Quien rompe paga, así que espero que le sobren unos cuantos cientos —dijo él.

—¿Unos cuantos cientos de miles? Ni por asomo.

—Unos cuantos cientos de millones.

Julie se sonrojó.

—Claro. Si fueran unos cuantos cientos de miles, todo el mundo tendría uno. — Lo dejó sobre la mesa y, por si acaso, lo empujó un poquito alejándolo del borde—. Como he dicho, ha conseguido captar mi atención.

Daniel sonrió.

—Le pido disculpas por el numerito.

—No, esto merecía el preámbulo. ¿Qué es exactamente?

—Un cristal fotónico tridimensional. Sin componentes electrónicos que lo ralenticen; totalmente óptico. La arquitectura se nanofabricó con un método sobre el que preferiría no darle mucho detalles.

—Me parece bien. —Se quedó pensando un momento—. Entiendo que no espera que compre uno. Mi presupuesto de investigación para los próximos mil años apenas lo cubriría.

—En el puesto que tiene ahora. Pero la universidad y usted no son inseparables.

—Entonces ¿esto es una entrevista de trabajo?

Daniel asintió.

Julie no pudo contenerse; cogió el cristal y lo volvió a estudiar, como si pensara que aún podía haber algún detalle discernible a simple vista.

—¿Puede darme una descripción del trabajo?

—Comadrón.

—¿De qué? —dijo riéndose.

—De la historia —dijo Daniel.

La sonrisa de Julie se desvaneció lentamente.

—Creo que es usted la mejor investigadora en el campo de la IA de su generación —dijo él—. Quiero que trabaje para mí. —Alargó la mano y le quitó el cristal—. Con esto como plataforma, imagine lo que podría hacer.

—¿Y qué querría que hiciera exactamente? —dijo Julie.

—Durante los últimos quince años —dijo Daniel—, ha declarado que el objetivo final de su investigación es crear una inteligencia artificial consciente de nivel humano.

—Así es.

—Entonces queremos lo mismo. Lo que yo quiero es que usted lo consiga.

Ella se pasó una mano por la cara; con independencia de lo que pensara, no podía negar que estaba tentada.

—Me complace que confíe tanto en mis posibilidades —dijo—. Pero tenemos que dejar claras algunas cosas. Este prototipo es asombroso y si en algún momento consigue bajar los costes de producción estoy segura de que tendrá algunas aplicaciones increíbles. Se comerá la predicción climática, la QCD en la malla, los modelos astrofísicos, la proteómica...

—Por supuesto. —En realidad Daniel no tenía intención de comercializar el dispositivo. Con sus propios fondos, le había comprado su parte del negocio al inventor del proceso de fabricación; no había ni accionistas ni directivos que le dictaran lo que tenía que hacer con la tecnología.

—Pero la IA —dijo Julie— es distinta. Estamos en un laberinto, no en una autopista; la velocidad por sí misma no puede llevarnos a ninguna parte. Por muchos exaFLOPS que tenga para probar, no van a reaccionar y alcanzar la conciencia de forma espontánea. No me retienen los ordenadores de la universidad; puedo acceder a la red del SHARCNET siempre que lo necesite. Lo que me retiene es mi propia falta de perspicacia para abordar los problemas a los que me enfrento.

—Un laberinto no es un callejón sin salida —dijo Daniel—. A los doce años escribí un programa para resolver laberintos.

—Y estoy segura de que funcionaba bien —le contestó Julie—, cuando se trataba de laberintos pequeños de dos dimensiones. Pero usted sabe cómo escalan esa clase de algoritmos. Ponga su viejo programa en este cristal, y aun así en una mañana podría diseñar un laberinto que le haría morder el polvo.

—Por supuesto —admitió Daniel—. Por eso precisamente estoy interesado en contratarla. Usted sabe muchísimo más que yo sobre el laberinto de la IA; cualquier estrategia que usted desarrollase sería infinitamente mejor que una búsqueda ciega.

—No estoy diciendo que me limite a dar palos de ciego —dijo ella—. Si fuera tan desalentador, estaría trabajando en un problema completamente distinto. Pero no veo qué cambiaría este procesador.

—¿Qué creó el único ejemplo de conciencia que conocemos? —preguntó Daniel.

—La evolución.

—Exactamente. Pero yo no quiero esperar tres mil millones de años, así que tengo que hacer que el proceso de selección sea mucho más refinado y que las fuentes de variación sean más concretas.

Julie asimiló todo esto.

—¿Quiere intentar hacer evolucionar una auténtica IA? ¿Una IA consciente de nivel humano?

—Sí. —Daniel vio cómo se le tensaba la boca, vio cómo se esforzaba por medir las palabras antes de hablar.

—Con el debido respeto —dijo—, no creo que lo haya pensado bien.

—Al contrario —le aseguró Daniel—. Llevo planeándolo veinte años.

—La evolución —dijo ella— gira en torno al error y la muerte. ¿Tiene idea de cuántas criaturas conscientes vivieron y murieron hasta llegar al *Homo sapiens*? ¿De cuánto sufrimiento acarreó?

—Parte de su trabajo sería minimizar el sufrimiento.

—¿Minimizarlo? —Parecía realmente indignada, como si esta proposición fuera aún peor que asumir alegremente que el proceso no plantearía ningún problema ético—. ¿Acaso tenemos derecho a infligirlo?

—Usted da gracias por existir, ¿no? A pesar de las tribulaciones de sus antepasados —dijo Daniel.

—Doy gracias por existir —le concedió ella—, pero en el caso humano el sufrimiento no lo causó nadie de forma deliberada, ni tampoco había ninguna alternativa, no podríamos haber surgido de ningún otro modo. Si realmente hubiera habido un creador justo, no me cabe duda de que habría seguido el Génesis al pie de la letra; tengo la absoluta certeza de que no habría usado la evolución.

—Justo y omnipotente —sugirió Daniel—. Por desgracia, la segunda cualidad es aún menos frecuente que la primera.

—No creo que la omnipotencia vaya a hacer falta para crear algo a nuestra propia imagen —dijo ella—. Solo un poco más de paciencia y autoconocimiento.

—Esto no será como la selección natural —insistió Daniel—. No será tan ciego, ni tan cruel, ni tan pródigo. Podrá intervenir tanto como usted desee, para tomar las medidas paliativas que considere oportunas.

—¿Medidas paliativas? —Se cruzaron las miradas y él vio cómo su expresión pasaba de la incredulidad a algo más oscuro. Ella se levantó y le echó un vistazo a su teléfono de pulsera—. Aquí no tengo cobertura. ¿Le importaría pedirme un taxi?

—Por favor, déjeme terminar —dijo Daniel—. Deme diez minutos más y el helicóptero la llevará al aeropuerto.

—Preferiría volver a casa por mi cuenta. —La mirada que le lanzó a Daniel dejó claro que no era negociable.

Él le pidió un taxi y se dirigieron hacia el ascensor.

—Sé que le parece moralmente cuestionable —dijo—, y lo respeto. Jamás se me ocurriría contratar a alguien que pensara que estas cuestiones son triviales. Pero si no lo hago yo, lo hará otro. Alguien con intenciones mucho peores que las mías.

—¿De verdad? —Ahora su tono era abiertamente sarcástico—. ¿Y cómo, exactamente, la mera existencia de su proyecto va a impedir que este hipotético bin Laden de la IA lleve adelante el suyo?

Daniel estaba decepcionado; esperaba que al menos comprendiera lo que estaba en juego.

—En esta carrera se decide entre la divinidad y la esclavitud —dijo—. Quien lo consiga primero será imparabile. No voy a ser el esclavo de nadie.

Julie entró en el ascensor; él la siguió.

—¿Sabe cuál dicen que es la versión moderna de la apuesta de Pascal? Hacerle la pelota a tantos transhumanistas como sea posible, no vaya a ser que alguno se convierta en Dios. Quizá su lema debería ser «Sea amable con todos los bots parlanchines, por si acaso alguno resulta que es el tío de la deidad».

—Seremos tan amables como sea posible —dijo Daniel—. Y no olvide que podemos determinar la naturaleza de estos seres. Se alegrarán de estar vivos y le estarán agradecidos a su creador. Podemos elegir esas características.

—Entonces ¿espera conseguir *übermenschen* que muevan la colita cuando les rasque detrás de las orejas? —dijo Julie—. Tal vez descubra que no siempre se puede tener todo.

El ascensor llegó al vestíbulo.

—Piénselo, no tome una decisión precipitada —dijo Daniel—. Puede llamarme a cualquier hora. —Esa noche no había ningún vuelo a Toronto; tendría que quedarse en un hotel, gastándose un dinero que no podía permitirse, pensando en la clase de sueldo que podría pedirle después de haberse hecho la dura. Si se replanteara mentalmente toda esta terquedad moral como una estrategia de negociación deliberada, podría tragarse su orgullo sin ningún problema.

Julie le ofreció la mano y él se la estrechó.

—Gracias por la cena —dijo.

El taxi estaba esperando. Él la acompañó por el vestíbulo.

—Si quiere ver una IA en el curso de su vida —le dijo—, esta es la única manera de que pase.

Ella se volvió hacia él.

—Puede que sea cierto. Ya veremos. Pero más vale dedicarle mil años y hacerlo bien, que una década y lograrlo con sus métodos.

Mientras veía cómo el taxi se perdía en la niebla, Daniel se obligó a aceptar la realidad: ella nunca iba a cambiar de opinión. Julie Dehghani había sido su primera opción, su colaboradora ideal. No podía fingir que no era un contratiempo.

De todas formas, nadie era irremplazable. Por mucho que le hubiera encantado haberla convencido, tenía muchos más nombres en su lista.

2

Daniel notó un hormigueo en la muñeca cuando llegó el mensaje. Bajó la mirada y

vio la palabra ¡AVANCE! flotando sobre la esfera de su reloj.

La reunión del consejo de administración casi había terminado; mantuvo la disciplina y permaneció concentrado otros diez minutos. Con WiddulHands.com había hecho sus primeros mil millones, y seguía siendo la red social preeminente para el grupo de edad de cero a tres años. Habían pasado quince años desde que fundó la compañía y desde entonces se había diversificado en muchas direcciones, pero no tenía intención de ceder el control.

Cuando terminó la reunión, dejó en blanco la pantalla gigante y estuvo medio minuto yendo de un lado para otro en la sala de conferencias vacía, moviendo el cuello y estirando los hombros. Entonces dijo:

—Lucien.

Lucien Crace apareció en la pantalla.

—¿Un avance importante? —preguntó Daniel.

—Desde luego. —Por educación, Lucien trataba de mantener el contacto visual con Daniel, pero había algo que le hacía desviar la mirada constantemente. Sin esperar una explicación, Daniel señaló la pantalla y esta le mostró exactamente lo que Lucien estaba viendo.

Un paisaje árido y rocoso se extendía hasta el horizonte. Esparcidas por las rocas había docenas de criaturas parecidas a cangrejos; algunas eran de un azul intenso, otras de un rosado como de coral, aunque estos no eran colores que los habitantes del lugar fueran a ver, eran solo marcadores de especie añadidos a la vista para facilitar su interpretación. Mientras Daniel observaba, gruesas gotas de lluvia corrosiva cayeron mansamente desde una nube pasajera. Tenía que ser el entorno más desapacible de todo Zafiro.

Lucien seguía visible en un pequeño recuadro de la pantalla.

—¿Ve los azules junto al lago volcánico? —dijo. Trazó un círculo en la imagen para orientar a Daniel.

—Sí. —Había cinco azules rodeando a un rosa solitario; con un gesto Daniel amplió la vista y los enfocó. Los azules habían abierto en canal el cuerpo de su prisionero, pero no estaba muerto; Daniel estaba seguro porque no hacía mucho los rosas habían adquirido una cualidad que hacía que sus cuerpos se hicieran papilla en el momento en que espiraban.

—Han encontrado una forma de estudiarlo —dijo Lucien—. De mantenerlo vivo y estudiarlo.

Ya desde el principio del proyecto, Daniel y él habían decidido concederles a los Fitos la posibilidad de observar y manipular sus propios cuerpos tanto como fuera posible. En el mundo del ADN, solo se pudo acceder al funcionamiento interno de la anatomía y de la herencia una vez que se inventó una tecnología muy sofisticada. En Zafiro, los obstáculos se habían diseñado para que fueran mucho menores. Aquí las

unidades básicas de la biología eran «cuentas», pequeñas esferas que poseían un puñado de propiedades sencillas pero ninguna bioquímica interna compleja. Las cuentas eran más grandes que las células del mundo del ADN y la óptica sin difracción de Zafiro hacía que fueran visibles a simple vista si uno contaba con la visión adecuada. Los animales obtenían cuentas a partir de su dieta, mientras que en las plantas se reproducían en presencia de luz solar, pero, a diferencia de las células, ellas mismas no mutaban. Las cuentas en el cuerpo de un Fito podían reorganizarse con relativa facilidad, lo que posibilitaba una especie de automodificación con la que ningún cirujano o protésico humano podía competir, y de hecho esta habilidad era esencial al menos en una fase de la vida de todo Fito: la reproducción suponía que dos Fitos juntaran las cuentas que tenían de más y luego colaboraran para «esculpir las» dando lugar a una cría, en parte copiando directamente los planos actuales de sus respectivos cuerpos.

Obviamente estos cangrejos no sabían nada de los principios abstractos de la ingeniería y del diseño, pero los beneficios del ensayo y error, de la autoexperimentación y del plagio entre especies les habían conducido a una guerra por la innovación cada vez más intensa. Los rosas habían sido los primeros en impedir que sus cadáveres fueran despojados de sus secretos, al dar con una manera de hacer que literalmente se deshicieran in extremis; ahora parecía que los azules habían encontrado el modo de evitarlo y se estaban entregando a la vivisección entendida como espionaje industrial.

A Daniel le asaltó un profundo sentimiento de lástima por el rosa en apuros, pero no le hizo caso. No era solo que dudara de que los Fitos fueran más conscientes que los cangrejos normales, es que era evidente que tenían una relación con la integridad del cuerpo radicalmente distinta. El rosa se resistía porque sus diseccionadores eran de una especie distinta; si hubieran sido sus primos puede que no hubiera opuesto ninguna resistencia. Cuando pasaba algo a pesar de tus deseos, era desagradable por definición, pero sería absurdo imaginar que el rosa sufría la clase de agonía que padecería un antílope que estuviera siendo despellejado por unos chacales, y mucho menos que experimentaba los terrores existenciales de un ser humano que hubiera sido capturado y mutilado por una tribu hostil.

—Esto va a darles una ventaja tremenda —dijo Lucien con entusiasmo.

—¿A los azules?

Lucien negó con la cabeza.

—No a los azules sobre los rosas; a los Fitos sobre la vida tradicional. Las bacterias pueden intercambiar genes, pero este tipo de mimética activa no tiene precedente sin un soporte cultural. Puede que Da Vinci observara a los pájaros en vuelo y esbozara sus planeadores, pero nunca un lémur diseccionó el cuerpo de un águila para luego robarle sus trucos. Van a tener habilidades innatas tan potentes

como ramas enteras de la tecnología humana. Todo esto antes incluso de tener lenguaje.

—Hum. —Daniel también quería ser optimista, pero empezaba a desconfiar de las exageraciones de Lucien. Este tenía un doctorado en programación genética, pero se había hecho un nombre con FoodExcuses.com, un servicio web que buscaba en la literatura médica e improvisaba justificaciones cuasi científicas para que te entregaras a tus vicios culinarios favoritos. Poseía la clase de palabrería tecnológica que podía desangrar fácilmente a los capitalistas de riesgo, y aunque Daniel admiraba ese talento en el lugar oportuno, ahora que Lucien estaba en su nómina esperaba que la proporción entre perspicacia y majadería fuera más alta.

Los azules se alejaban de su prisionero. Mientras Daniel observaba, el rosa selló sus heridas y se escabulló hacia un grupo de su propia especie. Los azules acababan de ver detalladamente la anatomía del sistema respiratorio que les había estado dando a los rosas una ventaja en el aire enrarecido de este altiplano. Unos cuantos azules lo probarían y si les funcionaba, toda la tribu lo copiaría.

—Bueno, ¿qué le parece? —preguntó Lucien.

—Selecciónalos —dijo Daniel.

—¿Solo a los azules?

—No, a los dos. —Con el tiempo, los azules solos podrían haber llegado a divergir en subespecies rivales, pero hacer que les acompañaran sus viejos oponentes les ayudaría a mantenerse alerta.

—Hecho —contestó Lucien. En un instante se borraron diez millones de Fitos, y los pocos miles de azules y rosas de esta región yerma heredaron el planeta. Daniel no sintió ningún remordimiento; las extinciones que decretaba eran sin duda las más inocuas de la historia.

Ahora que el mundo ya no precisaba la vigilancia humana, Lucien liberó el cristal y dejó que la simulación avanzara a toda prisa; las herramientas automatizadas les avisarían cuando se produjera el próximo acontecimiento interesante. Daniel vio cómo iba aumentando la población a medida que la especie que había elegido se extendía y recolonizaba Zafiro.

¿Estarían furiosos con él los descendientes lejanos de estas criaturas, por este acto de «genocidio» que les había permitido florecer y prosperar? Parecía poco probable. En cualquier caso, ¿qué otra cosa podía hacer? No podía ponerse a fabricar nuevos cristales cada vez que surgía una rama inútil en el árbol evolutivo. A quinientos millones de dólares cada uno, nadie era lo bastante rico como para permitirse el lujo de mantener un número exponencial de refugios de animales virtuales.

Era un creador justo, pero no era omnipotente. Su meticulosa poda era la única manera.

3

En los meses que siguieron se avanzó a trompicones. En varias ocasiones, Daniel tuvo que rebobinar la historia, revocar sus decisiones y probar una nueva ruta. Mantener con vida todas las variantes de Fitos no era práctico, aunque sí guardaba la suficiente información para resucitar especies desaparecidas cuando le conviniera.

El laberinto de la IA seguía siendo un laberinto, pero la velocidad del cristal les fue muy útil. Apenas dieciocho meses después de lanzar el Proyecto Zafiro, los Fitos mostraban una teoría de la mente básica: sus actos demostraban que podían deducir lo que otros sabían acerca del mundo, y percibirlo como algo distinto a lo que ellos mismos sabían. Otros investigadores en el campo de la IA habían introducido a mano algo parecido en sus programas; Daniel estaba convencido de que su versión estaba mucho mejor integrada y era mucho más sólida. El software creado por humanos era frágil e inflexible; sus Fitos se habían forjado en la vorágine del cambio.

Daniel vigilaba de cerca a sus rivales, pero nada de lo que veía le daba motivos para dudar de su enfoque. Sunil Gupta estaba amasando una fortuna gracias a un motor de búsqueda que podía «comprender» cualquier tipo de texto, audio y vídeo, valiéndose de técnicas de lógica difusa de hacía por lo menos cuarenta años. Daniel respetaba la visión comercial de Gupta, pero en el caso poco probable de que su software llegara alguna vez a ser consciente, la simple crueldad de haberlo obligado a tragarse el interminable flujo y reflujo de blogorrea seguro que hacía que se volviera en contra de su creador y llevara a cabo una venganza que haría que *Terminator* pareciera una merienda en el campo. Angela Lindstrom estaba teniendo cierto éxito con su cursi AfterLife, en el que clientes moribundos concedían entrevistas íntimas a un software que luego construía avatares capaces de conversar con los familiares del difunto. Y Julie Dehghani seguía malgastando su talento, desarrollando software para robots que jugaban con bloques de colores junto a niños humanos, y aprendían idiomas con voluntarios adultos imitando las interacciones del lenguaje infantil. Su profecía de que se tardarían mil años en «hacerlo bien» parecía que iba por buen camino.

Cuando el segundo año del proyecto tocaba a su fin, Lucien se ponía en contacto con Daniel una o dos veces al mes para anunciarle un nuevo avance. Creando entornos que imponían las presiones de selección apropiadas, Lucien había generado una sucesión de nuevas especies que usaban herramientas sencillas, construían refugios rudimentarios e incluso domesticaban plantas. Más o menos seguían teniendo forma de cangrejos, pero como mínimo eran tan inteligentes como los chimpancés.

Los Fitos trabajaban juntos gracias a la observación y la imitación, guiándose y repreniéndose mutuamente con un repertorio limitado de gestos y gritos, pero de

momento no tenían nada que realmente pudiera llamarse lenguaje. Daniel se impacientaba; para que sus criaturas fueran más allá de un puñado de habilidades especializadas, tenían que ser capaces de establecer correspondencias entre cualquier objeto, cualquier acción, cualquier posibilidad que pudieran encontrarse en el mundo, y su habla y sus pensamientos.

Daniel convocó a Lucien y los dos trataron de encontrar una manera de avanzar. Ajustar la anatomía de los Fitos para otorgarles la capacidad de generar vocalizaciones más sutiles era fácil, pero en sí mismo no era más útil que pasarle una batuta a un chimpancé. Tenían que dar con la forma de hacer que las capacidades de planificación y comunicación sofisticadas fueran una cuestión de supervivencia.

Al final, Lucien y él se decidieron por una serie de modificaciones en los entornos que ofrecían a las criaturas la oportunidad de ponerse a la altura de las circunstancias. Casi todas estas situaciones empezaban con una hambruna. Lucien arruinaba las cosechas principales y luego ofrecía una recompensa palpable por cualquier mejora colocando un nuevo fruto tentador en una rama que estaba justo fuera de su alcance. A veces esa metáfora casi podía tomarse al pie de la letra: introducía una planta con un ciclo de vida complejo que requería un procesamiento delicado para hacerla comestible, o una nueva presa que era inteligente y agresiva, pero que al final merecía la pena cazar por su valor nutritivo.

Una y otra vez los Fitos no superaban la prueba, y algunas especies concretas llegaron a extinguirse. Daniel observaba consternado; no se había vuelto sentimental, pero siempre se había jactado de que había fijado sus estándares por encima de las extravagantes crueldades de la naturaleza. Contempló la posibilidad de ajustar la fisiología de las criaturas para que la inanición provocara una muerte más rápida y compasiva, pero Lucien señaló que si acertaba este período de intensa motivación estaría reduciendo sus posibilidades de éxito. Cada vez que un grupo se extinguía, una nueva remesa de primos mutados surgía del polvo para ocupar su lugar; sin esa intervención, Zafiro habría sido un desierto en unos pocos días de tiempo real.

Daniel cerró los ojos ante la masacre y confió en que el tiempo y los números dieran resultado. Al fin y al cabo, eso era lo que había comprado con el cristal: cuando todo lo demás fallara, podría dejar de fingir que sabía cómo conseguir sus objetivos y sencillamente probar una mutación aleatoria tras otra.

Pasaron los meses, en los que el hambre se llevó a la tumba a cientos de millones de tribus. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Si les daba leche y miel, estas criaturas seguirían siendo gordas y estúpidas hasta el día en que muriera. El hambre las inquietaba, las empujaba a buscar y a esforzarse, y aunque a cualquier espectador humano le tentaría teñir tal comportamiento con su paleta emocional, Daniel se decía que el sufrimiento de los Fitos era baladí, poco más que el instinto que hacía que su propia mano se apartara de una llama antes incluso de que llegara a registrar ningún

malestar.

No eran iguales a los humanos. Todavía no.

Y si se ablandaba, nunca llegarían a serlo.

Daniel soñó que estaba en Zafiro, pero no se veían Fitos por ninguna parte. Delante de él había un monolito negro y brillante; un chorrillo de pus supuraba de una grieta en su lisa superficie de obsidiana. Alguien le sujetaba de la muñeca e intentaba obligarle a que metiera la mano en un foso hediondo que había en el suelo. Sabía que el foso estaba lleno hasta arriba de cosas que no quería ver, y mucho menos tocar.

Dio vueltas en la cama hasta que se despertó, pero la sensación de presión en la muñeca no desapareció. Se la producía el reloj. El estómago se le encogió al fijarse en el mensaje de una sola palabra que acababa de recibir. Lucien no se habría atrevido a despertarle a estas horas por un resultado común y corriente.

Daniel se levantó, se vistió y se sentó en su despacho mientras se tomaba un café. No sabía por qué le costaba tanto llamar. Había estado esperando este momento más de veinte años, pero no sería la cima de su vida. Después de esta, habría otras mil cumbres, cada una el doble de espléndida que la anterior.

Se bebió el café y se quedó sentado un rato más, masajeándose las sienes, asegurándose de que tenía la cabeza despejada. No recibiría esta nueva era con cara de sueño, medio dormido. Grababa todas sus llamadas, pero esta en concreto la guardaría para la posteridad.

—Lucien —dijo. Apareció la imagen del hombre, sonriente—. ¿Hemos tenido éxito?

—Están hablando entre ellos —contestó Lucien.

—¿De qué?

—De comida, tiempo, sexo, muerte. Del pasado, del futuro. De todo. No cierran la boca.

Lucien le mandó transcripciones por el canal de datos y Daniel les echó un vistazo. El software de lingüística no se limitaba a observar el comportamiento de los Fitos y a correlacionarlo con los sonidos que emitían; miraba directamente en sus cerebros virtuales y seguía el flujo de la información. Su tarea no era ni mucho menos trivial, y nada garantizaba que sus traducciones fueran perfectas, pero Daniel no creía que pudiera inventarse todo un idioma y crear estas conversaciones jugosas y detalladas de la nada.

Hojeó los resúmenes estadísticos, los análisis técnicos de la estructura lingüística y los extractos de los millones de conversaciones que el software había registrado. «Comida, tiempo, sexo, muerte». Como diálogos humanos las traducciones habrían parecido totalmente banales, pero en su contexto eran fascinantes. No se trataba de bots parlanchines siguiendo cadenas de Markov, diseñados para impresionar a los

jueces en un test de Turing. Los Fitos hablaban de cuestiones que realmente regían su vida y su muerte.

Cuando Daniel extrajo una página de temas de conversación en orden alfabético, le llamó la atención una de las entradas: *Dolor*. Le dio al vínculo y se pasó unos cuantos minutos leyendo algunos ejemplos que ilustraban la aparición del concepto después de la muerte de un hijo, de un padre o de un amigo.

Se masajeó los párpados. Eran las tres de la mañana; todo desprendía una claridad insoportable, del tipo que solo podía darse por la noche. Se volvió hacia Lucien.

—No más muertes.

—¿Jefe? —dijo Lucien sorprendido.

—Quiero hacerlos inmortales. Que evolucionen culturalmente; que sean sus ideas las que vivan y mueran. Que modifiquen sus propios cerebros, una vez que sean lo suficientemente inteligentes; ya pueden ajustar el resto de su anatomía.

—¿Dónde va a meterlos a todos? —preguntó Lucien.

—Puedo permitirme otro cristal. Tal vez otros dos.

—Con eso no llegará muy lejos. Con la tasa de natalidad actual...

—Tendremos que recortar su fertilidad de forma drástica, ir reduciéndola hasta que desaparezca del todo. Después, si quieren empezar a reproducirse de nuevo tendrán que innovar de verdad. Tendrían que enterarse de que existe un mundo exterior y comprender su extraña física lo bastante como para diseñar un nuevo soporte físico al que poder emigrar.

Lucien frunció el ceño.

—¿Cómo vamos a controlarlos? ¿Cómo vamos a moldearlos? Si no podemos seleccionar a los que queremos...

—No voy a discutirlo —dijo tranquilamente Daniel. Pensara lo que pensase de él Julie Dehghani, no era un monstruo; si creía que estas criaturas eran tan conscientes como él, no iba a sacrificarlas como ganado, o quedarse de brazos cruzados y dejarlas morir «de forma natural», cuando podía reescribir las reglas de este mundo a su antojo.

—Los moldearemos a través de sus memes —dijo—. Eliminaremos los memes malos y ayudaremos a que se propaguen los que queremos que prosperen. —Aun así, tendría que mantener un férreo control sobre los Fitos y su cultura, o de lo contrario nunca podría confiar en ellos. Si no iba a educarlos literalmente en la lealtad y la gratitud, tampoco iba a hacerlo con sus ideas.

—No estamos preparados para nada de esto —dijo Lucien—. Vamos a necesitar un nuevo software, nuevas herramientas de análisis e intervención.

Daniel se hizo cargo.

—Congela el tiempo en Zafiro. Y dile al equipo que tienen dieciocho meses.

Daniel vendió sus acciones de WiddulHands e hizo construir dos cristales más. Uno era para mantener una mayor población en Zafiro, para que entre los Fitos inmortales hubiera una reserva de diversidad lo más grande posible; el otro era para ejecutar el software (que Lucien había apodado como la Policía del Pensamiento) necesario para seguir de cerca lo que estaban haciendo. Si observadores humanos hubieran tenido que monitorizar y moldear a cada momento la cultura que se estaba desarrollando, las cosas se habrían ralentizado hasta un ritmo glacial. En cualquier caso, no era fácil automatizar totalmente el proceso y Daniel prefirió pecar de precavido, con lo que la Policía del Pensamiento congelaba Zafiro y se lo notificaba siempre que la situación se volvía demasiado delicada.

Si los Fitos recibieron el final de la muerte con una mezcla de perplejidad y regocijo, el final de la procreación no fue tan fácil de aceptar. Las parejas en celo seguían intentando esculpir sus cuentas sobrantes para generar su descendencia, pero cuando todas las tentativas resultaron tan inútiles como si se hubieran puesto a moldear muñecos con arcilla, les llevó a una mezcla de perseverancia y angustia que era penoso presenciar. Los humanos estaban acostumbrados a no lograr concebir, pero esto era más parecido a tener un mortinato tras otro. Incluso cuando Daniel intervino para modificar los instintos básicos de los Fitos, una especie de inercia cultural o emocional hizo que muchos de ellos siguieran intentándolo. Aunque sus nuevos instintos les pedían que simplemente juntaran sus cuentas sobrantes y lo dejaran ahí, ellos continuaban con la antigua versión del acto, desesperados y confundidos, intentando convertir un amasijo inútil en algo que estuviera vivo y respirara.

«Pasad página», pensó Daniel. «Olvidadlo». La pena que podían darle estos seres tenía un límite; al fin y al cabo eran inmortales y llenarían la galaxia con sus hijos, si es que en algún momento se espabilaban.

Los Fitos todavía no tenían escritura, pero habían desarrollado una fuerte tradición oral, y algunos de ellos expresaban su duelo por las viejas costumbres con palabras elegíacas. La Policía del Pensamiento identificó esos memes y se aseguró de que no se extendieran mucho. Algunos Fitos prefirieron suicidarse antes que vivir en el nuevo mundo estéril. Daniel sentía que no tenía derecho a detenerlos, pero misteriosos obstáculos dificultaban la labor a los que de modo irresponsable intentaban idealizar o alentar este tipo de actos.

Los Fitos solo podían morir por voluntad propia, pero los que conservaron el deseo de vivir no tenían libertad para pasarse la eternidad tumbados a la bartola. Daniel decretó que no hubiera más hambrunas devastadoras, pero no abolió el hambre en sí misma, y mantuvo la suficiente presión sobre el suministro de alimentos

y otros recursos para obligar a los Fitos a seguir innovando, perfeccionando la agricultura y desarrollando el comercio.

La Policía del Pensamiento identificó y cultivó las semillas de la escritura, las matemáticas y las ciencias naturales. La física de Zafiro era una versión simplificada del modelo de mundo de un juego, no tan arbitraria como para ser incoherente, pero tampoco tan profunda y compleja como para necesitar la física de partículas para llegar a comprenderla. A medida que el tiempo del cristal se aceleraba y los inmortales procuraban consolarse comprendiendo su mundo, Zafiro no tardó en tener su Euclides y su Arquímedes, su Galileo y su Newton; sus ideas se extendieron con una eficacia sobrenatural, lo que provocó un torrente de matemáticos y astrónomos.

Las estrellas de Zafiro eran solo un telón de fondo como el de un planetario, presentes solo para ayudar a que los Fitos entendieran bien las nociones de heliocentrismo e inercia, pero su luna era tan real como el propio mundo. La tecnología necesaria para alcanzarla iba a tardar en llegar un tiempo, pero no importaba; Daniel no quería que se anticiparan. Allí les esperaba una sorpresa, y prefería que la biotecnología y la informática florecieran antes de que afrontaran esa revelación.

Entre la ausencia de fósiles, la limitada biodiversidad de Zafiro y las poco sutiles injerencias externas que tenían que borrarse, a los Fitos no les resultaba fácil llegar a una ambiciosa visión darwiniana de la biología, pero su habilidad innata con las cuentas les daba una ventaja práctica. Con un poco de estímulo, empezaron a hacer pequeños ajustes en sus cuerpos, corrigiendo algunas anomalías anatómicas poco prácticas que se les habían pasado por alto en su fase preconsciente.

Mientras refinaban sus conocimientos y sus técnicas, Daniel les dejó que pensaran que estaban trabajando para restaurar la fertilidad; después de todo, era la verdad, aunque su objetivo estuviera unas cuantas revoluciones conceptuales más lejos de lo que se imaginaban. Los humanos habían tenido que echar por tierra sus ingenuas ideas sobre una piedra filosofal, pero, aun así, al final habían logrado la transmutación nuclear.

Él esperaba que los Fitos se transmutaran a sí mismos: que inspeccionaran sus propios cerebros, los entendieran y empezaran a mejorarlos. Era una tarea monumental para cualquiera; ni siquiera Lucien y su equipo, que veían a las criaturas desde el punto de vista de un dios, estaban cerca de conseguirlo. Pero cuando el cristal se ejecutaba a toda velocidad, los Fitos podían pensar millones de veces más rápido que sus creadores. Si Daniel podía evitar que se desviaran del rumbo, todo lo que la humanidad pudo haber concebido como los frutos de milenios de progreso, ahora era solo cuestión de meses.

—Estamos teniendo dificultades para entender el idioma —dijo Lucien.

Daniel estaba en la oficina de Houston; había ido a Texas para una serie de reuniones de las que esperaba obtener un dinero muy necesario con las licencias del proceso de fabricación del cristal. Habría preferido quedarse con la tecnología para él solo, pero estaba casi seguro de que les llevaba demasiada ventaja a sus rivales como para que alguno pudiera cogerle.

—¿Qué quieres decir con «estamos teniendo dificultades»? —preguntó Daniel. Lucien acababa de informarle hacía solo tres horas y no le había avisado de ninguna crisis inminente.

La Policía del Pensamiento, le explicó Lucien, había hecho bien su trabajo: había fomentado el meme de la automodificación neural todo lo posible, y ahora una forma eficaz de «mejora cerebral» se extendía por todo Zafiro. Requería una «receta» detallada pero no hacía falta ninguna ayuda tecnológica; las mismas habilidades innatas para observar y manipular las cuentas que los Fitos habían utilizado para copiarse a sí mismos durante la reproducción eran suficiente.

Todo esto entraba dentro de lo que Daniel esperaba, pero había un serio inconveniente. Los Fitos mejorados estaban adoptando un nuevo y complejo idioma y el software de análisis no podía entenderlo.

—Ralentízalos más —sugirió Daniel—. Dale más tiempo a la lingüística para que se ejecute.

—Ya he congelado Zafiro —le contestó Lucien—. La lingüística lleva ejecutándose una hora, sacándole el máximo partido a un cristal entero.

—Podemos ver exactamente qué le han hecho a sus cerebros —dijo Daniel molesto—. ¿Cómo es que no podemos comprender los efectos sobre el idioma?

—En el caso general —dijo Lucien—, deducir un idioma solo a partir de la anatomía neural es computacionalmente intratable. Con el idioma antiguo, tuvimos suerte; tenía una estructura simple y existía una correlación muy alta con elementos de conducta obvios. El nuevo idioma es mucho más abstracto y conceptual. Puede que ni siquiera tengamos nuestros propios correlatos para la mitad de los conceptos.

Daniel no tenía intención de dejar que los acontecimientos de Zafiro se le fueran de las manos. Una cosa era esperar que los Fitos acabaran haciendo malabares con la física del mundo real que de momento estaba más allá de su comprensión, pero cualquier niño de diez años inteligente podía comprender las leyes de su universo actual, y su tecnología aún estaba lejos de la astronáutica.

—Mantén Zafiro congelado y estudia los registros de los primeros Fitos que introdujeron esta mejora. Si entendían lo que estaban haciendo, nosotros también podremos hacerlo.

Al final de la semana, Daniel firmó el acuerdo de licencia y voló de vuelta a San Francisco. Lucien le informaba a diario y a petición de Daniel contrató a otra docena

de lingüistas computacionales para que le ayudaran con el problema.

Después de seis meses, estaba claro que no estaban yendo a ninguna parte. Los Fitos que habían inventado la mejora habían tenido una gran ventaja en el momento de ponerse a cacharrear con sus cerebros: para ellos no había sido un ejercicio puramente teórico. No se habían puesto a mirar diagramas anatómicos para luego razonar de qué manera mejorar el diseño. Habían experimentado los efectos de miles de pequeños cambios experimentales y los resultados habían determinado su intuición respecto al proceso. Muy poca de esa intuición se había verbalizado en voz alta, y mucho menos puesto por escrito y formalizado. Y el proceso de descifrar esas intuiciones a partir de una vista meramente estructural de sus cerebros era tan complejo como descifrar el idioma en sí mismo.

Daniel no podía esperar más. Con el cristal prácticamente en el mercado y otras tecnologías comparables a punto de dar sus frutos, no podía permitir que su ventaja se desvaneciera.

—Necesitamos que los propios Fitos actúen como traductores —le dijo a Lucien—. Tenemos que idear una situación en la que haya un grupo lo bastante grande que opte por no mejorarse, de modo que el idioma antiguo se siga utilizando.

—Entonces, necesitamos que alrededor de un veinticinco por ciento rechace la mejora —sugirió Lucien—. Y necesitamos que los Fitos mejorados quieran mantenerlos informados de lo que está pasando, en unos términos que todos podamos entender.

—Exactamente —dijo Daniel.

—Creo que podemos frenar la aceptación de la mejora —reflexionó Lucien—, mientras fomentamos un meme tradicionalista que diga que es mejor crear puentes entre las dos culturas y los dos idiomas que sustituir completamente lo antiguo con lo nuevo.

El equipo de Lucien se puso a trabajar, primero haciéndole algunos ajustes a la Policía del Pensamiento para la nueva tarea y luego reiniciando el propio Zafiro.

Parecía que sus esfuerzos habían dado el resultado deseado: los Fitos se vieron forzados a valorar la idea de mantener un vínculo con su pasado, y mientras que los Fitos mejorados prosperaron con rapidez, también se esforzaron por mantener informados a los que no habían mejorado.

En cualquier caso, no dejaba de ser un apaño, y Daniel no estaba contento con la idea de tener que conformarse con una versión diluida, en plan Zafiro para tontos, de los logros intelectuales de los Fitos. Lo que en realidad quería era que alguien le informara directamente desde dentro, como una versión Fito de Lucien.

Era hora de empezar a pensar en entrevistas de trabajo.

Lucien estaba ejecutando Zafiro más lento de lo normal, para darle a la Policía del

Pensamiento una ventaja computacional ahora que habían perdido tantos datos de vigilancia en bruto, pero incluso a la velocidad reducida, los Fitos mejorados solo tardaron seis días de tiempo real en inventar los ordenadores, primero como un formalismo matemático y poco después como una sucesión de máquinas prácticas.

Daniel ya le había pedido a Lucien que le avisara si algún Fito adivinaba la verdadera naturaleza de su mundo. Anteriormente, unos cuantos se habían aventurado a hacer algunas especulaciones metafísicas que no estaban muy lejos de la verdad, pero ahora que comprendían perfectamente la idea de computación universal, finalmente estaban en condiciones de concebir el cristal como algo más que una fantasía infundada.

El mensaje llegó justo después de medianoche, cuando Daniel se estaba preparando para meterse en la cama. Entró en su despacho, activó la herramienta de intervención que Lucien había desarrollado para él y especificó un número de serie para el Fito en cuestión.

La herramienta le indicó a Daniel que le diera un nombre de persona a su interlocutor, para facilitar la comunicación. La mente de Daniel se quedó en blanco, pero después de esperar veinte segundos el propio software le propuso uno: Primo.

Primo era un Fito mejorado y no hacía mucho había construido su propio ordenador. Poco después, la Policía del Pensamiento le había oído hablar con una pareja de amigos no mejorados sobre una posibilidad graciosa que se le había ocurrido.

Zafiro se ralentizó hasta alcanzar un ritmo humano, luego Daniel tomó el control de un avatar de Fito y la herramienta se las ingenió para que se encontraran, haciendo que los dos se quedaran a solas en un refugio que Primo se había construido. De acuerdo con el estilo arquitectónico del momento, el edificio de madera en realidad seguía vivo, autorreparándose y anclado a la tierra por sus raíces.

—Buenos días —dijo Primo—. Creo que no nos conocemos.

Que un desconocido entrara en el refugio de alguien sin invitación no era exactamente saltarse el protocolo, pero Primo estaba disimulando su sorpresa; en este mundo de inmortales, en el que no había aviones de pasajeros, era raro encontrarse con desconocidos en algún sitio.

—Soy Daniel. —La herramienta se inventaría un nombre Fito para que Primo lo oyera—. Anoche te oí hablando con tus amigos sobre tu nuevo ordenador. Preguntándote lo que estas máquinas podrían hacer en el futuro. Preguntándote si podrían llegar a ser lo bastante potentes para contener todo un mundo.

—No te vi allí —contestó Primo.

—No estaba allí —le explicó Daniel—. Vivo fuera de este mundo. Construí el ordenador que contiene este mundo.

Primo hizo un gesto que la herramienta anotó como divertido, y dijo unas cuantas

palabras en el idioma mejorado. «¿Insultos? ¿Una broma? ¿Una prueba para la omnisciencia de Daniel?». Daniel decidió marcarse un farol y actuar como si las palabras no tuvieran importancia.

—Que llueva —dijo. Una fuerte lluvia empezó a caer sobre el tejado del refugio—. Que deje de llover. —Daniel señaló con una pinza hacia una olla grande que había en un rincón de la habitación—. Arena. Flor. Fuego. Jarra de agua. —La olla le complació, adoptando una tras otra cada una de las formas.

—Muy bien —dijo Primo—. Te creo, Daniel. —Daniel había tenido alguna experiencia leyendo directamente el lenguaje corporal de los Fitos y Primo le parecía razonablemente tranquilo. Quizá cuando uno era tan viejo como él y había sido testigo de tantos cambios, una revelación como esta era mucho menos impresionante de lo que lo hubiera sido para un humano en los albores de la era de la información.

—¿Creaste este mundo? —le preguntó Primo.

—Sí.

—¿Determinaste nuestra historia?

—En parte —dijo Daniel—. Muchas cosas han dependido de la suerte, o de vuestras propias decisiones.

—¿Impediste que siguiéramos teniendo hijos? —preguntó Primo.

—Sí —admitió Daniel.

—¿Por qué?

—No queda sitio en el ordenador. Era eso, o muchas más muertes.

Primo reflexionó un momento.

—Entonces, si lo hubieras querido, ¿podrías haber impedido la muerte de mis padres?

—Podría devolverles la vida, si es lo que quieres. —No era mentira; Daniel había almacenado instantáneas detalladas de todos los últimos Fitos mortales—. Pero todavía no; solo cuando haya un ordenador más grande. Cuando haya sitio para ellos.

—¿Podrías resucitar a sus padres? ¿Y a los padres de sus padres? ¿Y así hasta el principio de los tiempos?

—No. Esa información se perdió.

—¿Qué quieres decir con lo de esperar a que haya un ordenador más grande? —dijo Primo—. Podrías impedir, perfectamente, que el tiempo pase para nosotros, y volver a iniciarlo solo cuando tu nuevo ordenador esté construido.

—No —dijo Daniel—. No puedo. Porque os necesito para que construyáis el ordenador. No soy como vosotros: no soy inmortal y mi cerebro no se puede mejorar. Yo lo he hecho lo mejor que he podido, ahora necesito que vosotros lo hagáis aún mejor. Eso solo puede pasar si estudiáis la ciencia de mi mundo y se os ocurre una forma de crear esta nueva máquina.

Primo se acercó a la jarra de agua que Daniel había hecho aparecer por arte de

magia.

—Me parece que estabas mal preparado para la tarea que te encomendaste. Si hubieras esperado a tener la máquina que realmente necesitabas, nuestras vidas no habrían sido tan duras. Y si una máquina como esa no podía construirse en el curso de tu vida, ¿qué le iba a impedir a tus nietos asumir esa tarea?

—No tenía elección —insistió Daniel—. No podía dejar vuestra creación en manos de mis descendientes. Se avecina una guerra entre mi gente. Necesitaba vuestra ayuda. Necesitaba aliados firmes.

—¿No tienes amigos en tu propio mundo?

—Vuestro tiempo avanza más rápido que el mío. Necesitaba la clase de aliados que solo vosotros, con tiempo, podéis llegar a ser.

—¿Qué quieres exactamente de nosotros? —dijo Primo.

—Que construyáis el nuevo ordenador que necesitáis —contestó Daniel—. Para que aumentéis en número, para que os hagáis más fuertes. Y luego me elevéis, me hagáis más grande de lo que era, como yo he hecho con vosotros. Cuando se gane la guerra, la paz reinará para siempre. Juntos, controlaremos un millar de mundos.

—¿Y qué quieres de mí? —le preguntó Primo—. ¿Por qué te diriges a mí y no a todos nosotros?

—La mayoría de la gente —dijo Daniel— no está preparada para oír esto. Es mejor que todavía no conozcan la verdad. Pero necesito una persona que pueda trabajar para mí directamente. Puedo ver y oír todo lo que pasa en tu mundo, pero te necesito para que le des sentido. Te necesito para que entiendas las cosas por mí.

Primo guardó silencio.

—Te di la vida —dijo Daniel—. ¿Cómo puedes rechazarme?

6

Daniel se abrió paso entre la pequeña multitud de manifestantes reunida en la entrada de su torre de San Francisco. Podía haber llegado y haberse marchado en helicóptero, pero sus asesores de seguridad habían investigado a esta gente y habían concluido que no representaban ninguna amenaza importante. Un poco de mala prensa no le preocupaba; ya no estaba vendiendo nada que el público pudiera boicotear directamente, y a ninguna de las empresas con las que trataba parecía preocuparle que su reputación se viera empañada por hacer negocios con él. No se había saltado ninguna ley y no había confirmado ningún rumor. Cuatro ciberófilos radicales ondeando pancartas que decían ¡EL SOFTWARE NO ES TU ESCLAVO! no significaban nada.

Aun así, si llegaba a descubrir cuál de sus empleados había filtrado los detalles del proyecto, le rompería las piernas.

Daniel estaba en el ascensor cuando le llegó un mensaje de Lucien: ¡LA LUNA MUY

PRONTO! Paró el ascensor y lo redirigió hacia el sótano.

Ahora los tres cristales se ubicaban en el sótano, a escasos centímetros del Parque: una cámara de vacío que contenía un microscopio de fuerza atómica con cincuenta mil puntas movibles de forma independiente, sistemas de láseres de estado sólido y fotodetectores, y miles de micropocillos con muestras de todos los elementos químicos estables. La latencia entre Zafiro y esta máquina tenía que ser lo más corta posible para que los Fitos pudieran realizar experimentos en la física del mundo real mientras su propio mundo se ejecutaba a toda velocidad.

Daniel acercó un taburete y se sentó junto al Parque. Si no iba a ralentizar Zafiro, era inútil aspirar a observar los acontecimientos mientras se desarrollaban. Lo más seguro es que viera una repetición del alunizaje cuando subiera a su despacho, pero para cuando lo visionara ya sería historia antigua.

Decir que era «un paso de gigante» sería quedarse corto; allí donde alunizaran los Fitos, se encontrarían con un extraño monolito negro. En su interior estarían los medios para manejar el Parque; no tardarían mucho en aprenderse los controles, o en comprender lo que esto significaba. Si tardaban más de la cuenta en entender lo que habían encontrado, Daniel le había dado instrucciones a Primo para que se lo explicara.

La física del mundo real era mucho más compleja que la física a la que estaban acostumbrados los Fitos, pero, por otro lado, tampoco ningún humano había llegado a conocer todos los detalles de la teoría cuántica de campos, y la Policía del Pensamiento ya había animado a los Fitos a que desarrollaran la mayoría de las matemáticas que necesitarían para empezar. En cualquier caso, no importaba si los Fitos tardaban más que los humanos en descubrir los principios científicos del siglo xx, y en ir más allá. Visto desde fuera, sería cuestión de horas, días, semanas como mucho.

Se encendió una fila de indicadores luminosos; el Parque estaba activo. A Daniel se le secó la garganta. Por fin los Fitos estaban saliendo de su propio mundo para entrar en el suyo.

Un panel encima de la máquina mostraba histogramas que clasificaban los experimentos que los Fitos habían realizado hasta el momento. Para cuando Daniel le prestó atención, ya habían descubierto los tipos de enlace que se podían formar entre varios átomos y habían construido miles de pequeñas moléculas. Mientras observaba, llevaron a cabo análisis espectroscópicos, construyeron nanomáquinas sencillas y fabricaron dispositivos que eran, sin lugar a dudas, elementos de memoria y puertas lógicas.

Los Fitos querían tener hijos y ahora comprendían que esta era la única forma de conseguirlo. Pronto estarían construyendo un mundo en el que no solo serían más numerosos, sino que serían más rápidos y más inteligentes de lo que lo habían sido en

el cristal. Y esa solo sería la primera de mil iteraciones. Estaban construyendo su camino hacia la divinidad, y en su ascenso elevarían a su propio creador.

Daniel salió del sótano y se dirigió a su despacho. Cuando llegó llamó a Lucien.

—Han construido un ordenador a escala atómica —le anunció Lucien—. Y le han introducido un software bastante complejo. Pero no parece ser la digitalización de nadie. Por lo menos no una copia directa a nivel de las cuentas. —Sonaba nervioso; Daniel le había prohibido ralentizar Zafiro, a riesgo de fastidiar los experimentos, de modo que incluso con la ayuda de los informes de Primo le costaba trabajo mantenerse al corriente de todo.

—¿Puedes modelar su ordenador y luego modelar lo que está haciendo el software? —sugirió Daniel.

—Solo tenemos seis físicos atómicos en el equipo; en ese sentido los Fitos ya nos superan en número y deben de andar por los seis mil. Para cuando tengamos cualquier esperanza de entender esto, ellos ya estarán haciendo algo distinto.

—¿Qué dice Primo? —La Policía del Pensamiento no había conseguido meter a Primo en ninguna de las expediciones lunares, pero Lucien le había concedido el poder de hacerse invisible y teletransportarse a cualquier parte de Zafiro o a la base lunar. Allí donde se produjera la acción, tenía libertad para escuchar a hurtadillas.

—Primo tiene problemas para comprender gran parte de lo que oye; ni siquiera los mejorados son eruditos universales y expertos instantáneos en todo tipo de jerga. Lo esencial es que la gente del Proyecto Lunar ha construido un ordenador muy rápido en el Mundo Exterior, y les va a ayudar con el problema de la fertilidad... de algún modo. —Lucien se rió—. Eh, puede que los Fitos hagan lo mismo que hicimos nosotros: ver si pueden hacer evolucionar algo lo bastante inteligente como para echarles una mano. Eso estaría guay, ¿no?

A Daniel no le hizo gracia. A la larga, alguien tenía que trabajar de verdad; si los Fitos se limitaban a escurrir el bulto, toda la iniciativa se vendría abajo como un esquema piramidal.

Daniel tenía algunas reuniones de trabajo que no podía posponer. Para cuando se hubo librado de todas las pamplinas, ya era por la tarde. Los Fitos ya habían construido una especie de diminuto acelerador de estado sólido, y estaban estudiando la estructura interna de los protones y los neutrones bombardeándolos con electrones de alta velocidad. Un ordenador atómico conectado a varios detectores se encargaba del análisis de los datos, procesando los resultados más rápido de lo que podría hacerlo cualquier ordenador que estuviera en el mundo. Los Fitos ya habían entendido el modelo de quarks estándar. ¿Quizá fueran a saltarse la digitalización en nanocomputadoras e ir directamente a una especie de femtomáquina?

Sin embargo, los resúmenes de los informes de Primo no mencionaban el uso en informática de la interacción nuclear fuerte. Simplemente seguían satisfaciendo su

curiosidad sobre las leyes fundamentales. Daniel se acordó de su historia. Ya antes habían hurgado hasta llegar a lo que parecían los cimientos de la física, solo para descubrir que esas sencillas reglas no tenían nada que ver con la realidad fundamental. Tenía sentido que intentaran profundizar todo lo posible en los misterios del Mundo Exterior antes de atreverse a fundar una colonia, y no digamos ya a emigrar en masa.

Al atardecer los Fitos estaban sondeando los alrededores del Parque con varios tipos de radiación. Los niveles eran muy bajos, definitivamente demasiado bajos para poner en peligro los cristales, así que Daniel no vio la necesidad de intervenir. El Parque, en sí mismo, no tenía un suministro eléctrico enorme, no contenía radioisótopos, y la Policía del Pensamiento haría sonar las alarmas y que intervinieran expertos humanos si se ponía en marcha algún tipo de experimento de fusión casero, así que Daniel estaba bastante seguro de que los Fitos no podrían hacer ninguna estupidez y volarlo todo por los aires.

Los informes de Primo dejaban claro que ellos pensaban que se consagraban a una especie de «astronomía». Daniel se preguntaba si debería darles acceso a instrumentos para hacer observaciones serias, del tipo que les permitiría comprender la gravedad relativista y la cosmología. Pero aunque comprara tiempo en un gran telescopio, solo en apuntarlo los Fitos tardarían una eternidad. No iba a ralentizar Zafiro y hacerse viejo mientras ellos exploraban el cielo; lo siguiente sería que se pusieran a lanzar sondas espaciales en misiones de treinta años. ¿Tal vez había llegado el momento de aumentar el nivel de colaboración y pasarles algunos libros de astronomía y mapas estelares? La cultura humana tenía sus propios logros, ganados con mucho esfuerzo, que los Fitos no podían igualar fácilmente.

A medida que avanzaba la noche, los Fitos volvieron a centrarse en el mundo subatómico. Una nueva clase de acelerador empezó a colisionar iones de oro individuales a niveles de energía extraordinarios, aunque la potencia total consumida seguía siendo minúscula. Primo no tardó en anunciar que habían cartografiado las tres generaciones de quarks y leptones. El conocimiento de la física de partículas de los Fitos se estaba equiparando con el de la humanidad; Daniel ya no podía seguir los detalles técnicos, pero los expertos le daban su aprobado a todo lo que pasaba. Daniel se llenó de orgullo; claro que sus hijos sabían lo que estaban haciendo, y si habían llegado al punto en el que momentáneamente podían hacerle un lío, no tardaría en pedirles que se tomaran un respiro y le pusieran al día. Antes de permitirles emigrar, ralentizaría los cristales y se presentaría a todos ellos. De hecho, esa podría ser la ocasión perfecta para plantearles su nueva tarea: comprender la biología humana, lo suficiente para digitalizarle. Hacerle inmortal, para pagar su deuda con él.

Se puso a ver imágenes de los últimos ordenadores de los Fitos, reconstrucciones basadas en los datos que se transmitían hacia y desde las puntas del AFM. Inmensos

entramados de átomos resplandecientes se extendían hasta perderse en la distancia; las nubes electrónicas que los unían temblaban como gotas de mercurio en un ábaco líquido y surrealista. Mientras observaba, una ventanita le comunicó que los aceleradores de iones se habían rediseñado y habían vuelto a arrancar.

Daniel se inquietó. Se dirigió hacia el ascensor. En el sótano no podía ver nada que no pudiera ver desde su despacho, pero quería estar cerca del Parque, poner la mano en la carcasa, pegar la nariz contra el cristal. La era de Zafiro como un mundo virtual sin consecuencias en el suyo tocaba a su fin; quería estar junto a la cosa misma y que le recordaran que era tan sólida como él.

El ascensor bajó, pasando por la décima planta, la novena, la octava. Sin avisar, la voz de Lucien surgió desde el reloj de Daniel, el audio prioritario atravesando todas las barreras de privacidad y protocolo.

—Jefe, hay radiación. Ganancia de potencia neta. Diríjase al helicóptero, ahora.

Daniel vaciló, pensó en discutirlo. Si se trataba de fusión, ¿por qué no la habían detectado y restringido? Le dio un golpe al botón de parada y notó cómo se activaron los frenos. Entonces el mundo se deshizo en partículas de brillo y dolor.

7

Cuando Daniel emergió de la neblina opiácea, un doctor le informó de que tenía quemaduras en el sesenta por ciento de su cuerpo. Más a causa del calor que de la radiación. No se iba a morir.

Junto a la cama había un terminal de red. Daniel llamó a Lucien y se enteró de las conclusiones provisionales de los físicos del equipo, una vez estudiados los últimos datos del Parque que habían salido del sótano.

Parecía que los Fitos habían descubierto el campo de Higgs y habían diseñado un estallido de algo similar a la inflación cósmica. Pero lo que habían hecho no era tan sencillo como limitarse a inflar una diminuta región de vacío hasta crear un nuevo universo. No solo se las habían arreglado para crear un «Big Bang frío», habían introducido un buen trozo de materia ordinaria en el universo de bolsillo que habían creado y, después, el agujero de gusano que conducía hasta él se había encogido hasta alcanzar un tamaño subatómico y había atravesado la Tierra.

Por supuesto, se habían llevado consigo los cristales. Si hubieran intentado copiarse a sí mismos en el universo de bolsillo a través del enlace de datos lunar, la Policía del Pensamiento los habría detenido. De modo que habían emigrado por una ruta totalmente distinta. Se habían procurado su propio sustrato y habían salido pitando.

Había división de opiniones sobre lo que contendría exactamente el nuevo universo. Los cristales y el Parque flotando en un vacío, sin ninguna fuente de

energía, supondría que los Fitos habían realmente muerto, pero algunos miembros del equipo creían que también podría haber un delgado plasma de protones y electrones, creado por una forma de decaimiento de Higgs que eludía la insoportable bola de fuego de quarks y gluones de un Big Bang caliente. Si habían construido las nanomáquinas adecuadas, existía la posibilidad de que hubieran convertido el Parque en una estructura que podría proteger los cristales, mientras los Fitos dormían durante la larga espera hasta que brotaran las primeras estrellas.

Las minúsculas muestras de piel que los médicos habían tomado crecieron finalmente hasta convertirse en láminas lo bastante grandes para injertarlas. Daniel alternaba entre un dolor que iba y venía como una marea oscura y una euforia medicinal, pero una idea le acompañó durante todo el turbulento viaje, como una estrella guía: «Primo le había traicionado». Le había dado la vida al muy hijo de puta, le había concedido poder y conocimientos privilegiados, le había colmado de favores propios de dioses. ¿Y cómo se lo había pagado? Lo había perdido todo. Había hablado con sus abogados; después de haber oído rumores sobre «una fuente de radiación ilegal», la compañía de seguros no iba a pagar por los cristales sin luchar.

Lucien fue al hospital, en persona. Daniel se conmovió; no se habían visto cara a cara desde la entrevista de trabajo. Le dio la mano.

—Tú no me traicionaste.

Lucien pareció avergonzado.

—Dimito, jefe.

Daniel estaba dolido, pero se obligó a aceptar la noticia estoicamente.

—Lo entiendo; no tienes elección. A estas alturas Gupta tendrá su propio cristal. En la guerra de los dioses, tienes que ponerte del lado de los ganadores.

Lucien le dejó la carta de dimisión en la mesilla.

—¿Qué guerra? ¿Sigue aferrándose a esa fantasía en la que unos superzumbados luchan por convertir la Luna en computronio?

—¿Fantasía? —dijo Daniel parpadeando—. Si no creías en ello, ¿por qué trabajaste conmigo?

—Usted me pagaba. Muchísimo.

—En ese caso, ¿cuánto te pagará Gupta? Te daré el doble.

Divertido, Lucien negó con la cabeza.

—No voy a trabajar para Gupta. Voy a dedicarme a la física de partículas. Los Fitos no nos llevaban tanta ventaja cuando escaparon; tal vez cuarenta o cincuenta años. Cuando los alcancemos, supongo que un universo privado costará más o menos lo que una isla privada; a la larga puede que menos. Pero en este caso no va a haber nadie luchando por controlarlo, esparciendo plagas grises como simios lanzando zurullos mientras elaboran sus proyectos de cerebros matrioska.

Daniel dijo:

—Si coges cualquier dato de los registros del Parque...

—Respetaré todas las cláusulas de confidencialidad de mi contrato —dijo Lucien con una sonrisa—. Pero cualquiera puede interesarse por el campo de Higgs; es de dominio público.

Después de que se marchara, Daniel sobornó a la enfermera para que le subiera la medicación, hasta tal punto que incluso la punzada de la traición y la decepción empezó a disiparse.

«Un universo», pensó alegremente. «Pronto tendré un universo para mí solo».

«Pero voy a necesitar empleados, algunos aliados, algunos compañeros. No puedo hacerlo todo yo solo; alguien tiene que llevar el peso».

EN EL FILO

Ramón Muñoz

Ramón Muñoz (Madrid, 1971) es ingeniero técnico de Obras Públicas y técnico superior en Prevención de Riesgos Laborales. Compagina su actividad profesional con la escritura, centrada hasta el momento en el relato corto de ciencia ficción y la novela histórica. En 1998 inició su andadura con «Días de tormenta», un crudísimo relato sobre el negocio de fabricación de prótesis para heridos de una olvidada guerra del mañana. Con el excepcional retrato psicológico de «Bajando» obtuvo el premio Alberto Magno en 1999 y con «D de destructor», el Domingo Santos de ese mismo año. Seguirían historias magníficas como «El paso del mar calmo», «Hades», «Arañas», «Los sirvientes», «Proteo en el escenario», «Survillión», «Transformándose», «Arquitectura fascista» y «Las sombras peregrinas», una originalísima incursión en un subgénero nuevo, el de la fantasía costumbrista rural. En 2004 ganó el premio Ignotus de Novela Corta por «Imperio» y en tres ocasiones el Pablo Rido, por «Los cazadores de nubes». (2001), «En la casa del veneno». (2005) y «Hacia el Survillión». (2007).

Buena parte de su obra se encuentra recogida en *Transformándose* (Mandrágora, 2007), una de esas antologías imprescindibles de autor único, como *El círculo de Jericó* de César Mallorquí, *Besos de alacrán* de León Arsenal y *Sagrada* de Elia Barceló. Además, ha colaborado como articulista y crítico literario en diversas revistas y en el ensayo *De profundis* (Artifex Ediciones, 2000). Recientemente ha publicado su primera novela histórica: *La tierra dividida* (Pàmies, 2012), y ya prepara la segunda.

Muñoz gusta ambientar sus historias en un futuro próximo, que describe con un particular estilo hiperrealista, introspección obsesiva y un soberbio manejo del lenguaje al servicio de la trama. Narraciones intimistas y trascendentes que dibujan un mundo al borde del apocalipsis, donde moran personajes que han perdido totalmente el rumbo de sus vidas.

«En el filo» es buen ejemplo de lo anterior. Se inicia como una investigación por parte de un inspector de policía caído en desgracia de unas muertes sospechosas acaecidas en una ciudad flotante del mar de China, tras una Gran Guerra de la que se ofrecen escasos detalles. Un cuento que supone el retorno a la primera línea del género de un excelente prosista, un ejemplo que esperemos sigan pronto otros importantes narradores españoles.

—Pensaba que sería más pequeña —dijo Yang.

El alcalde le miró extrañado.

—¿Le parece grande, inspector Yang? En esta época del año hay menos personas que de costumbre. Y aún faltan los pescadores. A estas horas están afuera faenando.

Yang se dio la vuelta. Echó la colilla a un charco de la marea. Nadie lo notaría. La playa ya estaba llena de basura. Basura y botes desfondados.

—Menuda suerte. Esto me llevará mucho tiempo.

—Así es la vida —repuso filosóficamente el alcalde—. ¿Tiene otro cigarrillo?

Caminaron de vuelta a los coches. Ninguno tenía buen aspecto. A medida que iba acumulando años el auto de Yang era asignado a funcionarios de cada vez menor categoría, mientras que al vehículo del alcalde le habían arrancado los asientos de atrás a fin de ampliar el maletero. Para el contrabando, pensó Yang distraído.

La administración civil se reducía a siete cabañas de chapa ondulada y planchas de aglomerado zarandeadas por el viento. En la que ocupaba el alcalde hervía una tetera encima del hornillo. Montones de legajos amenazaban con hacer colapsar las estanterías.

—¿No tienen policía local? ¿Alguien que me ayude?

—Lo lamento, inspector Yang, el presupuesto que tenemos apenas basta para darnos de comer. Es una región pobre, ¿sabe?, nunca hemos llegado a recuperarnos del todo de la ocupación vietnamita. Algunas veces viene un regimiento del ejército y se acuartela aquí cerca. Pero ellos prefieren ocuparse de sus asuntos.

«Y esperas que yo haga lo mismo —se dijo Yang—. Que resuelva el problema y me vaya, sin entrometerme en vuestros sórdidos trapicheos».

—¿Y un censo? ¿Tiene un mapa de la ciudad?

El alcalde vertió el agua caliente en dos tazas desparejadas. La habitación se llenó de vapor. Cuando se hubo aclarado, el hombre echó sendas bolsitas de té en las tazas.

—La ciudad cambia cada día, aunque puedo señalarle algunos barcos que suelen ocupar los mismos sitios. Hay un censo del año 28, pero ya no vale para nada. Es lo único de lo que disponemos, inspector Yang. El prefecto nos exige actualizaciones cada año y tenemos que inventárnoslas. La gente no colabora.

—Será difícil, alcalde Chen.

—Sí, por eso pedimos ayuda. Nosotros solos no podemos hacer nada.

Yang sorbió su té. En la ventana las embarcaciones atracadas ocupaban la bahía desde la playa hasta el espumoso horizonte. Junto al porche, extendido a unos pasos del muelle, giraba un torbellino de desperdicios. Era un día gris y torpe. Ideal para quedarse en la cama.

—Esto es una desgracia para mí —gruñó—. Acabo de casarme.

—¿A su edad? —exclamó sorprendido el alcalde. La mirada furiosa de Yang hizo que bajara la suya—. Quiero decir que ha tenido mucha fortuna. Cuesta mucho

encontrar a una chica decente en estos tiempos.

—Ella es birmana —explicó Yang, preguntándose al mismo tiempo por qué sentía la necesidad de hacerlo—. Vino hace un mes. Nos casamos el sábado.

—Ah, sí, he oído que ahora las traen de allá. También es una buena solución. Una solución excelente. Déjeme que saque unas copas y brindemos. Una boda es siempre una gran noticia. Una magnífica noticia.

Yang aceptó el licor. Fuerte y aromático. Aquella botella debía de proceder del porcentaje que el alcalde aceptaba a cambio de hacer la vista gorda, o quizá de uno de los cargamentos que él mismo enviaba al interior.

Dedicó una hora a hojear los documentos que había en la oficina. Inútiles. La ciudad ni siquiera tenía un nombre. Había crecido como una mala hierba aprovechando que nadie miraba.

Cuando se cansó pidió al alcalde que le acompañase al muelle. La borrasca agitaba a los barcos como si tratara de sacudirles el polvo. Superpuesta al rumor del oleaje consiguió escuchar la regañina de una madre a sus hijos. Un chico pasó junto a ellos haciendo reverencias y bajó por la escalerilla. Había un fueraborda amarrado debajo de la pasarela. El chico arrancó el motor.

—Es mi secretario —dijo su acompañante—. Es mongol. Un auténtico jinete de las estepas.

—Está un poco lejos de casa, ¿no cree?

—¿Y quién no está lejos de casa en estos tiempos? —repuso el alcalde.

La barca era larga. Estrecha. Yang se acomodó de la mejor manera que pudo. Unos altavoces lejanos escupían empalagosas baladas que lamentaban el amor perdido.

Su primera impresión fue de caos absoluto. Los sampanes alternaban con deteriorados yates de recreo. Había mercantes herrumbrados que difícilmente soportarían nuevas travesías y multitud de balsas cubiertas por lonas alquitranadas. En la distancia distinguió un conjunto de palafitos y destellos de alambres de espino. Y barcos grandes, enormes. Cargueros. El agua tenía una película de grasa por encima. De vez en cuando una gaviota la rompía a la caza de un resto a la deriva vagamente comestible.

—Aquí abandonaron muchos barcos durante la Gran Guerra, hasta que a los refugiados se les ocurrió ocuparlos. Fíjese en todo lo que hay. Y se supone que yo soy el alcalde. Vaya broma, ¿eh?

Se detuvieron al lado de un viejo pesquero. El casco había sido pintado y repintado en diversas ocasiones, pero la corrosión seguía ganando terreno. El secretario lanzó un silbido agudo y prolongado. Una mujer se asomó por la cubierta. Les tiró una escala de cuerda y los tres hombres ascendieron uno detrás de otro. El alcalde y su secretario con facilidad. Yang, en cambio, subió despacio, quejándose

continuamente de su lumbago. Estaba mareado. Notaba el *congee* del desayuno dando vueltas en su estómago, amargo y pesado.

La cubierta estaba repleta de cajones y canastas en las que vivían una docena larga de gatos famélicos. El alcalde pidió a la mujer que les condujera enseguida al escenario del crimen. Ella le ignoró. Sin embargo a Yang le hizo caso enseguida. Sería el porte del traje comprado por correo o el bulto impertinente del arma.

La escalera olía a verduras hervidas. Las paredes eran un puro encaje de pintadas, la mayoría obscenas. Los camarotes originales, la bodega y la sala de máquinas habían sido vaciados y divididos con biombos. Cada cubículo tenía el tamaño justo para que una familia pudiera dormir apretándose en el suelo.

Antes de que la mujer se la señalase, Yang supo cuál era la habitación. Había aprendido a reconocer el perfume de la muerte durante los años de servicio. Unas pocas moscas patinaban en las manchas de las esteras y el biombo. Había una lámina colgada en la que agitaba las caderas una famosa cantante de la década anterior. Unas gotas de sangre salpicadas adornaban el cuello de la joven como un collar barato.

—¿Dónde está el cadáver?

El alcalde repitió la pregunta a la mujer. Transmitió la respuesta a Yang encogiéndose de hombros, como si confirmara el desprecio que sentía desde antiguo por aquellas personas.

—Lo tiraron al mar.

—¿Cómo dice?

—Ya ve. Dice que olía mal.

—Mierda.

La vivienda era tan reducida que podía examinarse casi de un único vistazo. No había huellas de proyectiles en las paredes. La disposición de las salpicaduras sugería más bien una cuchillada en una arteria importante. Probablemente la yugular. Sacó unas fotos de las paredes y las envió al laboratorio con la esperanza de que el forense aceptase examinarlas en uno de sus ratos libres. El arcón con las pertenencias del muerto había sido forzado. Revolvió basura inútil y harapos. Comprobó el interior por si había un doble fondo. Nada.

—Parece un vulgar robo.

—Si fuera un simple robo ni siquiera nos hubieran avisado, inspector Yang. Estos han visto u oído algo que se sale de lo corriente y están asustados. Pero descuide, seguirán mudos como estatuas. Si se le ocurre interrogarles, apuesto a que todos los del barco dirán que habían salido a visitar a unos parientes precisamente esa noche.

—Es el cuarto homicidio en quince días —intervino el secretario—. Muy extraño. Yang asintió.

—Pregunte a la mujer dónde está la familia del difunto. Habla un dialecto *gàn* demasiado cerrado para mí.

La mujer escuchó con cara de concentración. La respuesta fue tan escueta que Yang se quedó esperando a que continuara. No lo hizo.

—Dice que vivía solo.

—Qué estúpida —repuso el alcalde—. Aquí nadie vive solo.

—Pues ella dice que vivía solo. Desde luego el cuarto se ve bastante desahogado.

—Entonces es peor todavía.

—¿Por qué?

—Porque debía de ser el soldado de a bordo. El protector del barco, el que impone el orden. A esos no los matan por casualidad.

—Un ajuste de cuentas —sugirió Yang—. ¿Hay bandas organizadas en la ciudad?

—Al menos cien —dijo el alcalde—. Que yo conozca. Cada embarcación grande tiene su propia tríada, aunque normalmente no se enfrentan entre sí, salvo que sea por un asunto importante.

Yang dejó al alcalde con la palabra en la boca. Había distinguido detrás del arcón un parche de brea taponando una vieja vía de agua. Una sección del parche estaba ligeramente levantada y se arrodilló para meter los dedos por la hendidura. Al otro lado había un hueco de las dimensiones de una pelota de tenis que alguien había perforado en la brea. Con mucho esfuerzo logró introducir cuatro dedos y agarrar los tesoros que guardaba. Sacarlos le costó otra ración de sudores y varias rozaduras en la muñeca. Se levantó con una sonrisa de satisfacción. «Sigo teniendo bien afilada la vista», pensó.

—¿Qué ha encontrado?

Uno de los objetos era una pistola minúscula. Yang había visto unas cuantas en su época, antes de que pasaran de moda. Podían disparar una única bala y cabían en la boca. No pudo reconocer el otro objeto. Era una bola broncea, pequeña. Tenía el tacto suave. Pesaba bastante.

—Consíganme una bolsa limpia. Me los llevo.

—Es raro que los asesinos no descubrieran el escondrijo.

—Tendrían prisa. Los criminales suelen tenerla. ¿Cree que valdrá la pena interrogar a los posibles testigos?

—Ya se lo he dicho, inspector Yang. Sería una pérdida de tiempo. Una completa pérdida de tiempo. A no ser que les ofrezcamos unos yuanes. Entonces sí hablarán.

—¿Usted los tiene?

—¿Yo? Ojalá tuviera. Pensaba que...

—No nos dan fondos para ofrecer recompensas. —Iba a decir que en su ciudad los policías solían recibir sobornos, no repartirlos, pero se contuvo—. Mejor nos vamos. Quiero estudiar estas pruebas con calma.

El viento había arreciado. Yang tembló imaginando la vuelta a los barracones. Seguía mareado y el viaje desde la capital de la prefectura había sido duro. Miró la

acumulación de mástiles, velas, cuerdas de tender cargadas de ropa, que le rodeaban por todas partes. Y en lontananza la presencia remota de la orilla. Volvió a preguntarse por qué el comisario Zhang le había elegido para llevar el caso. No recordaba haberle ofendido tan gravemente para merecer un castigo de este calibre.

El secretario permanecía de pie apoyado en el coche, con los brazos cruzados. Debía de haber poco trabajo que hacer. Yang marcó el número. Al cabo de un minuto Maaja apareció entre la estática que cruzaba la pantalla.

—¿Cómo estás?

Daba igual la fórmula que escogiera para iniciar la conversación. El desarrollo siempre era el mismo. Maaja comenzaba a hablar aceleradamente en birmano, intercalando las pocas frases en mandarín que había aprendido, de modo que el señor Yang pudiera hacerse una remota idea de qué demonios estaba diciendo. Después se callaba de golpe. Ya había dicho lo que tenía que decir.

—Muy bien. Adiós. Volveré a llamarte en cuanto pueda.

Regresó deprimido al coche. Había que darle tiempo al tiempo. Era demasiado pronto.

—¿Conoces algún sitio en la ciudad donde pudiera quedarme a dormir?

—¿No está a gusto en la casa del alcalde?

—No me respondas con otra pregunta. ¿Lo conoces o no?

La verdad es que estaba harto de la cama plegable. El colchón estaba desgarrado y los muelles asomaban por varios sitios. Además, las digestiones del alcalde eran complicadas y sus ronquidos insoportables.

—Hay una viuda que vive sola. Quizá acepte un inquilino. Pero no sé si le conviene. El tiempo está muy raro.

—Sobreviviré. Estoy seguro de que vivir en la ciudad sería una gran ayuda para la investigación.

Llevaba una semana trabajando y los resultados brillaban por su ausencia. Cada tarde iban a uno de los barcos en los que se había producido un homicidio. Las pruebas se habían esfumado. Los testigos se contradecían entre sí o callaban. En la bañera de uno de ellos encontraron a una muchacha borrando con denuedo las últimas pistas que podrían haberle sido de utilidad. «Soy la encargada de limpiar», explicó indignada cuando la reprendieron. Necesitaba cambiar de sistema. Necesitaba contactos, ponerse al alcance de los soplones que nunca faltaban en estos casos. En la brigada exigirían pronto un informe.

El secretario le devolvió a la explanada para que recogiera sus cosas y de allí fueron al embarcadero. Había anochecido, y por la noche volvían los pescadores. Un nuevo barrio se acurrucaba en las afueras de la bahía. Junto al petrolero abandonado las luces dibujaban un dragón de fuego que se apagaría poco antes del alba. Entonces

Yang tenía la sensación de estar surcando una metrópolis de verdad. Una metrópolis con sus calles y sus avenidas. Con plazas y parques de algas. Los cascos de las embarcaciones parecían ballenas dormidas. Las ristras de bombillas reflejaban en el agua líneas incandescentes que ellos seccionaban al pasar. Iban los tres en la lancha. El alcalde no había puesto ninguna objeción a que el inspector se mudara. Debía de estar tan cansado de Yang como Yang de él.

El barco era un velero de buen tamaño que había cambiado las velas y los mástiles por paneles solares y antenas parabólicas. Mientras subían por la escala de cuerda repicaron los cascabeles cosidos a los cabos. Se abrió la puerta y salió una mujer de mediana edad que tenía rasgos occidentales. A pesar de la baja temperatura solo llevaba puesta una bata de fantasía.

—Vas a volverme sorda con esos silbidos tuyos —dijo, dirigiéndose al secretario. Reconoció enseguida al alcalde, pero a Yang le estudió detenidamente—. ¿A qué venís? Es tarde.

—Buenas noches, Eileen. El señor necesita alojamiento y sabemos que tienes espacio de sobra. ¿Te importa que se quede unas semanas?

—Sí que me importa. ¿Por qué iba a hacerle yo ese favor?

Yang iba a mencionar el alquiler que estaba dispuesto a pagar, pero el alcalde le retuvo con la mano.

—Vamos, Eileen. El inspector está realizando una importante investigación. Seguro que quieres ayudar.

Yang captó un leve tono de amenaza en el comentario. La mujer pareció darse por enterada.

—¿También he de ocuparme yo de su comida?

—Descuida, el inspector Yang pagará los gastos que ocasione.

Se despidieron con unos maquinales apretones de manos. Cogió la bolsa de deporte con sus pertenencias y acompañó abajo a la mujer. Había un saloncito con una mesa y sillas, y una diminuta cocina adosada. El aroma del *ramen* instantáneo era un cambio bienvenido respecto al olor a bolsitas de té usadas que impregnaba cada rincón de la chabola del alcalde. En la pared había colgados unos hologramas temblorosos que mostraban panorámicas de los jardines más famosos de Suzhou. Los restantes cuartos estaban separados por cortinas traslúcidas. Distinguió una cama revuelta, una mesilla cubierta de botellas de perfume y unas cajas medio tapadas con mantas, al fondo.

—Siéntese —dijo ella señalando una silla—. ¿Va a cenar?

—Sí, gracias.

La mujer retiró la cazuela del hornillo. Mientras sacaba los platos comentó con fingida indiferencia:

—He oído que le llamaban inspector.

—Lo soy. Me han enviado de la prefectura para investigar los recientes homicidios.

—Es verdad, últimamente matan a más gente que de costumbre —reconoció ella—. Lo que me extraña es que a ese puerco del alcalde le preocupe el asunto. Normalmente se limita a anotar el nombre del muerto y volver a su cuchitril a dormir la siesta. —Colocó dos platos sobre la mesa—. Tenga, es poco pero tendrá que conformarse. Había preparado cena para uno.

Comieron en silencio. La mujer miraba alternativamente los calendarios y sus uñas, evitando mirar a Yang a la cara. Llevaba muy poco maquillaje. A aquellas horas ya no tenía ningún interés en disimular su verdadera edad.

Recogió los platos y echó los cubiertos en el atestado fregadero. Yang trató de ayudar, pero ella le hizo desistir con un gesto de la mano. Tenía razón. La ración había sido escasa. Yang se puso enseguida a escarbar entre los dientes con un palillo en busca de una partícula extra de alimento.

Eileen pasó a través de las cortinas y regresó con un colchón inflable completamente deshinchado. Desplazaron la mesa donde habían comido, la mujer le entregó un fuelle. Le indicó dónde había que insertarlo. Volvió a salir. Esta vez llevó un cubo para que Yang se apañara durante la noche.

—Después de usarlo tírelo por la borda. No quiero malos olores en mi casa.

Asintió como un niño pillado en falta. El esfuerzo de hinchar el colchón le había hecho sudar. Su piel, de por sí amarillenta, parecía cera medio derretida.

—¿Puedo preguntarle a qué se dedica, señorita...?

—Eileen. Me llamo Eileen Huei.

—Encantado de conocerla. Yo soy el inspector Yang.

—El placer es mío. ¿Y por qué quiere saber a qué me dedico?

—Bueno, si voy a vivir aquí me gustaría saber sobre qué tipo de asuntos tendré que hacerme el desentendido.

La mujer sonrió. Abrió un cajón y sacó un edredón y unas sábanas remendadas.

—Tenga, se las compré a la familia de un pescador que murió de cirrosis y aún huelen a pis de borracho. Le servirán, si no es demasiado escrupuloso. En lo referente a mis actividades, descuide, no hago nada serio. A veces ayudo a pasar contrabando, a veces compro objetos robados y los revendo, y a veces me prostituyo, depende de la demanda que haya.

Contempló a Yang como si le desafiara a echarle algo en cara.

—¿Le parece bien o piensa detenerme?

—Me parece bien, mientras procure hacerlo a mis espaldas.

—Lo haré como quiera, pero descuide, seré discreta. Por cierto, ¿tiene pistola?

—Sí, claro.

—Lástima. Podría haberle conseguido una a cambio de una comisión. Cuando

termine con el caso avíseme si decide vender su arma.

—A mis superiores no les gustaría.

—Pues diga que se le ha caído al mar. Es lo que suelen hacer los militares que vienen por aquí. Después de pasar un rato con una chica, a todos se les cae el fusil al agua.

Eileen fue hacia el interior del barco. Apagaba las velas a su paso. Yang se quitó la chaqueta y los zapatos y se echó en el colchón. Las sábanas apestaban. Las echó a un lado pero conservó el edredón.

Cerró los ojos. Lejos de acunarle, el balanceo del barco le hacía sentirse inseguro. El oleaje golpeteaba el casco, chasqueando sin cesar. Pasaron varias lanchas remolcando estelas de música y risas. Una fiesta nocturna. Abrió los ojos. A través de los ojos de buey la luna llena proyectaba sombras meciéndose en el techo.

«¿Habré acertado? —se preguntó Yang—. ¿Servirá esto de algo?».

Los fueraborda hicieron otra pasada cercana y el velero se balanceó empujado por las olas que levantaban. En el dormitorio Eileen gruñó. Ella también tenía problemas para conciliar el sueño.

El desayuno consistió en una pastilla de algas prensadas y unos arenques. Yang se cambió de camisa y comprobó el estado de la pistola y la munición. Para las siguientes noches había previsto utilizar pantalones cortos y camiseta. Acostarse vestido había sido una equivocación. Tenía el pantalón arrugado y la chaqueta hecha un guiñapo. Eileen sugirió una visita a una lavandera cercana, pero Yang rechazó la proposición. No podía permitirselo.

—¿Qué piensa hacer?

—Con franqueza, no lo sé. Debería interrogar a la gente.

—¿No lo ha hecho ya?

—En ocasiones es bueno insistir. La gente recuerda cosas de repente, o se atreve a contar cosas que antes no se atrevía.

Eileen se había arreglado concienzudamente y en el proceso su aspecto había rejuvenecido una década, casi dos. Llevaba un traje de chaqueta bien cortado, un bolso grande de charol. Se había puesto sandalias de tacón a pesar de que con ellas tenía problemas para caminar por el barco.

—Necesitará un transporte.

—Sí, lo necesitaré.

—Con el presupuesto del que dispone va a tener problemas para conseguir uno —aseguró ella—. Si hablo con mis vecinos es posible que le presten una barca y a uno de sus hijos para que le lleve.

—¿Me harían ese favor?

—A usted no. A mí. Ya pensaré en la forma de que me lo pague, y descuide que

se me ocurrirá alguna.

Subieron a la cubierta. Durante la mañana el sol había reventado las costuras de la borrasca. Las embarcaciones parecían castillos a la deriva, entre regueros de escamas de plata.

Anclado junto al velero había un sampán de juncos. Una mujer encorvada hervía agua en dos calderos de hierro. En uno asomaban brevemente cabezas de pescado y tallos de verduras. En el otro bailaban prendas de vestir. La adolescente que la ayudaba había dejado volar su melena al viento. Ambas vestían con sencillez, pero la muchacha llevaba puesta una pulsera ancha y colorida con la que trataba de distinguirse.

Eileen se asomó a los restos de la barandilla e intercambió a gritos unas palabras con la mujer. Esta inclinó la cabeza vigorosamente. Bajó a la bodega, regresando enseguida con un segundo adolescente, varón, con el pelo rapado al cero como un bonzo.

—¿Qué ha dicho? No he entendido nada.

—Es un dialecto de las montañas. Ellos eran de allí. Le he preguntado si nos prestaba al inútil de su hijo mediano y se ha mostrado encantada. Ellos son budistas, buena gente, pero el chico anda con malas compañías. Necesita enderezarse.

Dejó caer una escalerilla por el costado del barco. El chico había desaparecido. Volvió a manifestarse rodeando perezosamente el sampán a bordo de una barquichuela.

—Se llama Pan. Es un poco lento, como suele ocurrir con los que son del signo de la Cabra, pero al final uno consigue de él lo que quiere. Entiende el mandarín aunque no lo habla, así que no gaste saliva intentando tirarle de la lengua. Ah, y la gasolina corre por su cuenta.

La madre dio unos últimos consejos al chaval. Luego se dirigió a Eileen para vocearle un resumen de las novedades más jugosas del vecindario. Por las variaciones de su rostro el inspector iba deduciendo la naturaleza de los sucesos. Supuso que la sonrisa y los ojos chispeantes correspondían a cotilleos, a reseñas de bodas y nacimientos. Y la expresión seria, apesadumbrada, a fallecimientos, accidentes y contrariedades varias. Eileen escuchaba con una atención que podía ser simulada o verídica, era difícil desentrañarla, hasta que una de las novedades le hizo dar un respingo de sorpresa. Detuvo con un gesto de la mano el torrente de noticias y se volvió hacia Yang.

—Ha habido otro crimen esta noche —explicó—. Bastante serio, según parece.

—¿Dónde? ¿Cerca de aquí?

—Sí. En el mercado de mariscos. Es extraño. Por las noches suele estar vacío.

—En ese caso será mejor que vaya para allá enseguida. Si no me doy prisa acabarán destruyendo las pistas, como siempre.

Bajó por la escala de gato, y en su apresuramiento a punto estuvo de fallar un peldaño y caer. La oscilación que produjo al saltar dentro del bote hizo que entrara el agua y le empapara los zapatos.

Instruyó a Pan para que se dirigiera al mercado de mariscos, fuera lo que fuese, mientras se sacaba los calcetines para escurrirlos a fondo. La barca abandonó las hileras de embarcaciones fondeadas en paralelo y entró en un espacio ancho, una autopista del mar, llena de botes y lanchas desplazándose entre los buques que la flanqueaban. Algún bajel de mayor porte, un junco con las velas desplegadas, se inmescuía en el tráfico ligero como un exótico visitante, un camión entre utilitarios. Una niebla de gotas de agua suspendidas en el aire acompañaba el tránsito veloz de las lanchas. Gruesas barras de espuma señalaban de dónde venían, adónde iban, encontrándose como efímeras líneas de Nazca.

Ellos iban despacio. El motor rateaba incansable, asegurado al casco mediante lazadas de alambre. La brisa golpeaba el rostro del inspector haciéndole desear las vacaciones que todavía estaba pendiente de disfrutar. La televisión hablaba continuamente de las ciudades de veraneo que se estaban construyendo en Haikou; quizá fuera buena idea llevar allí a Maaja. Se imaginó a sí mismo en una playa, tendido en una hamaca, con ella a su lado, vestida con un bañador minúsculo y protegiéndose del sol con una sombrilla, sintiendo que, para variar, estaba disfrutando de la vida. Por desgracia la adquisición de Maaja había agotado sus ahorros. Cumplir aquel sueño había supuesto cerrarle el paso a todos los demás.

Pan dirigió la proa hacia un barco portacontenedores que superaba de largo el tamaño de sus acompañantes. No hacía falta ser un experto para darse cuenta de que aquel era el centro de la actividad en la zona. Docenas de escalas y de cuerdas de nudos suspendidas de los bordes de la cubierta, como lianas en un templo devorado por la selva, por las que subían y bajaban fardos y personas. Calculó que habría al menos cincuenta embarcaciones menores rodeando al mercante. Venían, entregaban o compraban mercancías y se iban, siendo inmediatamente reemplazadas por otros barcos.

Penetraron en la sombra flexible del paquebote y Pan arrimó la barca a una escala desocupada. Yang le pidió que esperase cerca y se dispuso a hacer de tripas corazón. A media subida le ardían las palmas de las manos y tenía las rodillas doloridas de golpearse repetidamente contra las cuadernas. Miraba con envidia a los jóvenes que ascendían como monos y bajaban con idéntica celeridad. Estaban acostumbrados; esos eran los ascensores y las escaleras del mundo en el que habían crecido. Para el inspector la prueba era mucho más formidable. Llegó arriba rendido, sudando, notando cómo germinaba en sus brazos una futura cosecha de agujetas.

Cuando recuperó el aliento se puso en pie. Nadie se fijaba en él, y por lo tanto estaba a salvo del menoscabo a su autoridad que suponía la estampa que acababa de

ofrecer, arrodillado y jadeante. La gente estaba ocupada. La cubierta principal había sido despojada de todo lo que estorbaba, incluso las barandillas, para obtener una superficie abierta en la que las únicas divisiones nacían de la diversidad de mercancías expuestas y de los grupos reunidos para regatear por ellas. Echó un vistazo por encima de algunos hombros. En las cajas de polietileno se hacinaban langostas y cangrejos, erizos de mar, gambas y pulpos. La mayor parte seguían con vida. Niños apostados junto a los vendedores asumían la labor callada, tenaz, de remojar periódicamente la fauna inquieta de las cajas y devolver al redil a los revoltosos que lograban escapar.

A pesar de los desvelos de los niños había montones de cangrejos correteando en el suelo. Sus posibilidades de sobrevivir dependían de que fueran capaces de alcanzar una de las grietas en la cubierta. Si no era así, ora un pie, ora una mano codiciosa, se encargarían de parar en seco su carrera.

Yang consiguió llegar al otro lado de la aglomeración sin aplastar ninguno. Tenía ganas de quitarse la chaqueta. El traje, confeccionado en Jiangsu, era excesivamente caluroso para esa época del año. Pero no podía quitárselo. Si lo hacía iba a dejar al descubierto la pistolera y las medias lunas que sus sudadas axilas habían bosquejado en la camisa. Entre los comerciantes que vociferaban y se amenazaban en caso de no subir el precio de compra o bajar el de venta apenas habría importado. Sin embargo ya no estaba entre ellos. Aunque la plataforma estaba dedicada en sus tres cuartas partes a soportar los ajetreos y explicaciones de los vendedores, había una porción reservada a unos privilegiados. Estaban sentados en mesitas plegables, apuntando pedidos y haciendo cuentas en anticuadas libretas de anillas, o jugando al *mah-jong*. Todos rebasaban los sesenta años. Se habían dejado crecer las barbas hasta parecerse a los malvados mandarines de las películas de artes marciales. O iban escrupulosamente afeitados, con camisas limpias, recién planchadas. Llevaban los dedos cuajados de anillos con los que evidenciar su poder y su riqueza, aunque no había ostentación que pudiera superar al simple hecho de disponer de espacio de sobra cuando nadie más lo tenía. Eran los dueños secretos de cuanto sucedía, los beneficiarios de cada yuan ganado y los acreedores de cada yuan perdido. Y no estaban obligados a hacer nada para demostrarlo, excepto retirarse a unos pasos, abrir las mesas plegables, y jugar tranquilamente.

«¿Debería enseñar la acreditación?», dudó al acercarse.

Se ajustó la corbata. Los patriarcas discutían amablemente sobre porcentajes y ventas. Cuando conseguían acordar una transacción paraban un momento el juego, dejaban a un lado las fichas, cogían los lápices colocados junto a las libretas y añadían una línea, unas cifras, al balance de la mañana. Apenas utilizaban roñosas calculadoras para ayudarse, no vio ninguna de las terminales plegables que eran omnipresentes en las grandes ciudades. Detrás, alineados en la proa, había cuatro

cuerpos cubiertos por lonas impermeables del tipo que usan los marineros para protegerse de la lluvia.

Dio su nombre y su rango en voz alta. Uno de los viejos arrojó una ficha de plástico a la mesa y le miró burlescamente. Otro le imitó enseguida. Intercambiaron chanzas impregnadas de aquel pesado acento sureño y siguieron jugando.

El inspector repitió la operación. Esta vez consiguió ser atendido.

—¿Ha venido por ellos? —preguntó un hombre que llevaba la cabeza tan rasurada como las mejillas. Su piel brillaba al sol, atesorando manchas de luz que olían a masaje para después del afeitado—. No merece la pena. Las gaviotas sacarán mejor partido que usted.

—Tengo que investigar. Es mi trabajo. ¿Alguno de ustedes sabe lo que ha ocurrido?

—Buscaban cosas que no debían buscar —explicó un segundo anciano—, en lugares a los que no debían ir. De modo que al final consiguieron lo que se merecían. ¿Entiende lo que le digo?

—No me aclara mucho.

—¿Y qué quiere que le aclare? Yo no estaba aquí anoche. Ni mis amigos. De noche dormimos, ¿sabe? Y de día hacemos negocios. Ellos ya estaban cuando hemos venido hoy. En el mismo sitio en el que están ahora, se lo puedo asegurar. Les echamos unas lonas encima para que no distrajeran a los compradores. Y en cuanto anochezca los cuatro irán a parar al mar. Sí, señor, al mar, con los demás muertos.

Escupió tres veces al suelo para ahuyentar la mala suerte y luego miró desafiantemente al inspector.

—¿Y ninguno de ustedes sospecha por qué les han matado?

—¿Acaso no se lo he dicho? Querrían robar. Los ladrones se han vuelto muy numerosos hoy en día. Los jóvenes no tienen paciencia y tampoco quieren trabajar. Empiezan con robos sin importancia hasta que se vuelven atrevidos e intentan meter los dedos en un bolsillo bien lleno. Ocurre a menudo, y el resultado siempre es el mismo.

El inspector desistió de insistir. Los patriarcas seguirían contestando con evasivas hasta que se cansaran y entonces simplemente le ignorarían. Se despidió de ellos con una inclinación de cabeza y caminó hacia los cadáveres. Apenas había que dar unos pasos. Sin embargo la distancia real parecía mucho mayor que la física. Gruesos muros de silencio e indolencia separaban aquel rincón del resto de la cubierta.

Levantó una lona. El chico era un crío. Después de llenarle el pecho de plomo su asesino se había tomado la molestia de rematarlo con un tiro de gracia entre las cejas. El agujero contemplaba el cielo como un tercer ojo de comisuras ennegrecidas.

Ninguno de los fallecidos debía de superar los dieciocho años. Y los cuatro habían recibido un tratamiento parejo: acribillados primero, rematados después con

un disparo en la cabeza. Llevaban prendas deportivas, imitaciones de marcas occidentales, caras. Tenían en manos y muñecas las marcas blancuzcas de los anillos, relojes y brazaletes que les habían quitado, los lóbulos desgarrados colgaban de unas orejas súbitamente deshabitadas. Los fondillos de los pantalones solo contenían amuletos hechos a mano, horóscopos en miniatura y hojas impresas con predicciones incumplidas. Nada de dinero. A juzgar por la abundancia de corchetes arrancados de un tirón habían sido desvalijados apresuradamente. Quizá no fueran los asesinos los desvalijadores. Quizá fueran personas que los habían encontrado luego y aprovecharon la oportunidad. Tampoco tenían armas, pero sí encontró pistolerías vacías, disimuladas entre la ropa, fundas de cuero sin los cuchillos que las habían ocupado.

Carecían de cualquier tipo de documentación. No lo atribuyó al saqueo posterior a su muerte. La ciudad funcionaba como un estado independiente, y proporcionar a sus habitantes algún documento que los identificase no se encontraba entre los servicios que ofrecía. El alcalde fabricaba artesanalmente unas cédulas de identidad con su chirriante impresora, cuando se enteraba del nacimiento de un niño, pero por lo general los padres no se tomaban la molestia de conservarlas.

Yang desnudó torpemente a los chicos. Cuerpos rígidos, córneas opacas. Debían de llevar muertos al menos doce horas. Grabó un vídeo con su teléfono, caminando alrededor para filmar los cadáveres desde varios ángulos. Luego probó con la utilidad de reconocimiento de rostros, sin resultado. Se le ocurrió darse la vuelta y probar con los viejos. Solo dos de ellos fueron reconocidos por el programa. Tenían antecedentes en Shanghai. Extorsión y proxenetismo a pequeña escala. Parecían haber progresado bastante desde entonces.

Decidió volver a probar suerte. Su visita había alegrado a los patriarcas. Sonreían mientras celebraban los comentarios maliciosos que iban haciendo por turnos, en otro de esos dialectos desconocidos para el inspector.

—¿Saben quiénes eran? —preguntó en mandarín.

—Ladrones.

—Tendrían un nombre. Vivirían en alguna parte.

—No eran de por aquí —aseguró el anciano de la calva brillante. Yang pensó que debía de aplicarse cera para suelos cada mañana—. Si los familiares vienen a reclamarlos lo sabremos. De lo contrario...

—¿Y esto? ¿Saben lo que es?

Mostró la bola que había encontrado escondida en el escenario del primer crimen. A primera vista no tenía nada de particular, excepto su elevado peso, pero debía tener cierto valor para que la hubieran guardado con tanto esmero.

Los ancianos negaron todos a una con la cabeza. Sin embargo Yang notó que en sus ojos relumbraba la sorpresa o la codicia. Sí, era evidente, la bola era valiosa. Por

desgracia aún desconocía el motivo.

El inspector se retiró con un gruñido. Por decencia volvió a tapar con la lona a los chicos, ocultando los tatuajes que empedraban los cuerpos. Tatuajes contra el mal de ojo, tatuajes contra las puñaladas, tatuajes contra las emboscadas y tatuajes contra las enfermedades venéreas. Tatuajes en las piernas para hacerlas veloces y tatuajes en el pecho para desviar las balas, estos últimos firmados por botones carmesíes que refrendaban su ineficacia. Yang había conocido a asesinos a sueldo que explicaban la milagrosa suerte de la que disfrutaban enseñando tatuajes similares a aquellos, y la única conclusión que se le ocurría, considerando la escena que tenía delante, era que su autor era un maestro mucho más poderoso que el que había decorado a los chicos muertos.

Se fue de allí sintiendo que los patriarcas le seguían con la mirada. Pensaba aventurarse en el interior del portacontenedores después de haber recorrido su cubierta, pero la entrada a la superestructura estaba protegida por tres hombres corpulentos, mal encarados, con finas camisetas que resaltaban su musculatura, a pesar del frío viento que rizaba la superficie del mar.

—Buenos días —comenzó. Se sentía ridículo. Los tres hombres le aventajaban en centímetros y en kilos. Si había alguna autoridad presente, eran ellos—. Soy inspector de policía y he venido a investigar esas muertes. —Señaló con el pulgar hacia atrás—. ¿Vieron u oyeron algo anoche que pueda estar relacionado con los hechos?

Uno de los tipos examinó su acreditación. Por la forma en que lo hizo Yang supuso que era analfabeto, así que apretó el botón que despertaba una suave voz femenina recitando su nombre completo y su graduación.

—No.

—¿De veras?

—Seguro.

—Bien —dijo. Hizo ademán de ir a pasar entre los tres—. Apártense, por favor. Quiero bajar a echar un vistazo.

Una mano le empujó suavemente hacia atrás. Otra mano le cogió la corbata y la descartó desdeñosamente, como si su sola textura fuera repugnante.

—Media vuelta, hombre.

—Le acabo de decir que soy inspector de policía. Impedirme el paso es un delito.

—Pues deténganos.

Llevaban subfusiles modificados para aceptar munición de 9 mm., como la que había matado a los chicos. No tuvo la menor duda de que un mal movimiento le aseguraría un sitio junto a los ajusticiados. Cinco cuerpos en lugar de cuatro. Cinco zambullidas en el mar a medianoche.

«Esto es muy grande para mí —pensó—. Estoy solo».

Los viejos contemplaban divertidos el enfrentamiento, sin aclarar si eran ellos u

otros los que daban órdenes a los matones. La puerta era el umbral de un mundo distinto y el inspector intuyó que los chicos habían sido asesinados allí y llevados luego a la cubierta de intemperie. Sin embargo no tendría la oportunidad de comprobarlo.

—De acuerdo —cedió—. Me voy. Ahora bien, aténganse a las consecuencias.

El trayecto hasta las cuerdas era breve. Bajar fue incluso más difícil de lo que había sido subir. Pan le esperaba abajo, apenas disimulando el deseo de que, tal como parecía que iba a hacer a cada momento, el inspector se soltase de la cuerda. Haciendo acopio de sus últimas fuerzas logró contrariarle y alcanzar la barca sin una sola mojadura. Se pusieron en marcha, volviendo por un camino distinto al de la ida para evitar el flujo interminable de navíos acercándose al carguero. Desde la distancia, las escalas que se sacudían en el aire le recordaron a Yang los tentáculos de un inmenso cefalópodo, una bestia oculta bajo un caparazón de acero.

—¿Qué demonios es eso? —preguntó a Pan.

En medio de las aguas había una mancha púrpura, redonda, inexplicable. La barca rozó la orilla y se produjo una reducción patente de la velocidad. El adolescente giró el timón para apartarse de la mancha, y cuando lo consiguió hizo un gesto con la mano para indicar que algo había caído ahí. La mancha era grande. El hedor de los miles de peces que flotaban inertes sobre su superficie disimulaba un aroma más sutil, que sin embargo perturbó a Yang de una forma que no lo había hecho el olor a pescado podrido. Experimentó unas ganas insoportables de volver a casa, a un espacio reconocible, con reglas que él podía entender y aceptar. Pero volver, rendirse, estaba fuera de discusión. Hacerlo daría al comisario la excusa que necesitaba para acabar definitivamente con la carrera de Yang.

—Vámonos, de prisa. Estoy cansado.

Se recostó de la mejor manera posible en el fondo de la barca, utilizando un parcheado salvavidas como almohada. Tras él Pan había abierto la boca para atrapar al vuelo las gotas con las que los salpicaba la hélice.

Cuando volvió al velero se encontró con que Eileen también había regresado. En la mesa donde solían comer se amontonaban unos naipes; los demás jugadores ya se habían ido. Ella estaba sentada en un taburete, aplicándose crema hidratante en la cara. Llevaba un vistoso *qipao* de seda artificial, sin mangas, con un diseño de dragones enseñando las garras.

—¿Qué tal ha ido? —se interesó ella.

—Muy mal —reconoció Yang—. No he podido investigar todo lo que quisiera.

—¿Por qué?

Yang sacudió la cabeza.

—Estoy convencido de que asesinaron a los jóvenes en las bodegas del barco,

pero me han impedido acceder a ellas. Si estuviéramos en la capital esta misma tarde iría allí con un equipo de asalto y ya veríamos si entraba o no. Aquí lo único que puedo hacer es dar media vuelta. Así son las cosas. Y luego me pedirán resultados. ¿Cómo voy a obtenerlos? Es imposible.

—Es un poco pronto para abandonar —dijo Eileen, cerrando el tarro y extendiendo por sus antebrazos la crema que se le había quedado adherida a las manos.

—¿Abandonar? No voy a abandonar, simplemente estoy cansado de tropezar con tantas dificultades.

—¿Y qué esperaba? Esta ciudad se ha organizado sola, a su aire, y nada va a cambiar de repente porque aparezca usted mostrando su placa. Hay niños que no han visto en su vida a un policía, excepto en las películas. ¿Cree que ahora van a mostrarse dispuestos a colaborar? Como mucho le mirarán con curiosidad, como si se encontraran de golpe con un oso panda.

—Son circunstancias extraordinarias. Se han producido varios asesinatos en cadena.

—No es la primera vez.

—Esto no es una pelea entre tríadas. Es otra cosa.

—Quizá. Hemos estado intercambiando cotilleos durante la partida. Los chicos que han muerto eran ladrones. Bastante violentos, por cierto. Seguro que trataron de robar la recaudación del casino y les salió el tiro por la culata.

—¿Ha dicho casino? —se sorprendió el inspector.

—He dicho casino. Ese barco está muy bien aprovechado. Abajo hay un garito de apuestas y unas cuantas máquinas tragaperras y mesas para jugar a los dados y al *blackjack*. Yo solía ir, hace bastante tiempo. Es un mal sitio. A los piratas les encanta y hay demasiados pescadores borrachos que empiezan a protestar y a tirar sillas al suelo después de perder su dinero en la ruleta. Casi todas las noches se produce algún incidente.

—¿Con muertes?

—Ocasionalmente.

El inspector tomó un largo sorbo de té con expresión pensativa.

—Razón de más para que haga una visita.

—Como cliente podría entrar. Como policía, nunca. Es mejor que ni lo intente.

Sonó su teléfono. Era el subinspector Tian, de la brigada de homicidios. Tendría que haber venido con él, pero el comisario lo había considerado innecesario, lo que significaba que no estaba enojado con Tian, solo con Yang. Subió a la cubierta, donde la cobertura era algo mejor, para dar cuenta de sus minúsculos progresos. Al bajar, la sonrisa irónica de Eileen le indicó que lo había escuchado todo.

—Y si llega a descubrir a los culpables, ¿qué va a hacer? —inquirió—.

¿Arrestarlos usted solo?

—No lo sé. Supongo que avisaré a la Guardia Costera y que ellos se encarguen.

—Hace años que la Guardia Costera no se acerca a la ciudad.

—Entonces que venga la Marina. Me da igual. Cuando resuelva el caso dejará de ser asunto mío.

—O sea, que usted les dirá: «Han sido este y aquel». Y luego se marchará.

—Exacto.

—Entonces hágalo ahora mismo. Invéntese los nombres que le vengan en gana. Nadie acudirá para arrestarlos. El alcalde simplemente quiere apuntarse un tanto ante la prefectura para que le asciendan.

—Eso sería faltar a mi deber.

La mujer optó por servir la cena. Ella apenas cocinaba. Se limitaba a calentar platos precocinados o a comprar la comida en una cantina flotante fondeada cerca del velero. Esa noche el menú era arroz frito y sopa de bolas de pescado. La observó con atención mientras sacaba la comida de la caja de plástico. Eileen era mayor que él, aunque no carecía de atractivo. Se había operado los párpados para parecer occidental; también el nombre sonaba a la occidentalización de un nombre chino, Ailing o uno similar. Y vestía con gusto. Yang había notado que el porcentaje de mujeres jóvenes en la ciudad era reducido: la guerra había recrudecido los problemas ocasionados por la política del hijo único. A las *falangmei*, incluso teniendo la edad de Eileen, no debía resultarles difícil conseguir clientes. Pero ella nunca los llevaba cuando Yang estaba en el barco.

—Esta mañana vi una mancha extraña en el mar, como un vertido químico —dijo el inspector—. Pan me dio a entender que algo había caído ahí.

—Sí, cayó algo grande hace unas semanas, como un meteorito. Montó un buen jaleo. Estuvo a punto de provocar que zozobrarán varias embarcaciones.

—¿Y no ha venido nadie a investigarlo?

—Ya se lo he dicho. Los únicos que vienen son los piratas, para ocultarse o para vender sus botines. Para el gobierno esta parte del país no existe.

Siguieron comiendo en silencio. El cuenco de papel que contenía la sopa estaba reblandecido y Yang tuvo que tener mucho cuidado para no mancharse.

—Quiero enseñarle una cosa —dijo Eileen cuando terminaron de cenar.

Encendió su televisor. Era el único aparato eléctrico que tenía en el barco, junto con el horno de microondas. Susurró unas cuantas órdenes y la pantalla mostró las últimas intervenciones en una red social que Yang desconocía.

—¿Una red social sin censura?

—Exacto. La mantiene un chiflado de los ordenadores desde su yate. Ya lo verá. Es el que está cubierto de antenas.

Vio algunos mensajes referentes a la caída del meteorito. Los rostros pasaban

unos detrás de otros, en su mayoría adolescentes excitados para los que cualquier acontecimiento fuera de lo corriente era bienvenido. Mencionaban un objeto semejante a una estrella fugaz que se había estrellado en el mar, levantando grandes olas. Yang dedujo que debía de haber sido bastante pequeño o de lo contrario habría provocado un desastre mucho mayor.

—Y ahora fíjese —continuó Eileen—. Estos mensajes suelen estar encriptados para que solo los puedan ver los destinatarios, pero a este idiota se le olvidó hacerlo. Yo lo descubrí por casualidad.

El chico estaba muy pasado. Tenía problemas para mirar a la microcámara y sus tontas risitas eran propias de alguien que acababa de consumir drogas. Sin embargo lo que hizo que el inspector diera un respingo fue reconocer a uno de los muertos de la cubierta cuando todavía estaba vivo.

—Vamos a hacerlo —decía—. Vamos a hacerlo ya. Nos van a dar mucho dinero si lo sacamos de ahí. Mi tío me ha explicado cómo podemos colarnos. Va a estar chupado.

El mensaje era corto. Yang quiso volver a verlo y pidió a Eileen que congelase la imagen aprovechando que el chico agachaba la cabeza un momento. Señaló el cuartucho que había quedado a la vista.

—¿Lo reconoce?

—Claro. Es un barco *shikumen*. Los llaman así por las casas que compartían cocina y patio, ¿se acuerda?

—Ya he estado en uno de esos —gruñó el inspector—. Me refiero al barco en concreto.

—¿Está de broma? Hay un centenar y todos son iguales por dentro, ¿cómo voy a saber cuál es?

De todas formas Yang seleccionó la imagen y la grabó en su móvil. Estuvo examinando cada detalle hasta que le dolieron los ojos. Pero al menos descubrió una pista. Hubo una época en la que se tragaba todos los documentales patrióticos producidos por el ejército y el tono de gris del mamparo que se veía al fondo le recordaba al de los buques de la Marina.

—¿Hay algún antiguo barco militar aquí?

—Hay varios. Dragaminas, sobre todo.

El inspector asintió. Luego se quedó mirando a Eileen.

—Una última pregunta —dijo—. ¿Por qué me ayuda?

—¿Y por qué no? —repuso ella—. Como reza el proverbio, los que sufren la misma enfermedad se compadecen mutuamente.

—¿Y cuál es la enfermedad que compartimos?

Eileen hizo una mueca.

—¿No se lo imagina? Es muy simple: los dos estamos ansiosos por largarnos de

aquí.

El edredón de algodón acolchado calentaba menos de lo que prometía el fénix bordado en la cara superior. El inspector Yang temblaba debajo, esperando inútilmente entrar en calor. Se había acostado desnudo, encogido, como un niño en el útero materno, tratando de encontrar cierta paz. Los sonidos y el movimiento del velero le aturdían, aquellos crujidos inexplicables, aquel vaivén incesante, a veces adormecedor, a veces insufrible. Era una colección de sensaciones a las que no estaba acostumbrado y a las que no conseguía acostumbrarse. Siempre había vivido en tierra. Ni siquiera podía presumir de haber hecho un crucero por el río Yang Tzé como algunos de sus compañeros. Y además estaba Maaja. Solía llamar a su esposa antes de acostarse y las conversaciones subsiguientes terminaban de minar la moral del inspector. Habían inventado una nueva forma de comunicación. Hablaban y hablaban, sin transmitirse nada en absoluto, ni una sola palabra que tuviera significado o relevancia.

Sin embargo seguía obligándose a llamar todos los días. Aún no estaba preparado para admitir que su único sueño cumplido pudiese suponer otra derrota más.

Oyó un ruido. Había ratas en el barco. Afortunadamente eran pequeñas y tímidas. Estiró las piernas. Sus pies rozaron la bolsa con las pruebas, que guardaba en la cama, y casi al mismo tiempo notaron el contacto tibio de otra piel.

Abrió los ojos creyendo que se trataba de Eileen. Pero no era ella. Había una sombra junto a él, tan inmóvil que dudó que fuera un ser humano. Entonces recogió velozmente el brazo que había metido bajo el edredón. Yang levantó la almohada para coger su pistola. El ladrón había salido corriendo y no quiso disparar en la oscuridad, temiendo herir a Eileen. Echó a correr detrás, completamente desnudo, tiritando de frío. Los peldaños de la escalerilla parecían hechos de hielo; arriba era aún peor. El cielo era negro como una tumba y el mar tenía la apariencia viscosa del alquitrán fundido. Movié la cabeza, desorientado. Finalmente localizó a la sombra saltando por la borda. Un chapoteo, un nadador braceando para alcanzar la lancha que le había llevado. Apuntó con la pistola. Hizo dos disparos seguidos, sin esperanzas de acertar. Lo que quería era asustarles, dejar claro que acosar a Yang podía resultar peligroso. El ladrón subió a la lancha. Echó de menos haber cogido una linterna, pero ya no tenía tiempo de ir a por ella. Los desconocidos encendieron el motor y el inspector solamente llegó a apreciar la estela de blanca espuma que desenvolvían al avanzar, ensanchándose en el agua mientras ellos se alejaban.

—¿Qué sucede? ¿A quién le disparaba?

Eileen se había envuelto en una manta. Ella también tenía los pies descalzos y los levantaba alternativamente para resguardarlos del contacto con el metal helado.

—Ojalá lo supiera —contestó Yang—. Han intentado robarme.

—¿A usted?

—Sí, a mí.

—Pero eso no tiene sentido. Lo lógico es que trataran de robarme a mí.

—Sí que lo tiene —murmuró Yang. La mirada codiciosa de los viejos a los que enseñó la bola volvió a asomarse a sus pensamientos—. Desde luego que lo tiene.

La ciudad tenía sus propias calles, sus avenidas y sus barrios. Los buques de gran tamaño eran sus rascacielos, sus torres de oficinas. Y alrededor de ellos se extendían manzanas y manzanas de viviendas pobres salpicadas de pequeños mercados donde los vecinos compraban los objetos necesarios para la vida diaria. Yang era consciente de que la analogía no era completamente correcta, que no podía comparar aquella aglomeración de barcos ruinosos, destinados mucho tiempo atrás a la chatarra, con las urbes convencionales, simplemente cambiando las bicicletas por juncos y las motos por lanchas rápidas, pero hacerlo le hacía sentirse más cerca de comprender las peculiaridades de la ciudad.

El lugar al que le llevó Pan tras recibir las instrucciones de Eileen estaba separado de las calles principales. Allí había tres dragaminas unidos por pasarelas que sus tripulaciones habían embarrancado voluntariamente durante los últimos días de la Gran Guerra, antes de saltar a tierra y desertar. Ahora estaban habitados por recolectores de nidos de golondrina marina. Los hombres se habían marchado a construir los refugios de madera en los que anidarían las golondrinas al llegar la primavera. Sus familias esperaban a que regresasen, confiando en que no se hubieran gastado todo el dinero que llevaban para vivir durante esas semanas.

Mientras Pan se aproximaba al primer dragaminas Yang cerró cuidadosamente la bolsa con las pruebas y la ató a su cinturón. Había decidido llevarla siempre consigo, para evitar problemas. Se había pasado buena parte de la noche examinando la bola, sin extraer ninguna conclusión. No tenía ningún cierre que permitiera abrirla, al menos ninguno que él hubiera podido detectar. Parecía una simple bala de cañón antigua; solo destacaba por cambiar levemente de color al girarla delante de una fuente de luz.

Subió por la escala que le tiraron. Cualquier elemento que delatase el pasado militar del navío había desaparecido. A cambio había mujeres barriendo la cubierta con escobas de bambú e hileras de orinales puestos a ventilar junto al grueso cilindro de la desaladora. Las mujeres miraron al inspector con desconfianza. Eran de edad indefinible, podían tener veinte o cuarenta años, pero todas parecían consumidas y frágiles. Yang señaló a una que llevaba las uñas pintadas de un brillante tono naranja que contrastaba con sus prendas sobrias y pasadas de moda. Pidió que le enseñasen el interior y la mujer obedeció sin decir una palabra. En el antiguo puente de mando, tras los cristales rotos, una radio emitía canciones populares antes de la revolución.

Bajo la superficie el dragaminas había sido desmantelado pieza a pieza para crear un espacio diáfano que inmediatamente volvió a ser dividido conforme al capricho de los nuevos inquilinos. Unos biombos de bambú separaban habitaciones similares: colchones sin somier, escupideras de plástico, cajas para guardar las reliquias familiares. Una cocina comunitaria atestada de hornillos. En los cuartos de los más afortunados, estufas de briquetas de serrín con chimeneas que atravesaban el techo, recipientes de paja para conservar caliente el arroz. No vio terminales ni paredes iguales a la que aparecía en la imagen congelada que guardaba en el móvil. Preguntó a la mujer; esta no le entendió, o fingió no entenderle.

Obtuvo los mismos resultados en el segundo navío. En el tercero se vio obligado a amenazar a las vecinas con detenerlas por insubordinación cuando se negaron a hacerle caso. Le llamaba la atención la ausencia de niños y de personas jóvenes. En los arrabales pobres que conocía, los niños de corta edad eran el único artículo disponible en grandes cantidades. Allí la población estaba compuesta exclusivamente por mujeres agotadas. No había nada más. Sin embargo vio algún juguete infantil tirado en las habitaciones, algún pañal usado en el cubo de la basura. Los niños existían, pero estaban en otro lugar.

«Tal vez se los han llevado para protegerlos —pensó—. Pudiera ser que su testarudez sea una consecuencia de que están asustadas».

Olía a té de ginseng abajo. Su acompañante hizo un gesto vago con la mano, señalando los inevitables biombos, el estrecho pasillo que comunicaba los cuartos. Encontró un anciano despatarrado en una cama; los ojos siguieron los movimientos del inspector mientras el resto de su cuerpo permanecía tieso. Yang saludó sin recibir respuesta. Más allá había un cubículo algo mayor que el resto. Recordó que la primera víctima que había visitado vivía sola; un lujo sorprendente entre tantas familias apretujadas en espacios minúsculos. Fue hacia la mesa. En su superficie destacaba un rectángulo limpio de polvo cuyo tamaño podía corresponder al del soporte de una terminal polivalente. Se dio la vuelta. Aunque no existiera ningún elemento en ella que hiciese la identificación incontestable, la pared enfrentada a la mesa era muy similar a la del mensaje.

Preguntó a la mujer que le guiaba: ¿Quién vivía en el cuarto? ¿Dónde estaba? ¿Y la terminal que había en la mesa? ¿Quién la tenía ahora? Ella meneó la cabeza. Llevaba el cabello recogido en un moño grasiento entreverado de canas. Había apretado los labios con fuerza, como para evitar que se le escapase alguna palabra contra su voluntad.

Amenazó a la vecina con detenerla si no colaboraba, pero el mismo truco no le funcionó dos veces. Al final se hartó, cogió a la mujer por el brazo y la llevó a rastras hacia arriba. Cuando las otras habitantes del barco comprendieron lo que estaba haciendo se le echaron encima para liberar a su amiga. Las exhortaciones del

inspector no dieron el menor resultado. Fue arañado, golpeado, pateado, le escupieron en la cara y trataron de rociarle con un líquido corrosivo. A duras penas logró llegar a la borda. No tenía tiempo para delicadezas: arrojó a la mujer al agua gritando a Pan que la recogiese. Luego saltó él. Desde arriba le tiraron varios utensilios domésticos, incluyendo una cacerola que le alcanzó en la coronilla. Se encaramó a la barca medio aturdido. La mujer, empapada y furiosa, golpeaba con los puños cerrados al muchacho, que trataba de sujetarle las muñecas, muerto de risa. Cuando el inspector terminó de subir a bordo Pan fue a encargarse del motor y le correspondió al inspector la ingrata tarea de tratar de pacificar a la detenida.

El trayecto se le hizo interminable, como interminable fue el proceso de subir a la mujer al velero. No había dejado de insultarle ni un solo instante. Yang echaba de menos la reserva que mostraba al principio, antes de que la detuviese.

Ignoró las protestas de Eileen. Primero tenía que ocuparse de la detenida. Buscó una cañería con el diámetro y la resistencia adecuados y la esposó a la misma. Luego sacó un peine y trató de recomponer su aspecto ante el espejo. Una solapa del blazer estaba desgarrada, tuvo que rehacerse el nudo de la corbata. Se limpió los arañazos con agua desalada y solamente entonces, al volver a verse presentable, prestó atención a Eileen.

—Oiga, ¿qué se ha creído? —protestaba ella—. Mi casa no es una cárcel.

—Lo siento. No tenía otro sitio al que llevarla.

Se tocó la coronilla con la punta de los dedos. Sí, había sangre. Pidió alcohol medicinal y algodón. Eileen le llevó un botiquín de viaje, pero estaba casi vacío.

—¿Por qué demonios la ha traído? —insistió—. No irá a decirme que esa pobre infeliz es la responsable de los asesinatos.

—Por supuesto que no. Simplemente es una testigo que se niega a hablar. Es la única forma que se me ha ocurrido de obligarla a contarme lo que sabe.

—¿Y cree que va a dar resultado?

—Interrogarla en su barco no sirvió de nada. Quizá aquí, lejos de su ambiente, se sienta menos segura.

Oyeron un silbido en el exterior. Eileen se puso en pie, fastidiada.

—El que faltaba —fafulló.

El alcalde bajó poco después llevando una botella de licor blanco. Llenó tres vasitos con el aguardiente y se bebió el suyo de un trago.

—¿Celebramos algo? —preguntó Eileen con tono mordaz.

—Nada, desgraciadamente. Quería ver qué tal se encontraba el inspector Yang. ¿Le trata bien nuestra querida Eileen?

—Estoy muy contento, alcalde Chen. Gracias.

—¿Y la investigación?

Yang señaló vagamente a la mujer, aún chillando y pataleando en su rincón.

—Avanza, alcalde Chen. Despacio, pero avanza.

—Oh, veo que ha empezado a detener gente. Hace bien, inspector Yang. Con buenas palabras no llegará a ninguna parte.

Yang asintió.

—Por cierto, me pareció sospechoso que no hubiera niños en los dragaminas. ¿A qué cree que se debe?

—Es evidente —dijo Eileen—. Si los ladrones procedían de esos barcos saben que puede haber represalias. Ya ha sucedido en ocasiones anteriores. Ametrallan el barco entero sin distinguir entre culpables e inocentes. A los niños los habrán enviado a un sitio seguro, por si acaso.

—Esta ciudad es peligrosa —convino el alcalde—. Hay que andarse con mucho ojo, inspector Yang. ¿Y sabe por qué? Porque aquí es demasiado fácil ocultar un crimen. En tierra es distinto. Tarde o temprano alguien excava, los esqueletos aparecen de repente y hay preguntas. El mar es diferente, el mar es avaricioso, lo que le dan se lo queda y nunca se vuelve a ver.

—Pero un crimen es un crimen aunque desaparezca el cuerpo de la víctima.

—En la ciudad se piensa de manera distinta. La costumbre es enterrar a los muertos en las aguas, y una vez que las aguas se los han tragado es como si no hubiera sucedido nada. Se pasa página y adiós. Nadie habla del asunto. ¡Zas! —El alcalde dio una palmada en el aire—. ¡Borrado!

—A usted, sin embargo, le preocupan estos crímenes, alcalde Chen.

—Claro que me preocupan. Yo soy de tierra. No soy de agua, no pienso como ellos.

El alcalde cogió un platito y lo llenó de cacahuetes aderezados con algas. Tal vez hubiera empezado a beber antes de acudir al velero. Miraba a Eileen y al inspector con socarronería, dando por hecho que ya habrían iniciado una relación.

—El próximo año vendrá la Marina y se acabará de una vez esta anarquía —aseguró—. ¿No ha oído las noticias? Nos estamos recuperando, los buenos tiempos volverán. Somos un país fuerte. Todos nuestros vecinos tuvieron que unirse para vencernos e incluso así estuvimos a punto de ganar.

Cuando se terminó el licor también se terminaron las ganas del alcalde de permanecer en el barco. Se despidió del inspector reafirmando su confianza en que la investigación diera frutos con rapidez.

—Aprovecha el tiempo, querida —se despidió de Eileen—. Aquí las mujeres envejecen rápidamente, yo lo he visto. «Pronto el esplendor primaveral desaparece/ de la flor. Es imposible detener/ la fría lluvia y el viento sibilante».

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Yang después de que el alcalde se marchase.

—Le gusta lanzar advertencias que solamente comprende él —dijo Eileen—. Le

hace sentirse importante.

La mujer del dragaminas había dejado de chillar. Debía haber agotado sus fuerzas. Yang se acercó para repetir las preguntas que había hecho antes. La respuesta fue idéntica a la que consiguió entonces: silencio y labios apretados.

—No tengo prisa —siseó Yang. Los arañazos en su cara le dolían muchísimo—. Mañana seguirás ahí, esposada a la cañería. Y pasado mañana, y el día siguiente. Vas a quedarte con nosotros hasta que respondas a mis preguntas. Ni un segundo menos.

Hicieron falta dos días para quebrar la resistencia de la mujer. Durante ese tiempo el inspector Yang se dedicó a beber té frío y a jugar al *go* con Eileen. Ella jugaba mejor que él. De vez en cuando llegaban chicas jóvenes al velero con las que se marchaba después de retocar su aspecto o incluso prestarles alguna prenda de ropa. Además de prostituirse cuando surgía la ocasión, Eileen también era la «hermana mayor» de un puñado de *baopo* novatas a las que concertaba encuentros con clientes adinerados. Yang hacía la vista gorda. Lo único que parecía importarle era doblegar la voluntad de su obstinada prisionera, observándola sin apenas pestañear mientras fumaba un cigarrillo tras otro.

Después de una espera tan larga, la victoria le resultó extrañamente insípida. En realidad la mujer no tenía gran cosa que contar. A Yang le daba igual que el chico muerto, Deng, fuera hijo de una viuda a la que la mala suerte, o el karma, habían seguido como si fuera su sombra. O que hiciera la vida imposible a los habitantes del dragaminas, fanfarroneando, celebrando fiestas que impedían dormir a los recolectores de nidos que iban a madrugar al día siguiente. La mujer reconoció en la pantalla a los amigos de Deng; los cuerpos que había encontrado a su lado, bajo la lona alquitranada. No conocía a otros. Sabía que antes de morir le habían hecho una buena oferta, hablaba de ello sin parar, pero nunca llegó a explicar cuál era esa oferta ni quién se la hizo.

—¿Tenía novia al menos? ¿Alguien que me pueda dar más información?

La prisionera se encogió de hombros. Deng llevaba a muchas jóvenes a su cuarto. Chicas de mala reputación, añadió con aire ofendido. Pero ninguna volvía a ir, y a ella no le extrañaba.

Tuvo que conformarse con las vagas descripciones de unas cuantas acompañantes de Deng. Luego soltó a la mujer y la llevó afuera. Estaba molesto. Había perdido un tiempo precioso a cambio de casi nada.

«Quizá Eileen conozca a alguna de esas muchachas —pensó—. Si la encuentro, podría interrogarla; un fanfarrón siempre habla más de la cuenta, sobre todo cuando quiere llamar la atención de una chica guapa».

Pan estaba sentado en la barca, a la espera, a pesar de que el inspector llevaba dos días sin utilizar sus servicios. Tenía en la mano un molinillo de papel que movía de

una posición a otra, como un adivino extrayendo respuestas del viento. El cielo tenía el tono grisáceo del agua de la colada. Una niebla sutil establecía barreras, dividía los espacios, creaba regiones misteriosas en torno al velero, impermeables a la vista.

La mujer bajó dócilmente y se pusieron en marcha. La temperatura era demasiado baja para el ligero blazer de Yang. Maldijo su imprevisión. No había llevado ropa de abrigo y Maaja sería incapaz de enviársela aunque se lo pidiera. Durante sus conversaciones, cada vez menos frecuentes, seguía mirando al techo, como si creyera estar hablando con un dios a punto de manifestarse.

«¿Esto es lo que he comprado? —se preguntaba Yang—. ¿Desazón y silencio?».

A medio camino se detuvieron para que el inspector comprase gasolina a una de las chalanas que recorrían la ciudad vendiendo garrafas de cinco y veinte litros. El dueño solo dejó de tocar el silbato con el que anunciaba su presencia para cobrar su dinero y entregar la garrafa. Enseguida volvió a llamar a los posibles clientes con aquel irritante pitido que despertaba todo tipo de respuestas entre la niebla. Pan y él llenaron el depósito; aún dudaba que fuera auténtica gasolina, más bien le recordaba el aceite usado de los restaurantes baratos, pero lo cierto es que hacía funcionar el motor. Al volver a la tabla que le servía de asiento, limpiándose las manos con su pañuelo, Yang reparó en una lejana columna de humo. De no ser por la niebla probablemente la hubiese advertido antes. Era una columna de humo intensamente negro, de aspecto maligno, desenroscándose con lentitud en un cielo ya de por sí turbio.

Devolvieron a la mujer al dragaminas y Yang indicó por señas a Pan que le llevase hacia el origen del incendio. El adolescente también mostró interés por averiguar qué había sucedido. Mientras se acercaban iba soltando grititos, se daba palmadas en las rodillas, señalaba al barco afectado con una mezcla de entusiasmo y temor.

Al inspector le sorprendió descubrir que era el enorme portacontenedores que había visitado con anterioridad. Unos botes neumáticos todavía giraban alrededor del enorme buque como moscardones y en un momento dado vio el resplandor de un lanzagranadas al disparar. Desde arriba le contestó el tableteo de una ametralladora pesada. Uno de los botes reventó de repente. La ametralladora continuó taladrando las aguas hasta conseguir que todos los ocupantes flotasen inertes como pedazos de madera tallados para que tuvieran forma humana. Una figura cayó dando alaridos, y en cuanto fue recogida, viva o muerta, los botes restantes se dispersaron avanzando en zigzag.

Yang aguardó hasta estar seguro de que la escaramuza había terminado. Entonces agarró una de las escalas que se balanceaban violentamente y comenzó a subir por ella sin prestar atención a los ruegos de Pan. El ascenso era lo suficientemente largo como para que tuviera la oportunidad de arrepentirse varias veces, pero siempre

acababa decidiéndose por continuar. En su interior conservaba la ilusión de ser el mismo policía que se había labrado una reputación de héroe en las megafactorías de Jinan. Reconocer la verdad supondría repudiar la única etapa de la vida de la que estaba orgulloso; antes prefería que le matasen. Al menos así obtendría un entierro de primera, en lugar de aquellos funerales anodinos que cerraban las anodinas vidas de tantos y tantos funcionarios.

Cuando llegó a la cubierta, el humo y el olor acre de la cordita le retrotrajeron a las batallas en las que había participado. Sacó la pistola. No veía a nadie, solamente los cangrejos y las langostas que huían en tropel de sus cajas volcadas. Caminó con cuidado para no aplastarlos. Los puestos estaban abandonados; se veía algún cadáver disperso, algún vendedor que se había cubierto la cabeza con los brazos en un vano intento de protegerse. Más allá rugía un incendio. Escuchó una multitud de voces que pedían agua y el bufido prolongado de un extintor. Tras el humo, un blanco vendaval de espuma que se extinguió sin haber perturbado siquiera las llamas.

Se movió con cautela. La cubierta era un caos. Puestos abandonados, cajas tiradas, peces dando sus últimos coletazos sobre el suelo de acero. ¿Qué iba a hacer? ¿Presentarse, pedir explicaciones? Con toda seguridad le dispararían en cuanto asomase la cabeza. Buscó un puesto de observación discreto que le permitiera hacerse una idea de lo que había sucedido. No era fácil, pero mientras buscaba pasó junto a una escotilla abierta, y no había ningún matón vigilándola. Miró hacia abajo. La escalera de pates descendía por un pozo en penumbra. En el extremo inferior una luz de emergencia parpadeaba como una mariposa eléctrica abriendo y cerrando sus alas.

Bajó siguiendo un impulso semejante al que le había conducido al barco. El corredor estaba vacío, salvo por las ratas que correteaban alborotadas. Caminó deprisa, atento a cualquier sonido que pudiera anunciar un encuentro indeseable. Cerca de donde estaba él se escuchaban lloros histéricos; al doblar la esquina tropezó con docenas de literas ocupadas por chicas escondidas detrás de sus almohadas. También había varios hombres vestidos con uniformes de croupier o de cocinero. Todos reaccionaron de la misma manera cuando él apareció: retrocediendo hasta topar con el mamparo. Yang hizo un gesto que pretendía ser tranquilizador, pero al hacerlo con la mano que sujetaba el arma solamente consiguió que las chicas chillaran con más fuerza. Se alejó deprisa. Al final del pasillo había otra hilera de catres. Y detrás de esa, una tercera. Había cientos de personas viviendo en el mercante, hacinados en literas dispuestas igual que las celdas de una colmena, con apenas una gaveta a los pies del colchón para guardar sus objetos personales. Y cuando veían al inspector, comenzaban a gritar, a dar inútiles patadas al aire, a sollozar, como el desquiciado coro que acompañaba sus andanzas.

Por fin logró llegar al casino. Ese sector del barco era completamente distinto de los precedentes. Para empezar estaba despejado; se podía mirar a lo lejos sin que la

mirada chocase inmediatamente con un tablero de aglomerado o una plancha de metal. Y había decoración. Lámparas de cristal colgando del techo, grandes gatos dorados saludando con la pata derecha. Las máquinas tragaperras estaban apagadas, las ruletas inmovilizadas en un número al que nadie había apostado. El silencio le resultó incómodo a Yang; aquel era un lugar que asociaba con la música y el ruido, y sin embargo se encontraba desierto, en completa calma. Reparó en los agujeros de bala que salpicaban las columnas decorativas y en un rincón ennegrecido, repleto de máquinas tragaperras destripadas, en el que quizá había explotado una granada de mano.

En un costado del casino una puerta rodeada de neones, ahora fríos y sin vida, permitía el acceso a un club de karaoke. Yang supuso que las chicas que había visto antes trabajaban allí. Nada más entrar halló el cuerpo sin vida de uno de los viejos que jugaban al *mah-jong* junto a los ladrones fracasados. Tras dispararle en el paladar había florecido en la pared la rosa roja y gris de su cerebro.

«¿Será esto una venganza por lo que ocurrió el otro día? —se preguntó Yang—. ¿O es que alguien ha venido a completar el trabajo después de que saliera mal el primer intento?».

Los reservados del karaoke habían sido registrados a conciencia. Hasta los cojines resultaron despojados de su relleno. En uno de los reservados, además de las mesas aún cubiertas de copas y botellas, había una abertura, diseñada para fundirse con el mamparo cuando estaba cerrada, y al otro lado el inspector observó el contenido de una fila de taquillas reventadas alfombrando el suelo. Y otro cadáver. Uno de los atacantes, a juzgar por la máscara de goma que llevaba puesta. Le habían descerrajado un disparo en la cabeza mientras trataba de forzar con su machete el candado de una pequeña caja de seguridad.

Oyó un ruido fuera. Decidió que tenía que irse. El incendio debía de haber mantenido ocupados a los guardianes del barco, pero no podía confiar en que esa distracción durase eternamente. Salió del karaoke en cuclillas, utilizando las mesas de bacarrá para cruzar el casino sin ser visto. Tomó la primera escalera que subía hacia la cubierta. Una vez allí el humo volvió a desorientarle. Caminó hacia el borde, confiando en localizar la lancha de Pan antes de ser descubierto. Ya no se sentía tan seguro de sus posibilidades; temía ser alcanzado por una bala en cualquier momento. Sin embargo consiguió divisar a Pan entre las espirales de humo que barrían la cubierta y se deslizó por la cuerda más cercana, llamando al muchacho para que se aproximase. De pronto notó que uno de sus bolsillos se vaciaba: sus sacudidas cuando bajaba por la cuerda habían hecho que se saliera la bola que ya siempre llevaba consigo. Vio impotente cómo caía al agua y se esfumaba en una breve salpicadura. Ahogó una maldición. Por inservible que hubiera sido hasta entonces, el hecho era que acababa de perder la única prueba importante que tenía.

Subió a la lancha, furioso por no haberla guardado mejor. Miró a las aguas lamentando su pérdida y dio un respingo al descubrir la bola flotando inocentemente a unos pocos metros de la lancha. Uno de los remos guardados en el fondo de la embarcación por si se averiaba el motor le sirvió para acercar la bola a la borda. Al recogerla volvió a parecerle exageradamente pesada, teniendo en cuenta su tamaño. Pero cuando la depositaba en el agua, tal como hizo un par de veces para confirmar que sus ojos no le estaban engañando, se mecía suavemente en la superficie, sin hundirse, igual que los mugrientos pedazos de polietileno que el viento les arrojaba, vengativo, desde la cubierta del mercante.

Volvió a presionar la esfera contra su frente. Notaba una vibración que se propagaba por su cráneo, susurrando en su cerebro. Pero los susurros carecían de sentido y una migraña punzante amenazaba con aflorar y llenar de truenos la cabeza de Yang.

—Atacar frontalmente ese barco es una locura —estaba diciendo Eileen—. Aunque, como dice el proverbio, «el perro desesperado salta el muro».

—O quizá se trata de un perro que aspira a un premio muy grande —dijo el inspector con firmeza—. Iban detrás de algo.

—¿Y lo encontraron?

—No lo sé.

Examinó de nuevo la bola. Un objeto milagroso que pesaba como un lingote de plomo pero flotaba como una pluma. Se preguntó si era precisamente lo que los atacantes estaban buscando.

—Si supiéramos cuáles eran las intenciones de los primeros ladrones, sabríamos las razones de este ataque. Tengo el convencimiento de que están relacionados.

—Tal vez los del barco se quedaron con un cargamento que no les correspondía. Pasa a menudo. Aquí todo el mundo trata de robar o estafar a todo el mundo.

—No creo que esto sea un asunto de drogas —murmuró Yang—. El objetivo es otro. ¿Ha hecho lo que le dije? ¿Sus «hermanitas» conocen a alguien que coincida con las descripciones que le di?

Eileen prefirió no responder.

—¿Me oye?

—¿Por qué debería hacerlo? —espetó ella, exasperada—. Mi tiempo es valioso. Y el tiempo de mis «hermanitas» también. ¿Por qué íbamos a desperdiciarlo trabajando gratis para usted?

—Creí que estaba dispuesta a echarme una mano.

—Quiero volver al continente, inspector Yang. Si me ayuda a conseguirlo, yo le ayudaré a usted. Si no... piense en mí como su casera y nada más.

Yang aspiró con fuerza su cigarrillo, envolviendo el camarote en humo.

—¿Y cómo voy a ayudarla? Yo no tengo tanta influencia.

—Solo necesito un documento de identidad que sea legal. Y una licencia gubernamental para abrir un club.

—Puede solicitarlos usted misma.

—Quiero un documento en el que aparezca el nombre que yo elija y que muestre un historial limpio. —Luego Eileen agregó con sorna—: ¿De verdad puedo solicitar eso yo misma? No sabía que las autoridades se habían vuelto tan tolerantes.

Yang conocía a algunos compañeros con la calificación necesaria para introducir a Eileen en las bases de datos del gobierno con un nombre y un historial falsos. Después de dar ese paso, obtener el documento de identidad era un juego de niños. Sin embargo ellos exigirían una fuerte suma de dinero a cambio de sus servicios y Yang estaba arruinado. Incluso había dejado de entregarle al comisario el porcentaje correspondiente de los sobornos que recibía, lo cual, si había llegado a la conclusión correcta, era el auténtico motivo de que le hubiesen asignado aquel caso.

—Habrás que pagar, hacer regalos —suspiró—. Y yo ya he acumulado demasiadas deudas.

—Su esposa por correo le ha salido cara, ¿eh?

—Bastante.

—Yo dispongo de unos ahorros. Pero quiero tener la seguridad de que obtendré documentos válidos. Esas falsificaciones que venden por ahí no sirven para nada.

—Tendrá documentos oficiales, descuide. No serán baratos, pero nadie podrá ponerlos en duda.

Eileen asintió. Se quitó la bata y en unos instantes solo llevaba puestas unas bragas rosas y un sujetador con suspensores. El inspector Yang la contempló sin excesivo interés. Una barriguita fofa estropeaba su cintura y los muslos estaban poblados de feos hoyuelos provocados por alguna enfermedad.

—¿Nos vamos? —dijo ella cuando terminó de vestirse.

—¿Adónde?

—Las descripciones que me dio no servirían para encontrar a las novias de los ladrones ni aunque fueran las últimas mujeres vivas de la tierra. Hay una opción mejor.

El yate al que fueron reunía una colección de antenas tan grande que el inspector se preguntó si habría sido en origen una de las embarcaciones destinadas a interceptar comunicaciones enemigas durante la guerra. Eileen subió como si fuese una vieja amiga que iba a tomar té. Yang fue tras ella, teniendo cuidado para no golpearse con ninguna de las antenas. Eileen pulsó un timbre. El hombre que salió de las profundidades del yate llevaba unas gafas de montura de concha con cristales fotocromáticos. Tenía la piel muy blanca, sugiriendo que raramente se exponía al sol. Era alto y algo rechoncho, e iba prácticamente desnudo bajo la raída manta que se había echado sobre los hombros.

—¿Para qué has venido? —preguntó mirando a Eileen—. Hoy no quiero ninguna chica.

—No he venido por eso, Li. —Se volvió para señalar a su acompañante—. Él es el inspector Yang. Está investigando los asesinatos que se han producido en la ciudad.

—Yo no soy un asesino —dijo el hombre a la defensiva.

—Por supuesto que no, tonto. Él solo pretende que colabores con la investigación.

—¿Colaborar? ¿Cómo voy a colaborar yo?

—Oh, vamos, deja de hacerte el idiota —le reprendió Eileen—. Todos los mensajes que se envían en la ciudad son retransmitidos por tus antenas. Y sé que sueles fisgonear los que están encriptados. No me digas que no. Ya me han contado varias chicas que les has enseñado cosas que se supone que no deberías ver.

—¿A quién más se lo han dicho? —preguntó Li, repentinamente asustado.

—Tranquilo. Solo lo sé yo. Aunque te convendría abandonar esa costumbre antes de que las tríadas se enteren de que espías sus mensajes.

—Yo no intervengo, ya lo sabes. Lo hago por simple curiosidad.

—Sí, ya sé, eres como los monos de Nikko: ves, oyes y callas. Pero de todas formas ten cuidado. Tendrías problemas para convencer a las tríadas de tu inocencia.

Bajaron por las escaleras. La estancia inferior estaba repleta de equipos electrónicos de diversos tipos, de modo que el volumen habitable era tan pequeño como un pedazo de tofu. La única silla se encontraba situada frente a los monitores. Detrás había un catre deshecho. Sobre la minúscula mesa de madera reposaban un humeante tazón de sopa de soja y un panecillo cocido a medio desmenuzarse.

—Sentaos donde podáis. Aquí no sobra el sitio.

En la habitación hacía calor. Cada uno de los aparatos encendidos exhalaba una corriente de aire recalentado que no tenía por dónde escapar. Li ni siquiera llevaba zapatos: andaba por el suelo, cubierto de ropa sucia y revistas viejas, con los pies enfundados en calcetines de lana.

—Bueno, ¿y qué es lo que desea?

—Ya puedes imaginártelo —intervino Eileen, quitándole la palabra a Yang de la boca—. Con todo el alboroto de estas últimas semanas deben de haber circulado muchos mensajes pidiendo y dando explicaciones.

—Un montón —reconoció Li—. Demasiados, en realidad. Si pretende revisarlos todos más le vale tener tiempo de sobra, inspector. Encontrar uno que contenga información interesante va a ser parecido a esperar a que un conejo se dé un golpe contra un árbol viejo, como reza el proverbio.

—Pero el inspector Yang no va a revisarlos.

—¿Ah, no?

—No. Lo harás tú, si es que no lo has hecho ya.

Li miró al inspector con expresión desvalida.

—Tengo trabajo que hacer —protestó—. ¿Te crees que el sistema funciona solo? Necesitaría un ayudante, o dos, pero los muy tacaños se niegan a pagarlos.

—No te quejes. Eres el único en la ciudad que disfruta de gasolina gratis.

—Como si fuera un regalo que me hacen porque sí... Si el suministro eléctrico se interrumpe un segundo, adiós a las redes. —Li movió la cabeza en dirección al insistente traqueteo del grupo electrógeno—. La gente tendrá que gritarse los mensajes de barco en barco, igual que antes. O recurrir a la radio. Pero ¿cuántos tienen una radio que todavía funcione?

—Eso es verdad —concedió Eileen—. En cualquier caso estoy segura de que podrás auxiliarnos. Para empezar, los ladrones que asaltaron el casino. —Le dio a Li el nombre que había confesado la prisionera—. Nos gustaría ver los mensajes que envió y recibió en los días anteriores a su muerte.

—¿Visuales o de texto?

—Ambos.

Li comenzó a manipular el sistema, trabajando con el contenido de varias pantallas a la vez. Viendo los datos fulgurar en los monitores como relámpagos en un cielo sereno, Yang recordó uno de los pareados que aparecían en *Sueño en el pabellón rojo*, una de las pocas obras clásicas de la literatura china que había llegado a leer: «Cuando lo ficticio es real, lo real es ficticio; donde no hay nada, hay de todo». En pocos lugares la cita resultaba tan apropiada; en aquella habitación no había nada más que electricidad y el aroma reconcentrado y punzante del ozono; sin embargo, todas las voces, todos los pensamientos de la ciudad flotante estaban almacenados en su interior.

—Ahí tenéis. Los encriptados se verán un poco mal. Necesitaría un rato para limpiarlos como es debido.

—Da igual. Nos basta con que se escuche bien el sonido.

El ladronzuelo había enviado y recibido varias comunicaciones en los días previos a su muerte. Pero la información que realmente deseaba obtener Yang fue entregada en persona. El muchacho hacía referencias a una entrevista con un hombre al que ni siquiera llegaba a describir. De todas maneras dejaba claro que se trataba de un simple intermediario: les dio un sobre con el anticipo y el objetivo y se esfumó.

El inspector se revolvió incómodo sobre el taburete. Le irritaba que Deng hablase y hablase sin mencionar un solo detalle que tuviera interés para él. Presumía de las cosas que iba a comprar con el dinero que le darían por hacer el trabajo, de la embarcación grande y cómoda a la que se trasladaría, de las chicas que iba a follarse. Pero no mencionaba nunca qué le habían encargado robar ni quién era el autor del encargo.

Mientras se revolvió, Yang perdió el equilibrio y para no caer se apoyó en un arcón enterrado bajo un montón de mohosas placas base. Al darse cuenta del

movimiento, Li le indicó en el acto que se apartara del arcón:

—¡Eh, no ponga ahí la mano! Eso es delicado. —Y rápidamente agregó—: Están perdiendo el tiempo comprobando sus mensajes. Deng era idiota, pero no tan idiota. Sabía que el nivel de encriptación que podía permitirse era demasiado básico.

—Entonces quiero una lista de las personas con las que se comunicó durante las pasadas dos semanas —dijo Yang—. Ahí aparecerán sus amigos, su novia... Alguien a quien yo pueda interrogar.

—Fácil —repuso Li—. Aplico el filtro de contactos frecuentes y ya está.

La lista incluía ocho nombres. Li entregó el papel al inspector, que lo guardó preguntándose cuál sería la siguiente sugerencia de Eileen.

—Y ahora los mensajes cifrados que hayas visto —dijo ella—. Los realmente interesantes.

—¿Para qué? —objetó Li—. Es mejor que te haga un resumen: de pronto han aparecido unos objetos en la ciudad que todo el mundo quiere conseguir. No me preguntes qué objetos son. La gente se refiere a ellos con nombres en clave: «La raíz de loto», «el farol», «el pétalo», «la esfera»...

Al oír aquel comentario a Yang le dio un vuelco el corazón pensando que «la esfera» probablemente fuera el nombre otorgado a la bola que llevaba consigo.

—Parece ser que esos objetos tendrían un valor extraordinario en el continente; el hecho es que desde que aparecieron las tríadas están removiendo cielo y tierra para encontrarlos. El problema es que, en cuanto dan con ellos, las tríadas rivales tratan de robárselos y el resultado ya lo conocéis. Últimamente circulaba el rumor por las redes de que los propietarios del casino habían logrado reunir «la flor de loto» y «la vela de jade». Supongo que es la razón de que les hayan atacado con tanta insistencia.

—¿Y no te has enterado de por qué tienen tanto valor?

—No. Solo sé que su aparición está relacionada con la caída del meteorito. La primera mención de uno de ellos se produjo al día siguiente y por parte de un barco fondeado cerca del lugar donde cayó. ¿Casualidad? Lo dudo.

—Hace dos meses, entonces.

—Exacto. Dos meses.

Eileen se volvió hacia Yang.

—Ya sabemos lo que buscaban los ladrones. Unas antigüedades valiosas, por lo que se ve. Así pues, no es necesario que interrogue a sus conocidos.

—Lo haré igualmente. Aún quedan muchas preguntas que responder.

—¿Y qué más da obtener las respuestas? Si es un asunto de las tríadas, cualquier cosa que haga será inútil.

—Tal vez —aceptó el inspector—, sin embargo tengo que entregar un informe completo. Si me limito a repetir unos simples rumores, mi comisario creerá que es una excusa para guardar las apariencias y me degradará.

«Probablemente lo hará de todas formas —pensó—. Al menos evitaré ponérselo fácil».

Iban a marcharse cuando Li les pidió que se quedaran unos minutos más. Tenía algo que enseñarles.

—Esta comunicación la descripté hace un par de horas. Fíjense. Los que atacaron el casino no eran unos matones cualesquiera. Por aquí nadie dispone de tanta potencia de fuego.

Tal como les había advertido, la definición de las imágenes era bastante pobre. Apenas se apreciaban las borrosas siluetas de unas cuantas embarcaciones de mediano tamaño aproximándose al desconocido que había filmado su llegada. Parecían escenas grabadas a principios del siglo pasado por un pionero de la cinematografía.

—¿Quiénes son? —se interesó Eileen.

—Piratas —explicó Li—. Como los que asaltaron el casino. Pero distintos; a estos los han llamado para vengar la afrenta. ¿Sabéis lo que significa esto?

Esperó a que le respondieran. Cuando el silencio se hubo vuelto sofocante, Li se contestó a sí mismo:

—Significa que ha empezado la guerra.

Durante el regreso a casa presenciaron la lenta migración de un centenar de barcos que navegaban hacia un destino ignoto. Iban en grupo, semejantes a pesados herbívoros que tratan así de protegerse de la mayor agilidad de sus depredadores. Los que ya no tenían la capacidad de desplazarse por sus propios medios eran remolcados a duras penas por otros a los que el esfuerzo parecía estar a punto de partir por la mitad. Había abundancia de hombres encaramados a proas y mástiles, gritando instrucciones distorsionadas por los megáfonos, creyéndose almirantes por un día. Al fondo de la comitiva una rudimentaria piscifactoría era arrastrada por un puñado de chalanas, sus ocupantes tratando sin éxito de remar coordinadamente.

Al principio supusieron que la gente huía de la inminente guerra entre las tríadas. Luego descubrieron que era otro el motivo de su marcha: la parcela de mar de la que procedían los emigrantes estaba siendo absorbida por la mancha púrpura, que ya no era una simple mancha. Ahora cubría una superficie considerable, extrañamente inmóvil, como si bajo su influencia el agua se hubiera transformado en una sustancia que era más plástica que líquida. Incluso las olas que levantaba la lancha rompían contra sus irregulares bordes igual que si encontrasen tierra firme. Dentro había un pesquero atrapado, vacío, embarrancado en aquellos sargazos púrpuras. Estaba cerca de la orilla, y sin embargo era evidente que nunca conseguiría salir de la mancha. Permanecería varado en ella como el mensajero que desfallece después de dar la voz de alarma, incapaz de acompañar a los demás en la búsqueda de la salvación.

—Deme el cubo —dijo el inspector mientras se inclinaba hacia delante. El olor de aquella sustancia seguía provocándole arcadas.

—¿Qué pretende?

—Tomar una muestra. Debo avisar a la prefectura para que envíen un equipo de analistas. Esto puede ser importante.

—De ninguna manera —rechazó Eileen—. No se figure que va a meter esa porquería en mi casa.

—Al paso que lleva pronto llegará por sí sola —señaló Yang.

—No lo niego. Pero tampoco voy a hacer nada que adelante su llegada.

Yang volvió a recurrir a uno de los remos, en esta ocasión para remover el lógamo. Era espeso, de un color que oscilaba entre el púrpura y un negro tornasolado; al inspector le recordó las lonas que cubrían las piscinas privadas durante el invierno. Salvo que su consistencia era similar a la del caucho natural. Tuvo dificultades para perforar la mancha con el remo y también para sacarlo de su interior. La sustancia se quedaba pegada a la madera; largas hebras testarudas que tuvo que cortar con el cuchillo que le prestó Pan.

—Parece petróleo sin refinar —concluyó—. Quizá ahí abajo hay un barco hundido con una fuga. O un pozo submarino del que nadie tenía noticia.

—El petróleo huele distinto —dijo Eileen—. Lo sé. He presenciado alguna marea negra durante la guerra, después de que atacasen a un petrolero.

El inspector se encogió de hombros. Grabó un vídeo de la zona afectada y lo envió a la brigada junto con un breve comentario. No había gran cosa que pudiera añadir. Confiaba en que las imágenes fueran lo suficientemente llamativas para provocar una reacción en la prefectura.

La barca del alcalde, con su absurda banderita flameando en la brisa, estaba amarrada al velero de Eileen. En la cubierta el secretario fumaba tranquilamente, mirando al horizonte como si aguardase la aparición de una horda mongol para unirse a ella.

Chen estaba tomando té y pastelillos de arroz en la mesa principal, con los pies apoyados en el respaldo de una silla. A Yang le sorprendía la familiaridad con la que iba a la casa de Eileen siempre que le venía en gana. Se comportaba igual que los gánsteres que había conocido en Jinan. Prácticamente todas las tiendas y restaurantes de la ciudad estaban en manos de personas que les debían dinero o favores, y no permitían que ninguna olvidase ni por un momento que devolver esa deuda a tiempo era la condición inexcusable para continuar con vida.

—He oído lo que pasó en el casino —comentó el alcalde en cuanto oyó sus pasos retumbando en la escalerilla—. Malo. Muy malo.

—Es solo el principio, alcalde Chen —replicó Yang antes de sentarse—. Va a haber represalias.

—Represalias que provocarán represalias. —Chen sorbió ruidosamente su té—. Creo que lo más conveniente será que se vaya.

—Aún no he resuelto el caso.

—Es lo mismo, inspector Yang. ¿A quién le importa una hoja que cae de su rama cuando el bosque entero está ardiendo?

—Me importa a mí —dijo Yang—. ¿Sabe cuál fue mi caso más famoso? Yo trabajé en Jinan varios años, en la brigada especial que mantiene el orden en las fábricas. Se suicidaban tantos trabajadores cada mes que alguien creyó que un homicidio pasaría desapercibido. Pero yo me di cuenta, y perseguí y detuve al criminal. Me condecoraron por ello.

La medalla era una chapa de latón que se doblaba por la mitad con la presión del pulgar y el índice, pero esa parte no tenía por qué explicársela al alcalde.

—Es admirable que se tome su trabajo tan en serio, inspector, pero aquí nadie va a condecorarle, detenga a quien detenga. Yo voy a meterme en mi cabaña y no pienso salir hasta que sepa que han cesado las hostilidades. Haría usted bien en imitarme.

—Tengo que seguir el rastro cuando todavía está caliente. De lo contrario no averiguaré nada.

—Es usted de Shandong, ¿verdad? —Chen sonrió—. Dicen que los naturales de Shandong son especialmente honrados. Es una lástima que la honradez no sea más apreciada en estos tiempos. Si Confucio se levantara hoy de su tumba, seguro que pediría enseguida que le volvieran a enterrar.

—Seguro que sí. Pero ya que menciona a Confucio le responderé con una de sus máximas: «Sabes que es imposible hacerlo, pero mientras sea algo que debes hacer, tienes que hacerlo».

—Le hablo así porque le aprecio, inspector Yang. —El alcalde depositó sobre la mesa los palillos con los que había estado cogiendo pastelillos de arroz frito—. El país necesita policías como usted. Sería una gran pérdida si le matasen.

—¿Y le da igual que la investigación no dé resultados?

—Yo he cumplido con mi obligación avisando a la prefectura. Y usted ha cumplido con la suya reuniendo pruebas e interrogando a los sospechosos. Si de repente estalla una confrontación entre triadas, ¿qué más podemos hacer? Una hormiga que se interponga en una pelea entre dos elefantes morirá aplastada con toda seguridad.

—Salvo que la hormiga tenga mucho cuidado.

—O mucha suerte. Pero insisto, ¿vale la pena arriesgarse?

Yang se preguntó cuáles serían las verdaderas intenciones del alcalde. ¿Estaría realmente preocupado por él? ¿O temía que el inspector acabara descubriendo algo que le perjudicase? Esta última posibilidad le pareció remota. En una región periférica como aquella se daba por sentado que los funcionarios fuesen corruptos.

Chen tendría que haber cometido una infracción extremadamente grave para que al prefecto se le ocurriese siquiera castigarle.

—Y además está el problema del tiempo —dijo el alcalde—. El Servicio Meteorológico ha anunciado que este año va a haber tifones fuera de temporada. Desde los deshielos, el clima anda tan revuelto que uno ya ni siquiera está seguro de que sea invierno o verano. ¿Sabía que antes hubo una ciudad costera, en este mismo lugar en el que nos encontramos, inspector Yang? Ahora está completamente sumergida, pero tengo entendido que algunos buzos todavía la registran para llevarse el cobre.

—No lo sabía.

—Era una de nuestras principales fuentes de ingresos. Los jóvenes hacían inmersiones a pulmón libre para saquear los edificios, hasta que sacaron a la superficie todo lo que tenía algún valor. Para ser sincero, yo me alegré de que el negocio llegara a su fin. Se producían accidentes muy a menudo, ¿sabe? Muchachos ahogados en la flor de la vida. Una tragedia.

Yang asintió. Había oído hablar de otra ciudad flotante, en el escenario de la batalla de las islas Diaoyu Dao. Allí el negocio de los saqueadores de tumbas submarinas continuaba siendo floreciente. Cientos, tal vez miles de buceadores, dedicados a desvalijar los pecios en los que había perecido la flor y nata de la Marina china.

—Le doy las gracias por su interés, alcalde Chen. Le prometo que detendré la investigación si encuentro demasiadas dificultades para continuar.

—Hágalo. Yo atestiguaré que usted hizo lo que pudo. Sería diferente si fueran a enviarle refuerzos... —El alcalde suspiró mientras limpiaba los palillos y los guardaba en un estuche—. Pero los dos somos conscientes de que no van a hacerlo y las buenas palabras son un pobre escudo contra las balas.

«Tiene razón —pensó Yang—. Ocurra lo que ocurra, no vendrá nadie».

El inspector miró su móvil. La grabación que había enviado no provocaba ninguna respuesta, excepto la misma obstinada apatía que sucedió a las comunicaciones anteriores. Podía llamar a Tian, pero el subinspector contestaría a sus peticiones de información con monosílabos y frases cortas, evitando comprometerse. Dedujo que la única noticia que esperaban con ansia en la brigada era la notificación de su muerte o su fracaso.

La marcha del alcalde dejó un regusto amargo en la boca de Yang. Se volvió hacia Eileen, que sostenía la tetera vacía como si estuviera dudando entre fregarla o tirarla por la borda.

—¿Qué opina de él?

—Es un cabrito —gruñó la mujer—. Si tuviese más poder sería un auténtico dolor de cabeza. Peor que las tríadas. Respecto a lo que ha dicho, considero que está en lo

cierto. Quedándose solo va a conseguir que le maten.

—No puedo irme —respondió Yang—. Aunque los casos de homicidio queden sin resolver, necesito algo sólido que presentar ante mis superiores si quiero salvar la cara. Y no me refiero a un informe bien fundado.

La mirada de ella se volvió irónica.

—¿Se refiere a esos objetos? ¿Los que han provocado la guerra?

—Sí.

—Yo puedo prestarle una cuerda si ha perdido el gusto por vivir. Será más rápido y menos doloroso.

—No voy a inmiscuirme en la guerra. Estoy de acuerdo en que eso sería un suicidio. Pero puede que no haga falta. En situaciones de desorden es posible obtener resultados excelentes si se actúa rápidamente y con decisión. Lo que necesitamos es hallar una pista que nos lleve a los objetos que aún están en paradero desconocido. Con uno será suficiente para satisfacer a mis superiores.

En realidad serían dos. Sin embargo Yang dudaba de que pudiera confiar en Eileen hasta el punto de revelarles que ya tenía uno en su poder. Afortunadamente el aspecto de la bola era tan anodino que apenas necesitaba molestarse en esconderla.

—¿Y por qué entregárselo a sus superiores? —repuso la madame—. Ya sabe lo que ocurrirá: ellos recibirán las felicitaciones y a usted tratarán de contentarle con un ascenso insignificante.

—¿Qué sugiere?

—Vamos a quedarnos con lo que encontremos. De ese modo el riesgo sí merece la pena.

Yang meditó acerca de la oferta de Eileen. La perspectiva de renunciar a su trabajo resultaba sorprendentemente atractiva, pese a que siempre había sido policía. Incluso en el supuesto de que resolviera el caso satisfactoriamente seguiría dependiendo del comisario Zhang, y seguiría teniendo que pagar los intereses del préstamo que pidió para comprar a Maaja.

—Ya teníamos un trato —le recordó el inspector.

—Amplíemos el trato. Los documentos de identidad y un cuarenta por ciento de los beneficios cuando vendamos el objeto. Conozco a un perista que no nos engañaría en exceso.

—Yo también —reconoció Yang. Los miembros de la brigada de homicidios solían vender o regalar a sus amantes las joyas de las víctimas cuando no había familiares que las reclamasen. Y a veces aunque los hubiera.

—Bien, da igual uno que otro mientras el precio sea bueno.

—¿Y va a fiarse de mí? —preguntó Yang, si bien la pregunta sonó más bien como: «¿Me puedo fiar de ti?».

—Claro que me fío. ¿Sabe cuánto hace que el alcalde me prometió documentos

en regla? Años. Y aún espero que me los entregue. Viene a mi barco, se come mis pastelillos, se bebe mi licor y mete mano a mis chicas. O me mete mano a mí, si me descuido. Al final me da un pretexto estúpido para no tener preparados los papeles y se va. Si le pido que me devuelva el dinero del adelanto se ríe de mí. —Eileen se mordió el carrillo por dentro y luego agregó con voz quejosa—: Comparado con eso usted es un jodido príncipe azul.

La chica no llevaba maquillaje ni bisutería. Yang pensó que se había despojado de todo para aparentar inocencia. Era lo habitual. Solo los muy temerarios se atrevían a exhibir un aspecto llamativo cuando hablaban con la policía.

—Háblame de tu relación con Deng, Sansan.

—Yo apenas le conocía —murmuró ella—. Simplemente teníamos amigos comunes.

—Te envió muchos mensajes antes de morir. —El inspector reprodujo uno en su móvil. No lo había escogido al azar. Era lo suficientemente tórrido como para provocar que Sansan se sonrojara.

—¿Y bien? —preguntó al terminar la reproducción.

La chica asintió con los ojos cerrados. Cuando volvió a abrirlos tenía una expresión de derrota en el rostro.

—Llevábamos poco tiempo viéndonos. Deng cambiaba de novia a menudo. O ellas le dejaban a él. Cuando se impacientaba se volvía violento.

—Pero tú le aguantaste un par de meses.

—Me hacía regalos. Y a veces era divertido, aunque casi siempre estaba fanfarroneando de lo que había hecho o pensaba hacer.

—¿Te habló del golpe en el casino?

—Por encima. Decía que le habían hecho un encargo importante.

—¿Quién?

Sansan dudó. Para que aceptase ser interrogada el inspector había tenido que ofrecerle protección. En la práctica esa protección se limitaba a que Pan la llevase a la orilla, donde el alcalde había prometido conseguirle una cama en las cabañas de lata. Para los habitantes de la ciudad la tierra firme representaba un mundo distinto, separado del suyo por barreras que no eran solamente físicas. La chica parecía creer de veras que al dejar de vivir en uno de los barcos estaría a salvo de posibles represalias, como si se hubiera escabullido a otra dimensión.

—Uno de los contrabandistas principales. No me dijo cuál, aunque yo supuse que se trataba del Jefe Guo. Deng decía que su cliente solía llevar corbatas estrafalarias y Guo es famoso por sus corbatas. Pero puede que fuese alguien haciéndose pasar por él. Deng no era muy listo que digamos. Se le podía engañar con facilidad.

—Sin embargo, tenía éxito como ladrón.

—No se necesita talento para ser ladrón. Solo valor. Lo único que Deng hacía era ponerse una máscara de cartón y asaltar barcos por la noche junto a sus amigos. Si alguien se despertaba, lo que sucedía con frecuencia, le ponían un cuchillo en la garganta y le obligaban a callarse. Fue así como nos conocimos.

—¿Te robaron?

—Sí. Desperté una noche y ahí estaba Deng, revolviendo en mi baúl. Me pidió mi número al mismo tiempo que me amenazaba con el cuchillo.

—¿Y no le denunciaste?

—Aquí una tiene que ocuparse de sí misma. Si te hacen algo realmente terrible buscas venganza. Hay matones que se ocupan de ayudarte por un precio. Si no ha sido demasiado terrible aprietas los dientes y sigues con tu vida.

—O permites que el ladrón te corteje.

—Así pude recuperar mis cosas —indicó Sansan con cinismo—. Y conseguí algunos regalos extra. No fue una mala decisión.

—Ya veo —respondió Yang—. ¿Sabes en qué consistía el encargo?

—Robar unos artículos valiosos que guardaban en el carguero. Pero si le soy sincera, creo que estaba previsto desde el principio que el robo fracasara. Incluso se lo dije a Deng, aunque él no me hizo ni caso. Para mí que la verdadera intención de su cliente era probar las defensas del casino antes de atacar en serio.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Las tríadas actúan un poco como los jugadores de *go*. Lo sé porque mi padre trabajó un tiempo para uno de los jefes y hablaba de ello a menudo. Hacen movimientos con la intención de provocar una respuesta o para encubrir la jugada que realmente tienen en mente. Y las piezas que utilizan para hacer esas jugadas son desgraciados como Deng a los que nadie va a echar a menos. Mi padre los llamaba «los prescindibles». Aceptan cualquier trabajo con tal de ser admitidos en las tríadas y terminan siendo carne de cañón en sus peleas.

Yang detuvo un instante la grabación de la entrevista para tomar unos apuntes en el móvil. Ofreció un cigarrillo a Sansan, pero ella le contestó que había dejado de fumar.

—¿Dónde podría encontrar a Guo?

—Antes vivía en un viejo remolcador. Ahora ya no se sabe dónde vive nadie. Todos se esconden tratando de evitar que les maten mientras planean cómo matar a sus enemigos.

El inspector se mostró de acuerdo con la reflexión de Sansan. Había observado las embarcaciones asaltadas durante sus viajes por la ciudad, manteniéndose a flote a duras penas o hundiéndose envueltas en llamas. Y también había espiado a los causantes de tanta destrucción: lanchas neumáticas que volaban a ras de agua como oscuras libélulas, lanzando misiles encontrados en antiguos depósitos de armas para

luego desaparecer perseguidas por el inútil repiqueteo de los fusiles de asalto.

—Supongo que Deng no te precisó la naturaleza de los artículos que tenía que robar.

—Me contó lo que le habían contado a él.

—¿Y qué fue lo que le contaron?

—Le describieron los objetos. Para que pudiera reconocerlos.

—¿Qué más? ¿Le explicaron lo que podían hacer esos objetos?

—¿Es que pueden hacer cosas? —se sorprendió ella.

—Sí. Es precisamente lo que los hace valiosos.

—¿En serio? —Sansan se detuvo como si acabase de recordar un detalle importante—. No, espere, es verdad, Deng sabía más de lo que le habían contado. Quizá lo averiguó por otros medios.

—¿Qué es lo que sabía?

—En una ocasión me aseguró que los objetos eran mágicos. Supongo que se refería a eso que usted dice de que pueden hacer cosas.

—¿Mencionó que hubiera alguna relación entre los objetos y el meteorito que cayó hace unas semanas?

—¿El meteorito? Qué curioso. No, no dijo nada, pero es verdad que todo empezó a volverse raro después de aquello. Incluso la marea roja, ¿la ha visto? Antes el mar estaba limpio y de repente parece que han vertido toneladas y toneladas de pintura.

«Ojalá fuera pintura», pensó Yang. Tenía la convicción de que se trataba de algo bastante más peligroso.

—Deng tenía una teoría, aunque igual no era suya. Él era así. Escuchaba una opinión en cualquier sitio y si le gustaba se apropiaba de ella. Hasta presumía de la gran idea que se le había ocurrido.

—¿Cuál era su teoría?

—Que los artículos que le habían pedido robar eran un premio menor. Decía que había un primer premio, que era lo que las tríadas buscaban en realidad, aunque se conformaban con los otros objetos entre tanto.

—¿A qué se refería con el gran premio?

—No lo sé. Nunca quiso entrar en pormenores. O puede que él tampoco los conociera. A Deng le gustaba tanto fanfarronear que era difícil estar segura de qué era lo que sabía y qué era lo que fingía saber.

—Es una idea interesante —dijo Yang—. Tal vez Deng y sus amigos decidieron ir a por ese gran premio en lugar de cumplir el encargo.

—No creo. Lo que le pasó fue debido a su estupidez y a la mala suerte. El karma. Al final pagó por sus crímenes. —Sansan cogió la bolsa con las posesiones que quería llevarse. La habitación estaba abarrotada de trastos, pero la mayoría daba la impresión de ser basura inservible—. ¿Me llevarán ahora al continente? Tengo que

irme. Vendrán a por mí en cuanto averigüen que he hablado con usted.

Yang tiró la colilla al suelo y la aplastó con la punta del zapato. Después acompañó a Sansan arriba. Pan esperaba en la barca. El inspector le indicó que llevase a la chica junto al alcalde.

Era un día frío. Un viento desapacible agitaba la lona que protegía la cubierta de la lluvia. Bajo su sombra había por lo menos cuarenta personas ociosas, matando el tiempo. Jugaban a las cartas, contemplaban con fijeza sus móviles, se hacían leer las manos o quemaban dinero del más allá en abollados cubos de metal. «También los espíritus necesitan comprar ropa para el invierno», pensó Yang. El ferry de pasajeros era similar a los que recorrían antaño el río Amarillo. Cómo había terminado en el mar resultaba un misterio.

Llamó a Tian. Ya no se tomaba la molestia de responder con evasivas; últimamente ni siquiera aceptaba las llamadas. Era la confirmación de lo que sospechaba. No le habían enviado a resolver un delito. Le habían enviado al exilio.

—Eh, tú. ¿Eres el inspector que anda creando problemas?

Yang apartó su atención de la pantalla. A pesar del viento los jóvenes llevaban camisetas con las mangas cortadas para que sus tatuajes quedasen bien a la vista.

—Te mueves mucho, cabrón —continuó el que llevaba la voz cantante—. Nos ha costado dar contigo.

—¿Qué queréis?

—Tienes una bolita que no te pertenece. —El joven sacó una espada corta—. Dámela si no quieres enterarte de qué color son tus tripas.

El inspector miró hacia la escalerilla. Pan aún tardaría un rato en volver. Sacó el revólver y disparó al líder del grupo en la rótula derecha. Uno de sus compinches introdujo la mano en el bolsillo; el disparo de Yang le arrancó el bolsillo del pantalón, que salió volando junto con una pistola de gas y algunos dedos. El tercer miembro del grupo echó a correr hacia una escotilla y saltó en su interior. El inspector no trató de impedir que huyera.

—Perdí la bola hace unos días —mintió Yang al tiempo que arrastraba al joven herido en la rodilla por la cubierta—. Por lo tanto no puedo dártela. Es una pena.

Ayudándose con el hombro levantó al bravucón por encima de la borda y lo arrojó al agua. Acto seguido repitió la operación con el otro herido. Gritaba y pataleaba, pero Yang consiguió echarlo de todas formas.

—Los que crean problemas se van al mar, ¿no es cierto? —preguntó justo antes de dar el empujón definitivo.

La gente de la cubierta se había agolpado en el extremo contrario, abandonando los naipes, las hogueras, incluso los cuencos llenos de comida. Yang se guardó el arma con la intención de calmarlos. Luego volvió a coger el móvil.

—¿Eileen? Necesito que se ponga en contacto con nuestro amigo. El Jefe Guo, el

contrabandista, está en paradero desconocido, pero puede que haya enviado algún mensaje recientemente que permita localizar su escondite. Y he oído hablar de un objeto que es mucho más valioso que los otros. Es probable que Li también haya oído hablar del mismo.

Colgó. La cubierta continuaba desierta en su mayor parte, como si el viento hubiera barrido a la gente igual que hacía con los envoltorios de caramelos. Yang se acercó a la borda para cerciorarse de que los jóvenes todavía se mantenían a flote. Era un espectáculo divertido verlos bracear, pidiendo a voces que les tirasen desde arriba un aro salvavidas, y el inspector se distrajo presenciándolo hasta que Pan fue por fin a recogerle.

—Hemos de darnos prisa —estaba diciendo Eileen—. La guerra tiene ocupados a sus mejores hombres, pero después de lo que ha pasado, los próximos que envíen serán buenos. No podrá librarse de ellos tan fácilmente.

—Lo sé.

Habían decidido que Eileen iría a ver a Li sola. Era preferible que actuaran cada uno por su cuenta hasta haber comprobado si realmente había alguien siguiendo los movimientos de Yang.

—Tendría que haberme quedado al margen —refunfuñó Eileen—. A este paso lo único que voy a conseguir es que le disparen un cohete a mi casa.

—Entonces hagamos lo que acaba de aconsejarme: démonos prisa. Así nos adelantaremos a sus acciones.

Se despidieron. Yang había explicado a Eileen lo que tenía que preguntar a Li, además de todo lo que a ella se le ocurriera. La mujer se iba con Pan. El inspector utilizaría un bote a motor alquilado a uno de los traficantes a los que extorsionaba el alcalde.

Yang descubrió pronto que manejar el bote era menos sencillo de lo que había supuesto. Estuvo muy cerca de chocar con el velero de Eileen antes de comprender que debía manipular el timón con más suavidad. Por si acaso decidió ir despacio. Las barcas de remo de los vendedores ambulantes le sobrepasaban y él respondía con la indiferencia a sus muecas burlonas. Se había echado encima un capote impermeable para pasar desapercibido. Parecía un regalo oculto bajo un pesado envoltorio verde, una sorpresa aún por desvelar.

La densidad de los barcos disminuía a medida que se acercaba a su objetivo. Era como llegar al campo tras un largo viaje atravesando los suburbios de una metrópolis. De repente estaba en un espacio ancho, tranquilo, aunque esa serenidad era engañosa. De haber acudido allí la semana anterior habría tropezado con la familiar confusión de buques amontonados, el persistente zumbido de los motores de gasoil, el enredo de canciones sonando a todo volumen, mezclándose para producir la sensación de que

eran una sola, incomprensible e insoportable.

El pesquero continuaba atrapado en la llanura púrpura. Ya no se hallaba cerca del borde. Ahora había como mínimo una milla entre los cambiantes límites y el pesquero. La mancha continuaba expandiéndose.

Yang se quitó la ropa hasta quedarse en calzoncillos. Tenía la piel de gallina y se friccionó los brazos con las manos tratando de entrar en calor. Después de tirar el ancla ató una sogá alrededor de su cintura y aseguró la otra punta al motor del bote. Solo le faltaba ponerse las gafas de bucear y reunir el valor necesario para saltar al agua.

«Debo de estar loco para hacer esto —pensó—. Pero estoy convencido de que algunas de las respuestas que busco están ahí abajo».

El agua estaba más fría de lo que se había atrevido a temer. Estuvo flotando un rato con la esperanza de que su cuerpo se aclimatase a la baja temperatura. Luego tomó aire y se zambulló.

Al abrir los ojos se llevó una sorpresa al descubrir que el fondo estaba muy cerca. La segunda sorpresa fue confirmar que el alcalde tenía razón: había una ciudad allí, sumergida, una somnolienta ciudad de provincias, con edificios bajos y avenidas desiertas. Cuando Yang volvió a la superficie se dio cuenta de que las estructuras lejanas que había tomado por plataformas petrolíferas eran los últimos pisos del puñado de rascacielos que presidieron el centro urbano.

Acercó el bote a la orilla de la mancha. Tuvo que forzarse a hacerlo; el olor a putrefacción de los peces muertos que la alfombraban era inaguantable. Casi resultó un alivio regresar al agua. Estaba helada, pero después de sumergirse no podía percibir olor alguno.

Las sucesivas zambullidas le convencieron de que tendría que nadar por debajo de la mancha para llegar al lugar donde se había estrellado el meteorito. No había nada de interés en su periferia. Pero primero subió a la barca para asegurarse de que la sogá estaba bien atada. La posibilidad de extraviarse bajo aquella desolación púrpura le hacía estremecerse de terror. Cuando estuvo seguro de la firmeza de la cuerda rompió el precinto de la ampolla que había comprado a precio de oro. Según el vendedor ambulante, le permitiría nadar durante media hora sin necesidad de subir a tomar aire.

Mordió la ampolla tras sumergirse. Notó un sabor salino en el paladar y la angustia en sus pulmones se redujo al cabo de unos segundos. Solo tenía que acordarse de contener el impulso de abrir la boca y todo saldría bien.

Nadó por encima de las azoteas de los edificios, los vehículos abandonados, las farolas condenadas a iluminar una noche eterna. La ausencia de fauna marina resultaba inquietante. El único pez con el que se cruzó era una raya moribunda cayendo como un avión alcanzado por la artillería antiaérea. Las concentraciones de

moluscos que alteraban el perfil de las construcciones tenían una apariencia inerte, sugiriendo que las conchas estaban igual de vacías que las construcciones sobre las que se habían asentado.

Yang echó de menos tener un reloj sumergible en la muñeca. El vendedor le había ofrecido uno, pero el precio hizo desistir al inspector de comprarlo. ¿Cuánto tiempo habría transcurrido? ¿Diez minutos? ¿Quince? Sintió un tirón en la cintura. Había desenrollado por completo la soga, ya no podía ir más adelante.

Levantó la vista para descubrir a poca distancia los escombros de un edificio decapitado por un fuerte impacto. Y en el centro de una plaza cercana, el objeto que lo había golpeado: un globo del tamaño de un batiscafo, partido en dos porciones recubiertas por una especie de barro rojizo. El deseo de continuar luchó con la prudencia en la mente de Yang. Si se soltaba de la cuerda estaría en condiciones de alcanzar el meteorito. La cuestión era: ¿sería capaz de encontrar luego la cuerda?

De pronto reparó en algo que no había apreciado antes, al menos conscientemente. El agua en torno a él tenía un color extraño. Volvió la cabeza para asegurarse de que no se trataba de una falsa impresión y entonces, como un ciego que recobra inesperadamente el don de la vista, advirtió las barras de un púrpura tenue que le rodeaban. Surgían del suelo como fumarolas que se dirigían hacia la superficie transportando un cargamento incierto. Y ese suelo que era su origen estaba cubierto por el mismo barro que rebozaba la esfera partida por la mitad. Un barro espeso, encarnado, que palpitaba suavemente, como un enorme corazón extendido sobre el fondo marino.

Abrió la boca para chillar y el agua salada llenó su garganta. Retuvo la ampolla con la lengua en el último momento y comenzó a tirar de la cuerda para regresar al punto de partida. Cuando llegó al bote estaba medio ahogado; pasó un buen rato tosiendo, escupiendo agua, tratando de recuperarse. La marea púrpura se encontraba a sus espaldas, y pese a que estaba aparentemente quieta al inspector le pareció que latía sin descanso, ampliándose con cada latido.

Arrancó el motor y se marchó de allí a la máxima velocidad que podía alcanzar el bote. Y esta vez se cuidó mucho de mirar atrás.

—¿Qué le ha ocurrido? —se interesó Eileen al verle.

—Créame, se arrepentirá de haber preguntado si se lo cuento.

Yang calentó sopa de pescado en el microondas. La tomó a sorbos largos, quemándose la lengua; sin embargo, el frío continuó agazapado en su interior, abrazado a sus huesos. Aunque esa no era la única razón de que estuviera temblando.

—Tenemos que darnos aún más prisa de lo que pensábamos —dijo—. ¿Qué le ha contado Li?

—Su intuición era correcta. Li sabe dónde se esconde Guo. Pero ignora que

hubiera un artefacto especialmente importante.

—Una de dos no está mal —se conformó Yang—. Deme la dirección de Guo, por favor.

—¿Quiere ir ahora?

—¿Por qué no? Ya le he dicho que tenemos que apresurarnos.

—Se ha levantado viento.

Yang alzó los hombros para dar a entender que el viento era la menor de sus preocupaciones. Se echó encima una manta y salió a la cubierta de esa guisa, como la caricatura de un anciano con pulmonía, incluyendo el castañetear de dientes.

Introdujo en su móvil las coordenadas que le había indicado Eileen. Transcurrieron unos minutos antes de que uno de los satélites que sobrevivieron a la guerra le señalase el camino. Pan estaba en paradero desconocido. No le apetecía volver a utilizar el bote alquilado, pero no tenía otro remedio. El mar había adquirido un desagradable tono grisáceo, moteado por las crestas blancas de las olas. Negros nubarrones surcaban el cielo, convergiendo para formar nubarrones más grandes y más oscuros.

Volvió a arrojarse con el capote verde. Esta vez no era un disfraz sino una necesidad. Había empezado a llover. Una lluvia que silbaba con el viento, maligna. Montó en el bote e hizo lo posible para surcar el oleaje sin que la quilla rompiera contra las olas. Ya ni se preguntaba por la sensatez de su comportamiento. Según el budismo, todo lo que sucede es la consecuencia de algo y la causa de algo más, y Yang estaba convencido de que eran los acontecimientos de los meses anteriores los que le habían llevado allí, situándolo entre la espada y la pared, hasta que no tuviera otro remedio que actuar del modo en el que lo estaba haciendo.

La ruta que proponía el móvil atravesaba la marea púrpura. Yang la rodeó desdeñando las repetidas quejas de la voz mecánica que le impelía a avanzar en línea recta. Más tarde, al encontrarse de nuevo en unas aguas que no habían sido aún contaminadas, observó que estaba acercándose a las cimas de los rascacielos que vio antes de emprender la inmersión. Sobresalían del mar como señales indicadoras de un pasado muerto; absurdas islas de hormigón, arrecifes verticales, máquinas que habían retrocedido a la barbarie.

Cada bloque actuaba como gigantesco pilón para un puñado de barcos empequeñecidos por algunos ferris de carga oxidados que parecían los últimos guardianes de aquel reino sumergido. Unos puentes de cuerda unían rascacielos y embarcaciones, y Yang pensó que los pisos que continuaban sobre el nivel del agua debían de estar habitados. Los rayos de algunas linternas se desplazaban en la oscuridad y oyó fragmentos de una de las canciones sentimentales que los altavoces repetían por toda la ciudad como una ofrenda destinada a hacer la vida tolerable.

Las coordenadas estaban ocupadas por uno de los ferris de carga. Abajo había una

plataforma a la que amarrar los botes. Una escalera metálica que rechinaba con cada paso permitió a Yang subir. La tormenta hacía que el buque se bandeara hacia los lados; el inspector se agarró con fuerza a la barandilla, pero uno de los tramos se soltó cuando tiraba de él para recuperar el equilibrio. Se golpeó el hombro contra el casco del buque, el inservible trozo de barandilla aún bien agarrado. Decidió conservarlo. Tal vez pudiera servirle de garrote.

La escalera terminaba en la superestructura del ferry. Yang entró sintiéndose contento de tener un techo sobre su cabeza. Estaba totalmente empapado y temblaba de frío. Fuera arreciaba la lluvia y el encrespado mar cubría de espuma cualquier obstáculo que se alzase en su camino.

Le extrañó que el buque estuviese tan silencioso. No había nadie ocupando los catres y bancos que atestaban el puente de mando. Cuando tocó los parches de las sábanas con la punta de los dedos notó la tibieza heredada de unos cuerpos repentinamente ausentes. Y en el aire flotaba el aroma de una especialidad de Sichuan que ninguna persona visible estaba comiendo. Quizá fuese la tormenta la que había vaciado el lugar. O quizá fuera la llegada de Yang.

El primer disparo rozó la nuca del inspector. Una línea dibujada con fuego en su cuero cabelludo y luego un pegajoso flujo de sangre remansándose en el cuello de su camisa. Se tiró al suelo y comenzó a arrastrarse detrás de uno de los catres. El armazón de madera era demasiado endeble para detener una bala, pero era la mejor barricada a la que podía aspirar.

—¡Solo quiero hablar con el señor Guo! —gritó el inspector. No veía a sus atacantes. Los disparos atravesaban las ventanas abiertas junto con las rachas de lluvia—. ¡Una simple conversación, nada más!

—¿Quién coño es el señor Guo? —le respondieron.

No quería malgastar balas disparando sin ton ni son. Estuvo fijándose hasta apreciar el fogonazo que delataba a uno de los tiradores. Disparó en su dirección casi al mismo tiempo que una astilla procedente del catre destrozado se le clavaba en el cuello.

—¡No vas a escapar, hijo de puta! ¡Estás atrapado!

De repente escuchó una detonación más ronca que las anteriores y el caos se desató en el cuarto. Muebles rotos, pintura pulverizada, esquirlas de cristal volando como afiladas cometas. El interior del compartimento parecía una de esas bolas de Navidad que al ser sacudidas se llenaban de nieve en suspensión.

Decidió aprovechar la confusión para dejar los restos de su parapeto. Saltó sobre las ruinas del mobiliario mientras otros tiradores probaban fortuna. Allí estaba perdido; tenía que huir. Y el único camino que conocía era el que ya había utilizado. Tras él se iba repitiendo, idéntica, la misma devastación: apenas cruzaba los compartimentos un proyectil de gran calibre los demolía, siempre una décima de

segundo tarde, aunque no podía confiar en que el dueño del arma fuera a retrasarse siempre. Por si acaso corrió tan deprisa como resultaba posible considerando el desorden de los cuartos. Aparte del pesado rifle, tal vez una de las baratas e ineficaces armas antitanque que se habían popularizado en los meses finales de la Gran Guerra, seguía sus pasos el tembloroso lucero de un punto de mira láser, surcando las paredes como el dedo acusador de un espíritu rencoroso.

Yang se dio cuenta de que la mayor parte de los disparos procedían del edificio al que estaba amarrado el ferry. No era, desde luego, un tiroteo casual provocado por la paranoia de los habitantes del barco. Se trataba de una emboscada en toda regla, a la que solo por casualidad había sobrevivido hasta entonces. Continuó corriendo y al encontrarse de bruces la escalera que utilizó para subir se detuvo. También los disparos habían cesado. Debían de estar esperando a que saliera al exterior para acribillarle con toda tranquilidad.

Pasaron los minutos. Yang adoptaba posturas de velocista, pero sin llegar a iniciar la carrera hasta el bote. Se detenía un instante antes de lanzarse hacia delante, diciéndose que era preferible aburrir a los francotiradores, aguardar a que perdieran la concentración, aunque no tuviese forma alguna de saber cuándo había llegado ese momento. Un relámpago le sugirió la solución. El siguiente fue más deslumbrante y Yang lo aprovechó para saltar a la escalera. El trueno posterior ahogó el repique de sus pisadas en los peldaños, ahogó incluso la andanada del único cazador que advirtió su salida. Yang saltaba los escalones de tres en tres, bajando a tal velocidad que tenía la impresión de volar o de haberse convertido en un saltamontes gigante capaz de brincar sin descanso y sin equivocarse. Pero era un espejismo; resbaló en los escalones mojados y el dolor le hizo temer que se hubiera roto la rabadilla. Apretó los dientes para levantarse y reanudar la carrera. Solo le quedaban dos tramos de escalera por recorrer y no iba a dejarse matar estando tan cerca de la salvación.

El bote estaba todavía atado a la plataforma. Sin embargo un hombre tapado con el capote verde de Yang trataba de deshacer el nudo y llevárselo. El fragor de las olas impedía que se percatara del loco descenso del inspector por la escalera.

Yang se le echó encima en cuanto se acercó lo suficiente. Usó el trozo de barandilla para golpearle en la sien y el hombre dejó de forcejear en el acto. Se disponía a registrarle cuando el batir de las balas en el agua indicó a Yang que por fin le habían localizado. Tuvo que usar al desconocido como escudo humano en tanto ponía en marcha el motor y se alejaba del ferry. No sabía qué alcance tenían los fusiles que estaban utilizando. Por si acaso conservó el peso del hombre sobre su lomo hasta que las cimas de los rascacielos se convirtieron en siluetas inidentificables, muñones de sombra confundidos con la oscuridad que traía la tormenta. Luego tendió al desconocido en el fondo del bote. Estaba muerto. Presentaba varios impactos de bala en la espalda y Yang dio gracias a Buda por que

los proyectiles se hubieran detenido ahí en vez de proseguir su camino.

Quitó el agujereado capote al cadáver para ponérselo él. Estaba herido, le dolían partes de su cuerpo cuya existencia ignoraba y tenía que cruzar un mar enfurecido para volver al velero de Eileen. «Si hubiera supuesto siquiera que este iba a ser el resultado le habría dado al comisario su porcentaje de los sobornos sin quitarle ni un solo renminbi —pensó Yang—. ¿Qué digo su porcentaje? Le habría dado *el doble* de lo que le corresponde».

Trepó a la cubierta de la casa flotante de Eileen sin avisar de que había llegado. Caminaba de puntillas y así sorprendió a la mujer sentada en un taburete, zurciendo sus medias.

—¡Qué susto me ha dado! —exclamó ella al verle—. ¿Se puede saber por qué se acerca a hurtadillas, como un ladrón?

Antes de contestar Yang comprobó que Eileen no tuviera ningún arma a su alcance. Él llevaba el revólver en la mano derecha, por el momento apuntando al suelo.

—Lea esto, ¿quiere?

Dio a la mujer el móvil que le había arrebatado al cadáver. Revisando los mensajes recibidos Yang descubrió que el más reciente anticipaba la próxima visita del asesino del hermano Zheng, dispuesto a matar también al hermano Xi, fueran quienes fuesen esos dos. El mensaje había precedido en una hora la aparición del inspector. Suficiente para preparar la emboscada.

—¿Cree que el mensaje es mío? —dijo Eileen escandalizada—. ¿Me está acusando de haberle traicionado?

—Usted sabía que yo iba a ir allí —contestó Yang con fingida calma.

—Mire el remitente. ¿Acaso es mi número?

—Es un remitente oculto.

—Déjeme ver.

Eileen volvió a examinar el móvil. Susurró una orden tras otra sin encontrar lo que buscaba.

—¿Cómo lo ha desbloqueado?

—Hay un código especial que desactiva la configuración de seguridad de cualquier aparato, sin importar la marca —explicó Yang—. El gobierno obliga a todos los fabricantes a incluirlo.

—¿Y el código no sirve para desenmascarar el remitente?

Yang hizo la prueba, pero el remitente continuó siendo un misterio.

—Supongo que solo funciona con lo que el móvil envía, no con lo que recibe.

—Entonces revise el mío.

Al terminar Yang le devolvió el aparato con un gesto exasperado. Aunque Eileen

hubiera borrado el mensaje después de enviarlo, en el registro interno debería de haber quedado una marca. Y no había ninguna.

—Parece que le molesta que no le haya traicionado —comentó la mujer con sorna.

—Lo que me molesta es ignorar quién lo ha hecho. Estoy harto de misterios.

—Este no es difícil de aclarar —suspiró Eileen—. Ha sido Li.

—¿Cómo está tan segura?

—Es sencillo. Aparte de mí, solamente él sabía dónde iba a ir usted. Demonios, si fue Li el que me dio la dirección.

—Que era incorrecta, por cierto. Allí no conocían al señor Guo.

Yang se sirvió una taza de té, pero antes de beber la sostuvo a la altura de su pecho, pensativo, disfrutando del calor que vivificaba su piel entumecida.

—Joder, el hijo de puta nos la ha jugado —dijo—. ¿Por qué lo habrá hecho?

—Tendrá que preguntárselo a él.

—Voy a hacerlo. Claro que sí.

Apuró el té y fue hacia la escalerilla. Eileen le cogió del codo para contenerlo.

—¿Adónde va?

—Ya se lo he dicho. Voy a interrogar a Li.

—Es un milagro que haya conseguido regresar en el bote con este tiempo. Inténtelo de nuevo y los únicos a los que tendrá la oportunidad de interrogar serán los peces.

—No puedo esperar —repuso Yang—. Li se largará en cuanto averigüe que he sobrevivido a la trampa.

—Es cierto. Pero no irá en el bote.

Eileen subió sin haber llegado a explicar cuáles eran sus intenciones y Yang se quedó abajo sirviéndose más té. Necesitaba una ducha caliente y ropa seca, y tuvo que conformarse con lo segundo. De todas formas era un alivio llevar una camisa limpia por primera vez en varios días. Se lavó las heridas con agua dulce; a falta de alcohol tuvo que emplear aguardiente para desinfectarse los arañazos.

De pronto el velero sufrió un estremecimiento mayor que los que ya provocaba el oleaje. Yang oyó un motor que se ponía en marcha quejándose y mascullando, como si despertase de un prolongado sueño. Ascendió por la escalerilla y vio a Eileen tras el timón, tratando de aproar el velero en la dirección que ella quería.

—No sabía que aún pudiera navegar.

—Por supuesto que puede —gruñó Eileen—. Y antes de que lo pregunte, le diré que sé manejarlo. Yo fui la que lo trajo aquí. En aquella época parecía una buena idea.

Yang renunció a poner en duda las habilidades como marino de Eileen. Apenas se apreciaba nada al otro lado de las ventanillas. Mar y cielo confundidos en una

mancha borrosa y de tanto en tanto las luces de otro barco cabeceando en dirección contraria, hacia la orilla.

—Ojalá no sea un tifón —dijo Eileen—. Con una tormenta normal puedo apañármelas, pero si es un tifón hace horas que tendríamos que haber bajado a tierra.

—El Servicio Meteorológico habría lanzado un aviso si fuese un tifón.

—Al Servicio Meteorológico le importa una mierda. Utilizan canales codificados para emitir los partes de verdad y en los canales abiertos solo cuentan gilipolleces para entretener a los viejos. En el fondo el gobierno está deseando que nos hundamos. Se quitarían un problema de encima sin hacer ningún esfuerzo.

Eileen se las arreglaba para navegar hacia el norte, pese a que el viento y las olas los empujaban hacia el este. Yang se sentía revuelto, pero sin ganas de vomitar. Quizá era el temor, o el asombro, los que sujetaban su estómago. Más allá de las cortinas de agua que se deslizaban por las ventanas veía las calles de la ciudad deshaciéndose como un juego de construcción pateado por un niño, las balsas chocando unas contra otras, llenando el mar de planchas de madera y bidones mientras las embarcaciones a motor, cargadas hasta los topes de personas y enseres, trataban de escapar de aquel inmenso naufragio.

—Ahí está —dijo Eileen entre dientes—. Suerte que no anda lejos.

El yate también estaba pasando por graves dificultades. Su bosque de antenas había sido talado casi por completo y el casco se sacudía con las arremetidas del mar como un boxeador a punto de besar la lona. Eileen consiguió a duras penas abarloar el velero al lado de la otra embarcación. Luego se dirigió a Yang:

—Buena suerte.

—¿No viene conmigo?

—¿Y dejar mi casa sola? Si suelto el timón un segundo acabaré en las Filipinas.

Agua, viento y oscuridad golpearon a Yang cuando abandonó la protección de la carroza. La separación entre los barcos variaba continuamente con los bandazos de ambos, de modo que aguardó a que las olas los acercasen para salvar la distancia de un salto. Las antenas mutiladas le frenaron, haciéndole a cambio un feo corte en la mejilla. Se limpió la sangre con el dorso de la mano y corrió hacia la trampilla. No estaba cerrada por dentro; cuando tiró del pestillo se levantó sin dificultad.

El aire recalentado suponía un agradable contraste con la humedad del exterior. Yang bajó dos peldaños y se detuvo en seco. Li se encontraba un poco más abajo, tirando de un arcón y maldiciendo. Llevaba puesto un chaleco salvavidas manchado de vómito y el olor indicaba que había mucho más enfriándose en el suelo de la estancia de la que procedía.

Los dos hombres se miraron a los ojos, pero Li no reaccionó del modo que Yang imaginaba.

—¡Es por su culpa! —chilló—. Siempre escucho los partes meteorológicos de la

Marina, menos esta semana. ¿Y por qué? ¡Porque me han distraído! ¡Ustedes dos me han distraído con sus tonterías!

—Vaya, lo siento —replicó Yang. Apuntó con el revólver al joven—. Aunque me temo que voy a tener que seguir fastidiándote.

Li miró alrededor, tratando de localizar un arma. Yang amartilló la suya.

—No eres lo bastante rápido, chaval.

El joven tuvo que apoyarse en la pared para mantenerse en pie. Yang aprovechó la ocasión para bajar los peldaños que le quedaban y apoyar el cañón del revólver en la frente de Li.

—¿Quién te encargó tenderme una trampa?

—Nadie.

Golpeó al joven en el estómago. Al erguirse de nuevo sus ojos brillaban con odio.

—Nadie —repitió—. Lo hice porque quise.

—¿Por qué?

—Me estaba poniendo en peligro. Tenía que protegerme.

—Pues te salió mal.

—Ya lo veo.

Yang observó que Li no soltaba el asa del arcón pese a que tenía problemas para conservar el equilibrio. Su mirada provocó la alarma del chico, que apretó el asa con mayor fuerza mientras trataba de disimular su nerviosismo.

—¿Qué hay ahí para que quieras llevártelo con esta tempestad? No parece una carga fácil de transportar.

—¿Es que piensa robarme?

—Haré lo que considere oportuno —dijo Yang—. ¿Sabes cuál es la pena por intentar asesinar a un policía? Podría ejecutarla yo mismo, aquí y ahora. La ley me ampara.

—Su ley no tiene valor aquí.

—Mi revólver afirma lo contrario. ¿Y tú? ¿Cuál es tu opinión?

Li asintió a regañadientes.

—Vamos, abre el arcón.

Tuvo que insistir varias veces hasta que Li, al borde de las lágrimas, aceptó introducir la combinación en el candado electrónico. Dentro del baúl había una gran bolsa de plástico rellena de algo que parecía más plástico enrollado. Yang iba a agacharse para tantear el bulto cuando apreció una débil fosforescencia en el interior del paquete. Y gracias a esa vaga luz llegó a reconocer una figura encogida, como el modelo a escala de un embrión.

—¿Qué es esto? —jadeó.

—Podemos repartirnos el dinero —sollozó Li—. Sacaremos bastante para los tres.

—¿Qué es?

Li cerró los ojos. Su enfado se había transformado en desesperación.

—Debe de ser el piloto.

—¿El piloto? ¿El piloto de qué?

—Lo encontré flotando —explicó Li—. Yo fui uno de los primeros en enterarme de la caída del meteorito. Yo recibo todos los mensajes, ¿entiende? Me entró curiosidad. Me acerqué a ver qué había ocurrido y ahí estaba, flotando como un recién nacido, como si fuera el hijo del mar. Y me quedé con él. No hace nada, está dormido o en hibernación, no lo sé, pero da lo mismo. En el continente nos pagarán lo que pidamos. Hay millonarios que tienen zoológicos privados y que compiten por reunir los ejemplares más raros. Por este ofrecerán auténticas fortunas.

—¿Y por qué no lo has vendido ya?

—Lo hubiera hecho, pero se interpusieron los otros objetos. Yo no llegué a verlos, supongo que salieron del meteorito después de que escapara el piloto. Esos fueron los que estropearon mis planes. Todo el mundo se volvió loco buscándolos y yo no podía hacer ningún movimiento extraño sin despertar sospechas. Por eso me puse a difundir rumores. Para que las trépidas fueran de un lado a otro chocando como moscas sin cabeza y no se dieran cuenta de que yo me había largado.

Yang miró el contenido del paquete con atención. Parecía insignificante, incluso después de las explicaciones de Li. Un juguete de goma, quizá, alimentado por pilas. Pero Li no se habría puesto tan nervioso ni habría provocado una guerra entre bandas por un simple juguete.

—Vamos a llevárnoslo —dijo el inspector, confundido por el giro de los acontecimientos—. Seguiremos hablando cuando estemos en un lugar seguro.

Los dos juntos subieron el arcón por las escaleras. Yang se tranquilizó al comprobar que el barco de Eileen aún estaba a sotavento del yate. Bien era cierto que no había otros motivos para sentirse tranquilo: el vendaval aullaba sobre sus cabezas igual que una manada de lobos y las olas parecían muros de un verde negruzco que se alzaban para limpiar de parásitos la superficie del mar. Li le señaló una polea giratoria y una soga. Aseguraron el arcón y luego Yang utilizó su móvil para llamar a Eileen y que recibiera la carga. Con aquel viento ensordecedor era inútil gritar. Apenas oía las indicaciones de Li, a pesar de tenerlo a su lado.

Tuvieron que hacer varios intentos lanzando el baúl como si fuese el cebo suspendido de una caña de pescar hasta que Eileen pudo atrapar y cortar la cuerda para hacer que cayera en la cubierta del velero. Las dos embarcaciones estaban pegadas, unidas en un abrazo de conveniencia por la acción del oleaje. Li y Yang saltaron al velero y pusieron a buen recaudo el arcón. Eileen había vuelto al timón con el propósito de separar su barco y el de Li.

—Sí que es un tifón —aseguró cuando Yang se reunió con ella. Enseguida añadió

—: Estamos muertos.

—Aún no.

—¿Qué se apuesta?

El inspector se sorprendió observando los remaches del casco con el temor de que fuesen a salir disparados. Se preguntó si el velero estaría bien construido. El motor protestaba ásperamente, pugnando por vencer la resistencia del agua, al tiempo que las pertenencias de Eileen rodaban por los camarotes, confundidas en un ruidoso montón. Li se había refugiado debajo de la única mesa que estaba atornillada al suelo. Con su chaleco de color naranja era el único elemento fijo, rodeado por los *woks* y las cajas de zapatos que se deslizaban incansablemente hacia una u otra esquina.

Escuchó un fuerte crujido y el barco se enderezó lentamente. Sin embargo cada victoria era temporal. Otra embestida y el velero volvía a inclinarse con brusquedad, las referencias volvían a mezclarse, los nudillos de Yang volvían a emblanquecer con el esfuerzo de sujetarse al quicio de una puerta. Las exclamaciones de Eileen eran la única información que recibía. Si eran insultos, significaba que había perdido el rumbo; si eran muestras de alegría, significaba que lo había recuperado. Pero raramente permanecía callada mucho rato. Así que cuando el silencio comenzó a dilatarse en la cabina, Yang hizo un esfuerzo para levantarse e ir a ver cuál era la causa.

—¿Sucede algo malo? —preguntó con un tono de voz que pretendía ser despreocupado.

Eileen no le contestó. Apuntaba con el dedo hacia el exterior, y al dirigir su mirada hacia aquel punto Yang tuvo la impresión de que el océano estaba separándose del lecho marino en un absurdo intento de alcanzar las nubes. Nunca había visto una ola de ese tamaño. Una increíble cantidad de basura y embarcaciones destrozadas adornaba la cresta como una corona hecha de retales.

—Oh, no —musitó.

—Si es usted creyente, aproveche para rezar. Yo ya lo he hecho.

Se cogieron de las manos. Yang trató de mantener los ojos abiertos hasta el final sin conseguirlo. Experimentó un golpe brutal en las costillas y al instante siguiente estaba inmerso en agua revuelta que le zarandeaba implacablemente. El velero se había desintegrado; al abrir los ojos solo vio una oscuridad verdosa y turbulenta. Se volvió para mirar a Eileen. Seguía agarrada a él, muy pálida y todavía consciente.

De repente pasó flotando por delante de ellos una visión inquietante. El extraño embrión estaba ascendiendo envuelto en una luminosidad lechosa, librándose mientras subía de las capas de plástico que lo habían retenido hasta revelar la forma inicial, pura, insensible, animada por una fuerza sin origen aparente. Después desapareció como un viajero que continuaba su periplo tras compartir con Yang y Eileen una parte del mismo. El inspector trató de perseguirlo intuyendo que aquella

era la dirección de la salvación. Pero las aguas que no habían supuesto obstáculo alguno para el visitante se opusieron violentamente a sus esfuerzos.

Comenzaba a hacerse a la idea de que iba a morir ahogado cuando notó una vibración en su bolsillo. Aquella blancuzca fosforescencia se había trasplantado a sus pantalones y estaba tirando de Yang hacia arriba. Recordó que tenía allí guardada la bola; parecía haberse activado repentinamente para imitar el comportamiento del objeto semejante a un embrión. Y tal y como ocurriera con este, el mar embravecido no le afectaba en lo más mínimo. Ascendía arrastrando a Yang y a Eileen a un ritmo parsimonioso pero constante, ajena a las corrientes que estrellaban los barcos que acababan de hundirse contra los edificios sumergidos.

Él se esforzó por retener a la mujer a su lado al tiempo que intentaba dominar el dolor en sus pulmones clavándose las uñas en la palma de la mano libre. La tenía llena de sangre en el momento en el que llegaron a la superficie. Eileen había perdido el conocimiento. Su corazón latía débilmente y Yang la agarró por la cintura para evitar que las olas pudieran separarlos. No se atrevía a coger la bola; pensaba que hacerlo podía deshacer el hechizo que los había salvado. Se conformó con nadar hacia donde creía que estaba la tierra firme, temiendo a cada brazada que el mar volviese a engullirlos. No lo hizo. Una barrera los separaba de la tormenta, algo invisible e impalpable que domaba las aguas, creando un espacio en calma en torno a ellos.

Tardaron una eternidad en llegar a la playa. Yang tumbó a Eileen en una explanada protegida por los restos de un rompeolas y luego se tendió a su lado. Tal vez durmió. No recordaba haberse adormilado, pero de repente la luz era distinta. Se hacía de noche. El viento había cesado y unos débiles rayos de sol atravesaban las nubes hechas jirones.

Se levantó. La playa parecía un campo de batalla abandonado. Embarcaciones embarrancadas, apiladas como los invitados de una sórdida bacanal, en medio de sus hermanas hechas pedazos. Y había mucho más. Ropas, chatarra, cadáveres de personas y animales, electrodomésticos, vallas, muebles, toda clase de enseres abollados, irreconocibles. La costa, hasta donde Yang podía distinguir, era el vertedero en el que la ciudad entera había sido echada de golpe a la basura.

Tampoco vio rastro alguno de las cabañas. Debían de haber sido aplastadas por alguno de los barcos que la tempestad lanzó contra la orilla. Buscó trozos de madera que estuvieran un poco menos húmedos que el resto y los apiló para hacer una hoguera con su mechero. No había encontrado ningún otro superviviente. Un silencio atroz sojuzgaba la playa, punteado por los ladridos ocasionales de un perro que insistía en permanecer escondido, temiendo acaso la reanudación de la catástrofe.

Eileen despertó cuando estaba ya anocheciendo. En sus ojos Yang observó una repetición del horror que él mismo había experimentado al contemplar aquella

devastación. Pero se adaptaría, igual que lo había hecho Yang con el transcurso de las horas. El ser humano es capaz de acostumbrarse a cualquier cosa.

—¿Hay alguien más con vida? —preguntó ella.

—No he visto a nadie.

—¿Y nosotros? ¿Cómo es que...?

—Ha sido esto. Esto nos ha salvado. —Yang extrajo la bola del bolsillo—. Parece que es la versión perfeccionada de un chaleco salvavidas.

—¿Es uno de los objetos?

—Sí.

Ella asintió como si hubiera perdido la capacidad de sorprenderse por nada. Yang señaló entonces el bulto gelatinoso que había descubierto mientras recogía madera para la fogata.

—Y eso debía de ser la versión perfeccionada de un bote salvavidas.

—¿A qué se refiere?

—Era lo que escondía Li. No me dio tiempo a contárselo. Creo que el piloto estaba ahí dentro. —Yang miró brevemente hacia arriba—. Pero ya no está. Se ha ido.

—¿El piloto? ¿Quiere decir que el meteorito era en realidad...?

—Exacto.

—Joder. —Eileen rió entrecortadamente—. Joder. Es de locos.

—Sí, de locos.

La oscuridad fue extendiéndose sobre la costa. Yang estiró el cuello para descubrir algún destello de luz, una lejana promesa de compañía que le hiciera dejar de tener la sensación de que Eileen y él eran las dos últimas personas sobre la tierra.

—Habrà que esperar a los equipos de emergencia —dijo el inspector—. Mi móvil se ha estropeado.

—¿Equipos de emergencia? —Eileen sacudió la cabeza—. No vendrán. No les importa. Lo que ha ocurrido hoy ni siquiera saldrá en las noticias.

—En ese caso tendremos que arreglárnoslas solos.

—Al menos tenemos uno de los objetos. Y el bote, o lo que sea. Aunque esté vacío seguro que vale un buen dinero.

—Primero habrá que ir a un sitio civilizado.

—Tendrá que llevarme en brazos —bromeó Eileen—. En los últimos diez años no creo que haya caminado más de cien metros seguidos.

—Por la mañana buscaremos una bicicleta —murmuró Yang—. Con un poco de suerte encontraremos una que esté en buen estado.

—Tampoco sé montar en bicicleta. —Eileen adelantó la mano para rozar la bola con la yema de los dedos—. Da igual. Tenemos esto. Somos ricos.

El inspector sopesó la esfera. Seguía siendo extrañamente pesada cuando estaba fuera del agua. Pensó en lo que podría conseguir con el dinero que les proporcionase

su venta en el mercado negro: deudas saldadas y la posibilidad de ser feliz junto a Maaja. Pero entonces reconoció un reflejo púrpura en las olas que lamían la playa, un instante antes de que sol terminara de ocultarse tras el horizonte.

—Sí —aceptó Yang—. Aunque presiento que no vamos a tener mucho tiempo para disfrutar de nuestro dinero.

EL ÚLTIMO OSAMA

Lavie Tidhar

Lavie Tidhar (Israel, 1976) es un joven e inquieto escritor que ha recorrido diversos continentes y vivido en países tan dispares como Gran Bretaña, Vanuatu, Laos y Sudáfrica. Prolífico narrador, articulista y editor, en su estilo se reconoce influido por autores como Paul Auster, Vázquez Montalbán o Arturo Pérez-Reverte. Ha publicado colaboraciones en antologías y revistas de todo el mundo, recopilado dos volúmenes de ciencia ficción mundial bajo el título *The Apex Book of World SF* y una biografía sobre el escritor Michael Marshall Smith. Entre sus obras destacan el ciclo de relatos Central Station, la novela *The Tel Aviv Dossier* (2009), la trilogía steampunk *The Bookman* (2010), *Camera Obscura* (2011). y *The Great Game* (2012), la recopilación *HebrewPunk* (2007) y, muy especialmente, *Osama* (2011), novela publicada recientemente en España y ganadora en 2012 del premio World Fantasy, Mención de Honor en el John W. Campbell Memorial y nominada a los British Science Fiction y Kitschies.

Osama es una inteligente novela negra que cuenta con elementos de historia alternativa y *New Weird*, situada en un universo alterno en donde Osama Bin Laden es un personaje de ficción que protagoniza la serie de novelas populares *Osama*, *Vigilante*. El presente relato fue publicado originalmente dos meses después de la novela en la revista inglesa *Interzone*, y puede considerarse una variación sobre el tema central de la misma.

Se trata de una metaficción con ambientación de *western* americano, protagonizada por un cazarrecompensas especializado en la caza y captura de Osamas clónicos. Una perturbadora fantasía política que se mueve a la perfección entre el más crudo realismo y un surrealismo sucio y onírico, que plantea las consecuencias de intentar acabar con un símbolo y deja en el lector una honda reflexión final.

Cabalgaba a través de las tierras bajas, sobre las que el trote del caballo iba dibujando una estela de polvo seco. Un inflamado sol carmesí se sostenía sobre el horizonte como un ojo magullado del que brotaban lágrimas amarillas y azules entre zarcillos de nubes blancas de textura purulenta. A lo lejos, un grupo de hombres estaba ahorcando a un Osama. Detuve mi caballo en la cima de la colina para observarlos. Se encontraban demasiado atareados, embriagados por la sensación de poder y la emoción del momento, para percatarse de mi presencia.

Craso error.

Debían de ser siete. Vestían andrajos verdes, una suerte de uniforme. El Osama se hallaba en medio del grupo, que había formado un círculo en torno a él. Uno de ellos llevaba una cuerda. La pasó sobre una rama. Había un árbol, el único en varios kilómetros a la redonda. Al segundo intento, la cuerda se agarró. El Osama —un ejemplar joven, de barba morena y lustrosa, que agitaba con fuerza sus brazos nervudos— oponía resistencia. Finalmente los hombres lo redujeron. Le pusieron la soga al cuello. Estaban demasiado ocupados como para mirar hacia arriba y, de todos modos, el sol comenzaba a ocultarse. No podía oírlos, me encontraba demasiado lejos. Me preguntaba qué estarían diciendo y en qué idioma. Tenían un aspecto desaliñado y llevaban la barba desgreñada. Casi podía percibir el hedor de sus cuerpos desaseados. Me puse derecho. Colgaron al Osama y tensaron la cuerda.

Lo tenía en mi campo de visión. Respiré hondo y expulsé el aire despacio mientras enfocaba la vista y ejercía cada vez más presión con el dedo sobre el gatillo, hasta que, con una exhalación contenida, lo apreté hasta el tope. El revólver se accionó. El estruendo del disparo resonó en mis oídos. Se alejó rápido, pero no más que la bala.

El proyectil alcanzó la cuerda y la cortó. El Osama cayó al suelo. Lo necesitaba vivo. Los captores reaccionaron de un modo casi cómico. Miraron perplejos a su alrededor, el rostro retorcido por un gesto de desconcierto. Monté de nuevo sobre el caballo y emprendí un galope sostenido hacia ellos con el arma en ristre. No me di prisa. No era necesario.

Me vieron llegar. No portaban armas, pues de lo contrario ya las habrían utilizado. Se quedaron mirándome, siete hombres corpulentos, combativos y agotados que de pronto ya no sentían el menor deseo de seguir peleando. El Osama yacía en el suelo, entre ellos, que apenas si se movían mientras me veían acercarme.

Cuando me situé a su altura, me detuve. Me escrutaban con la mirada. Ninguno de ellos se movió. Uno, el que se encontraba más cerca de mí, me miró con aire pensativo durante un largo instante, tras el que escupió en el suelo, expeliendo de su boca un cordón alargado y espeso que produjo un ruido acuoso al impactar contra la tierra.

—Apartaos —les ordené.

No me hicieron caso. Les mostré mi revólver, argumento que por lo general servía para zanjar cualquier disputa.

—Lo siento, muchachos —dije—. Es mío.

Sus expresiones cambiaron. Resentimiento. Decepción. Me resultaba imposible interpretar sus gestos, pues llevaban demasiado tiempo viviendo como salvajes. No sabía si entendían lo que les decía. No quería matarlos. No me habían contratado para eso.

—Es mío —repetí. Toqué la culata del revólver para enfatizar mis palabras. Aun así, se negaban a hacerse a un lado. El Osama permanecía inmóvil en el suelo, aunque podía ver que todavía respiraba.

El hombre más cercano a mí habló.

—Uno —dijo. Era evidente que le costaba articular las palabras—. Uno... hombre. —Miró a sus compañeros y los señaló con el dedo como si estuviera construyendo una oración compleja—. Se... Siete —prosiguió. Parecía orgulloso—. Siete hombre —informó.

Asentí y le mostré mi revólver de nuevo.

—Un revólver —dije. Señalé al grupo con la barbilla—. Ningún revólver —les recordé.

Les costaba tanto dar con una solución que casi podía ver el humo saliendo de su sesera. En ese momento parecieron intercambiar un mensaje mudo.

—Uno... Osama —dijo el hombre por fin en representación del grupo. Señaló el horizonte con un gesto impreciso, hacia el este—. Muchos... Osama —sugirió con tono esperanzado.

Me encogí de hombros. Solo me pagarían por este.

—Mío —me limité a decir. Los hombros del portavoz se hundieron—. Tened —añadí. Abrí la alforja. Me miraron sin hacer movimiento alguno. Saqué un bulto. Lo desenvolví despacio y les mostré el contenido. Media barra de pan y un trozo de queso amarillo y duro.

—Comida —dijo el hombre más cercano a mí. Los demás repitieron su observación, uno tras otro, de tal forma que la palabra viajó en círculo por todo el grupo—. Comida... —El sol se ponía cada vez con más premura. El Osama respiraba silenciosamente en el suelo.

Envolví el bulto y se lo lancé. El hombre más cercano a mí lo cogió.

—Comida —dijo.

—Idos —indiqué.

Asintió. Le respondí con el mismo gesto. Señalé con la cabeza al Osama tendido en el suelo.

—Mío —dije.

—Tuyo —declaró el hombre más cercano a mí. Aguardé. Se encogió de hombros

y escupió en el suelo de nuevo. A continuación el grupo se dispersó y se alejó del Osama tendido, caminando despacio hacia el sol poniente. Esperé a que desaparecieran. Desmonté y me acerqué al Osama. No dejaba de apuntarlo con el revólver. Abrió sus ojos brillantes y me miró. No acertaba a identificar lo que se destilaba de ellos. Odio, confusión o resignación. Su mirada era demasiado extraña para interpretarla con certeza.

—Ponte boca abajo —le ordené. No se movió—. ¡Obedece! —Le asesté una patada. Se dio media vuelta. Le cogí las manos, se las puse a la espalda y se las até con la cuerda que había quedado allí olvidada. El Osama aún tenía la soga al cuello. Le sujeté las piernas. Le metí un trapo en la boca. Una vez inmovilizado, lo levanté. Pesaba poco, como todos los demás. Lo eché sobre el caballo, detrás de la alforja. Monté. El animal relinchó. Le di una palmada.

Cabalgamos hacia la noche, el caballo, el Osama y yo.

El pueblo, si aún podía considerarse tal, se llamaba Ninawa. De los edificios solo quedaban los esqueletos, que ya no albergaban ningún rastro de vida. De camino al pueblo me encontré con un Osama colgado de un árbol. Los edificios, quemados y bombardeados, se hallaban medio derruidos, aunque podía verse que se habían realizado algunas obras de reconstrucción, de tal modo que una gran arteria corría ahora entre las ruinas, donde las casas de madera se elevaban entre los antiguos edificios de hormigón. Había una posada y un cartel pintado a mano donde un hombre estaba siendo devorado por una ballena. Entré en el pueblo. Los habitantes me miraban inquietos desde los porches de madera. Cuando miré hacia las ventanas del burdel, vi que alguien se apresuró a correr las cortinas. Seguí adelante, hasta que llegué a la oficina del sheriff. La puerta tenía por único distintivo una estrella y, junto a esta, una tosca luna creciente. El sheriff salió a recibirme. Era un hombre gordo ataviado con un uniforme militar andrajoso que una vez estuvo limpio. Al verme, escupió. Mascaba tabaco. Tenía los dientes sucios.

—¿Es este? —preguntó.

Asentí. No parecía muy interesado, pero se acercó. Levantó la camisa del Osama, lo cacheó, encontró la marca, hizo un gesto de aprobación con la cabeza y escupió otra vez. Desmonté, descargué al Osama y lo dejé tendido sobre la tierra frente a la puerta del sheriff. El Osama me miraba en silencio. El sheriff regresó al interior de su oficina, volvió a salir con una bolsita de cuero en la mano y me la lanzó. Oí tintinar las monedas. Cogí la bolsita y me la guardé. El sheriff separó los labios en ademán de decir algo pero después cambió de opinión. Asintió. Le devolví el gesto. Subí de nuevo a mi montura, cabalgué hasta la posada y até el caballo allí. Entré y pedí un trago.

Ayer por la mañana recibí la copia para revisión de *Osama*. La sostuve entre mis manos, desplegué sus páginas, las acerqué a mi rostro y aspiré su aroma. Olían a papel. Comencé a escribir esta historia en Jaffa, pero ahora resido en Surrey, a las afueras de Londres, y hay un zorro sobre el tejado bajo el cobertizo del jardín, donde permanece inmóvil, observando. Aquí el aire es mucho más fresco, tanto que ya casi no recuerdo el calor asfixiante que hacía en Jaffa. Estaba aquí cuando se produjo el atentado de King's Cross. Ese día E--se habría encontrado de camino al trabajo, pero se hallaba fuera de la ciudad porque debía ir a una entrevista. Mi amigo S---, también escritor, había venido a Londres ese día para asistir a un congreso. Me contó que su avión permaneció volando en círculos sin que les explicasen por qué. Una vez que aterrizaron, el capitán les dijo que había tormenta, por lo que se aconsejó a los pasajeros que utilizasen paraguas.

Eran tres y me estaban esperando. El bar contaba con una alargada barra de madera. En el ambiente sombrío flotaba un olor acre a cerveza derramada, humo y sudor. De la pared colgaba una bandera con demasiadas estrellas. Las paredes de piedra permitían que el interior permaneciera fresco. Había varias mesas bajas de madera pero solo un hombre sentado, de espaldas a la pared, con el rostro velado por una sombra. Me senté junto a la barra y pedí un trago. El hombre que la atendía era tuerto y se tapaba el ojo que le faltaba con la cortina que formaba su melena. Me sirvió una cerveza en una jarra que no parecía demasiado limpia. Le entregué un par de monedas y volvió a ocultarse en la penumbra sin mediar palabra.

Le di un trago a mi cerveza, y después otro. No me aparté cuando un hombre se sentó a mi lado. No lo miré de soslayo. Tomé un trago más. Esperé. Podía sentir sus ojos clavados en mí. Calculé los movimientos que habría de realizar a continuación: estamparle la jarra de cerveza en la cara y partírsela, ponerme de pie, quitarle el taburete de debajo de una patada y desenfundar mi revólver. Di otro trago. El camarero no regresó.

—Nos preguntábamos si tendría un minuto —dijo el hombre que se había sentado junto a mí.

Volví la cabeza hacia él. Llevaba el pelo corto y tenía las sienes plateadas. Vestía de uniforme y su camisa había sido planchada hacía poco. Unas gotas de sudor moteaban su frente. Un profundo silencio imperaba en el local. Oí unos pasos y enseguida apareció otro hombre que se acercó a nosotros. Se abrochó los pantalones según caminaba.

—¿Es él? —preguntó al tiempo que me señalaba con la cabeza.

—Solo queremos hablar —dijo el hombre que se había sentado junto a mí, con

tono paciente, ignorando al otro. Observé que tenía un acento delicado. El dibujo de su placa se componía de una corona y dos espadas cruzadas—. Hablar tranquilamente, señor Longshott.

—¿Este es el tipo? —El hombre que estaba de pie se restregó las manos en los pantalones. Me miró de arriba abajo. Tenía las uñas sucias—. ¿Eres un buscaosamas? ¿Tú cazas Osis, vaquero? Joder... —dijo alargando la última sílaba—. Putos vaqueros —gruñó.

—Solo queremos hablar —insistió con voz suave el del acento delicado—. Tenemos un trabajo para el que usted podría ser el hombre indicado.

Tomé un trago de cerveza. No sabía demasiado bien. Me levanté y aparté el taburete. El hombre que permanecía de pie se sobresaltó, un poco. El que continuaba sentado no se movió un ápice.

Los miré a los dos. Enseguida me di media vuelta y miré al tercer hombre, el que permanecía en la penumbra, de espaldas a la pared, sentado sin compañía en la única mesa ocupada. Asentí, una vez. Respondió con el mismo gesto. Me encaminé hacia él, sin darme prisa, y los otros dos me siguieron como dos sombras.

Me detuve ante la mesa. El hombre que estaba sentado deslizó una silla hacia mí empujándola con el pie. Las patas produjeron un rechino estridente al rozarse contra el suelo de piedra. Cuando se inclinó hacia mí su rostro emergió de las sombras y quedó por fin a la vista. Tenía la cara rectangular, el cabello gris y poblado y los labios tallados en una sonrisa fija e inerte. Conocía su rostro casi tan bien como el de Osama o el mío propio. Antes su rostro podía verse por todas partes. Ahora no tanto. Tenía los dientes blancos.

—Señor Longshott —dijo.

Asentí una vez más.

—General.

—Por favor, póngase cómodo.

Tomé asiento. Posé mi jarra de cerveza sobre la mesa. Los otros dos hombres permanecieron de pie.

—Lo escucho —dije.

—Uno de nuestros Osamas ha desaparecido —anunció el viejo general.

En las películas más conocidas sobre la guerra de Vietnam (*Apocalypse Now*, *Platoon* o *Full Metal Jacket*) los vietnamitas no hablan en ningún momento. Esta no es su historia. Es la historia de una guerra y los soldados que toman parte en ella y combaten contra un enemigo sin nombre, voz ni rostro, un enemigo incógnito. En esos filmes los vietnamitas equivalen a los bichos alienígenas de *Starship Troopers*. Son seres carentes de humanidad, asiaticuchos espurreados por el infierno de la selva.

Escribí *Osama* en Laos, en Vientián, separado de Tailandia por el Mekong. «¿Por qué Vientián?», se pregunta Joe al final de la novela. Porque está en medio de ninguna parte, y en cualquier parte, podría responderle. Es el escenario de otra guerra. Laos era un lugar seguro donde recordar otros incidentes, como los de Nairobi, Londres o Ra's al Shaitan. Donde contemplar la guerra desde el otro lado. Las tropas estadounidenses arrojaron más de dos millones de bombas sobre Laos durante la guerra de Vietnam. Los niños salían a buscar chatarra y volvían sin una pierna o un brazo.

En Vietnam esta guerra es conocida como la Guerra Americana.

Un día compartí un trago junto al Mekong con un voluntario de la ONU especializado en la fabricación de prótesis. Anteriormente había estado destinado en Afganistán.

—Sigo escuchándolo —dije. El general se inclinó hacia mí sobre la mesa, el rostro semioculto bajo las sombras. En ese momento el hombre del acento delicado decidió acercarse. Sostenía una carpeta entre las manos. Estaba hecha de cartón basto y amarronado. Vi mi nombre en la cubierta, escrito a mano con tinta negra y letras marcadas: «Mike Longshott».

—Longshott, Mike —dijo con su voz suave, casi disculpándose. El otro, el de las uñas sucias y los malos modos, resopló.

—Putos vaqueros —gruñó sin dirigirse a nadie en particular.

—Condecorado en la segunda guerra y de nuevo en la tercera. Recibió la baja en... —Leyó una fecha irrelevante—. Ocupación actual, varias, pero principalmente cazarrecompensas. Osamas capturados: cincuenta y siete.

El hombre de las uñas sucias emitió un silbido sarcástico.

—Osamas muertos —prosiguió el hombre del acento delicado, ignorándolo—: desconocido. —Tosió, supuse que a modo de disculpa—. Aunque se da por hecho que muchos. Señor Longshott, tiene un historial impresionante.

Tomé un trago de mi cerveza. Aguardé a que prosiguiera. Nadie parecía dispuesto a añadir nada más. Di otro sorbo. Un pesado silencio se había instalado en el bar. No se veía al camarero por ninguna parte. Suspiré y volví a posar la cerveza sobre la mesa.

—Yo no formaba parte del equipo original —declaré—. No estuve en Abbottabad. No participé en la Lanza de Neptuno.

Tuve la sensación de estar facilitándoles demasiada información. Era el único que hablaba. Observé que intercambiaban miradas. Me pregunté qué más pondría en mi

ficha. Abbottabad quedaba muy lejos, más allá de las montañas, como si formase parte de una época pretérita. El complejo, los helicópteros acercándose, los soldados saltando en paracaídas, las ametralladoras abriendo fuego... Subimos corriendo por las escaleras, y allí estaba, en la última planta, mirando hacia abajo. Regresó a su dormitorio, lo que fue considerado como acción hostil. Cuando derribamos la puerta lo vimos oculto detrás de dos mujeres tapadas con un velo que intentaban escudarlo. Las apartamos a empujones y acto seguido abrimos contra él varios tiros mortales en la cabeza y el pecho.

—Señor Longshott. —Ahora era el general quien hablaba—. Necesitamos que alguien viaje río arriba y nos capture a un hijo de puta.

—¿En qué podría ayudarlo yo? —pregunté—. Ya tiene... —Hice un gesto con la mano y dejé la frase inacabada. «Los restos de un ejército», pensé sin llegar a decirlo.

—Creemos que no se trata de un Osama cualquiera —reveló.

Recordé lo ocurrido en el complejo de Abbottabad, cómo se hundían las balas en su carne blanda, y la explosión, que se elevó como una nube de insectos... Sentí una opresión en el pecho. El viejo general asintió.

—Ponedle la cinta —dijo.

El hombre del acento delicado colocó un aparato sobre la mesa. Al pulsar un botón, una voz brotó de aquel, incorpórea. Un escalofrío me arañó la espalda cuando oí su voz. Ya había olvidado su timbre, o eso esperaba.

«Luchamos porque somos hombres libres que no se resignan a vivir oprimidos».

Aunque la calidad de la grabación era irregular, la voz no temblaba en ningún momento. «Nadie salvo un ladrón necio juega con la seguridad de los demás y después piensa que estará a salvo...».

Cuando el hombre del acento delicado apretó otro botón se oyó un ruido acelerado; después pulsó un nuevo interruptor y volvió a sonar la voz de Osama, que ya había cambiado el tema de su discurso y estaba repasando un suceso espantoso: «Sangre y miembros amputados, mujeres y niños tirados por todas partes. Casas destruidas junto con sus ocupantes y edificios derribados sobre las personas que habitaban en ellos, bajo una lluvia de misiles...». El hombre del acento delicado pulsó otro botón y volvió a hacerse el silencio.

—Subiré por el Éufrates —dijo el viejo general—. Encontraré al Osama y lo eliminaré. Fulminantemente.

«Sangre y miembros amputados, mujeres y niños tirados por todas partes. Casas destruidas junto con sus ocupantes y edificios derribados sobre las personas que habitaban en ellos, bajo una lluvia de misiles». No hablaba de Al-Qaeda, hablaba de una invasión del Líbano que llevaron a cabo los israelíes con la ayuda de Estados Unidos, de la que él fue testigo. Mi padre

luchó en aquella guerra, en aquella invasión.

Aquí se respira un ambiente muy apacible, en la habitación que da al jardín, con el sol brillando y la radio sonando de fondo. Aquí, en una Inglaterra cuyo pueblo dividió despreocupadamente Oriente Medio y entró en guerra en Afganistán e Irak y que realmente no tenía la menor idea de por qué lo atacaban. Las mujeres tapadas con *burka* llevan a sus hijos a la escuela mientras sus vecinos blancos se quejan en voz baja de la presencia de los inmigrantes y de «los musulmanes esos», se preguntan «cómo pueden tratar así a sus mujeres» y dicen que «deberían volver al lugar del que vinieron», a los lugares que bombardeamos. Los lugares que seguimos bombardeando.

Osama sale dentro de dos meses. Deseo poder ponerle fin de una vez a esta ocupación de mi vida, esta invasión de mi mente. Me acuerdo de Nairobi, del hotel Hilltop de Ngiriyama Road, de la estrecha cama en la que dormimos, de los terroristas que se habían alojado una planta más abajo. Recuerdo el esqueleto de la embajada estadounidense y el cordón de soldados que la rodeaba, ya en vano. No podía dejar de escribir *Osama*. No con los fantasmas y sus susurros en mi cabeza.

Después de un día cabalgando desde Ninawa, me encontraba solo, solo bajo las estrellas. El río apareció en el horizonte. No era el mismo de siempre. El río traía la vida. Parecía el Éufrates pero no era el Éufrates, no exactamente, no desde que el mundo cambió, desde que lo cogieron como si de un juguete se tratara y lo sacudieron, una y otra vez, salvajemente, hasta que cayó de costado y se partió en mil pedazos, de tal modo que cuando se recompuso ya no era el mismo. A lo lejos se elevaban inmensas montañas y tras la cordillera ya no había nada, no desde lo del complejo, desde lo de las esporas. «Viajarás a las tierras salvajes», me dijo el hombre de las uñas sucias. Estábamos fuera. La reunión con el viejo general había terminado. «Las tierras donde viven los Osamas silvestres». Se rió con frialdad, carraspeó ruidosamente y escupió una flema en el suelo. «Tráenos la cabeza del príncipe Osama», dijo. Me miró y meneó la cabeza. «Putos vaqueros», masculló con tono compasivo.

Lo dejé allí. Podía sentir sus ojos clavándose en mi espalda a medida que me alejaba del pueblo. Al salir los vi arrastrando al Osama al que libré de la horca.

Encendí una hoguera junto a la orilla del río y contemplé las estrellas. Las aguas del Éufrates, de un turbio color marrón, fluían impetuosamente. «Las tierras salvajes», había dicho el hombre de las uñas sucias. Sin embargo, ahora todo eran tierras

salvajes. Me quedé dormido y en mis sueños volví a subir por aquellas escaleras, derribar la puerta cerrada del dormitorio, apartar a empujones a las mujeres tapadas con un velo y apretar el gatillo una, dos y tres veces, para que las balas se hundieran en su carne blanda, en su pecho y su cabeza, tras lo que se produjo la explosión. Seguían librando la guerra en el mundo, el mundo era la guerra, y el antiguo Éufrates entraba y salía del espacio y del tiempo, atravesaba Uruk y Avagana, estaba en todas partes y en ninguna parte, y él se hallaba al final de su curso, me lo dijeron, pero no podía ser cierto. El Osama Primigenio.

Me desperté de madrugada. Ensillé el caballo y reanudé la marcha. El sol pendía a ras del horizonte y poco a poco iba ascendiendo, como un escarabajo, ascendiendo.

El paisaje no dejaba de cambiar a medida que avanzaba. Colinas bajas, algún que otro asentamiento. Cada vez que me acercaba a una aldea, la rodeaba. En el mundo había hombres y cosas que un día fueron hombres, y también había Osamas. De vez en cuando observaba rastros recientes. Osamas silvestres. No dejaba de darle vueltas a la voz de la cinta. «Usted era soldado», me dijo el hombre del acento delicado antes de irme. «Pero este no es trabajo para un soldado».

Seguí el río. Las gaviotas graznaban en el cielo. De cuando en cuando percibía un olor a humo, a comida en preparación. En dos ocasiones encontré cadáveres humanos. Los habían despedazado. Aguardé, pero aun así el ataque me cogió por sorpresa.

Salieron del agua. Su piel era de un color verde grisáceo, similar al de un traje de submarinista. Sus manos terminaban en forma de aletas, garras o dedos humanos, dependía. Al saltar fuera del río el agua se escurría por sus cuerpos. En su día fueron humanos, y tal vez aún creyeran serlo. Cuando disparé a las tripas del primero, este cayó fofamente al suelo. Hombres foca. Los otros no tardaron en alcanzarme. Se despojaban de los restos de su humanidad como si de pellejos muertos se tratase. Me golpeaban con fuerza, como focas. Me mordían la piel y me arrancaban trozos de carne de los brazos y los muslos. Cuando disparé contra uno, la bala le atravesó el cráneo, y después le asesté una patada a otro, en vano: pesaban demasiado y se deslizaban por el suelo, allí, en la oscuridad de la noche, bajo la luna creciente.

Cuando el mundo cambió y se comprimió y ya solo quedaba la guerra, también la luna cambió. Su silueta ya no variaba. Era una luna de guerra, una luna fija, una luna creciente. Intenté luchar pero eran demasiados y notaba cómo poco a poco las fuerzas me abandonaban. La ironía de morir de esta manera me provocó una carcajada gutural que logró escapar de mis maltrechos pulmones. Entre todos me hicieron caer bajo su peso. Ya solo podía mover el cuchillo y cortar sus pliegues de grasa con la

esperanza de alcanzar sus órganos vitales, de llevarme conmigo a todos cuantos pudiera antes de perecer.

Entonces se oyó un ruido aterrador, estridente. El aire pareció escindirse en dos y por un instante me pareció que se trataba del sonido de mi muerte, el gemido del corazón al detenerse. Lo siguió un ladrido desgarrador que hizo retirarse a los hombres foca. Me giré hasta ponerme boca arriba y me limpié la sangre que me empañaba la vista. La opresión del pecho había desaparecido y me sentía más ligero. Pestañeeé para adaptarme a la luz de la luna. Sobre mí vi a un Osama silvestre.

Era un Osama anciano. Un Osama que había pasado por todos los estadios de la vida de un Osama. Tenía la barba blanca y su turbante era de un color gris sucio. Las arrugas retorcían su piel y sus labios carecían de color aunque sus ojos seguían siendo los de un Osama, aún conservaban aquella mirada limpia y penetrante. Los hombres foca se alejaron de él. Gruñeron, pero si alguna vez hablaron un idioma, lo habían olvidado. El Osama anciano se acercó a ellos, los pies descalzos. Volví la cabeza y observé.

Tras él, dispuestos en torno a mí en semicírculo, a modo de media luna.

Una manada de Osamas silvestres.

Había bebés de Osama, medio desnudos, sin un solo pelo en las mejillas, mofletudos y sonrientes; Osamas jóvenes, con aire de estudiantes aplicados; Osamas militantes, los que ya habían conocido el desierto, con aspecto de hambrientos; y Osamas de las cuevas, con su característico aspecto de sentirse perseguidos. No era de extrañar que los hombres foca se mantuvieran a distancia. Se sumergieron en el agua, blasfemando sin emplear palabras a falta de un idioma. Pensé que a todos nos faltaba un idioma, a los que quedábamos. Me sentí un tanto inquieto. Los Osamas se acercaron a mí, con cautela. Vi cómo olisqueaban el aire. Toda precaución era poca para un Osama silvestre. El mundo estaba plagado de tramperos, aldeanos, restos del ejército y cazarrecompensas, como yo. El mundo era hostil para un Osama.

No sabía qué pensaban hacer. Ya los había visto desmembrar a un hombre. Me miraban mudamente. Después, el anciano, el guía, profirió un nuevo alarido. Aquel sonido contenía cierto sentido de pérdida y orgullo, pero también algo más, que no llegué a entender entonces. Algo que sonaba a victoria. A continuación se dieron media vuelta, todos los que había en el campamento, y se marcharon, sin más.

Me quedé allí tirado, junto al Éufrates, contemplando la marcha de los Osamas. Pasados unos instantes me incorporé y me senté. Me dolía el costillar. Repté hasta la orilla y bebí, pese a la turbidez del agua.

El nombre de «Mike Longshott» lo saqué de las noveluchas hebreas de los

sesenta y los setenta, todas las cuales parecían salidas del mismo molde. Se trataba de un ser complejo, un hombre que en realidad no existía. Longshott escribía pornografía blanda, historias sobre campos de concentración nazis donde unas diosas arias, una especie de ninfómanas sádicas del Tercer Reich, maltrataban físicamente a los prisioneros y abusaban de ellos sexualmente.

Era un pseudónimo detrás del cual se ocultaban los escritores noveles, que solían estar pelados, para conseguir algo de dinero. Longshott consistía en un colectivo que escarbaba en los tabúes sexuales y sociales de la época. Escribía bazofia y se le pagaba una miseria, y sus libros, vendidos bajo cuerda, pasaban de mano en mano y de cuarto de baño en cuarto de baño, con sus portadas llenas de carne desnuda, fustas, puestos de guardia, prisioneros de guerra esclavizados y toda una plétora de pechos de dimensiones imposibles. Nunca vivió ni respiró, y en general su prosa tan solo merecía caer en el limbo del olvido. Era un plumífero, un narrador de basura, un escritor de novelas sin valor alguno. Se llamaba Mike Longshott e iba a convertirse en mi héroe.

Me hallaba a bordo de un barco y me habían vendado las heridas. Viajaba en un *dhow* cuya vela nos impulsaba, aunque no sabía si río arriba o abajo. Con todo, podía oler las tierras salvajes, las tierras de los Osamas, y sabía que me estaba acercando. Abrí los ojos. Vi a un hombre mirándome. Pestañeeé y entonces supe por qué me sentía tan bien, con los vendajes, como si algún médico profesional de los que teníamos antes hubiera estado cuidándome.

Escruté al hombre y este me sostuvo la mirada sin hacer ningún gesto. Tenía una cicatriz por boca o, mejor dicho, un mapa de cicatrices en lugar de un rostro. Me senté a pesar del dolor. Supuse que me habrían administrado alguna suerte de analgésico. No de los que se suministraban en cápsulas, puesto que ya no había de esos (hacía mucho que el dolor podía aflorar libremente). Algún tipo de planta, más bien, que me espesaba las ideas, me mareaba y me mantenía extrañamente feliz. El hombre estaba casi desnudo y hasta el último centímetro cuadrado de su cuerpo se hallaba atravesado por una cicatriz. Algunas, las más antiguas, habían acumulado una gruesa costra. Otras, las más recientes, aún rezumaban sangre.

Intenté hablar. Noté la boca reseca, como si hubiera acabado de tragar un puñado de cuchillas.

—¿Adónde me llevas?

El hombre me miró. Le faltaba un ojo. Sacó un cuchillo y, tranquilamente, se practicó un corte sobre el pezón izquierdo, un tajo largo y lento, con la afilada punta de la hoja, lo que extrajo un alargado hilo de sangre de su piel maltrecha. Tomó aire,

como si rezara.

—Ahhh...

—A donde deseas ir —contestó otro tripulante. Volví la cabeza. Una versión anciana del mismo hombre iba sentada en la proa, contemplando el agua. Su cuerpo, prácticamente desnudo, también estaba repujado de cicatrices. Todos estábamos repujados de cicatrices, según pude observar, aunque algunos lo habíamos llevado al extremo.

Me tendí otra vez en mi estera, en medio de la cubierta, bajo las estrellas.

Cicatricieros, pensé.

Me habían recogido unos cicatricieros.

El señor Cicatriz gobernaba la nave. Tendría unos diecinueve años. El señor Cicatriz atendía el velamen. Era el mayor, hablaba con parsimonia y con los andrajos de lo que un día fue un uniforme cubría su piel devastada.

El señor Cicatriz era el patrón, él capitaneaba el barco.

El señor Cicatriz era el artillero, era el que nunca hablaba.

En el *dhow* tuve tiempo de recuperarme. Nunca se desembarcaba. Los cicatricieros llevaban consigo todo cuanto necesitaban. Tenían cuchillos, vendas y flores de loto, y también la espesa pasta que obtenían a partir de estas. El río era denso como el aceite. Corría sereno como la sangre. La cubierta del barco estaba salpicada de manchas antiguas. Cuando me incliné sobre la borda contemplé el paisaje, que no dejaba de cambiar a nuestro paso. El sol nunca terminaba de ponerse. Era de un color carmesí y supuraba pus como una llaga. Las montañas semejaban un esbozo tosco sobre el horizonte. A veces me llegaba un olor a humo. A veces, procedente de muy lejos, oía su llamada, la última canción de los Osamas.

Aun así, a cada kilómetro que recorriamos, la distancia se acortaba. Podía sentirlos cada vez más cerca.

También percibía la proximidad de él. Sobre todo la de él.

Bin Laden, Osama.

Nació, según el antiguo calendario, el 10 de marzo de 1957, fruto del décimo matrimonio de su padre. Su madre pidió el divorcio más adelante. Osama vivió con ella, su nuevo marido y los cuatro hijos de ambos. Heredó casi treinta millones de dólares procedentes de la fortuna de la familia. En la universidad estudió Ciencias Económicas y Administración de Empresas. Escribía poesía y era hinchado del Arsenal Football Club. Se casó en 1974, 1983, 1985, 1987 y 2000. Tuvo entre veinte y

veintiséis hijos. Combatió contra los soviéticos en Afganistán y organizó una campaña contra la Casa de Saud. Estableció una base en Sudán. Fue expulsado tras el asesinato frustrado del presidente egipcio. En 1996 le declaró la guerra a Estados Unidos. Regresó a Afganistán. Desde el 11 de septiembre de 2001 vivió escondido, hasta que fue descubierto y ejecutado en el complejo de Abbottabad, ubicado al este de Pakistán, diez años más tarde, en 2011.

Leí su expediente. Antiguas fechas, nombres de lugares que el pasado reclamó para sí. Dolían, escocían como una cicatriz en la lengua.

Nunca lo capturamos. Abbottabad era el origen, el lugar donde todo comenzó. Los días se sucedían pausadamente. El señor Cicatriz gobernaba la nave en silencio. Los cicatricieros no eran malas personas, simplemente no tenían otro sitio adonde ir. Ninguno de nosotros lo tenía. El río fluía y yo recordaba, recordaba Abbottabad.

Recordé cuando subí por aquellas escaleras, las órdenes eran muy claras, el objetivo tendría que hacer magia para salir vivo de allí, porque estaba al final de las escaleras, derribé la puerta y se retiró al dormitorio, donde las mujeres intentaron escudarlo, entre gritos, las empujé para quitarlas de en medio y le metí varios tiros, en el pecho y la cabeza.

Se oyó un ruido blando, un reventón...

El tiempo pareció ralentizarse. No se produjo una explosión de sangre, huesos y sesos, sino que se produjo algo más parecido al estallido de una almohada, desgarrada de sopetón. Todo quedó en silencio. Algo que no eran plumas brotó de él. Se desintegró mientras yo lo observaba, impotente. Las mujeres volvieron la cabeza.

Eran preciosas... Flotaban por la habitación, aquellas cosas como plumas que no eran plumas. Blandas, casi ingravidas. En enjambre. Salieron volando por las ventanas que alguien había abierto y yo las seguí con la mirada. Una me hizo estornudar cuando me rozó la nariz...

El tiempo se aceleró pero todo permanecía en silencio, un silencio que alguien rompió con un «¡Qué cojones!» que hizo que me volviera, no sé por qué, no sé por qué todavía hoy no sé por qué yo era el único que no se vio afectado, yo no...

Me volví y vi a M---, era un oficial, vi la primera de las... No eran plumas, no eran, eran...

Esporas, y vi la primera de las esporas flotando en el aire... ¡Qué hermosura! Y después se posó, con delicadeza, muy suavemente, como un beso susurrado, en la frente de M---...

Pareció disolverse...

Se introdujo bajo la piel de M---

Se introdujo en él.

Por un momento no sucedió nada. Abrió la boca, para decir algo, quizá para repetir «¡Qué cojones!», pero sus labios habían empezado a cambiar y tan solo un leve suspiro alcanzó a brotar de su boca, al tiempo que un sarpullido salpicaba su rostro, su piel, lo que más tarde comprendí que era una barba morena y espesa.

Me desperté gritando en plena noche. Alguien me sujetó. Una luna en forma de hoz velaba el barco. Nunca se desembarcaba, pero yo debería hacerlo, mi sitio no estaba allí, no estaba en ninguna parte. «Cógelo», me susurró alguien al oído, «Cógelo». Miré fijamente el cuchillo. Lo tomé de sus manos. Lo deslicé con suavidad, con la levedad de un escalofrío, por mi brazo, del que empezó a manar la sangre.

«Así...», dijo alguien a mi lado. Era el señor Cicatriz, el mayor de ellos. «Así...».

Una inmensa sensación de paz me embargó. Me vendaron, me dieron zumo de amapola y me quedé dormido, y al despertar tenía una nueva y tierna cicatriz.

Hay recuerdos que se impregnan en el cerebro, como si un niño con las manos embadurnadas de pintura de dedos hubiera ido dejando huellas pegajosas y rastros de *gouache* incrustados por toda la cavidad craneal, en recovecos imposibles de limpiar. Esto es Nairobi para mí: la embajada estadounidense reducida a un edificio carbonizado y rodeado de soldados. Recuerdo el hotel Hilltop, donde coincidimos con aquellos agentes de Al-Qaeda que actuaban de incógnito; la penumbra de las habitaciones; el sosiego. Fuera, el polvo flotaba en el aire inmóvil; los limpiabotas aguardaban a la sombra la llegada de algún cliente; en un puesto vendían papeletas «rasque y gane» y compré varias; caminamos a oscuras hasta un restaurante indio donde éramos los únicos clientes; un profundo silencio se había adueñado de la ciudad; los espíritus de los muertos se deslizaban sobre las aguas.

El Sinaí en 2004; E--en la playa; el sol se había puesto y todo estaba a oscuras, en silencio; una hoguera ardía cerca de nosotros; en la cocina un joven beduino asaba un pollo; alguien fumaba un porro cuyo olor se dispersaba por el aire; el batir del Mar Rojo contra la arena...

¡BUUUM!

Al igual que con las explosiones de los cómics, podía verse cómo los signos de exclamación brotaban de la bola de fuego a modo de dardos...

¡CRABUUUM! ¡BOMMM!

El coche bomba estalló al otro lado de la playa, en Ra's al Shaitan; lo habían dejado en un campamento idéntico a aquel en el que se alojaba E---,

con bungalows de juncos en la arena, mochileros colocados, mosquiteras, mosquitos...

Los gritos inflamaron el aire de la noche; E--no sabía qué hacer, se quedó mirando las llamas; estábamos separados; yo no podía llamar por teléfono; las noticias llegaban atropelladamente; nadie sabía quién seguía con vida ni quién había muerto; alguien llamó; había hablado con alguien que había hablado con alguien que estaba allí; «E--se encuentra bien, por favor llama a C---», a quien no conocía, «y dile que su amiga también ha sobrevivido»...

Los espíritus de los muertos se coagularon, inquietos, se acumulaban, cada vez más; y E--debía pasar por King's Cross de camino al trabajo cuando los terroristas detonaron las bombas, pero aquel día estaba fuera, no podía regresar a la ciudad; hablamos por teléfono y vimos las noticias en la televisión...

Y a L---, amiga de E---, que había trabajado con esta en Laos, una compañera cooperante, se negaron a renovarle el visado, de modo que regresó a Afganistán (le había encantado su estancia allí), donde la secuestraron, tras lo que se intentó rescatarla; las tropas estadounidenses asaltaron el campamento donde la retenían, y la mataron con una de sus propias granadas...

¡CRABUUUM! ¡BAMMM!

Una guerra de cómic con un presidente de cómic que leía un cuento que trataba sobre una cabra, con un villano de cómic que mascullaba amenazas mirando a cámara, como dos invocadores de los fantasmas del otro, dos molestadores del dios del otro, donde nosotros no éramos más que carnaza para su odio.

—Nosotros no pasaremos de aquí —me dijo el señor Cicatriz. Más adelante el río describía una curva, y sobre un promontorio vi una aldea de la que se elevaba una columna de humo. La luna enferma, la luna en forma de hoz, pendía sobre nosotros como una cicatriz labrada en el cielo.

—¿Por qué? —pregunté.

Encogió los hombros.

—Nos da escalofríos lo que hay ahí fuera —respondió apuntando con el dedo—. Aquel es el promontorio de los Osamas.

—¡Los Osamas no navegan! —le recordé, pero el señor Cicatriz se limitó a menear la cabeza, tal vez al recordar la época en la que teníamos cines y películas, una vía de escape. Pero una tras otra las puertas se habían cerrado, y los que quedábamos estábamos atrapados aquí, en esta nueva Osamalandia.

—Esta guerra... —comencé a decir, pero el señor Cicatriz me hizo guardar

silencio al dirigirme una sonrisa amable, una sonrisa que semejaba una cicatriz, y ponerme una mano en el hombro.

—La guerra ya ha terminado —me dijo—. Terminó hace mucho tiempo.

Observé cómo el *dhow* emprendía el camino de vuelta. Me había quedado solo en la orilla. Ya no contaba con mi caballo. Los hombres foca lo mataron y derramaron su sangre roja, que se diluyó en el río marrón. Caminé. Seguí el río mientras recordaba.

Aquella noche el aire se llevó las esporas. Flotaron sobre las casas y las azoteas y el viento las esparció a lo lejos.

Vi a los hombres —vi a mis amigos—, los vi transformarse. Vi cómo la barba brotaba de sus mejillas desnudas, vi cómo las arrugas retorcían la piel tersa de sus brazos y vi cómo sus ojos cambiaban, vi cómo su mirada se tornaba fija y penetrante, vi cómo sus labios se afinaban mientras hablaban en un idioma desconocido:

—La seguridad es un pilar indispensable para la vida humana...

—Los hombres libres no renuncian a su seguridad...

—Así como vosotros devastáis nuestro país, nosotros devastaremos el vuestro...

—¿Acaso los cocodrilos comprenden una conversación si esta no trata de armas?

Y así. Los vi coger sus armas. Los vi mirarme. Derribaron los helicópteros y los hombres, moribundos, se transformaban cuando las esporas se posaban sobre ellos.

Corrí. Por alguna razón, no me afectó. No fui osamizado. Corrí y ellos me siguieron, los primeros de la manada silvestre, la prole de Osama, me alcanzaron y cada vez que mataba uno, este explotaba y liberaba una blanda nube de esporas que se elevaba y se elevaba antes de caer, suavemente, para introducirse por las ventanas abiertas y acomodarse en la cara de las mujeres y los hombres que dormían, quienes quedaban transformados.

Me persiguieron durante la noche interminable, mientras el mundo se contraía y cambiaba. Aquel día perdimos la guerra, aquel día estábamos perdidos, y los perdí en las montañas y me oculté en las cuevas oscuras y profundas.

Caminé durante toda la noche. Nada me preocupaba. En la actualidad el mundo era un lugar más apacible. Los restos del ejército y los civiles que quedaban se mantenían concentrados en las ruinas de las ciudades —sitios como Ninawa, Caubul o Nuyok—, donde cazaban y mantenían a raya a los Osamas silvestres. Pero aquí, en las tierras salvajes, vivían pocos hombres y muy lejos los unos de los otros. El río me seguía según caminaba, hasta que llegué al lugar.

Lo llamaban, sencillamente, la base. Al-Qaeda: la base. Se componía de varios

edificios de una planta rodeados por una valla entre los cuales crecía algún que otro árbol. El río pasaba junto al recinto, que se hallaba a la sombra de las montañas. Los Osamas, todos ellos distintos en forma y tamaño, me escrutaban mudamente. Vi un cadáver humano que colgaba de una cuerda; sobre su pecho pendía un letrero donde un rótulo blanco de grafía infantil indicaba lo sienta.

Mis pies descalzos se hundían en el barro. Me había crecido la barba durante la travesía en barco. Los silenciosos Osamas me observaban. Un cuervo graznó en lo alto.

Atravesé el valle de la sombra de la muerte y no sentí miedo. Las estrellas titilaban en el cielo. Llegué al pie de una colina, subí a la cima y allí lo encontré. Estaba sentado en una silla plegable, mirándome. Era muy viejo. A su lado había un bufón, un hombre no osamizado, vestido con los andrajos de un uniforme militar carente de insignias. Me dirigió una sonrisa demencial y comenzó a parlotear.

—Los campos de amapolas son preciosos, rojos como la sangre de los mártires. —Su voz sonaba aguda y estridente—. Dios vive entre las nubes, como el humo, y tiene una lengua barba gris.

El hombre que ocupaba la silla plegable lo acuchilló con su mirada penetrante, haciéndolo salir corriendo colina abajo.

Después el anciano volvió la cabeza hacia mí. Tenía los ojos un tanto pitañosos, aunque de alguna manera conservaban su agudeza. Incluso me pareció que sonreía.

—Has venido a matarme —señaló.

—He venido a... —Noté que mi voz sonaba distinta. La edad había teñido de blanco la larga barba del hombre que ocupaba la silla plegable.

—Ya lo habías intentado antes. Lo has intentado muchas veces —declaró con un tono comprensivo—. Sin embargo, ¿no lo entiendes aún? Matar al hombre no basta. Un hombre es algo más que carne, cartílagos, huesos y sangre. Mata al hombre y lo único que conseguirás es preservar su imagen. Convertirlo en icono. Mata al hombre y un millar de esporas de fe y convicción, un millar de esporas de ideas, se esparcirán por el mundo. Mira —dijo. Me tendió la mano. Se la cogí. Nuestras manos formaban una sola. Me llevé la otra mano a la barba y él hizo lo mismo—. Tú y yo no somos tan distintos.

Yo subía corriendo por las escaleras y él estaba en la última planta. Se había refugiado en su dormitorio. Derribé la puerta y vi a las mujeres llorando e intentando escudarlo con su cuerpo. Las aparté a empujones. Llevaba la pistola en la mano y la utilicé, le disparé a quemarropa varias veces, primero al pecho y por último a la cabeza, para confirmar la muerte del objetivo, para eliminarlo sin posibilidad alguna de supervivencia.

Abrí fuego, envuelto por un silencio absoluto, y una nube de esporas echó a flotar, como un enjambre de ideas inmortales. El mundo quedó en calma, oyéndose

tan solo un siseo que recordaba al de una fuga de aire.

Osama y Osama y Osama, amén.

EL HOMBRE QUE PUSO FIN A LA HISTORIA: DOCUMENTAL

Ken Liu

Ken Liu (Lanzhou, China, 1976) es un escritor estadounidense de origen chino cuya identidad cultural mestiza queda patente en buena parte de su producción literaria. Su narrativa (no solo escribe ciencia ficción y fantasía, también cuentos realistas y poesía) posee además un fuerte componente humano y especulativo. Liu es un escritor en alza que ha publicado en los últimos años numerosos cuentos en los principales medios impresos y online de Estados Unidos, cosechando multitud de premios y nominaciones. Traduce esporádicamente al inglés obras de escritores chinos y arrastra a gran cantidad de seguidores en las redes sociales, principalmente Twitter.

En el primer volumen de *Terra Nova* apareció publicado su relato «El zoo de papel», una singular y emotiva historia que obtuvo los premios Hugo y Nebula —los más importantes galardones de la ciencia ficción mundial— de 2012 en la categoría de cuento corto, además de resultar finalista de otros premios importantes como el Locus, el Theodore Sturgeon Memorial y el World Fantasy. Ese relato supuso su primera publicación en español, una auténtica primicia.

Además de «El zoo de papel», Liu ha escrito otras magníficas historias, como «Mono no Aware», premio Hugo 2013, y varias obras finalistas del premio Nebula del presente año («The Bookmaking Habits of Selected Species», «The Waves» y «All the Flavours»), por lo que son muchos los lectores que esperan con verdadera pasión la publicación de su primera antología.

La novela corta que presentamos a continuación fue finalista de los premios Hugo, Nebula y Theodore Sturgeon Memorial de 2012, un relato sobrecogedor acerca de las espeluznantes atrocidades cometidas por el Escuadrón 731 del ejército japonés en el desarrollo de armas biológicas antes y durante la Segunda Guerra Mundial, que plantea además una interesantísima línea paralela en la que se pone en tela de juicio la utilidad de la historia.

Akemi Kirino, investigadora jefe de Laboratorios Feynman:

[La doctora Kirino tendrá unos cuarenta y pocos años. Tiene esa clase de belleza que no necesita demasiado maquillaje. Si se la observa de cerca, se ve alguna hebra blanca en su, por lo demás, negro pelo.]

Por la noche, cuando salimos al exterior y miramos las estrellas, no solo nos baña su luz, sino también el tiempo.

Por ejemplo, si miramos esa estrella en la constelación de Libra, que se llama Gliese 581, en realidad la estamos viendo tal como era hace algo más de dos décadas, porque está a unos veinte años luz de nosotros. Y a la inversa, si ahora mismo alguien situado en las inmediaciones de Gliese 581 tuviera un telescopio lo suficientemente potente apuntando hacia aquí, podría vernos a Evan y a mí paseando por el césped de la Universidad de Harvard cuando éramos estudiantes de posgrado.

[La doctora Kirino señala Massachusetts en el globo terráqueo que tiene en la mesa, mientras la cámara se desplaza haciendo un zoom sobre él. Hace una pausa, pensando lo que va a decir. La cámara retrocede, alejándonos más y más del globo, como si nos alejáramos volando de él.]

Los mejores telescopios que tenemos hoy en día alcanzan a ver hasta unos trece mil millones de años en el pasado. Si colocáramos uno en un cohete que se alejara de nosotros a una velocidad superior a la de la luz (y enseguida volveré sobre este punto) y apuntáramos con él hacia la Tierra, veríamos el desarrollo de la historia de la humanidad pero marcha atrás. La imagen de todo lo que ha sucedido en la Tierra viaja desde aquí en una esfera de luz que nunca va a dejar de expandirse. Y basta con controlar hasta dónde se viaja en el espacio para determinar hasta dónde se llega en el tiempo.

[La cámara continúa retrocediendo, atraviesa la puerta del despacho y sigue por el pasillo, y el globo y la doctora Kirino se van viendo cada vez más y más pequeños. El largo pasillo por el que estamos retrocediendo está oscuro y, en ese mar de oscuridad, la puerta abierta del despacho se convierte en un rectángulo de brillante luz que los encuadra a ambos.]

Aproximadamente por aquí, veremos el apesadumbrado rostro del príncipe Carlos cuando Hong Kong es devuelto por fin a China. Por aquí, presenciaremos la rendición de Japón a bordo del buque *USS Missouri*. En algún punto por aquí veremos cómo las tropas de Hideyoshi pisan Corea por vez primera. Y por aquí, veremos cómo la dama Murasaki acaba el primer capítulo de *La historia de Genji*. Si continuamos adelante, podemos retroceder hasta el nacimiento de la civilización e

incluso más atrás.

Sin embargo, el pasado se consume en el momento en que somos testigos de él. Los fotones atraviesan la lente y luego chocan contra una superficie capaz de crear imágenes, ya sea nuestra retina, una lámina fotográfica o un sensor digital, y en ese momento desaparecen, frenados en seco en su trayectoria. Si estamos mirando sin prestar atención y se nos escapa un instante, ya no podemos alejarnos más para volver a atraparlo. Ese momento queda borrado del universo, para siempre.

[Un brazo sale de las sombras que hay junto a la puerta del despacho y la cierra dando un portazo. La oscuridad se traga el globo terráqueo, el brillante rectángulo de luz y a la doctora Kirino. La pantalla se queda en negro unos instantes antes de que empiecen a aparecer los títulos de crédito iniciales.]

Remembrance Films HK Ltd.

en asociación con

Yurushi Studios

presenta

una producción de Heraclitus Twice

EL HOMBRE QUE PUSO FIN A LA HISTORIA

Esta película ha sido prohibida por el Ministerio de Cultura de la República Popular China y su estreno ha sido motivo de enérgicas protestas por parte del gobierno de Japón.

Akemi Kirino:

[Nos encontramos de vuelta en su despacho iluminado por una cálida luz.]

Como todavía no hemos resuelto el problema de cómo viajar más rápido que la luz, no hay forma de que podamos colocar un telescopio ahí fuera para ver el pasado. Pero hemos encontrado una manera de hacer trampa.

Desde hacía tiempo, los físicos teóricos sospechaban que el mundo que nos rodea está continua y literalmente estallando y creando nuevas partículas subatómicas de cierto tipo, a las que ahora conocemos como partículas Bohm-Kirino. Mi modesta contribución a la física fue confirmar su existencia y descubrir que estas partículas siempre aparecen por pares. Una de las partículas del par sale disparada de la Tierra, montada en el fotón del que nace y viajando a la velocidad de la luz. La otra se queda atrás, oscilando en las inmediaciones del lugar donde se generó.

Los pares de partículas Bohm-Kirino están vinculados por entrelazamiento

cuántico. Esto quiere decir que las dos partículas de un par están ligadas de tal modo que, independientemente de lo lejos que estén físicamente la una de la otra, sus propiedades están conectadas como si fueran distintos aspectos de un único sistema. Si se realizara una medición sobre una de las partículas del par, colapsando por lo tanto la función de onda, inmediatamente se conocería el estado de la otra partícula del par, incluso aunque se encuentre a años luz de distancia.

Puesto que conocemos la velocidad a la que disminuyen los niveles de energía de las partículas Bohm-Kirino, ajustando la sensibilidad del campo detector podemos intentar atrapar y medir partículas Bohm-Kirino de una determinada época creadas en un lugar concreto.

Someter a una medición a la partícula Bohm-Kirino que se ha quedado aquí de un par entrelazado es equivalente a realizar una medición sobre su gemela vinculada, la cual, junto al fotón huésped, puede encontrarse a billones de kilómetros de distancia y por lo tanto a décadas en el pasado. Mediante una serie de cálculos matemáticos complejos, pero convencionales, dicha medición nos permite calcular e inferir el estado del fotón huésped. Sin embargo, como cualquier medición que se realiza sobre un par de partículas vinculadas, solo se puede llevar a cabo una única vez, y en ese momento la información desaparece para siempre.

En otras palabras, es como si hubiéramos encontrado una manera de colocar un telescopio tan lejos de la Tierra y tan lejos en el pasado como deseemos. Si queremos, podemos volver la vista atrás y ver el día de nuestra boda, nuestro primer beso, el instante de nuestro nacimiento. Pero para cada momento del pasado, solo contamos con una única oportunidad de ser testigos del mismo.

Imágenes de archivo: 18 de septiembre de 20XX. Cortesía de APAC Broadcasting Corporation

[La cámara muestra una fábrica abandonada en las afueras de la ciudad de Harbin, en la provincia de Heilongjiang (China). Parece una fábrica más en el corazón industrial de China en pleno período de recesión dentro de los implacables ciclos de auge y hundimiento de la economía del país: en estado ruinoso, silenciosa, polvorienta, con las ventanas y puertas cerradas y tapadas con tablones. Samantha Paine, la corresponsal, lleva un gorro de lana y una bufanda. Tiene las mejillas encendidas por el frío y los ojos cansados. Mientras habla con voz tranquila, la condensación de su aliento forma volutas que se demoran delante de su rostro.]

Samantha: Este mismo día, en 1931, se dispararon los primeros tiros de la segunda guerra chino-japonesa cerca de Shenyang, aquí en Manchuria. Para China supuso el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, más de una década antes de que Estados Unidos se viera involucrado en la misma.

Nos encontramos en el distrito de Pingfang, en las afueras de Harbin. Aunque el nombre Pingfang no le diga nada a la mayoría de los occidentales, algunos han llamado a Pingfang el Auschwitz asiático. En este lugar, durante la guerra, el Escuadrón 731 del Ejército Imperial Japonés sometió a miles de prisioneros aliados y chinos a atroces experimentos, cuyo objetivo era el desarrollo de armas biológicas y la realización de estudios sobre el límite de la resistencia humana.

En estas instalaciones, los médicos militares japoneses asesinaron a miles de prisioneros aliados y chinos con sus ensayos médicos, experimentos con armas, vivisecciones, amputaciones y otros métodos sistemáticos de tortura. Al final de la guerra, el ejército japonés en retirada asesinó a todos los prisioneros que quedaban e incendió el complejo, y lo único que quedó aquí fue el armazón del edificio de administración y algunos fosos que se utilizaban para criar ratas portadoras de enfermedades. No hubo supervivientes.

Los historiadores calculan que las armas químicas y biológicas investigadas y desarrolladas en este lugar y en otros laboratorios satélite (ántrax, cólera, peste bubónica...) acabaron con entre doscientos mil y medio millón de chinos, casi todos civiles. Al final de la guerra, el general MacArthur, comandante supremo de las fuerzas aliadas, concedió a todos los miembros del Escuadrón 731 inmunidad ante la acusación de crímenes de guerra, con el objeto de hacerse con los resultados de sus experimentos y evitar que cayeran en manos de la Unión Soviética.

Con la salvedad de un pequeño museo con escasos visitantes situado aquí cerca, hoy en día quedan pocos rastros visibles de tales atrocidades. Allí, en el linde de un campo vacío, se alza un montón de escombros en el lugar donde estaba la incineradora para quemar los cadáveres de las víctimas. Esta fábrica que tengo a mis espaldas está construida sobre los cimientos de un almacén empleado por el Escuadrón 731 para guardar el material utilizado en los cultivos de gérmenes. Hasta la reciente crisis económica que la ha obligado a cerrar, esta fábrica producía motores de ciclomotor para una empresa chino-japonesa de Harbin. Y, como un grotesco eco del pasado, varias empresas farmacéuticas se han establecido discretamente en las inmediaciones del antiguo cuartel general del Escuadrón 731.

Es posible que los chinos estén dispuestos a dejar atrás esta parte de su pasado para hacer borrón y cuenta nueva. Y si ellos así lo hacen, probablemente el resto del mundo los imite.

Pero esto no ocurrirá si Evan Wei puede evitarlo.

[Samantha continúa hablando mientras de fondo se muestra un montaje de imágenes de Evan Wei impartiendo clase y posando con la doctora Kirino delante de una sofisticada máquina. En las fotografías ambos parecen tener veintitantos años.]

El doctor Evan Wei, un historiador estadounidense de origen chino especializado

en el Japón clásico, está decidido a conseguir llamar la atención mundial sobre el sufrimiento de las víctimas del Escuadrón 731. Él y su esposa, la doctora Akemi Kirino, destacada física experimental estadounidense de origen japonés, han desarrollado una controvertida técnica que aseguran permitirá viajar al pasado y experimentar la historia tal como sucedió. El doctor Wei realizará hoy una demostración pública de su técnica viajando al año 1940, momento cumbre de las actividades del Escuadrón 731, convirtiéndose así en testigo presencial de sus atrocidades.

El gobierno japonés mantiene que se trata de una maniobra publicitaria de China y ha protestado en enérgicos términos ante Pekín por permitir esta demostración. Basándose en principios recogidos en las leyes internacionales, Japón argumenta que China no tiene derecho a patrocinar una expedición al Harbin de la Segunda Guerra Mundial porque, por aquel entonces, Harbin estaba bajo el control del régimen de Manchukuo, régimen títere del Imperio de Japón. China ha rechazado los argumentos de Japón y ha respondido asegurando que la demostración del doctor Wei es una «excavación en la herencia nacional» y, basándose en la legislación china sobre exportación de antigüedades, ahora reclama su derecho de propiedad sobre cualquier grabación de audio o vídeo del viaje al pasado que el doctor Wei planea realizar.

El doctor Wei ha insistido en que su mujer y él van a llevar a cabo este experimento en calidad de ciudadanos estadounidenses individuales, sin conexión con gobierno alguno. Y han pedido, tanto al cónsul general estadounidense en la cercana Shenyang como a algunos representantes de las Naciones Unidas, que intervengan para proteger su demostración de cualquier interferencia gubernamental. Todavía no está claro cómo se va a resolver todo este embrollo legal.

Mientras tanto, numerosos grupos llegados tanto de China como del extranjero, algunos en apoyo del doctor Wei y otros en su contra, se han congregado aquí para manifestarse. China ha movilizado a miles de policías antidisturbios para evitar que puedan acercarse a Pingfang.

Sigan con nosotros y les mantendremos informados de la última hora sobre este histórico acontecimiento. Para APAC, Samantha Paine.

Akemi Kirino:

Para poder viajar hacia atrás en el tiempo nos faltaba por superar un obstáculo más.

Las partículas Bohm-Kirino nos permiten reconstruir con detalle cualquier tipo de información relativa al instante en que fueron creadas: imágenes, sonidos, microondas, ultrasonidos, el olor a desinfectante y a sangre, y el cosquilleo de la cordita y la pólvora en el fondo de la nariz.

Pero se trata de una cantidad de información abrumadora, incluso para solo un

segundo. No teníamos una manera realista de almacenarla, y mucho menos de procesarla en tiempo real. La cantidad de información recogida para unos pocos minutos habría sobrepasado la capacidad total de almacenamiento de los servidores de la Universidad de Harvard. Podíamos abrir una puerta al pasado, pero con el *tsunami* de bits que se nos iba a venir encima no íbamos a ver nada.

[Detrás de la doctora Kirino hay un aparato que parece un enorme escáner clínico de resonancia magnética. La doctora se coloca a su lado para que la cámara pueda hacer un lento zoom hasta el interior del tubo del mismo, donde estará el cuerpo del voluntario durante el proceso. Mientras la cámara atraviesa el tubo, continuando hacia la luz del otro extremo del túnel, se sigue oyendo su voz en off.]

Si hubiéramos tenido suficiente tiempo, tal vez habríamos conseguido encontrar una solución que habría permitido grabar la información. Pero Evan pensaba que no nos podíamos permitir la espera. Los familiares que habían sobrevivido a las víctimas estaban envejeciendo, muriendo, y las memorias de primera mano de la guerra estaban a punto de desaparecer. Evan consideraba que estábamos obligados a ofrecer a los familiares que todavía estaban vivos las respuestas que pudiéramos conseguir.

Así que se me ocurrió la idea de utilizar el cerebro humano para procesar la información recogida por los detectores Bohm-Kirino. La inmensa capacidad de procesamiento paralelo del cerebro, la base de la conciencia, resultó ser bastante efectiva a la hora de filtrar e interpretar el torrente de información de los detectores. Podíamos alimentar el cerebro con las señales eléctricas en bruto y él se encargaba de descartar un 99,999 por ciento y de transformar el resto en imágenes, sonidos, olores... lo interpretaba todo y lo grababa en forma de recuerdos.

Esto no debería sorprendernos en lo más mínimo. Después de todo, es lo que hace el cerebro, cada segundo de nuestra vida. Las señales en bruto procedentes de ojos, oídos, piel y lengua desbordarían cualquier superordenador, pero, segundo a segundo, nuestro cerebro se las apaña para construir la conciencia de nuestra existencia a partir de todo ese ruido.

«Gracias a este proceso, nuestros voluntarios experimentan la ilusión de estar viviendo el pasado, igual que si estuvieran en ese lugar y en ese momento», escribí en la revista *Nature*.

Y ahora me arrepiento enormemente de haber utilizado la palabra «ilusión». Mi desafortunada elección de esa palabra acabó teniendo una gran relevancia. Así es la historia: las decisiones auténticamente importantes nunca parecen serlo cuando se toman.

Sí, el cerebro recoge las señales y a partir de ellas construye una historia, pero esa historia no tiene nada de ilusoria, ni cuando se trata del pasado ni cuando se trata del presente.

Archibald Ezary, profesor titular de la cátedra de Derecho Radhabinod Pal, codirector del Centro de Estudios de Asia Oriental de la facultad de Derecho de Harvard:

[La placidez del rostro de Archibald Ezary contrasta con la intensidad de su mirada. Disfruta disertando, no porque le guste oírse hablar, sino porque piensa que va a aprender algo nuevo cada vez que intenta explicarse.]

La batalla legal entre China y Japón por el trabajo de Wei, hace casi veinte años, no fue realmente una novedad. El asunto de quién debería tener el control sobre el pasado es algo que, de distintas maneras, lleva muchos años preocupándonos a todos. Pero, con el desarrollo del procedimiento Kirino, la pugna por tener el control sobre el pasado dejó de ser una cuestión simplemente metafórica para convertirse en algo literal.

Además de una dimensión espacial, un estado tiene otra temporal. Con el transcurrir del tiempo, va creciendo y encogiéndose, doblegando nuevos pueblos y en ocasiones liberando a sus descendientes. Cuando hoy en día pensamos en Japón lo asociamos únicamente a las islas a las que quedó limitada su soberanía tras la guerra, pero en 1942, en su apogeo, el Imperio de Japón dominaba Corea, la mayor parte de China, Taiwan, Sajalín, Filipinas, Vietnam, Tailandia, Laos, Birmania, Malasia y amplias zonas de Indonesia, además de grandes franjas de las islas del Pacífico. Y la influencia del legado de aquella época ha perdurado en Asia hasta nuestros días.

Uno de los problemas más molestos, consecuencia del violento e inconstante proceso por el que los estados se van expandiendo y contrayendo con el paso de los años es el siguiente: puesto que a lo largo del tiempo los distintos gobiernos van alternándose en el control de un territorio, ¿cuál de ellos debería tener jurisdicción sobre el pasado del mismo?

Antes de la demostración de Evan Wei, el asunto de la jurisdicción sobre el pasado no había interferido en la vida real más allá de las disputas sobre qué país, España o Estados Unidos, tenía derecho a quedarse con una parte de los tesoros de los galeones españoles hundidos en el siglo XVI y rescatados en lo que hoy en día son aguas estadounidenses; o sobre si las esculturas del Partenón conocidas como *Mármoles de Elgin* se las debería quedar Grecia o Inglaterra. Pero ahora hay mucho más en juego.

Así que ¿era Harbin territorio japonés entre 1931 y 1945?, tal como sostiene el gobierno de este país, ¿o era chino?, como argumenta la República Popular. ¿O tal vez deberíamos considerar el pasado como algo que la ONU mantiene en fideicomiso para toda la humanidad?

La posición de China habría contado con el apoyo de la mayor parte del mundo

occidental (puesto que la de Japón sería equivalente a que Alemania alegara que cualquier intento de viaje a Auschwitz-Birkenau entre 1939 y 1945 debería contar con su aprobación) de no ser por el hecho de que es la República Popular China, un paria para los occidentales, quien ahora está reivindicando sus derechos sobre ese territorio. Y aquí tenemos una muestra de cómo el presente y el pasado se estrangulan a muerte entre ellos.

Por otra parte, tanto detrás de la postura japonesa como de la china, está la asunción incuestionable de que si podemos decidir si la soberanía sobre el Harbin de la época de la Segunda Guerra Mundial corresponde a China o a Japón, entonces, o bien la República Popular o bien el actual gobierno japonés sería la autoridad competente para ejercitar dicha soberanía. Pero esto no está en absoluto claro, y ambas partes están teniendo problemas para presentar argumentos que los respalden en este punto.

En primer lugar, cuando China ha exigido compensaciones por las atrocidades cometidas durante la guerra, Japón siempre ha mantenido que el Japón actual, fundado sobre la constitución cuyo borrador fue redactado por Estados Unidos, no puede ser considerado responsable. Japón piensa que a quien se le deben exigir las compensaciones es al anterior gobierno, el Imperio de Japón, y que este asunto ya quedó zanjado con el Tratado de Paz de San Francisco y con otros tratados bilaterales. Pero de ser esto así, el que ahora Japón afirme que Manchuria en aquella época estaba bajo su soberanía, cuando previamente se ha negado a aceptar cualquier responsabilidad, parece bastante inconsistente.

Sin embargo, la República Popular tampoco tiene la victoria garantizada. En 1932, cuando las fuerzas japonesas se hicieron con el control de Manchuria, el dominio de la República de China sobre esta región era meramente nominal; ni la entidad a la que consideramos la China oficial durante la Segunda Guerra Mundial ni la República Popular China existían siquiera. Es cierto que, en Manchuria, casi la única resistencia armada que se opuso a la ocupación japonesa durante la guerra fue la de las guerrillas de manchúes, coreanos y chinos de la etnia *han*, capitaneadas por comunistas chinos y coreanos; sin embargo, dichas guerrillas no estaban realmente bajo la dirección del partido comunista chino encabezado por Mao Zedong, y por lo tanto no tuvieron demasiado que ver con la posterior fundación de la República Popular.

Así que ¿por qué deberíamos considerar que o bien el actual gobierno japonés o bien el actual gobierno chino tiene algún derecho sobre el Harbin de aquella época? ¿No será la República de China, que ahora está radicada en Taipéi y que se llama a sí misma Taiwan, quien tenga el derecho más legítimo? ¿O a lo mejor deberíamos pensar en una «Autoridad Histórica Provisional Manchú» que sería quien tendría que asumir la jurisdicción sobre el lugar?

Nuestras doctrinas sobre la sucesión de estados, desarrolladas según los principios establecidos en el Tratado de Westfalia, son incapaces de solucionar las cuestiones planteadas como consecuencia de los experimentos del doctor Wei.

El que estos debates suenen teóricos y evasivos es algo intencionado. Desde siempre, «soberanía», «jurisdicción» y otros términos similares no han sido más que meras palabras que utilizamos porque nos resultan cómodas cuando llega el momento de permitir que se eviten responsabilidades o se corten ataduras molestas. Se declara la «independencia» y el pasado queda olvidado sin más ni más; tiene lugar una «revolución» y las memorias y deudas de sangre desaparecen de la noche a la mañana; se firma un tratado y de golpe y porrazo el pasado queda enterrado y olvidado. Pero no es así como funciona la vida real.

Por muchas vueltas que le demos a la facinerosa lógica a la que dignificamos con el nombre de «derecho internacional», la realidad sigue siendo que existe una conexión entre aquellos que en la actualidad se llaman a sí mismos japoneses y los que lo hacían en la Manchuria de 1937; y también existe entre los que hoy en día se llaman a sí mismos chinos y los que lo hacían en ese mismo lugar y época. Esta es la complicada realidad y tendremos que apañarnos con lo que tenemos.

Desde siempre, si el derecho internacional ha funcionado ha sido simplemente porque hemos dado por hecho que el pasado se iba a quedar callado. Sin embargo, el doctor Wei le ha dado voz al pasado y ha resucitado los recuerdos que estaban muertos. De nosotros depende que esas voces del pasado tengan o no algún peso en el presente, y cuánto.

Akemi Kirino:

Evan siempre me llamaba *Tóngye Míngmei*, o simplemente *Míngmei*, que es como se leen en mandarín los *kanji* con los que se escribe mi nombre (桐野明美). Aunque esta es la manera en que se acostumbran a pronunciar en chino los nombres japoneses, él es el único chino al que le he permitido que se tomara esta libertad.

Me decía que esa pronunciación le permitía visualizarlo con esos caracteres ancestrales que son la herencia común de China y Japón, y de este modo no olvidaba su significado. Según él, «el cómo suene el nombre de una persona no te dice nada sobre ella, lo que te lo dice son únicamente los caracteres».

Mi nombre fue lo primero que amó de mí.

«Una paulonia solitaria en mitad del campo, hermosa y llena de vida», me dijo la primera vez que hablamos, durante una fiesta de confraternización para alumnos de las facultades de Humanidades y de Ciencias.

También había sido así como mi abuelo me había explicado mi nombre años atrás, cuando de pequeña me había enseñado a escribir los caracteres del mismo. Una paulonia es un hermoso árbol de hoja caduca; antiguamente, en Japón existía la

costumbre de plantar una cuando nacía una niña, y cuando se iba a casar se utilizaba su madera para hacer un tocador para la dote. Recuerdo la primera vez que mi abuelo me enseñó la paulonia que había plantado el día en que yo nací, y yo le dije que no me parecía nada del otro mundo.

«Pero una paulonia es el único árbol en el que un fénix se posaría para descansar», me aseguró entonces mi abuelo, mientras me acariciaba el cabello pausada y delicadamente, algo que a mí me encantaba. Yo asentí con la cabeza y me alegré de tener como nombre el de un árbol tan especial.

Cuando Evan habló conmigo, yo llevaba años sin pensar en aquel día con mi abuelo.

«¿Ya has encontrado tu fénix?», me preguntó Evan, y a continuación me pidió una cita.

Evan no era tímido, a diferencia de la mayoría de los hombres chinos que conocía. Yo me sentía a gusto escuchándole hablar. Y él parecía realmente feliz con su vida, algo poco frecuente entre los estudiantes universitarios y que hacía que resultara divertido tratar con él.

En cierto modo, la atracción que surgió entre nosotros fue algo natural. Los dos habíamos llegado a Estados Unidos de pequeños y sabíamos qué es lo que suponía crecer sintiéndote extranjero y esforzándote con denuedo por convertirte en estadounidense. Esto hizo que nos resultara fácil comprender las debilidades del otro y aquellos pequeños recovecos de nuestra personalidad propios de los recién llegados al país y que con total insolencia se niegan a desaparecer.

Evan no se sentía intimidado por el hecho de que a mí se me dieran mucho mejor los números, las estadísticas, las características «rígidas» de la vida. Algunos de mis anteriores novios me habían dicho que el que me centrara tanto en lo cuantificable y en la lógica de las matemáticas me hacía parecer fría y poco femenina. Y tampoco ayudaba demasiado el que me las apañara con las herramientas mejor que la mayoría de ellos... una destreza que cualquier físico experimental de laboratorio necesita. Evan era el único hombre al que conocía que estaba encantado de cederme los mandos cuando le decía que podía hacer mejor que él algo que requería aptitudes mecánicas.

Los recuerdos de nuestro noviazgo se han ido difuminando con el tiempo y ahora están recubiertos por el brillo dorado y halagador del sentimentalismo... pero son lo único que me queda. Si alguna vez me permiten volver a utilizar mi máquina, me gustaría regresar a aquellos días.

En otoño, me gustaba escaparme con él en coche a alguna casa rural de New Hampshire para recoger manzanas. Me gustaba preparar platos sencillos de un libro de recetas y ver esa sonrisa tonta que se le ponía. Me gustaba despertarme a su lado por las mañanas sintiéndome feliz de ser mujer. Me gustaba que pudiera discutir

apasionadamente conmigo manteniéndose firme cuando tenía razón y reculando airoosamente cuando se equivocaba. Me gustaba que siempre se pusiera de mi parte cuando yo discutía con los demás, apoyándome incondicionalmente, incluso cuando pensaba que estaba equivocada.

Pero cuando más disfrutaba era cuando me hablaba de la historia de Japón.

De hecho, despertó en mí un interés por Japón que nunca antes había sentido. De cría, cuando alguien se enteraba de que era japonesa, daba por sentado que me interesaría el *anime*, me encantarían los karaokes y acostumbraría a reírme tontamente tapándome la boca con las manos, y, en concreto, los chicos pensaban que yo iba a escenificar sus fantasías sexuales orientales. Resultaba agotador. Así que en la adolescencia me rebelé y me negué a hacer cualquier cosa que olierá a japonesa, incluido el hablar japonés en casa. Figúrese cómo se sintieron mis pobres padres...

Evan me contaba la historia de Japón no como una enumeración de fechas y mitos, sino como un ejemplo de principios científicos fuertemente vinculados con la humanidad. Me enseñó que la historia de Japón no versa sobre emperadores y generales, ni sobre poetas y monjes, sino que la historia de Japón es un modelo que demuestra cómo todas las sociedades humanas se desarrollan y adaptan al medio ambiente mientras que, a su vez, el entorno se adapta a su presencia.

Cuando eran cazadores-recolectores, los antiguos japoneses del período Jo-mon ocupaban la cima de la pirámide de depredadores de su entorno; como agricultores autosuficientes, los japoneses de los períodos Nara y Heian comenzaron a moldear y cultivar la ecología de Japón para convertirla en una biota simbiótica antropocéntrica, un proceso que no se completó hasta la llegada de la agricultura intensiva y el crecimiento de la población que acompañó al Japón feudal; finalmente, los habitantes del Imperio japonés, ya volcados en la industria y los negocios, empezaron a explotar no únicamente la biota viva sino también la biota muerta del pasado: la búsqueda de fuentes seguras de combustibles fósiles ha dominado la historia del Japón moderno, igual que ha ocurrido en el resto del mundo. Hoy en día, todos estamos explotando a los muertos.

Por debajo de esa capa superficial de sucesivos imperios y fechas de batallas, existía un ritmo más profundo de flujos y reflujos de la historia, que no estaba asociado a las hazañas de los grandes hombres, sino a las vidas de las mujeres y hombres de a pie, que vadean las corrientes del entorno natural que los rodea, con su geología, sus estaciones, su clima y ecología, y su abundancia y escasez de materias primas necesarias para subsistir. Ese era el tipo de historia que a una física como yo le podía fascinar.

Japón era a un mismo tiempo universal y único. Evan hizo que fuera consciente de la conexión que existía entre esas personas que llevaban milenios llamándose a sí mismas japoneses y yo misma.

No obstante, la historia no era simplemente una serie de patrones profundos y el extenso presente. También había un momento y un lugar en el que los individuos podían dejar una huella extraordinaria. Me dijo que su especialidad era el período Heian porque fue entonces cuando Japón se convirtió en lo que hoy se entiende por Japón. Una élite de cortesanos compuesta por no más de unos miles de personas transformó las influencias continentales en un ideal estético japonés con características totalmente autóctonas, el cual ha mantenido su influencia a lo largo de los siglos y ha seguido definiendo hasta nuestros días qué es lo que significa ser japonés. Única entre las culturas ancestrales del mundo, la cultura de élite del período Heian fue desarrollada con la participación tanto de mujeres como de hombres. Fue una edad dorada tan maravillosa como improbable, algo irrepetible. Este era el tipo de sorpresa que hacía a Evan amar la historia.

Estimulada por todo esto, me apunté a un curso de historia japonesa y le pedí a mi padre que me enseñara caligrafía. Con un renacido interés, también me apunté a clases de japonés avanzado y aprendí a escribir *tanka*, esos poemas minimalistas japoneses que siguen unas reglas métricas estrictas y matemáticas. Cuando por fin quedé satisfecha con mi primer poema, estaba que no cabía en mí de contento, y estoy segura de que durante unos instantes sentí lo mismo que debió de sentir Murasaki Shikibu cuando terminó su primer *tanka*. Aunque separadas en el tiempo por más de un milenio y en el espacio por más de quince mil kilómetros, estoy segura de que, en ese instante y lugar, nos habríamos entendido.

Evan me hizo sentir orgullosa de ser japonesa y con ello consiguió que me quisiera a mí misma. Y fue así como supe que estaba verdaderamente enamorada de él.

Li Jianjian, encargada de la Sony Store de Tianjin:

Hace mucho tiempo que acabó la guerra, y en algún momento hay que dejarla atrás. ¿Qué sentido tiene desenterrar ahora estas memorias? La inversión de Japón en China ha sido fundamental para la creación de empleo, y a todos los jóvenes chinos les gusta la cultura japonesa. No me hace gracia que Japón se niegue a pedir perdón, pero ¿qué podemos hacer? Si seguimos dándole vueltas al asunto, lo único que vamos a conseguir es enfadarnos y entristecernos.

Song Yuanwu, camarera:

Lo leí en los periódicos. Ese doctor Wei no es chino: es estadounidense. En China todo el mundo sabe lo del Escuadrón 731, así que para nosotros no es nada nuevo.

No quiero pensar demasiado sobre el asunto. Algunos jovencuelos se dedican a pregonar que deberíamos boicotear los productos japoneses, pero ellos están que se

mueren por comprar el siguiente número de su *manga*. ¿Por qué voy a tener que hacerles caso? Lo único que se logra con este tipo de cosas es disgustar a la gente, nada más.

Nombre omitido, ejecutivo:

La verdad es que las personas que fueron asesinadas en Harbin eran en su mayoría campesinos, y en aquella época los campesinos murieron como moscas por todo el país. En las guerras ocurren cosas terribles, es así de simple.

Con lo que voy a decir me voy a ganar el odio de todo el mundo, pero también murió mucha gente durante los tres años de la Gran Hambruna estando Mao al frente del país, y luego durante la Revolución Cultural. La guerra es algo triste, pero solo es una más de las muchas cosas tristes que les han sucedido a los chinos. El grueso de las desgracias chinas no tiene quien lo haya llorado. Ese doctor Wei no es más que un maldito provocador. Las memorias no nos van a quitar ni el hambre ni la sed ni el frío.

Nie Liang y Fang Rui, estudiantes universitarios:

Nie: Me alegro de que Wei construyera esa máquina. Japón nunca se ha enfrentado a su historia. Todos los chinos saben que estas cosas sucedieron, pero los occidentales no, y les trae sin cuidado. Tal vez ahora que conocen la verdad presionen a Japón para que pida perdón.

Fang: Ten cuidado, Nie. Cuando los occidentales vean esto van a decir que eres un *fenqing* y un nacionalista al que le han lavado el cerebro. A los occidentales les gusta Japón; China, no tanto. No quieren entender a China, o a lo mejor lo que pasa simplemente es que no son capaces. No tenemos nada que decir a estos periodistas. Total, tampoco nos van a creer...

Sun Maying, administrativa:

Ni sé quién es Wei ni me importa.

Akemi Kirino:

Evan y yo queríamos ir al cine esa noche. Para la comedia romántica que queríamos ver ya no quedaban entradas, así que elegimos la película que empezaba justo después. Se llamaba *Philosophy of a Knife*. A ninguno de los dos nos sonaba, pero lo único que queríamos era pasar un rato juntos.

Nuestras vidas están regidas por estos pequeños momentos, en apariencia sin importancia, que contra toda probabilidad resultan tener unas consecuencias

trascendentales. Esta aleatoriedad es mucho más común en los asuntos humanos que en la naturaleza y yo, como física, en modo alguno habría podido anticipar lo que iba a suceder a continuación.

[Mientras la doctora Kirino habla, se ven escenas de Philosophy of a Knife, de Andrey Iskanov.]

La película era un documento gráfico de las actividades del Escuadrón 731 e incluía la recreación de numerosos experimentos. «Dios creó el paraíso, los hombres crearon el infierno», era el eslogan de la película.

Ninguno de los dos pudo levantarse del asiento cuando terminó. «No lo sabía — me dijo Evan en un murmullo—. Lo siento. No lo sabía».

No se estaba disculpando por haberme llevado a ver la película. No, la culpabilidad que le corroía se debía a que hasta entonces no había sabido nada de las atrocidades cometidas por el Escuadrón 731. Nunca se había tropezado con ellas, ni en sus clases ni en sus investigaciones. Y como sus abuelos se habían refugiado en Shangai durante la guerra, ningún miembro de su familia se había visto afectado directamente.

Pero como sus abuelos habían trabajado para el gobierno títere en el Shangai ocupado por Japón, después de la guerra se les había etiquetado como colaboracionistas, y el duro trato que habían recibido por parte del gobierno de la República Popular había hecho que su familia terminara escapando a Estados Unidos. Así que, a pesar de que Evan no era consciente de todas sus ramificaciones, la guerra había sido determinante en su vida, al igual que lo había sido en la vida de todos los chinos.

Para Evan, el desconocimiento de la historia, de una historia que había condicionado quién era él de tantas maneras, era en sí mismo un pecado.

«No es más que una película —le decían nuestros amigos—. Mera ficción».

Pero fue en aquel momento cuando la historia, tal como Evan la había entendido hasta entonces, terminó para él. La distancia que anteriormente había mantenido, las abstracciones de la historia a gran escala, con las que tanto había disfrutado antes, todo eso dejó de tener sentido para él con las sangrientas escenas de la pantalla.

Empezó a investigar la verdad que había detrás de la película, y esto pronto empezó a consumir todas sus horas de vigilia. Se obsesionó con las actividades del Escuadrón 731. Cuando estaba despierto, su vida giraba alrededor de este asunto, que también se convirtió en su pesadilla. Para él, su desconocimiento de estos horrores era al mismo tiempo una recriminación y una llamada a las armas. No podía permitir que el sufrimiento de las víctimas quedara relegado al olvido. No permitiría que sus torturadores quedaran impunes.

Fue entonces cuando le expliqué las posibilidades que presentaban las partículas

Bohm-Kirino.

Evan estaba convencido de que los viajes en el tiempo conseguirían concienciar a la gente.

Mientras Darfur no sea más que un nombre en un lejano continente, es posible pasar por alto las muertes y las atrocidades. Pero ¿qué pasaría si tus vecinos vinieran y te contaran lo que han visto cuando han viajado a Darfur? ¿Qué pasaría si los familiares de las víctimas se plantaran en tu puerta para narrarte sus experiencias en ese lugar? ¿Podríamos seguir sin hacer caso?

Evan creía que con los viajes en el tiempo pasaría algo similar. Si la gente pudiera ver y oír el pasado, entonces ya no sería posible mantenerse indiferente.

Extractos de la vista televisada de la Subcomisión para Asia, el Pacífico y el Medio Ambiente Mundial de la Comisión de Asuntos Exteriores, Cámara de Representantes, 11X Congreso, cortesía de la cadena C-SPAN

Testimonio de Lillian C. Chang-Wyeth, testigo:

Señor presidente y miembros de la Subcomisión, les agradezco la oportunidad que me han brindado de testificar hoy aquí. También me gustaría darles las gracias al doctor Wei y a la doctora Kirino, cuyo trabajo ha hecho que mi presencia hoy aquí sea posible.

Yo nací el 5 de enero de 1962, en Hong Kong. Mi padre Jaiyi «Jimmy». Chang se había trasladado a Hong Kong desde la China continental después de la Segunda Guerra Mundial. Allí se convirtió en un próspero comerciante de camisas de hombre y se casó con mi madre. Siempre celebrábamos mi cumpleaños un día antes del mismo. Cuando le pregunté a mi madre por qué lo hacíamos así, me dijo que el motivo tenía que ver con la guerra.

De pequeña no sabía demasiado sobre la vida de mi padre antes de que yo naciera. Sabía que había crecido en la Manchuria ocupada por Japón, que toda su familia había sido asesinada por los japoneses y que a él lo habían rescatado las guerrillas comunistas. Pero mi padre nunca me contó los detalles.

Tan solo en una ocasión me habló sin ambages de su vida durante la guerra. Fue durante el último verano antes de que yo empezara la universidad, en 1980. Como era muy tradicionalista, me preparó una ceremonia *jíjili* en la que yo elegiría mi *biaozì*, mi nombre de cortesía. Ese es el nombre que los chinos eligen para sí mismos cuando llegan a la mayoría de edad, el nombre por el que les van a conocer sus coetáneos. Era algo que la mayor parte de los chinos ya no hacían, ni siquiera los de Hong Kong.

Rezamos juntos, inclinados respetuosamente delante del altar dedicado a nuestros antepasados, y yo encendí mis varillas de incienso y las coloqué en el incensario de bronce del patio. Por primera vez en mi vida, en lugar de servirle yo el té, mi padre

me lo sirvió a mí. Alzamos las tazas y bebimos el té juntos, y mi padre me dijo que estaba muy orgulloso de mí.

Dejé la taza y le pregunté que a cuál de las mujeres de las anteriores generaciones de mi familia admiraba más, para así poder elegir un nombre que honrara su memoria. Fue entonces cuando me enseñó la única fotografía que tenía de su familia. La he traído conmigo hoy y me gustaría que se incluya en el sumario.

La fotografía fue tomada en 1940, con ocasión del décimo cumpleaños de mi padre. La familia vivía en Sanjiajiao, un pueblo a unos veinte kilómetros de Harbin, adonde fueron para hacérsela en un estudio fotográfico. En ella se ve a mis abuelos sentados juntos en el centro. Mi padre está de pie al lado de mi abuelo y, aquí, junto a mi abuela, está mi tía Changyi (暢怡). Su nombre significa «felicidad tranquila». Hasta que mi padre me enseñó esta fotografía, yo no sabía que tenía una tía.

Mi tía no era guapa. En la foto se ve que tenía la cara desfigurada por una gran marca de nacimiento oscura, con forma como de murciélago. Al igual que la mayoría de las chicas de su pueblo, nunca fue a la escuela y era analfabeta; sin embargo, era dulce, amable e inteligente, y desde los ocho años ella sola se encargó de cocinar y de limpiar la casa. Mis abuelos trabajaban en el campo todo el día y ella, al ser la mayor, fue como una madre para mi padre. Lo bañaba, le daba de comer, le cambiaba los pañales, jugaba con él y lo protegía de los demás niños del pueblo. Cuando tomaron esta fotografía, tenía dieciséis años.

«¿Qué le sucedió?», le pregunté a mi padre.

«Se la llevaron —me dijo—. Los japoneses llegaron a nuestro pueblo el 5 de enero de 1941, con la intención de utilizarlo para dar un castigo ejemplar que evitara que los otros pueblos se atrevieran a ayudar a la guerrilla. Yo tenía once años, y Changyi, diecisiete. Mis padres me dijeron que me escondiera en el hoyo que había debajo del granero. Después de que los soldados mataran a mis padres con las bayonetas, los vi arrastrar a Changyi hasta un camión y llevársela en él».

«¿Adónde se la llevaron?».

«Dijeron que la llevaban a un lugar llamado Pingfang, al sur de Harbin».

«¿Qué clase de lugar era?».

«Nadie lo sabía. En aquella época, los japoneses decían que era una planta maderera, pero cuando los trenes pasaban por allí tenían que bajar las cortinas, y los japoneses habían desalojado todos los pueblos de los alrededores y patrullaban constantemente por la zona. Los guerrilleros que me salvaron creían que lo más probable era que se tratara de un depósito de armas o de un centro de mando de importantes generales japoneses. Yo creo que a lo mejor se la llevaron para utilizarla como esclava sexual para los soldados japoneses. No sé si sobrevivió».

Así que elegí Changyi (長憶) como mi *biaozi*, para honrar a mi tía, que había sido como una madre para mi padre. Mi nombre se pronuncia igual que el de ella, pero se

escribe con caracteres distintos, así que, en lugar de «felicidad tranquila», significa «recuerdo perdurable». Rezamos pidiendo que hubiera sobrevivido a la guerra y que todavía estuviera viva en Manchuria.

Un año después, en 1981, el autor japonés Morimura publicó *La glotonería del diablo*, primera publicación japonesa que habló de la historia del Escuadrón 731. Leí la traducción al chino del libro, y el nombre Pingfang pasó a significar algo muy distinto para mí. Durante años tuve pesadillas relacionadas con lo que le había sucedido a mi tía.

Mi padre murió en el año 2002. Antes de morir, me pidió que, si alguna vez llegaba a saber con seguridad lo que le había sucedido a mi tía, se lo contara en mi visita anual a su tumba. Le prometí que así lo haría.

Por ello, diez años después, me ofrecí voluntaria para realizar el viaje cuando el doctor Wei brindó esta oportunidad. Quería saber qué le había sucedido a mi tía. Albergaba una remotísima esperanza de que hubiera sobrevivido y escapado, aunque sabía que no había supervivientes del Escuadrón 731.

Chung-Nian Shih, director del departamento de arqueología de la National Independent University de Taiwan:

Yo fui uno de los primeros en cuestionar la decisión de Evan de priorizar el envío de voluntarios que eran familiares de las víctimas del Escuadrón 731 frente al de periodistas o historiadores profesionales. Entiendo que quisiera procurar sosiego a las familias de las víctimas, pero su decisión implicaba que grandes segmentos de la historia iban a ser consumidos para aplacar un dolor particular, segmentos que ahora se han perdido para siempre para el mundo. Como ya sabe, su técnica es destructiva: una vez se ha enviado un observador a un lugar concreto en un momento concreto, las partículas Bohm-Kirino desaparecen y nadie más va a poder regresar jamás a ese lugar.

Existen argumentos morales a favor y en contra de su elección: ¿es el sufrimiento de las víctimas ante todo un dolor privado?, ¿o debería considerarse en primer lugar como parte de nuestra historia colectiva?

Una de las paradojas fundamentales de la arqueología es que el proceso de excavación de un yacimiento para su estudio conlleva de manera inexorable su total destrucción. En nuestra profesión, siempre estamos discutiendo sobre si es mejor excavar un emplazamiento ahora o preservarlo in situ hasta que se puedan desarrollar técnicas menos destructivas. Ahora bien, sin estas excavaciones destructivas, ¿cómo se van a poder desarrollar nuevas técnicas?

Tal vez Evan debería haber esperado hasta que se hubiera desarrollado una técnica mediante la cual se pudiera registrar el pasado sin borrarlo. Pero para entonces, puede que hubiera sido demasiado tarde para las familias de las víctimas,

las principales beneficiarias de esas memorias. Evan no dejó en ningún momento de debatirse entre los derechos contrapuestos del pasado y presente.

Lillian C. Chang-Wyeth:

Realicé mi primer viaje hace cinco años, justo cuando el doctor Wei empezó a enviar gente al pasado.

Fui al 6 de enero de 1941, el día después de que capturaran a mi tía.

Aparecí en un campo rodeado por un complejo de edificios de ladrillo. Hacía mucho frío. No sé exactamente cuánto, pero en Harbin en enero lo normal era estar bastante por debajo de los quince bajo cero. El doctor Wei me había enseñado cómo moverme con la mente, pero a pesar de ello me resultó chocante encontrarme de pronto en un lugar sintiéndolo todo pero sin presencia física, igual que un fantasma. Todavía estaba pillándole el tranquillo a cómo moverme, cuando a mis espaldas oí unos fuertes golpetazos. Zas, zas, zas.

Me volví y vi que de pie en el campo había una fila de prisioneros chinos. Estaban encadenados unos a otros por las piernas y vestidos tan solo con una fina capa de andrajos. Pero lo que me llamó más la atención fue que tenían los brazos desnudos y extendidos bajo el glacial viento.

Un oficial japonés caminaba por delante de ellos, golpeándoles en los brazos helados con un bastón corto. Zas, zas, zas.

Entrevista con Shiro Yamagata, antiguo miembro del Escuadrón 731, cortesía de la cadena Nippon Broadcasting Co.

[Yamagata y su esposa están sentados en sillas detrás de una larga mesa plegable. Él tendrá noventa y tantos años. Tiene las manos cruzadas delante de él sobre la mesa, igual que su mujer. Mantiene el rostro tranquilo y no cae en histrionismos. Por debajo de la del intérprete, su voz suena frágil, pero clara.]

Obligábamos a que los prisioneros salieran al exterior con los brazos desnudos para que así, al aire, se les congelaran más rápidamente. Hacía mucho frío, y a mí no me hacía gracia cuando era mi turno de sacarlos.

Los rociábamos con agua para que el proceso de congelación fuera más rápido. Y para asegurarnos de que los brazos ya estaban totalmente congelados, les golpeábamos con un bastón corto. Si el ruido que oíamos era como un crujido, quería decir que estaban congelados por completo y listos para ser utilizados en los experimentos. Sonaba como cuando se golpea un trozo de madera.

Yo creía que por eso llamábamos a los prisioneros *maruta*, leños. «Oye, ¿cuántos leños has cortado hoy?», nos decíamos bromeando. «No muchos, solo tres pequeños».

El objeto de estos experimentos era el estudio de los efectos sobre el cuerpo humano de la congelación y de las temperaturas extremas. Tenían un gran valor. Aprendimos que la mejor manera de tratar la congelación es sumergir la extremidad en agua caliente, sin frotarla. Lo que probablemente salvó la vida de muchos soldados japoneses. También estudiamos los efectos de la gangrena a medida que la necrosis se extendía por las extremidades congeladas de los prisioneros.

Se decía que había experimentos en los que, en un cuarto herméticamente cerrado, se aumentaba la presión hasta que la persona que estaba dentro explotaba, pero yo no los presencié.

Yo formaba parte de un grupo de auxiliares médicos que llegó en enero de 1941. Para poder practicar las técnicas quirúrgicas, sometíamos a los prisioneros a amputaciones y a otras intervenciones de cirugía. Utilizábamos tanto prisioneros sanos como prisioneros de los experimentos de la congelación. Y cuando se les habían amputado todas las extremidades, empleábamos a los supervivientes para probar armas biológicas.

En una ocasión, dos amigos míos le amputaron los brazos a un hombre y se los volvieron a reimplantar en los lados contrarios del cuerpo. Estuve presente, pero no participé. No me pareció un experimento útil.

Lillian C. Chang-Wyeth:

Seguí a los prisioneros cuando regresaron al complejo. Y di una vuelta intentando encontrar a mi tía.

Tuve mucha suerte, y tras solo una media hora conseguí localizar el sector en el que tenían a las prisioneras. Sin embargo, aunque miré en todas las celdas, no conseguí dar con ninguna mujer que se pareciera a mi tía. Así que continué vagando sin rumbo fijo, mirando en todas las habitaciones. Vi numerosos fragmentos de cuerpos humanos conservados en frascos para muestras. Recuerdo que en una de las salas vi un frasco muy alto en el que flotaba medio cuerpo humano partido en vertical por la mitad.

Finalmente llegué a un quirófano abarrotado de jóvenes médicos japoneses. Oí gritar a una mujer y entré. Uno de los médicos estaba violando a una mujer china sobre la mesa de operaciones. En la sala había varias chinas más, todas desnudas, que sujetaban a la mujer de la mesa para que el médico japonés pudiera concentrarse únicamente en la violación.

Los demás médicos miraban y conversaban amigablemente entre ellos. Uno hizo un comentario y los otros se rieron, incluido el médico que estaba violando a la mujer. Miré a las mujeres que la estaban sujetando y vi que una de ellas tenía una marca de nacimiento con forma de murciélago que le cubría la mitad del rostro. Estaba hablando con la mujer de la mesa, intentando confortarla.

Lo que realmente me impactó no fue que estuviera desnuda, ni lo que estaba sucediendo, sino que pareciera tan joven. Tenía diecisiete años, uno menos que yo cuando me fui de casa para ir a la universidad. Salvo por la marca de nacimiento, era igual que yo por aquel entonces, e igual que mi hija.

[Se interrumpe.]

Diputado Kotler: Señora Chang, ¿desea tomarse un descanso? Estoy seguro de que la Subcomisión entendería...

Lillian C. Chang-Wyeth: No, gracias. Lo siento. Déjenme continuar, por favor.

Cuando el médico hubo terminado, se llevaron a la mujer de la mesa. Los médicos se rieron y bromearon entre ellos. Pocos minutos después, dos soldados regresaron flanqueando a un hombre chino. El mismo médico de antes señaló a mi tía y, sin decir nada, las demás mujeres la obligaron a subir a la mesa. Ella no se resistió.

Entonces el médico señaló al chino y le hizo un gesto indicándole a mi tía. Al principio, el hombre no entendió qué es lo que se quería de él. El médico dijo algo y los dos soldados empujaron al hombre con sus bayonetas, sobresaltándole. Mi tía levantó la mirada hacia él.

«Quieren que me folles», le dijo.

Shiro Yamagata:

A veces nos turnábamos para violar a las mujeres y a las muchachas. Muchos de nosotros nunca antes habíamos estado con una mujer ni habíamos visto los órganos femeninos de una mujer viva. Así que era una especie de educación sexual.

Uno de los problemas a los que se enfrentaba el ejército era el de las enfermedades venéreas. Los médicos militares examinaban semanalmente a las mujeres traídas para solaz de los soldados y les ponían inyecciones, pero los soldados violaban a las mujeres chinas y rusas y continuamente pillaban infecciones. Necesitábamos comprender mejor cómo se contraía la sífilis en concreto, y desarrollar tratamientos.

Con ese objetivo, se les inyectaba sífilis a algunos prisioneros y luego los obligábamos a mantener relaciones sexuales con otros, para que se contagiaran por la vía de transmisión habitual. Nosotros no tocábamos a las mujeres infectadas, por supuesto. Esto nos permitía estudiar los efectos de la enfermedad sobre los órganos. Era la primera vez que se estaba investigando todo esto.

Lillian C. Chang-Wyeth:

La segunda vez que viajé al pasado fue un año después, y en esa ocasión fui al 8 de junio de 1941, unos cinco meses después de que mi tía fuera capturada. Pensé que

si elegía una fecha mucho más tardía a lo mejor ya había sido asesinada. El doctor Wei estaba teniendo que hacer frente a una importante oposición, y le preocupaba que con un exceso de viajes a esa época se pudieran destruir demasiadas pruebas. Así que me explicó que ese sería mi último viaje.

Encontré a mi tía sola en una celda. Estaba muy delgada, y vi que un sarpullido le cubría las palmas de las manos y que por el cuello tenía bultos provocados por la inflamación de los nódulos linfáticos. También me di cuenta de que estaba embarazada. Debía de estar muy enferma porque durante todo el tiempo que estuve con ella permaneció tirada en el suelo, con los ojos abiertos y gimiendo débilmente («*aiya, aiya*»).

Me quedé con ella todo el día, mirándola. Intenté confortarla en todo momento, pero, claro está, ella no podía oírme ni sentir que la estaba tocando. Las palabras me ayudaban a mí, no a ella. Le canté una canción, una canción que mi padre solía cantarme cuando era pequeña.

萬里長城萬里長，長城外面是故鄉

高粱肥，大豆香，遍地黃金少災殃

*La Gran Muralla se extiende a lo largo de diez mil li,
del otro lado está mi pueblo.*

*Oloroso sorgo, dulce soja, la felicidad se derrama
como el oro sobre la tierra.*

Estaba empezando a conocerla y despidiéndome de ella al mismo tiempo.

Shiro Yamagata:

Para estudiar la progresión de la sífilis y de otras enfermedades venéreas, realizábamos vivisecciones a mujeres cuando habían transcurrido distintos intervalos de tiempo desde que habían sido infectadas. Era importante comprender los efectos de la enfermedad sobre los órganos vivos, y además las vivisecciones nos proporcionaban una valiosa experiencia quirúrgica. Algunas veces se llevaban a cabo con cloroformo y otras sin él. A los sujetos de los experimentos con ántrax y con cólera acostumbábamos a practicarles la vivisección sin anestesia, puesto que la anestesia podría haber alterado los resultados, y se creía que esto mismo podría ocurrir en el caso de las mujeres con sífilis.

No recuerdo cuántas vivisecciones de mujeres realicé.

Algunas eran muy valientes y se tumbaban en la mesa de operaciones por las buenas. Aprendí a decir «*bútòng, bútòng*», o sea, «no te va a doler» en chino, para tranquilizarlas. Luego las atábamos a la mesa.

Lo habitual era que la primera incisión, del tórax al estómago, les hiciera lanzar un grito terrible. Algunas seguían gritando durante buena parte de la vivisección. Más

adelante empezamos a amordazarlas porque los gritos nos molestaban cuando teníamos que hablar durante las intervenciones. Por lo general, las mujeres aguantaban con vida hasta que les abríamos el corazón, así que eso lo dejábamos para el final.

Me acuerdo de una vez en la que le estábamos practicando una vivisección a una embarazada. Habíamos empezado sin cloroformo, pero entonces ella nos suplicó: «Por favor, mátenme a mí, pero no maten a mi hijo». Así que lo utilizamos para dormirla antes de acabar con ella.

Ninguno habíamos visto antes las entrañas de una embarazada, por lo que resultó altamente instructivo. Se me pasó por la cabeza guardar el feto para algún experimento, pero estaba demasiado débil y murió poco después de que lo sacáramos. Intentamos adivinar si provenía de la simiente de un médico japonés o de uno de los prisioneros chinos, y creo que al final la mayoría estuvimos de acuerdo en que, viendo lo feo que era, lo más probable es que fuera de uno de los prisioneros.

Yo pensaba que el trabajo que estábamos realizando con las mujeres era francamente valioso, y que gracias a él estábamos aprendiendo bastantes cosas.

No me parecía que nuestro trabajo con el Escuadrón 731 fuera especialmente extraño. Después de 1941, me destinaron al norte de China, primero a la provincia de Hebei y luego a la de Shanxi. En los hospitales del ejército, los médicos militares organizábamos con regularidad prácticas quirúrgicas en las que los sujetos utilizados eran chinos vivos. El ejército nos los proporcionaba los días en los que estaban previstas. Practicábamos amputaciones, extirpábamos trozos de los intestinos y suturábamos entre sí las secciones que quedaban, y extraíamos órganos internos.

Con frecuencia, las prácticas quirúrgicas se realizaban sin anestesia, para así reproducir las condiciones del campo de batalla. A veces un médico disparaba a un prisionero en el estómago para simular heridas de guerra con las que pudiéramos practicar. Y después de las intervenciones, uno de los oficiales decapitaba o estrangulaba al prisionero. En ocasiones, las vivisecciones también se utilizaban como lecciones de anatomía para los médicos más jóvenes en prácticas, y también para que se divirtieran un poco. Para el ejército era importante formar con rapidez buenos cirujanos, para que pudiéramos ayudar a los soldados.

John (apellido omitido), profesor de instituto, Perth (Australia):

Ya se sabe que los viejos están muy solos, así que para conseguir que se les preste atención son capaces de decir cualquier cosa. Incluso confesarán estas ridículas historias inventadas sobre lo que hicieron. Es verdaderamente triste. Estoy seguro de que si pongo un anuncio aparecerá algún antiguo soldado australiano dispuesto a confesar que despedazó a una mujer aborigen. La gente que cuenta estas historias lo único que quiere es que se les preste atención, igual que esas prostitutas coreanas que

aseguran que fueron secuestradas por el ejército japonés durante la guerra.

Patty Ashby, ama de casa, Milwaukee (Wisconsin):

Creo que es difícil juzgar a alguien cuando no se ha estado presente. Ocurrió durante la guerra y durante las guerras suceden cosas terribles. Lo que tiene que hacer un cristiano es olvidar y perdonar. No es justo que ahora se saquen a relucir asuntos como este. Y no está bien jugar así con el pasado. De esto no puede salir nada bueno.

Sharon, actriz, Nueva York (Nueva York):

El caso es que los chinos han sido muy crueles con los perros, e incluso se los comen. También se han portado muy mal con los tibetanos. Eso te da que pensar, ¿no sería el karma?

Shiro Yamagata:

El 15 de agosto de 1945 nos enteramos de que el emperador se había rendido a Estados Unidos. Al igual que muchos otros japoneses que estaban en China en aquel momento, mi unidad decidió que lo más sencillo era entregarse a los nacionalistas chinos, tras lo cual fue reformada e incorporada a una unidad del ejército nacionalista de Chiang Kai-Shek, y yo continué trabajando como médico militar y ayudando a los nacionalistas en su lucha contra los comunistas en la guerra civil china. Como los chinos prácticamente no tenían cirujanos cualificados, mi trabajo era muy necesario, así que me trataban bien.

Sin embargo, los comunistas eran muy superiores a los nacionalistas, y en enero de 1949 los comunistas ocuparon el hospital de campaña en el que trabajaba y me hicieron prisionero. Durante el primer mes, no se nos permitió salir de nuestras celdas. Intenté hacerme amigo de los guardas. Los soldados comunistas eran muy jóvenes y estaban flacos, pero parecían tener la moral mucho más alta que los nacionalistas.

Transcurrido un mes, empezamos a asistir, junto con los guardas, a clases diarias de marxismo y maoísmo.

Me dijeron que la guerra no era culpa mía y no se me podía responsabilizar de la misma. Yo solo era un soldado al que, con sus engaños, el emperador Showa y Hideki Tojo habían empujado a una guerra de invasión y opresión contra China. También me explicaron que mediante el estudio del marxismo llegaría a entender que todos los hombres necesitados, tanto chinos como japoneses, eran hermanos. Esperaban que reflexionáramos sobre lo que le habíamos hecho al pueblo chino y que confesáramos por escrito los crímenes que habíamos cometido durante la guerra. Nos dijeron que si nuestras confesiones demostraban que nuestro corazón era sincero se nos rebajarían

las penas. Yo escribí varias, pero me las rechazaron todas porque no eran lo suficientemente sinceras.

No obstante, como yo era médico, me permitían trabajar tratando pacientes en el hospital provincial. Era el cirujano de más categoría del centro y contaba con mi propio equipo.

Oímos rumores de que en Corea estaba a punto de estallar una nueva guerra entre Estados Unidos y China. «¿Cómo va a poder China derrotar a Estados Unidos si ni siquiera el poderoso ejército japonés pudo hacerles frente? —pensé—. A lo mejor los siguientes que me capturan son los norteamericanos». Supongo que lo de pronosticar cómo van a terminar las guerras nunca ha sido lo mío.

La comida comenzó a escasear cuando empezó la guerra de Corea. Los guardas de la prisión comían arroz con cebolletas y hierbas silvestres, mientras que a los prisioneros como yo nos daban arroz y pescado.

—¿Y esto por qué? —pregunté.

—Vosotros sois prisioneros —me explicó mi guarda, que tenía solo dieciséis años—. Sois japoneses. Japón es un país rico, así que debéis ser tratados de la manera más parecida posible a las condiciones de vuestro propio país.

Le ofrecí mi pescado, pero lo rechazó.

—¿No quieres tocar la comida que ha tocado un demonio japonés? —bromeé con él. También le estaba enseñando a leer, y él me conseguía bajo cuerda cigarrillos.

Yo era muy buen cirujano y estaba orgulloso de mi trabajo. A veces sentía que, pese a la guerra, estaba haciendo mucho bien a China y ayudando a mis pacientes con mi pericia.

Un día llegó al hospital una mujer. Se había roto una pierna y, como vivía lejos, para cuando su familia me la trajo la gangrena ya había hecho su aparición y había que amputar la pierna.

La mujer se hallaba en la mesa de operaciones y yo me estaba preparando para administrarle la anestesia. La miré a los ojos y, en un intento por tranquilizarla, le dije: «*Bútòng, Bútòng*».

Abrió los ojos como platos y gritó. Gritó y gritó, y se alejó como pudo de la mesa, arrastrando la pierna inerte, hasta que estuvo todo lo lejos que pudo de mí.

Entonces la reconocí. Era una de las muchachas chinas prisioneras a las que habíamos formado para que nos ayudaran como enfermeras en el hospital de campaña durante la guerra contra China. Me había ayudado en algunas de las sesiones de prácticas quirúrgicas y me había acostado con ella unas cuantas veces. No sabía cómo se llamaba. Para mí había sido simplemente «n.º 4», y algunos de los médicos más jóvenes habían comentado en broma que, si Japón era derrotado y teníamos que retirarnos, podíamos abrirla en canal.

[Entrevistador (fuera de cámara): Señor Yamagata, ya sabe que no puede llorar. En

la película no puede aparecer dando muestras de emoción. Si no es capaz de controlarse, tendremos que parar.]

Me inundó una pena indescriptible. Fue en ese instante cuando me di cuenta de qué clase de vida y de carrera tenía. Como quería tener éxito en mi profesión, hacía cosas que ningún ser humano debería hacer. Entonces escribí mi confesión y, cuando mi guarda la leyó, ya no me volvió a dirigir la palabra.

Cumplí mi sentencia y en 1956 me pusieron en libertad y me permitieron regresar a Japón.

Me sentí perdido. En Japón todo el mundo estaba trabajando duramente, pero yo no sabía qué hacer.

«No tenías que haber confesado nada —me dijo uno de mis amigos, que había pertenecido a mi misma unidad—. Yo no confesé y me soltaron hace ya años. Ahora tengo un buen trabajo. Y mi hijo va a ser médico. No cuentes nada de lo que sucedió durante la guerra».

Me trasladé aquí, a Hokkaido, para hacerme agricultor, tan lejos como me resultó posible del corazón de Japón. Durante todos estos años he guardado silencio para proteger a mi amigo. Y creía que moriría antes que él, con lo que me llevaría el secreto a la tumba.

Pero mi amigo ha muerto, así que, aunque durante todos estos años no he contado nada de lo que hice, ahora no pienso callarme.

Lillian C. Chang-Wyeth:

Yo solo estoy hablando en mi nombre, y tal vez en el de mi tía. Soy el último vínculo que queda entre ella y el mundo de los vivos. Y yo misma estoy convirtiéndome en una anciana.

Ni entiendo demasiado de política ni me importa demasiado. Les he contado lo que vi, y hasta el día de mi muerte recordaré cómo lloraba mi tía en esa celda.

Me preguntan que qué es lo que quiero. No sé cómo responder a esa pregunta.

Hay quien dice que debería exigir que los miembros del Escuadrón 731 supervivientes sean juzgados. Pero ¿qué supondría eso? Ya no soy una niña. No quiero ver juicios, desfiles, espectáculos... La verdadera justicia no te la proporciona la ley.

Lo que realmente quisiera es que lo que vi nunca hubiera sucedido. Pero eso es algo que nadie me puede proporcionar. Así que me conformo con querer que la historia de mi tía sea recordada, con descubrir ante la mirada del mundo la culpabilidad de sus asesinos y torturadores, igual que ellos descubrían el cuerpo de mi tía ante sus agujas y escalpelos.

No sé cómo describir esos actos salvo como crímenes contra la humanidad. Eran

la negación del mismísimo principio de la vida.

El gobierno japonés nunca ha reconocido las actividades del Escuadrón 731 ni nunca ha perdido perdón por ellas. Con el tiempo, han ido aflorando más y más pruebas de las atrocidades cometidas durante esos años, pero la respuesta siempre es la misma: no hay suficientes pruebas que nos permitan saber qué sucedió.

Pues bien, ahora sí que las hay. Yo he visto lo que sucedió con mis propios ojos. Y voy a hablar de lo que sucedió y a luchar con mis palabras contra los que niegan estos hechos. Y a contar mi historia siempre que pueda.

Los hombres y mujeres del Escuadrón 731 perpetraron esos actos en nombre de Japón y de los japoneses. Exijo al gobierno de Japón que reconozca estos crímenes contra la humanidad, que pida perdón por ellos y que se comprometa a preservar la memoria de las víctimas y a condenar la culpabilidad de esos criminales mientras la palabra «justicia» siga teniendo algún significado.

También siento tener que decir, señor presidente y miembros de la Subcomisión, que el gobierno de Estados Unidos tampoco ha reconocido nunca su papel a la hora de proteger a estos criminales frente a la justicia después de la guerra; ni que ha utilizado la información conseguida mediante torturas, violaciones y asesinatos; ni tampoco se ha disculpado por nada de ello. Exijo que el gobierno de Estados Unidos reconozca estos hechos y se disculpe por ellos.

Esto es todo.

Diputado Hogart:

Me gustaría recordar una vez más a los asistentes que deben mantener el orden y guardar las formas durante esta vista si no quieren ser obligados a desalojar la sala.

Señora Chang-Wyeth, lamento todo eso por lo que cree haber pasado. No tengo ninguna duda de que le ha afectado profundamente. También agradezco al resto de los testigos que hayan compartido sus historias con nosotros.

Señor presidente y miembros de la Subcomisión, a efectos de que conste en acta debo volver a insistir en mi oposición a la celebración de esta vista y a la moción presentada por mi colega el señor Kotler.

La Segunda Guerra Mundial fue una época extraordinaria en la que las reglas ordinarias de la conducta humana no fueron de aplicación, y no hay duda de que ocurrieron terribles hechos y de los mismos resultaron terribles sufrimientos. Pero fuera lo que fuese lo que ocurrió (y las únicas pruebas concluyentes con las que contamos son los resultados de una sensacionalista teoría sobre física de partículas que, con la excepción de la doctora Kirino, ninguno de los aquí presentes comprende), cometeríamos un error si nos convirtiéramos en esclavos de la historia y sometiéramos el presente al control del pasado.

El Japón de nuestros días es el aliado más importante de Estados Unidos en el

Pacífico, por no decir en el mundo entero, mientras que la República Popular China toma a diario medidas encaminadas a obstaculizar nuestros intereses en la región. Japón es vital para nuestra lucha por contener y hacer frente a la amenaza china.

El que el diputado Kotler presente su moción en estos momentos es, en el mejor de los casos, desacertado y, en el peor, contraproducente. Sin lugar a dudas, la moción incomodará y decepcionará a nuestro aliado, y ayudará y dará alas a aquellos que hacen peligrar nuestra posición, todo ello en un momento en el que no podemos dejarnos llevar por sentimentalismos teatrales, cimentados en las historias contadas por emotivos testigos que es posible que hayan estado experimentando «ilusiones», y estoy citando las palabras de la doctora Kirino, la inventora de la tecnología utilizada.

Una vez más debo exigir a la Subcomisión que ponga fin a este inútil y destructivo proceso.

Diputado Kotler:

Señor presidente y miembros de la Subcomisión, les agradezco que me den la oportunidad de responder al señor Hogart.

Es fácil esconderse detrás de expresiones con verbos intransitivos como «ocurrieron terribles hechos» y «resultaron terribles sufrimientos». Y lamento que mi honorable colega, miembro del Congreso de Estados Unidos, recurra a las mismas tácticas vergonzosas, con desmentidos y evasivas, que utilizaron aquellos que negaron que el Holocausto fuera real.

Todos los sucesivos gobiernos japoneses, con el apoyo y complicidad de las sucesivas administraciones de este país, se han negado a reconocer siquiera las actividades del Escuadrón 731 y, ni que decir tiene, a pedir perdón por ellas. De hecho, durante muchos años, no se reconoció ni la propia existencia del escuadrón. El que se desmientan y se nieguen las atrocidades cometidas por Japón durante la Segunda Guerra Mundial es parte integral del programa encaminado a minimizar y negar su historial de guerra, ya estemos hablando de las «mujeres de solaz», de la masacre de Nanjing o de los coreanos y chinos obligados a realizar trabajos forzados. Este programa ha tenido un efecto muy negativo sobre las relaciones de Japón con sus vecinos asiáticos.

El asunto del Escuadrón 731 presenta problemas muy específicos. En esta cuestión, Estados Unidos no es una tercera parte imparcial. Como aliado y buen amigo de Japón, nuestro deber es señalar las equivocaciones de nuestro amigo. Pero, lo que es más importante, Estados Unidos contribuyó de manera activa a que los autores de los crímenes del Escuadrón 731 eludieran la justicia. Con el objetivo de hacerse con los resultados de sus experimentos, el general MacArthur concedió la inmunidad a los miembros del Escuadrón 731. Somos en parte responsables de esos desmentidos y maniobras de encubrimiento, porque le otorgamos un valor mayor a

las frutas prohibidas de esas atrocidades que a nuestra propia integridad. Nosotros también hemos pecado.

Lo que me gustaría recalcar es que el señor Hogart ha malinterpretado la moción. Lo que los testigos y yo estamos pidiendo, señor presidente, no es un reconocimiento de culpabilidad por parte del actual gobierno de Japón ni de su pueblo. Lo que estamos pidiendo es un comunicado de esta Subcomisión declarando que el Congreso de Estados Unidos considera que las víctimas del Escuadrón 731 deberían ser honradas y recordadas, y los culpables de esos atroces crímenes, condenados. No se trata de condenar sin juzgar, ni de confiscar bienes. No estamos pidiendo que Japón pague una compensación. Lo único que pedimos es un compromiso con la verdad, el compromiso de que no será olvidada.

Al igual que los monumentos conmemorativos del Holocausto, una declaración en tales términos tiene valor porque refrenda públicamente nuestros vínculos de humanidad con las víctimas y nuestra unidad frente a la ideología del mal y la barbarie de los carniceros del Escuadrón 731 y de la militarista sociedad japonesa que permitió y ordenó tales aberraciones.

Ahora bien, quiero dejar claro que Japón no es algo monolítico ni únicamente es el gobierno japonés. A lo largo de los años, algunos ciudadanos particulares japoneses han realizado heroicos esfuerzos para intentar sacar a la luz estas atrocidades, casi siempre teniendo que luchar contra la resistencia del gobierno y contra el deseo general de olvidar y seguir adelante. Y yo se lo agradezco de todo corazón.

No podemos pasar por alto la verdad y no deberíamos decirles ni a las familias de las víctimas ni al pueblo chino que no es posible hacer justicia, que porque al gobierno de Estados Unidos le disgusta el actual gobierno chino se debe tapar y ocultar una gran injusticia e impedir que sea juzgada por el mundo. ¿Acaso hay alguna duda de que esta moción no vinculante, o incluso versiones mucho más duras de la misma, habría sido aprobada sin problema si las víctimas pertenecieran a un país cuyo gobierno gozara del favor de Estados Unidos? Si nosotros, por motivos supuestamente estratégicos, sacrificamos la verdad para ganar algo ventajoso a corto plazo, entonces simplemente habremos repetido los errores que nuestros predecesores cometieron al final de la guerra.

Pero no es propio de nosotros el actuar así. El doctor Wei nos ha ofrecido un método que nos permite hablar con veracidad del pasado, y debemos exigir al gobierno de Japón y a nuestro propio gobierno que se pongan en pie y asuman nuestra responsabilidad colectiva ante la historia.

Li Ruming, director del departamento de historia de la Zhejiang University (República Popular China):

Cuando estaba terminando mi doctorado en Boston, Evan y Akemi acostumbraban a invitarnos a mi esposa y a mí a su casa. Eran amables y muy agradables, y nos hacía sentir ese entusiasmo y calidez que han hecho que Estados Unidos se gane una bien merecida reputación. A diferencia de otros muchos estadounidenses de origen chino que conocí, Evan no transmitía la sensación de que se sintiera superior a los oriundos de la China continental. Fue maravilloso contarlos entre nuestros amigos de toda la vida, y que nuestras relaciones no se vieran distorsionadas al atravesar la lente de las diferencias políticas entre nuestros dos países, como suele ser tan habitual entre los eruditos chinos y estadounidenses.

Como soy su amigo y también soy chino, me resulta difícil hablar del trabajo de Evan con objetividad, pero lo intentaré.

Cuando Evan anunció por primera vez su intención de ir a Harbin para intentar viajar al pasado, el gobierno chino mostró un cauteloso apoyo. Como nada de esto se había probado antes, todavía no estaba claro el alcance de las consecuencias de su destructivo proceso para viajar en el tiempo. Debido a la destrucción de pruebas al final de la guerra y a las continuas evasivas del gobierno japonés, las pruebas documentales y objetos pertenecientes al Escuadrón 731 con los que contamos no son demasiado abundantes, y se tenía la impresión de que el trabajo de Evan ayudaría a llenar los huecos al proporcionarnos testimonios de primera mano de lo que había sucedido. El gobierno chino les concedió el visado a Evan y a Akemi pensando que su trabajo contribuiría a una mayor comprensión por parte de Occidente de sus históricas disputas con Japón.

No obstante, querían controlar su trabajo. La guerra es un asunto con un fuerte componente emocional para mis compatriotas; las heridas sin cicatrizar se reabrieron durante los años de la posguerra, llenos de conflictos con Japón, por lo que no era políticamente viable que el gobierno no se inmiscuyera. La Segunda Guerra Mundial no era algo que hubiera afectado a pueblos ancestrales en un pasado lejano, y China no podía permitir que dos extranjeros trajinaran por esa historia reciente como unos aventureros por entre tumbas ancestrales.

Pero Evan consideraba (y creo que se trataba de una opinión justificada) que cualquier apoyo o control por parte del gobierno chino, o cualquier relación con él, habría minado toda la credibilidad de su trabajo ante los ojos occidentales.

Así que rechazó todos los ofrecimientos de colaboración del gobierno chino e incluso solicitó la intervención de diplomáticos estadounidenses. Su postura molestó a muchos chinos que le retiraron su apoyo. Más adelante, cuando el gobierno chino finalmente paralizó sus pruebas tras el aluvión de publicidad negativa, los chinos que lo defendían se contaban con los dedos de una mano, porque se consideraba que, quizá incluso de manera intencionada, Akemi y él habían perjudicado al pueblo chino y a su historia. La acusación era injusta, y lamento decir que creo que no hice lo

suficiente por su reputación.

Durante todo el proyecto, Evan se centró en algo más universal y a la vez más particular que el mero pueblo chino. Por una parte, sentía esa devoción tan norteamericana hacia la idea del individuo, y su compromiso era en primer lugar y sobre todo con la memoria y la voz individual de cada una de las víctimas; por otra, también estaba intentando trascender las naciones, conseguir que por todo el mundo la gente se identificara con esas víctimas, condenara a sus torturadores y ratificara la humanidad común de todos nosotros.

Pero para conseguirlo se vio obligado a desvincular su proyecto del pueblo chino, para así poder preservar la credibilidad política del mismo en Occidente. Sacrificó la buena disposición de los chinos hacia él en un intento por ganarse el interés de Occidente. Intentó apaciguar al mundo occidental y aplacar los prejuicios de este contra China. ¿Fue cobardía? ¿Debería haberles plantado cara? No lo sé.

La historia no es exclusivamente un asunto privado. Hasta las familias de las víctimas entienden que tiene un componente comunitario. La Guerra de Resistencia Antijaponesa es la piedra fundamental de la China moderna, como el Holocausto en el caso de Israel y la revolución y la guerra civil en el de Estados Unidos. Es posible que a un occidental le cueste entenderlo, pero como Evan temía y rechazaba la colaboración china, había muchos chinos que pensaban que en realidad les estaba robando y borrando su historia. Que estaba sacrificando la historia del pueblo chino, sin su consentimiento, por un ideal occidental. Yo entiendo por qué lo hizo, pero no estoy de acuerdo en que esa fuera la decisión correcta.

Como ciudadano chino, no comparto esa absoluta devoción de Evan hacia la idea de que la historia tiene un carácter personal. Contar las historias individuales de todas las víctimas, tal como él quería hacer, no es posible y, de todas maneras, tampoco iba a resolver todos los problemas.

Puesto que nuestra capacidad para sentir empatía hacia el sufrimiento colectivo tiene límites, creo que se corre peligro de que con este enfoque se acabe desembocando en el sentimentalismo y en una memoria exclusivamente selectiva. La invasión japonesa provocó la muerte de más de dieciséis millones de civiles en China. Sin embargo, el escenario de la mayor parte de este sufrimiento no fueron las factorías de la muerte, como Pingfang, ni los escenarios de las masacres, como Nanjing, que se han convertido en noticia y han reclamado nuestra atención, sino que fueron los innumerables y discretos pueblos, ciudades y lugares remotos en los que hombres y mujeres fueron masacrados, violados y vueltos a masacrar, con sus gritos desvaneciéndose en el helador viento, hasta que incluso sus nombres fueron olvidados y borrados. Sin embargo, también ellos merecen ser recordados.

Ni es posible que todas las atrocidades puedan encontrar una portavoz tan elocuente como Ana Frank ni creo que debemos intentar reducir la historia en su

totalidad a una colección de tales narraciones.

Pero Evan siempre me decía que un estadounidense prefiere trabajar en un problema que pueda solucionar antes que retorcerse las manos pensando en la inmensidad de problemas que le resultan irresolubles.

La decisión que tuvo que tomar no era sencilla, y la mía habría sido distinta. Pero él siempre se mantuvo fiel a sus ideales norteamericanos.

Bill Pacer, catedrático de Chino Moderno y Cultura China Contemporánea de la Universidad de Hawái, Manoa:

Se ha dicho en repetidas ocasiones que puesto que en China todo el mundo sabía lo del Escuadrón 731, el doctor Wei no tenía nada de provecho que enseñar a los chinos y que no era más que un activista haciendo campaña en contra de Japón. Esto no es así. Uno de los aspectos más trágicos de los enfrentamientos entre China y Japón con relación a cuestiones históricas es lo similares que son las reacciones de los dos países. El objetivo de Wei era rescatar la historia de manos de ambos países.

Durante los primeros años de existencia de la República Popular, entre 1945 y 1956, la postura ideológica oficial era considerar la invasión japonesa como una fase histórica más en la irrefrenable marcha de la humanidad hacia el socialismo. Aunque se condenaba el militarismo japonés y se elogiaba la resistencia antijaponesa, los comunistas también querían perdonar a los japoneses que a título individual mostraran arrepentimiento (una sorprendente postura cristiano-confuciana para un régimen ateo). En esta atmósfera de celo revolucionario, la mayoría de los prisioneros japoneses recibían un trato bastante humano. Se les impartía clases de marxismo y se les pedía que confesaran sus crímenes por escrito (y esas clases fueron el origen de la creencia generalizada en Japón de que si alguien confiesa haber cometido crímenes terribles durante la guerra es porque los comunistas le han lavado el cerebro). Y cuando se consideraba que alguien ya se había reformado lo suficiente gracias a esa *reeducación*, se le liberaba y se le mandaba de vuelta a Japón. Las memorias de la guerra fueron reprimidas en China mientras el país se entregaba de manera febril a construir una utopía socialista, con las desastrosas consecuencias por todos conocidas.

Sin embargo, esta generosidad hacia los japoneses tuvo como contrapeso la severidad estalinista con la que se trató a los terratenientes, capitalistas, intelectuales y chinos en general que habían colaborado con los japoneses. Cientos de miles de personas fueron asesinadas, en muchos casos sin que hubiera prácticamente pruebas y sin que se hiciera esfuerzo alguno por ajustarse a las formalidades legales.

Más adelante, durante los años noventa, el gobierno de la República Popular empezó a invocar las memorias de la guerra en un contexto patriótico para intentar legitimarse tras la caída del comunismo. De manera irónica, esta burda treta tuvo

como consecuencia que amplios segmentos de la población fueran incapaces de aceptar lo sucedido durante la guerra: la desconfianza hacia el gobierno contaminaba todo aquello que este tocaba.

Así que la postura de la República Popular frente a la memoria histórica provocó diversos problemas relacionados entre sí. En primer lugar, la actitud condescendiente que mostraron hacia los prisioneros fue el puntal en el que se apoyaron más adelante aquellos que ponían en duda la veracidad de las confesiones de los soldados japoneses. En segundo lugar, el que la memoria de la guerra se ligara al patriotismo fomentó las acusaciones de que todo intento por recordar tenía motivaciones políticas. Y, por último, las víctimas individuales de las atrocidades fueron convertidas en símbolos, en seres anónimos al servicio de las necesidades del Estado.

No obstante, en contadas ocasiones se ha reconocido que tras el silencio de Japón sobre las atrocidades de la guerra durante los años posteriores a la misma subyacían los mismos impulsos que motivaron las reacciones de China. En la izquierda del espectro político, los movimientos pacifistas atribuyeron todo el sufrimiento de la guerra al concepto de la guerra en sí, y abogaron por la paz y el perdón universal entre todas las naciones sin necesidad de un sentimiento de culpabilidad. El centro se concentró en conseguir un mayor desarrollo material que pudiera ser utilizado a modo de vendaje para tapan las heridas. Para la derecha, el problema de la culpabilidad por los hechos de la guerra quedó ligado consustancialmente al patriotismo. A diferencia de en Alemania, donde para cargar con las culpas contaban con el nazismo (un ente distinto a la propia nación), en Japón resultaba imposible reconocer las atrocidades cometidas por los japoneses durante la guerra sin que se transmitiera una cierta sensación de que el propio país estaba siendo criticado.

De modo que, en las orillas opuestas de un estrecho mar, China y Japón convergieron sin ser conscientes de ello en un mismo conjunto de reacciones ante las atrocidades de la Segunda Guerra Mundial: olvidar en nombre de ideales universales como «paz» y «socialismo»; asociar los recuerdos de la guerra con el patriotismo; abstraer tanto a las víctimas como a los autores de los crímenes para convertirlos en símbolos al servicio del Estado. Visto desde esta perspectiva, las memorias abstractas, incompletas y fragmentarias de China y el silencio de Japón son las dos caras de la misma moneda.

Las convicciones de Wei se basaban en la idea de que sin auténtica memoria no puede haber auténtica reconciliación. Sin esa verdadera memoria, los individuos de las distintas naciones no pueden identificarse con las víctimas, ni experimentar y tener presente su sufrimiento. Para conseguir dejar atrás la trampa de la historia, necesitamos contar con un testimonio individualizado sobre lo sucedido que uno se pueda contar a sí mismo. Fue en eso en lo que consistió el proyecto de Wei desde el primer momento.

Amy Rowe: Les agradecemos al embajador Yoshida y al doctor Wei que hayan accedido a venir a *Cross-Talk* esta noche. Nuestros espectadores desean que sus preguntas sean respondidas y yo quiero ver saltar chispas.

Empecemos con usted, señor Yoshida. ¿Por qué Japón se niega a pedir perdón?

Yoshida: Amy, Japón ya ha pedido perdón. Ese es el problema. Japón ya se ha disculpado por la Segunda Guerra Mundial en innumerables ocasiones. Cada pocos años, tenemos que aguantar este espectáculo y ver cómo se dice que Japón tiene que pedir perdón por sus actos durante la Segunda Guerra Mundial. Pero Japón ya lo ha hecho, en repetidas ocasiones. Permíteme que te lea un par de citas.

Esta está tomada de una declaración que el primer ministro Tomiichi Murayama realizó el 31 de agosto de 1994: «Los actos de Japón durante un período del pasado concreto no solo se cobraron numerosas víctimas en nuestro propio país, sino que abrieron heridas en nuestros vecinos asiáticos y en el resto del mundo cuyas cicatrices siguen siendo dolorosas incluso en nuestros días. Es por ello por lo que aprovecho esta oportunidad para manifestar mi convicción (basada en mi profundo arrepentimiento porque estos actos de agresión y dominación colonial provocaron un insoportable sufrimiento y aflicción a muchísimas personas) de que en el futuro, y en consonancia con mi compromiso pacifista, Japón se esforzará al máximo por contribuir a la construcción de la paz mundial. Es fundamental que nosotros, los japoneses, examinemos nuestra historia con honestidad y de forma conjunta con nuestros vecinos asiáticos y con el resto del mundo».

Y otra más, tomada de una declaración de la Dieta, del 9 de junio de 1995: «Con ocasión del cincuenta aniversario de la finalización de la Segunda Guerra Mundial, esta asamblea ofrece sus más sinceras condolencias por todos aquellos que cayeron en acción y por las víctimas de las guerras o de otros hechos semejantes en todo el mundo. Tras reflexionar solemnemente sobre muchos de los actos de agresión y dominación colonial que han tenido lugar en la historia moderna del mundo, y reconociendo que en el pasado Japón ha sido responsable de algunos de estos actos que han provocado dolor y sufrimiento a otros pueblos, sobre todo en Asia, los miembros de esta asamblea expresan su profundo arrepentimiento».

Y podría continuar leyendo docenas de ejemplos similares. Japón ya se ha disculpado, Amy.

Sin embargo, cada pocos años, los órganos de propaganda de determinados regímenes hostiles a este Japón próspero y libre intentan sacar a relucir algunos sucesos históricos ya zanjados para crear falsas controversias. ¿Cuándo va a terminar esto? Y determinadas personas que en el resto de asuntos siempre han demostrado su gran talla intelectual se han dejado convertir en herramientas de propaganda. Ojalá

abran los ojos y se den cuenta de cómo están siendo utilizadas.

Rowe: Doctor Wei, permítame que le diga que esas citas a mí me han sonado a disculpas.

Wei: Amy, no es mi intención ni mi objetivo humillar a Japón. Yo estoy comprometido con las víctimas y con su memoria, no con el espectáculo. Lo que estoy pidiendo es que Japón reconozca la verdad de lo sucedido en Pingfang. Quiero centrarme en hechos concretos, y en que se reconozcan esos hechos concretos y no las generalidades vacías de siempre.

Pero, puesto que el señor Yoshida ha decidido sacar a colación el asunto de las disculpas, vamos a analizarlo con más detalle, ¿de acuerdo?

Las declaraciones citadas por el embajador son grandilocuentes y abstractas y hacen referencia a un sufrimiento vago e indeterminado. Son disculpas únicamente en el sentido más suave de la palabra. Lo que el señor embajador no está contando es que el gobierno japonés sigue negándose a reconocer muchos crímenes de guerra concretos y sigue negándose a honrar a las verdaderas víctimas y a mantener vivo su recuerdo.

Además, cada vez que el gobierno hace una declaración en la línea de las citadas por el embajador, poco después se la contrarresta con otra realizada por algún destacado político japonés cuyo objetivo es sembrar las dudas sobre lo sucedido durante la Segunda Guerra Mundial. Año tras año, el gobierno japonés nos ofrece este espectáculo, igual que si fuera un Jano con dos caras.

Yoshida: No es nada infrecuente que se den diferencias de opiniones cuando se trata de asuntos históricos, doctor Wei. Eso es algo esperable en una democracia.

Wei: En realidad, señor embajador, el gobierno japonés ha sido de lo más coherente en su tratamiento de la cuestión del Escuadrón 731: durante más de cincuenta años la postura oficial respecto a este asunto fue el silencio absoluto, a pesar de la continua acumulación de pruebas tangibles de sus actividades (restos humanos incluidos). Ni siquiera se reconoció su existencia hasta los años noventa, y el gobierno negó con regularidad que hubiera investigado o utilizado armas biológicas durante la guerra.

No fue hasta el año 2005, y como reacción a una demanda en la que varios familiares de las víctimas del Escuadrón 731 reclamaban una indemnización, cuando el Tribunal Supremo de Tokio admitió por fin que Japón había utilizado armas biológicas durante la guerra. Esta fue la primera ocasión en la que el gobierno japonés reconoció de manera oficial el hecho. Y observarás, Amy, que este reconocimiento es posterior en una década a esas pomposas declaraciones leídas por el señor Yoshida. El Tribunal Supremo desestimó la indemnización.

Desde entonces, el gobierno japonés ha declarado en todo momento que no hay suficientes pruebas que permitan conocer con exactitud los experimentos realizados por el Escuadrón 731 y los detalles de sus prácticas. El silencio y los desmentidos

oficiales siguen ahí, a pesar de que algunos intelectuales japoneses se hayan volcado en el intento de sacar la verdad a la luz.

No obstante, desde los años ochenta, numerosos antiguos miembros del Escuadrón 731 se han ofrecido a testificar y a confesar los horrorosos actos que cometieron. Y sus testimonios han sido confirmados y completados con los nuevos de primera mano de los voluntarios que han viajado a Pingfang. Cada día que pasa, vamos averiguando más y más sobre los crímenes del Escuadrón 731. Y vamos a contar al mundo las historias de todas esas víctimas.

Yoshida: No estoy nada seguro de que la misión de los historiadores sea «contar historias». Si quiere dedicarse a la ficción, adelante, pero no le diga a la gente que eso es historia. Las afirmaciones extraordinarias requieren pruebas extraordinarias. Y no hay pruebas suficientes que respalden las acusaciones que ahora mismo se están lanzando contra Japón.

Wei: Señor embajador, ¿realmente su postura es que en Pingfang no sucedió nada? ¿Está diciendo que los informes de las fuerzas de ocupación estadounidense de inmediatamente después de la guerra son mentira? ¿Está diciendo que también son mentira las entradas de los diarios de los oficiales del Escuadrón 731 que datan de aquellos años? ¿De verdad está negando todo esto?

Esto tiene una solución bien sencilla. ¿Estaría dispuesto a realizar un viaje al Pingfang de 1941? ¿Lo creería si lo viera con sus propios ojos?

Yoshida: Yo... Yo no estoy... Yo solo estoy haciendo una matización... Se trataba de una guerra, doctor Wei, y es posible que sucedieran algunos hechos deplorables. Pero esos relatos no son pruebas.

Wei: ¿Está dispuesto a realizar un viaje, señor embajador?

Yoshida: No, no lo estoy. No veo ningún motivo por el que deba hacerlo. No veo razón alguna para tener que sufrir las alucinaciones de sus supuestos viajes en el tiempo.

Rowe: ¡Por fin saltan las chispas!

Wei: Señor embajador, permítame que deje claro lo siguiente: aquellos que niegan lo sucedido están cometiendo un nuevo crimen contra las víctimas de aquellas atrocidades; no solo están apoyando a los torturadores y asesinos, sino que también están colaborando en la práctica de silenciar y borrar de la historia a las víctimas, de volver a matarlas.

En el pasado, su tarea resultaba sencilla. A menos que contaran con una oposición activa, la senectud y la muerte terminaban por ir borrando los recuerdos, las voces del pasado se apagaban y ellos se salían con la suya. Los ciudadanos del presente se convertían entonces en los explotadores de los muertos, y así es como siempre se ha escrito la historia.

Pero ahora la historia ha llegado a su fin. Lo que mi esposa y yo hemos hecho es

suprimir el componente narrativo para dar a todo el mundo la oportunidad de ver el pasado con sus propios ojos. En lugar de la memoria, ahora tenemos pruebas incontrovertibles. En lugar de explotar a los muertos, debemos mirar cara a cara a los moribundos. ¡Yo he visto esos crímenes con mis propios ojos! Y eso es algo que usted no puede negar.

[Imágenes de archivo del doctor Evans pronunciando el discurso principal de la Quinta Conferencia Académica Internacional sobre Crímenes de Guerra de San Francisco, el 20 de noviembre de 20XX. Cortesía de los Archivos de la Universidad de Stanford.]

La historia es una actividad esencialmente narrativa, y la narración de historias auténticas, que ratifiquen y expliquen nuestra existencia, es la tarea fundamental del historiador. Sin embargo, la verdad es algo delicado que cuenta con numerosos enemigos. Es posible que, a pesar de que se supone que los académicos como nosotros se dedican a buscar la verdad, ese sea el motivo de que en contadas ocasiones la palabra «verdad» se mencione sin ambigüedades, adornos ni salvedades.

Cuando se cuenta una historia sobre alguna gran atrocidad, como el Holocausto o Pingfang, aquellos que la niegan están siempre preparados para atacar, borrar, silenciar y olvidar. Al ser la verdad algo tan delicado, la historia siempre ha resultado complicada, y los que niegan esas atrocidades siempre han podido recurrir a poner a la verdad la etiqueta de ficción.

Hay que tener cuidado siempre que se narra la historia de una gran injusticia. Somos una especie que adora la narrativa, pero también se nos ha enseñado a no confiar en el orador individual.

Y sí, es cierto que ninguna nación ni ningún historiador pueden contar una historia que englobe todas las facetas de la verdad; pero lo que no es cierto es que, porque todas las narraciones se construyan a partir de múltiples elementos, todas sean equidistantes de la verdad. La Tierra ni es una esfera perfecta ni es un disco plano, pero el modelo de la esfera se acerca mucho más a la verdad. De manera similar, hay historias que están más próximas a la verdad que otras, y siempre debemos intentar contar aquella que esté tan cercana a la verdad como nos resulte humanamente posible.

El que nunca vayamos a alcanzar un conocimiento pleno y perfecto no nos absuelve de la obligación moral de juzgar y de alinearnos en contra del mal.

Victor P. Lowenson, profesor de Historia de Asia Oriental, director del Instituto de Estudios de Asia Oriental del campus de la Universidad de California en Berkeley:

Se me ha acusado de negar lo sucedido, se me ha acusado de cosas peores. Pero

yo no soy un derechista japonés que cree que el Escuadrón 731 es un mito. Yo no mantengo que allí no sucediera nada. Lo que mantengo es que, por desgracia, no tenemos suficientes pruebas para poder contar con seguridad todo lo que allí sucedió.

Siento un enorme respeto por el doctor Wei, que es y seguirá siendo uno de los mejores alumnos que he tenido. Pero, desde mi punto de vista, ha dejado de lado la responsabilidad de todo historiador de garantizar que las dudas no enmarañen la verdad. Ha cruzado la línea que separa al historiador del activista.

Tal como yo lo veo, en este caso no se trata de un enfrentamiento ideológico sino metodológico. Sobre lo que se está discutiendo es sobre qué es lo que constituye una prueba. Los historiadores formados de acuerdo con las tradiciones occidental y asiática siempre se han apoyado en las pruebas documentales, pero el doctor Wei está planteando ahora la primacía de los testimonios de primera mano; ahora bien, no de testimonios de testigos presenciales contemporáneos, sino de testigos separados de los hechos por el transcurrir del tiempo.

Este enfoque plantea numerosos problemas. Gracias a la psicología y al derecho, sabemos perfectamente que se debe dudar de la fiabilidad de los testigos presenciales. También resulta bastante preocupante que el procedimiento Kirino sea de uso único, puesto que al parecer destruye aquello mismo que está estudiando y, en su intento por permitirnos ser testigos de la historia, lo que hace es borrarla. Nunca jamás se va a poder volver a un instante temporal que ya haya sido experimentado (y por lo tanto consumido) por otro testigo. Y si un testimonio presencial no puede ser verificado de manera independiente del mismo, ¿cómo vamos a poder confiar en este procedimiento para establecer la verdad de lo sucedido?

Comprendo que desde la perspectiva de aquellos que apoyan al doctor Wei, la experiencia directa de ver realmente cómo se desarrolla la historia ante tus propios ojos hace que resulte imposible dudar de la prueba grabada para siempre en la memoria. Pero, simple y llanamente, a los demás con eso no nos basta. El procedimiento Kirino requiere un acto de fe: aquellos que han sido testigos de lo inefable no dudan de su existencia, pero nadie más va a poder disfrutar de esa misma claridad. Así que nosotros nos encontramos atrapados aquí, en el presente, intentando comprender el pasado.

El doctor Wei ha acabado con el procedimiento de investigar la historia racionalmente y lo ha transformado en una forma de religión personal. Lo que un testigo ha presenciado, nadie más podrá presenciarlo. Es una locura.

Naoki (apellido omitido), oficinista:

He visto los vídeos de los excombatientes que supuestamente confesaban estos horribles actos. No les creo. Lloran y se comportan de un modo demasiado emocional, como si estuvieran locos. Los comunistas eran muy buenos lavando

cerebros, y esto es sin lugar a dudas una consecuencia de su estratagema.

Me acuerdo de uno de esos viejos describiendo lo amables que eran los guardas comunistas. ¡Guardas comunistas amables! Si eso no es suficiente prueba de que les lavaron el cerebro, no sé qué podría serlo.

Kazue Sato, ama de casa:

Los chinos son unos grandes fabricantes de mentiras. Fabrican comida adulterada y estadísticas de mentira, y organizan Juegos Olímpicos que son un fraude. Su historia también está falseada. Este Wei es estadounidense, pero también es chino, así que no podemos fiarnos de nada de lo que haga.

Hiroshi Abe, militar retirado:

Los soldados que *confesaron* son una gran deshonra para el país.

Entrevistador: ¿Por lo que hicieron?

Por lo que contaron.

Ienaga Ito, profesor de Historia Oriental de la Universidad de Kioto:

Vivimos en una época que valora la autenticidad y las historias personales, elementos siempre presentes en las memorias. Los testimonios de testigos presenciales tienen una inmediatez y un realismo que nos empuja a creer en ellos, y nos parece que pueden transmitir más verdad que cualquier ficción. Sin embargo, y aunque resulte paradójico, este tipo de historias también despierta en nosotros un mayor afán por descubrir cualquier inconsistencia y desviación de los hechos que nos permita afirmar que la historia en su totalidad no es más que una mera ficción. Se trata de una dinámica caracterizada por la crudeza del todo o nada. Pero desde un principio deberíamos haber reconocido que cualquier narración es irreduciblemente subjetiva, aunque eso no quiere decir que no pueda también transmitir la verdad.

Evan era más radical de lo que la mayor parte de la gente pensaba. Quería liberar al pasado del presente para que no pudiéramos pasar por alto la historia, no pudiéramos olvidarnos de ella ni ponerla al servicio de las necesidades del presente. La posibilidad de que cualquiera de nosotros pueda ver con sus propios ojos la historia y experimentar ese pasado implica que el pasado no es algo pasado, sino que ahora mismo está vivo.

Lo que hizo Evan fue convertir la propia investigación histórica en una forma de memoria literaria. Una experiencia emocional de este tipo influye en nuestra perspectiva de la historia y en nuestras decisiones. La cultura no es solamente

producto de la razón, sino que también lo es de la empatía visceral y genuina. Y me temo que es sobre todo esta empatía lo que ha estado ausente en la postura frente a estos hechos del Japón de la posguerra.

Evan intentó introducir un mayor grado de empatía y sentimiento en la investigación del pasado y el mundo académico lo crucificó por ello. Pero añadir a la historia un mayor grado de empatía y la dimensión irreduciblemente subjetiva de la narración personal no le resta verdad, sino que realza dicha verdad. Que aceptemos nuestras flaquezas y nuestra subjetividad no nos libera de nuestra responsabilidad moral de contar la verdad incluso si, y especialmente si, la «verdad» no es un hecho aislado sino un conjunto de experiencias y opiniones compartidas que constituyen en su conjunto nuestra humanidad.

Bien es cierto que al resaltar la importancia y primacía de los testimonios de testigos presenciales se corría un nuevo peligro. Con muy poco dinero y el equipo apropiado, cualquiera puede eliminar las partículas Bohm-Kirino de una época determinada y de un lugar concreto, impidiendo así que dichos sucesos puedan ser experimentados directamente. De manera involuntaria, Evan también había inventado la tecnología que podía poner fin a la historia para siempre, al negarnos a nosotros y a las generaciones futuras esa experiencia emocional del pasado que él tanto valoraba.

Akemi Kirino:

Los años inmediatamente posteriores a la firma del Acuerdo de Suspensión Integral de los Viajes en el Tiempo fueron difíciles. En una votación muy ajustada, Evan fue rechazado para una plaza de profesor titular, y el editorial del *Wall Street Journal* en el que su antiguo amigo y profesor Victor Lowenson le llamaba «instrumento de propaganda» le dolió profundamente. Eso aparte de las amenazas de muerte y llamadas telefónicas intimidatorias que recibía todos los días.

Pero yo creo que lo que le afectó de veras fue lo que me hicieron a mí. Cuando los ataques de sus detractores estaban en el punto álgido, el departamento de informática del Instituto me preguntó si me importaría que me quitaran del directorio público de la facultad. En cuanto me incluían en el sitio web, este era atacado a las pocas horas, y los detractores de Evan sustituían la página con mi información biográfica por vídeos en los que estos hombres, tan valientes y elocuentes, demostraban su coraje y valía intelectual describiendo lo que me harían si algún día me tenían en su poder. Y probablemente recuerde las noticias sobre lo que pasó aquella noche cuando volvía andando a casa sola desde el trabajo.

Si no le importa, preferiría que no nos detuviéramos más en esta época.

Nos fuimos a vivir a Boise para intentar escapar de lo peor. Procuramos pasar desapercibidos, con un número de teléfono que no figuraba en la guía, y en esencia desapareciendo de la escena pública. Evan empezó a medicarse contra la depresión.

Los fines de semana salíamos a hacer senderismo por las Sawtooth Mountains, y Evan empezó a elaborar un mapa con las ciudades y minas abandonadas de la época de la fiebre del oro. Fue una época feliz para nosotros y yo tenía la sensación de que se estaba recuperando. Esa temporada que pasamos en Idaho le hizo recordar que el mundo a veces es un lugar amable en el que no todo es oscuridad y negación de la verdad.

Pero se sentía perdido. Sentía que se estaba ocultando de la verdad. Yo sabía que se debatía entre su sentido del deber hacia el pasado y su lealtad hacia el presente, hacia mí.

Como no podía soportar verle así, le pregunté si quería retomar la lucha.

Volamos de vuelta a Boston y descubrimos que las cosas habían ido incluso a peor. La intención de Evan había sido hacer que la historia dejara de ser simplemente mera historia y permitir que las voces del pasado pudieran hablar al presente. Pero todo esto no salió tal como había deseado. El pasado sí que fue revivido, pero, cuando tuvo que hacerle frente, el presente decidió asignar a la historia un nuevo papel: el de religión.

A Evan, cuanto más hacía, más le parecía que tenía que hacer. No se acostaba y se quedaba dormido encima de su escritorio. Escribía, escribía y escribía sin parar. Creía que él solo tenía que refutar todas las mentiras y hacer frente a todos los enemigos. Nunca era bastante, no lo bastante para él. Yo me mantuve a su lado, impotente.

«Tengo que hablar en su nombre, porque ellos no tienen a nadie más», me decía.

Por aquel entonces es posible que estuviera viviendo más en el pasado que en el presente. Aunque ya no tenía acceso a nuestra máquina, revivía una y otra vez en su imaginación los viajes que había realizado. Pensaba que les había fallado a las víctimas.

Sobre él había recaído una gran responsabilidad y él no había dado la talla. Había intentado dar a conocer al mundo una gran injusticia y, con ello, parecía que lo único que había logrado era atizar las fuerzas del odio, del silencio y de la incredulidad.

Pasajes extraídos de The Economist del 26 de noviembre del 20XX

[Una voz de mujer monótona y pausada lee en voz alta el texto del artículo mientras la cámara desciende sobre el océano, las playas y a continuación los bosques y colinas de Manchuria. Por la sombra de un pequeño avión que corre por el suelo por debajo de nosotros, sabemos que la cámara está rodando desde la puerta abierta del aparato. Un brazo, con la mano apretada formando un puño, entra en la escena y ocupa el primer plano. Los dedos se abren. Las oscuras cenizas revolotean arrastradas por el viento por debajo del avión.]

Pronto se van a cumplir noventa años del incidente de Mukden, que marcó el

comienzo de la invasión de China por parte de Japón. La guerra continúa siendo hoy en día el elemento clave en la relación entre los dos países.

...

[Se muestran una serie de fotografías de los líderes del Escuadrón 731. La voz que lee va oyéndose cada vez más baja para a continuación volver a repuntar.]

...

Posteriormente, los hombres del Escuadrón 731 desarrollaron prominentes carreras en el Japón de la posguerra. Tres de ellos fundaron el Banco de Sangre de Japón (que posteriormente se convirtió en la Cruz Verde, la mayor compañía farmacéutica japonesa) y utilizaron sus conocimientos sobre las técnicas para congelar y deshidratar la sangre, adquiridos gracias a los experimentos con seres humanos durante la guerra, para fabricar productos a partir de sangre en polvo, que vendían al ejército estadounidense con grandes beneficios. El general Shiro Ishii, que estuvo al frente del Escuadrón 731, podría haber pasado una temporada trabajando en Maryland tras la guerra, investigando armas biológicas. Aparecieron artículos científicos que utilizaban datos obtenidos a partir de experimentos con sujetos humanos, incluidos bebés (la palabra «mono» utilizada como tapadera era sustituida en ocasiones por alguna otra), y es posible que algunos de los artículos médicos que se publican hoy en día todavía incluyan citas cuyo origen pueda rastrearse hasta aquellos resultados, lo que nos convertiría a todos nosotros en beneficiarios involuntarios de estas atrocidades.

...

[La voz que lee se va desvaneciendo al empezar a oírse el motor de un avión. Aparecen imágenes de manifestantes enfrentándose entre ellos, unos con banderas japonesas y otros con banderas chinas, algunas ardiendo.]

La voz reaparece de nuevo.]

...

Fueron muchos, tanto dentro como fuera de Japón, los que pusieron objeciones a los testimonios de los miembros supervivientes del Escuadrón 731: son ancianos a los que les puede estar fallando la memoria, señalaban; es posible que estén intentando llamar la atención; tal vez sean enfermos mentales; los comunistas chinos podrían haberles lavado el cerebro. Si se quiere construir un caso histórico sólido, la dependencia absoluta de los testimonios orales no es una manera inteligente de

hacerlo. A los chinos, todo esto les sonaba a las mismas excusas utilizadas por aquellos que niegan la masacre de Nanjing y el resto de las atrocidades japonesas.

Con el paso de los años, la historia se fue convirtiendo en un muro entre ambos pueblos.

[Aparece en imagen un montaje de fotografías de Evan Wei y Akemi Kirino a lo largo de su vida. En las primeras, se les ve sonriendo a la cámara. En posteriores fotografías, el rostro de Kirino se ve cansado, retraído e impassible; el de Wei, desafiante, airado y, más adelante, lleno de desesperación.]

Ni Evan Wei, un joven estadounidense de origen chino especialista en el Japón del período Heian, ni Akemi Kirino, una física experimental estadounidense de origen japonés, parecían ser una de esas figuras revolucionarias que pueden llevar al mundo al borde de la guerra; pero la historia cuenta con recursos para burlar nuestras expectativas.

Si el problema era la falta de pruebas, ellos tenían la manera de proporcionar pruebas irrefutables: podríamos presenciar los hechos históricos mientras acontecían, como en una obra de teatro.

Los gobiernos de todo el mundo se pusieron frenéticos. Mientras Wei se dedicaba a enviar familiares de las víctimas del Escuadrón 731 al pasado para que fueran testigos de las barbaridades cometidas en los quirófanos y en las celdas de Pingfang, China y Japón se enfrascaron en una amarga guerra en los tribunales y ante las cámaras, reivindicando sus derechos sobre el pasado frente a los del rival. A regañadientes, Estados Unidos se vio forzado a unirse a la pelea y, alegando motivos de seguridad nacional, terminó por clausurar la máquina de Wei cuando este desveló que tenía planes para investigar la verdad sobre la presunta utilización de armas biológicas (posiblemente obtenidas a partir de las investigaciones del Escuadrón 731) por parte de Estados Unidos durante la guerra de Corea.

Armenios, judíos, tibetanos, indios (tanto de Norteamérica como de la India), miembros de la tribu kikuyu, descendientes de los esclavos del Nuevo Mundo... por todas partes, los grupos víctimas de atrocidades se unieron para exigir su derecho a utilizar la máquina, algunos por miedo a que su historia pudiera ser borrada por los grupos en el poder y otros empujados por el deseo de utilizar su historia para lograr ventajas políticas en el presente. Por otra parte, los países que en un principio habían abogado por la utilización de la máquina también empezaron a vacilar cuando las implicaciones resultaron evidentes: ¿querían los franceses revivir los actos depravados de los suyos durante la Francia de Vichy?, ¿querían los chinos que se resucitaran los horrores que ellos mismos habían infligido a su pueblo durante la Revolución Cultural?, ¿querían los británicos ver los genocidios que su imperio había dejado tras de sí?

Con extraordinaria presteza, democracias y dictaduras de todo el mundo firmaron el Acuerdo de Suspensión Integral de los Viajes en el Tiempo mientras seguían discutiendo sobre minucias de las normas que iban a aplicar para repartirse la jurisdicción sobre el pasado. Al parecer, todo el mundo prefería no tener que enfrentarse todavía al pasado.

Wei escribió: «Toda la historia escrita comparte un objetivo: proporcionar una narración coherente a un conjunto de hechos históricos. Durante demasiado tiempo, las controversias sobre los hechos nos han estado entorpeciendo. Los viajes en el tiempo harán que la verdad sea algo tan accesible como el mirar por una ventana».

Y que Wei utilizara la máquina para enviar a numerosos familiares chinos de las víctimas del Escuadrón 731 en lugar de a historiadores profesionales no le hizo ningún bien a su causa (aunque también es justo preguntarse si las cosas realmente habrían acabado de una manera distinta de haber enviado más historiadores: es posible que también se hubieran formulado las acusaciones de que las visiones no eran más que simples mentiras, bien producto de la máquina o bien de historiadores partidarios de su causa). En cualquier caso, los familiares, al carecer de entrenamiento como observadores, no eran demasiado buenos como testigos. No eran capaces de responder correctamente a preguntas que les hacían los escépticos sobre lo que habían visto («¿Llevaban los médicos japoneses uniformes con bolsillo en el pecho?», «¿Cuál era el número total de prisioneros en el campo en aquel momento?»). Tampoco entendían el japonés que oían durante los viajes. Su retórica se caracterizaba por la desafortunada costumbre de reflejar la de su gobierno, del que tantos desconfiaban. Y cada vez que relataban lo que habían visto, su testimonio presentaba pequeñas discrepancias respecto de las versiones anteriores. Además, cuando se derrumbaban delante de la cámara, sus emocionales testimonios servían para sustentar las acusaciones de los escépticos de que Wei estaba más interesado en la catarsis emocional que en la investigación histórica.

Las críticas indignaban a Wei. En Pingfang había tenido lugar una verdadera monstruosidad que estaba siendo encubierta por el mundo en un intento deliberado de que fuera olvidada. Como existía un sentimiento de aversión hacia el gobierno de China, los desmentidos de Japón estaban siendo aceptados. Las discusiones sobre si los médicos habían realizado las vivisecciones sin anestesia en todos los casos o solo en algunos; sobre si la mayoría de las víctimas eran prisioneros políticos, criminales comunes o aldeanos inocentes hechos prisioneros durante incursiones en sus pueblos; sobre si Ishii estaba al tanto o no de que se utilizaban bebés y niños en los experimentos, etcétera, etcétera, etcétera, le parecía que no venían al caso. Que sus detractores se centraran en detalles intrascendentes del uniforme de los médicos japoneses para conseguir desacreditar a sus testigos era algo que no le parecía merecedor de una respuesta.

Mientras él continuaba con los viajes al pasado, otros historiadores que se percataron de las posibilidades de la tecnología empezaron a plantear objeciones. Tal como se acabó por demostrar, la historia era un recurso limitado y cada uno de los viajes de Wei arrancaba un pedazo del pasado que nunca iba a poder ser reemplazado. Wei estaba llenando el pasado de agujeros, igual que si fuera un queso suizo. Y, al igual que los primeros arqueólogos, que en su búsqueda de valiosas reliquias habían arrasado yacimientos enteros y condenado al olvido una valiosa información, Wei estaba destruyendo la propia historia que estaba intentando salvar.

No hay duda de que, cuando el pasado vienes se arrojó a las vías delante de un metro en Boston, a Wei lo perseguía el pasado. Es posible que también se sintiera desanimado por la inyección de energía que sin querer había proporcionado con su trabajo a aquellos que niegan esos hechos del pasado. Al intentar poner fin a la controversia histórica, solo había conseguido provocar más controversia. Al intentar que las víctimas de una gran injusticia pudieran hacerse oír, solo había conseguido silenciar para siempre a algunas de ellas.

Akemi Kirino:

[La doctora Kirino nos habla desde delante de la tumba de Evan Wei. Iluminada por el brillante sol de mayo de Nueva Inglaterra, las sombras oscuras bajo sus ojos la hacen parecer mayor y más frágil.]

Solo tuve un secreto que no le conté a Evan. Bueno, en realidad dos.

El primero es mi abuelo. Murió antes de que Evan y yo nos conociéramos. Nunca llevé a Evan a visitar su tumba, que está en California. Solo le dije que era un asunto que no quería compartir con él, y nunca le llegué a decir su nombre.

El segundo es un viaje que realicé al pasado, el único que hice en persona. Estábamos en Pingfang y viajé al 9 de julio de 1941. Conocía el trazado del lugar bastante bien por las descripciones y los mapas, así que evité las celdas y los laboratorios y me dirigí al edificio que albergaba el centro de mando.

Busqué hasta que di con el despacho del director del departamento de estudios patológicos. El director estaba dentro. Era un hombre muy apuesto: alto, esbelto, con la espalda bien derecha. Estaba escribiendo una carta. Yo sabía que tenía treinta y dos años, mi misma edad por aquel entonces.

Miré la carta por encima de su hombro. Tenía una hermosa caligrafía.

Por fin me he adaptado a mi rutina de trabajo y las cosas están yendo bien. Manchukuo es un sitio precioso. Los campos de sorgo se extienden hasta donde alcanza la vista, como el océano. Los vendedores callejeros preparan con soja fresca un tofu estupendo, que huele que alimenta. No está tan bueno como el tofu japonés, pero en cualquier caso está muy bueno.

Te gustará Harbin. Ahora que los rusos se han marchado, las calles de Harbin son un armonioso revoltijo de las cinco razas: chinos, manchúes, mongoles y coreanos inclinan la cabeza cuando nuestros

queridos colonos y soldados japoneses pasan por su lado, agradecidos por la libertad y riqueza que hemos traído a esta hermosa tierra. Hemos tardado una década en pacificar este lugar y en eliminar a los bandidos comunistas, que ahora ya no son más que una molestia esporádica e insignificante. La mayoría de los chinos son muy dóciles e inofensivos.

Pero en lo único en que en realidad puedo pensar estos días cuando no estoy trabajando es en ti y en Naoko. Si tú y yo estamos separados es por ella. Es por su bien y por el de su generación por lo que estamos haciendo estos sacrificios. Me da pena perderme su primer cumpleaños, pero mi corazón se llena de alegría cuando veo cómo la Esfera de Coprosperidad de la Gran Asia Oriental florece en este remoto aunque fértil lugar. Aquí se siente de verdad que nuestro Japón es la luz de Asia, su salvación.

No te desanimes, amor mío, y sonríe. Gracias a todos nuestros sacrificios llegará un día en que Naoko y sus hijos verán cómo Asia ocupa el lugar que le corresponde en el mundo, libre del yugo de todos esos ladrones y asesinos europeos que están pisoteándola y profanando su belleza. Cuando por fin expulsemos a los británicos de Hong Kong y Singapur, lo celebraremos juntos.

*Sorgo, mar rojo
bol de soja fragante
verte a ti solo
y a ella, mi tesoro
si estuvierais aquí...*

No era la primera vez que leía esa carta. La había visto una vez antes, de pequeña. Era una de las posesiones más queridas de mi madre, y recuerdo que le pedí que me explicara todos esos caracteres medio borrados.

«Estaba muy orgulloso de sus conocimientos sobre literatura —me había dicho mi madre—. Siempre cerraba sus cartas con un *tanka*».

Por aquel entonces, mi abuelo ya hacía tiempo que había iniciado su largo descenso hacia la demencia. Solía confundirme con mi madre y me llamaba por su nombre. También me enseñaba a hacer animales de *origami*. Tenía los dedos muy ágiles: el legado de su época como excelente cirujano.

Observé a mi abuelo terminar la carta y doblarla. Lo seguí cuando salió del despacho para ir a su laboratorio. Se estaba preparando para un experimento y tenía el cuaderno y los instrumentos colocados ordenadamente sobre la mesa de trabajo.

Llamó a uno de los auxiliares sanitarios y le pidió que trajera algo para el experimento. El ayudante regresó unos diez minutos después, con una bandeja con una masa sanguinolenta, que recordaba a un guiso de humeante tofu. Se trataba de un cerebro humano, que hasta tal punto todavía mantenía el calor del cuerpo del que había sido extraído, que se veía salir vapor del mismo.

«Muy bien —dijo mi abuelo asintiendo con la cabeza—. Es muy reciente. Servirá».

Akemi Kirino:

Ha habido momentos en los que he deseado que Evan no fuera chino, igual que ha habido momentos en los que he deseado no ser japonesa. Pero son momentos de debilidad pasajera, no algo que sienta de verdad. Nacemos en plena historia en medio

de fuertes corrientes, y nuestro destino es nadar o hundirnos, no quejarnos de nuestra suerte.

Desde que tengo la nacionalidad estadounidense, la gente me dice que de lo que se trata en este país es de dejar atrás tu pasado. Eso es algo que nunca he entendido. Es tan imposible dejar atrás tu pasado como mudar de piel.

Esa compulsión por ahondar en el pasado, por hablar en nombre de los muertos, por recuperar sus historias... eso es parte de lo que era Evan, y yo lo amaba por eso. De igual modo, mi abuelo es parte de lo que yo soy, y lo que él hizo lo hizo por el bien de mi madre, del mío y del de mis hijos. Soy responsable de sus pecados, de igual manera que me enorgullezco de heredar la tradición de un gran pueblo, un pueblo que en la época de mi abuelo perpetró una gran atrocidad.

En una época extraordinaria, mi abuelo se enfrentó a decisiones extraordinarias, y es posible que para algunos esto signifique que no podemos juzgarle. Pero ¿cómo vamos a poder juzgar a nadie de no ser en las circunstancias más extraordinarias? Es fácil comportarse civilizadamente y mostrar una pátina de orden en los momentos de tranquilidad, pero nuestro verdadero carácter solo emerge en las dificultades y bajo una presión extrema: ¿será un diamante o tan solo un pedazo del carbón más negro?

No obstante, mi abuelo no era un monstruo. Era simplemente un hombre de coraje moral ordinario cuya enorme capacidad para el mal fue revelada para su eterna vergüenza y para la mía. Al calificarlo de monstruo, damos a entender que es alguien de otro planeta, alguien que no tiene nada que ver con nosotros. Si así lo hacemos, cortamos los vínculos del afecto y del miedo y garantizamos nuestra propia seguridad, pero entonces ni se aprende ni se gana nada. Es fácil, pero es de cobardes. Ahora sé que únicamente si nos identificamos con un hombre como mi abuelo podemos comprender en toda su profundidad el sufrimiento que causó. No hay monstruos. El monstruo está en nosotros.

¿Por qué no le conté a Evan lo de mi abuelo? No lo sé. Supongo que porque fui cobarde. Me daba miedo que pudiera pensar que en mí había algo impuro, que la sangre de mi familia estaba contaminada. Como entonces yo no era capaz de encontrar la manera de sentir empatía hacia mi abuelo, tenía miedo de que Evan pudiera no sentirla hacia mí. Me guardé para mí la historia de mi abuelo, puse a buen recaudo lejos de mi marido una parte de mí misma. A veces pensaba que me llevaría el secreto a la tumba, y de ese modo la historia de mi abuelo quedaría borrada para siempre.

Y ahora que Evan está muerto, me arrepiento de ello. Se merecía haber conocido a su esposa en su integridad, al completo, debería haberle confiado, en lugar de ocultársela, la historia de mi abuelo, que también es mi historia. Evan murió creyendo que sacando a la luz más historias lo que había conseguido era que la gente dudara de la veracidad de las mismas. Pero se equivocaba. La verdad no es algo delicado y no

sufre cuando es negada... la verdad solo muere cuando las historias verdaderas no llegan a ser contadas.

Esta necesidad de hablar, de contar la historia, es algo que comparto con los antiguos miembros del Escuadrón 731, ahora ancianos y moribundos; con los descendientes de las víctimas, y con todos los horrores de la historia que no han sido narrados. El silencio de las víctimas del pasado nos impone en el presente la obligación de recuperar sus voces, y si asumimos esta obligación de manera voluntaria seremos mucho más libres.

[La voz de la doctora Kirino nos llega desde fuera de la imagen, mientras la cámara se desplaza hacia el cielo sembrado de estrellas.]

Ya han pasado diez años desde la muerte de Evan, y el Acuerdo de Suspensión Integral de los Viajes en el Tiempo sigue en vigor. Seguimos sin saber bien qué hacer con un pasado que es transparentemente accesible, un pasado que no será silenciado ni olvidado. Por el momento, seguimos indecisos.

Evan murió pensando que había sacrificado la memoria de las víctimas del Escuadrón 731 y que había borrado de manera permanente los rastros que su verdad había dejado en nuestro mundo, y todo ello para nada, pero estaba equivocado. Se olvidaba de que incluso aunque las partículas Bohm-Kirino hayan desaparecido, los fotones con las imágenes de esos momentos de insoportable sufrimiento y callado heroísmo siguen estando ahí, viajando como una esfera de luz, adentrándose en el vacío del espacio.

Al levantar la mirada hacia las estrellas, nos bombardea la luz generada el día en que la última víctima de Pingfang murió, el día en que el último tren llegó a Auschwitz, el día en que el último cheroquí abandonó Georgia. Y sabemos que los habitantes de esos mundos lejanos, si están mirando, con el tiempo llegarán a ver esos instantes, mientras viajan a la velocidad de la luz de aquí hacia allá. Es imposible capturar todos esos fotones, borrar todas esas imágenes. Son nuestro archivo permanente, el testimonio de nuestra existencia, la historia que narramos al futuro. En todo momento, mientras caminamos sobre este planeta, somos observados y juzgados por los ojos del universo.

Durante demasiado tiempo, los historiadores, y también todos nosotros, hemos estado explotando a los muertos. Pero el pasado no está muerto. Vive con nosotros. Vayamos a donde vayamos, nos bombardean los campos de partículas Bohm-Kirino que nos van a permitir ver el pasado como si estuviéramos mirando por una ventana. El sufrimiento de los muertos nos acompaña, oímos sus alaridos y caminamos entre sus fantasmas. No podemos apartar los ojos ni taparnos los oídos. Debemos dar testimonio y hablar en nombre de aquellos que no pueden hablar. Y solo contamos con una oportunidad para que nos salga bien.

Nota del autor

Esta historia está dedicada a la memoria de Iris Chang y a la de todas las víctimas del Escuadrón 731.

La idea de escribir un relato con forma de documental se me ocurrió tras leer «¿Te gusta lo que ves?». (Documental), de Ted Chiang.

Durante la investigación para esta historia he consultado las fuentes que enumero a continuación y que me han resultado de gran utilidad, por lo que deseo dejar constancia aquí de mi agradecimiento a sus autores; no obstante, cualquier error relacionado con los hechos y la interpretación de los mismos es enteramente de mi responsabilidad.

Por la frase «explotadores de los muertos» y por la historia del período Heian y del Japón premoderno:

Totman, Conrad, *A History of Japan*, 2.^a ed., Malden (Massachusetts), Blackwell Publishing, 2005.

Por la historia del Escuadrón 731 y de los experimentos realizados por sus miembros:

Gold, Hal, *Unit 731 Testimony*, Tokio, Tuttle Publishing, 1996.

Harris, Sheldon H., *Factories of Death: Japanese Biological Warfare 1932-45 and the American Cover-Up*, Nueva York, Routledge, 1994.

(Y también he consultado otros numerosos análisis, entrevistas y artículos de periódicos y revistas. Entre sus autores se incluyen los siguientes: Keiichi Tsuneishi, Doug Struck, Christopher Reed, Richard Lloyd Parry, Christopher Hudson, Mark Simkin, Frederick Dickinson, John Dower, Tawara Yoshifumi, Yuki Tanaka, Takashi Tsuchiya, Tien-wei Wu, Shane Green, Friedrich Frischknecht, Nicholas Kristof, Jun Hongo, Richard James Havis, Edward Cody y Judith Miller. Mi agradecimiento a todos ellos, aunque lamento que por motivos de espacio todas estas fuentes no puedan aparecer aquí enumeradas de manera individual).

Por las descripciones de las vivisecciones y de las sesiones de prácticas quirúrgicas que llevaban a cabo los médicos japoneses utilizando como víctimas a chinos vivos, del trato que recibieron como prisioneros después de la guerra y de la postura del Japón de la posguerra ante las memorias de la misma:

Noda, Masaaki, «Japanese Atrocities in the Pacific War: One Army Surgeon's Account of Vivisection on Human Subjects in China», *East Asia: An International Quarterly*, 18:3 (2000), 49-91.

Me gustaría mencionar que, de acuerdo a los testimonios y a otros documentos, cuando los médicos japoneses del Escuadrón 731 infectaban a sus víctimas

acostumbraban a utilizar trajes protectores para evitar la posibilidad de que algún prisionero que se resistiera pudiera infectarles durante el forcejeo.

Determinados aspectos de los recuerdos de la época posterior al Escuadrón 731 de Shiro Yamagata están inspirados por las experiencias de Ken Yuasa (un médico militar japonés que nunca fue miembro del Escuadrón 731), que aparecen en el artículo de Masaaki Noda.

El obituario de Evan Wei está escrito a partir del de Iris Chang que fue publicado en *The Economist* el 25 de noviembre de 2004.

La vista de la Subcomisión para Asia, el Pacífico y el Medio Ambiente Mundial se basa en la que tuvo lugar el 15 de febrero de 2007 ante dicha subcomisión con relación a la Resolución 121 de la Cámara de Representantes de Estados Unidos, relativa a las mujeres que fueron utilizadas por Japón durante la guerra como esclavas sexuales (conocidas como «mujeres de solaz»).

Austin Yoder me proporcionó fotografías de Pingfang, Harbin y del Museo de Crímenes de Guerra del Escuadrón 731 tal como están hoy en día.

Las diversas declaraciones negando lo sucedido atribuidas a la gente de la calle se basan en comentarios aparecidos en los foros de internet y en comunicaciones directas del autor con personas que mantienen tales opiniones.

Agradecimientos

A Rodolfo Martínez, gran narrador y estupendo editor de Sportula, por la oportunidad que nos brindó al publicar el primer volumen de *Terra Nova* y, en especial, por la flexibilidad demostrada para llevar a cabo una antología de estas características.

A Elías F. Combarro, principal colaborador del proyecto y nunca suficientemente valorado, por quien primero descubrí a autores magníficos como Ken Liu, Aliette de Bodard y otros que esperan en el limbo de los próximos volúmenes.

Al grupo de traductores-colaboradores de *Terra Nova*, verdaderos especialistas en ciencia ficción internacional, que han propuesto alguno de los cuentos aquí incluidos. En este volumen participan solamente varios de ellos: Carlos Pavón, Pilar San Román, Manuel de los Reyes y Raúl García Campos... pero todos sois necesarios. *Keep watching the skies!*

Por supuesto, al equipo de Fantascy, encabezado por Emi Lope y Alix Leuvegle, las editoras más simpáticas que he conocido jamás, y Ricard Ruiz Garzón, responsable de la colección, por su colaboración y apoyo en un proyecto tan complejo como el presente.

Naturalmente, a mi familia, por la paciencia y el tiempo robados a su compañía.

Y, por último, a ti, amable lector, que luchas por mejorar cada día el mundo en que vivimos.

MARIANO VILLARREAL
literfan@yahoo.es

MARIANO VILLARREAL (España, 1967) es responsable informático del departamento de Hacienda y Finanzas del Gobierno Vasco y administrador de *Literatura Fantástica*, un portal web dedicado a la divulgación y crítica de novedades de género fantástico y de ciencia ficción en España. Ha seleccionado antologías, ha publicado artículos y reseñas en numerosos medios especializados, además de ser jurado de diversos premios de prestigio relacionados con la ficción especulativa.

LUIS PESTARINI (República Argentina, 1962) es subdirector de adquisiciones bibliográficas de la Biblioteca del Congreso de la Nación argentina y asesor del director de la Biblioteca Nacional argentina. Dirige la revista *Cuásar*, desde su aparición en 1984. Ha traducido libros de Philip K. Dick y es autor de más de trescientos artículos, reseñas y entrevistas.

Nota

[1] «Mis disculpas a Qiu Jin, a Bei Dao y a los poetas clásicos Tang por tomar prestados y deformar sus mejores versos». (*N. de la A.*) <<